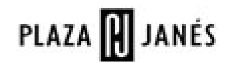


una novela de

JORGE DÍAZ

La justicia de los Errantes

Jorge Díaz



www.megustaleer.com

Para Alejandro, Jorge, Paula, Gonzalo, Jimena
y la pequeña Mireia

Nosotros llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Ese mundo está creciendo en este instante.

Buenaventura Durruti

El anarquismo es un cristianismo sin Dios. Todos los desposeídos, los exaltados, los maltratados, los rebeldes, se unen a él.

Pío Baroja

Al mundo lo hicimos nosotros, los albañiles.

Eduardo Galeano

1

Zaragoza, primavera de 1923

Ni cuando se está convencido de que es de justicia, resulta fácil matar a un hombre. Mucho menos hacerlo a una hora marcada, tras varios días observándolo, pensando en él de la mañana a la noche. Aunque el que va a morir lo merezca, la culpa golpea una y otra vez la conciencia de su ejecutor.

El coche negro, matrícula Z-135, en el que viaja el cardenal Soldevila reducirá su marcha, tal como ha hecho los cinco días que han vigilado la entrada. Antes de detenerse, el conductor tocará el claxon dos veces, como siempre. La madre portera se acercará acompañada por una criada a abrir la cancela.

Francisco Ascaso y su compañero intentarán ejecutar al cardenal arzobispo de Zaragoza sin herir a nadie, ni a la monja, ni a los trabajadores de la finca, ni al chófer; al secretario del cardenal, su sobrino, tampoco, aunque no les falten ganas de cargárselo. Pero si fuera necesario no dudarían en matarlos a todos para cumplir con su compromiso de eliminar al arzobispo Soldevila, el protector de los pistoleros fascistas huidos de Barcelona. Sólo lo sentirían por la criada; los demás son cómplices del cardenal: manejan junto con él —o por lo menos aprovechan— el dinero de sus casas de juego en Aragón, contratan matones para romper las huelgas, financian a los pistoleros que se enfrentan a los anarquistas… Dicen que la madre portera es la amante del arzobispo. Si Ascaso prestara atención a lo que ha

escuchado a sus compañeros de la CNT, creería que en este asilo se celebran verdaderas orgías. Los mismos bulos sobre los obispos de todas las diócesis corren en los locales del sindicato de todas las provincias. Probablemente no sea cierto, pero a los anarquistas les divierte pensarlo.

Ascaso toca otra vez su pistola como si la fuera a perder, espera que a ninguna de las chicas del asilo se le ocurra aparecer por allí. Si existiera la posibilidad de herir a una de ellas no se atrevería a disparar. Las ha visto en los jardines los días que ha permanecido apostado vigilando, las ha observado taciturnas, castigadas por las monjas, o liberadas, riendo y charlando tranquilas cuando las religiosas no estaban pendientes de ellas.

Hoy es el día del cardenal Soldevila, arzobispo de Zaragoza; hace dos semanas murió el teniente coronel Regueral, ex gobernador de León y Bilbao; pronto será el turno de más enemigos de los trabajadores: caerán todos, uno a uno. Ascaso tiene un nombre, uno muy especial para él, en la lista de objetivos: el del inspector Ernesto Valenzuela, el látigo de los anarquistas y su enemigo personal desde hace muchos años…

Aunque no pueda verlo, oculto tras los setos en el otro lado del camino, esperando como él, imaginando la situación, comprobando su pistola una y otra vez, está Francesc Doménech. A Ascaso no le gusta su compañero: es un tipo duro, acostumbrado a la lucha y a la acción, pero habla demasiado y bebe en exceso.

Doménech ha llegado a Zaragoza directamente de León, allí participó en el atentado que acabó con Regueral. A Ascaso y a Durruti les hubiera gustado ser los encargados de matarlo, pero no pudo ser: Durruti está en la Prisión Provincial de San Sebastián y a Ascaso le sigue la policía por todas partes. Pese a no cometerlo ellos —los dos activistas más eficaces—, el atentado fue un éxito. El teniente coronel Regueral, fiel a su chulería, se plantó en lo alto de la escalinata del teatro el día grande de la fiesta mayor de León para demostrar que no tenía miedo a los cenetistas, para que todo el mundo le viera desafiarlos. Los disparos coincidieron con los fuegos artificiales. Cuando sus escoltas se dieron cuenta de que algo anormal pasaba,

José Regueral rodaba muerto hasta los adoquines de la plaza. Los policías aún no saben desde dónde se abrió fuego contra él; mucho menos quién lo hizo.

Buenaventura Durruti saldrá pronto de la cárcel. De hecho ya debería haber salido y le están reteniendo ilegalmente; le acusan, a falta de otra cosa, de insumisión al Ejército. Tenerlo preso acabó con su estrategia; no podían detenerlo otra vez, culparle de la muerte de Regueral, torturarle para que confesara lo que ellos quisieran, tal vez aplicarle la ley de fugas. Los enemigos de la clase obrera están desconcertados, no saben quién los mata y temen ser los próximos en caer.

Los Solidarios seguirán unidos en su lucha. Una vez más devolverán golpe por golpe y se vengarán en nombre de los trabajadores.

La hora se acerca, a menudo el cardenal Soldevila almuerza allí, en el asilo-escuela al que ha bautizado con su propio nombre. Aloja a ciento cincuenta chicas en ese caserón blanco y dicen que abusa de ellas, igual que de las monjas. Es viejo, tan viejo que ni el más malintencionado de los compañeros podría creerlo. Hoy han sabido, gracias a un empleado de cocina afiliado al sindicato, que a la una tenía invitados a comer en el Palacio Arzobispal de Zaragoza, su residencia. Sólo después de reunirse con varios párrocos de la provincia hará su visita diaria: vendrá a ver a su amante, como dice todo el mundo. Esperan que el coche negro, un Ford T, aparezca sobre las tres. Faltan unos minutos.

Ayer, una indiscreción involuntaria de Francesc Doménech estuvo a punto de abortar la operación. Una de las mandaderas de las monjas se encontró con él al salir del asilo y se saludaron; tres horas después, cuando ella regresó cargada con la compra, se cruzaron de nuevo. A la mandadera le extrañó aquel hombre que echaba la mañana entera sin hacer nada y le preguntó si necesitaba algo. El catalán salió del paso preguntando por la entrada a una finca cercana, una pregunta absurda en un camino rural como el que vigilan: nadie se pierde allí tres horas. Doménech se lo contó a Ascaso y decidieron que abandonara su puesto y volviera a la discreta casa que han alquilado en el barrio de las Delicias, del otro lado de la carretera de Madrid. Ascaso se quedó

vigilando, atento a que no hubiera ningún cambio de costumbres, ninguna presencia extraña. Sólo cuando se convenció de que la mandadera no se había alarmado, y de que probablemente había olvidado el encuentro, decidió que seguirían adelante con el atentado.

Agachado como está para no ser visto, a Ascaso le duele la pierna izquierda. Teme que se le duerma, caerse al saltar a la carretera y no llegar a tiempo cuando el coche frene su marcha. Cambia el peso de una pierna a otra, está en tensión; dentro de muy poco harán lo que han venido a hacer. No hay que pensar, es justo: no van a matar a un hombre sino a un enemigo de los trabajadores.

De repente, todo se precipita: el motor del coche, el claxon, los dos anarquistas apareciendo con las pistolas en alto desde detrás de los setos. El primero en salir del coche, alarmado, es el chófer. No trata de defender al cardenal, tampoco huye: se arrodilla y pide clemencia. Ascaso le ordenaría que se levantara, le enseñaría que un hombre no se arrodilla delante de otro hombre, que eso sólo lo exigen los curas, pero no hay tiempo. El cardenal Soldevila ocupa el lado del coche por el que se acerca Ascaso. Nunca le había visto. Sabía que era viejo, pero es mayor de lo que esperaba, más de ochenta años. Tiene cara de pánico y no acierta a abrir la puerta. Quizá nunca lo haya hecho solo, quizá siempre esperara a que un criado la abriera por él. A tres metros de distancia, Ascaso empieza a descargar el arma contra su cuerpo, a media altura, para no fallar, una y otra vez. Desde el lado contrario, Doménech hace lo propio. Los dos con cuidado, de la parte delantera del vehículo hacia atrás, para no herirse el uno al otro en el fuego cruzado. No deja de apretar el gatillo hasta que agota el cargador, igual que su compañero. Oye los gritos de la monja que acude a abrir la puerta. Por muy religiosa que sea, les está llamando hijos de puta.

—Canallas, hijos de puta…

Los dos echan a correr campo a través, como han planeado los últimos días. No tanto por huir —tienen tiempo de sobra— como por no matar a nadie más. Mientras corren, cambian el cargador de la pistola. Se desharán de ella antes de volver a entrar en Zaragoza, pero deben estar preparados por si se encuentran con alguien. Ascaso no sabe qué ha pasado con el sobrino del cardenal, su secretario. No ha

pensado en él, con los nervios ni lo ha visto. Su único objetivo era Soldevila.

—¿Qué pasó con el secretario?

—Le disparé y se tumbó.

—¿Muerto?

—No, herido en un brazo, el derecho. No podrá santiguarse en una temporada.

Unos chicos aparecen frente a ellos. Apenas tienen quince años, uno moreno y el otro rubio. Es la primera vez que Ascaso y Doménech encuentran a alguien por allí, aunque en días anteriores han visto adobes secándose, tal vez de los muchachos. No quieren hacerles daño, pero tampoco pueden arriesgarse a que les sigan. Antes de que su compañero reaccione, Ascaso dispara sobre sus cabezas, con cuidado para no acertarles. Los chicos huyen corriendo.

—La policía sabrá hacia dónde fuimos. Les interrogarán.

—No podíamos matarlos, eran casi unos niños.

—Mejor ellos que nosotros.

Buenaventura Durruti habría estado de acuerdo con Ascaso: tampoco se le pasaría por la cabeza matarlos. A veces mueren inocentes, no se puede evitar, pero deben impedirlo siempre que esté en sus manos.

Antes de cruzar la carretera, con las primeras casas de la ciudad a la vista, se detienen.

—Nos separamos aquí. Nos vemos en la casa en media hora. Ten cuidado. Deshazte de la pistola.

Cada uno toma un camino. Lo han ensayado muchas veces, han recorrido juntos el trayecto y la forma de llegar a la casa por varias rutas diferentes. Les espera Teresa Claramunt, con todo preparado para que puedan esconderse unos días. Ni ella, confinada en Zaragoza desde la Semana Trágica, sabe qué han ido a hacer a la ciudad, a quién pretendían matar cuando salieron de la casa esta mañana.

Una vez solo, Ascaso, tras retirar y guardarse el cargador lleno, arroja su arma por un desnivel. Es una Alkar de 9 milímetros fabricada en Guernica, una buena pistola para trabajos así, aunque él prefiere la Star, la *Sindicalista*, como es conocida. Entra en las calles

del barrio de las Delicias, se cruza con algunos trabajadores pero no le preocupa que le vean. Se ha vestido para que su aspecto sea similar al de ellos: traje negro muy gastado y una gorra también negra. Además, los obreros no hablan con la policía. Nadie lo denunciará o describirá su aspecto.

Imagina que a estas alturas habrá llegado una ambulancia al asilo. No cree que puedan hacer nada por el arzobispo Soldevila: de los veinte proyectiles que dispararon, por lo menos quince deben de haber impactado contra su cuerpo; basta que uno haya sido mortal para que lo mande para ese infierno con el que tanto amenazan los curas. En momentos así, siente no creer que existan Dios y el infierno.

Tras dar un buen rodeo, comprobando que nadie le sigue, entra en la casa. Nada la diferencia de las demás del barrio, en muchas otras habrá anarquistas como ellos: superan el millón en toda España. Teresa Claramunt le informa de que Doménech no ha llegado pese a que su camino era el más corto. A Ascaso los minutos se le hacen eternos. La posibilidad de que haya sido detenido le altera los nervios aún más que el tiempo que esperó la llegada del coche negro del cardenal. Si en diez minutos no aparece tendrá que huir, antes de que llegue la policía: todos los planes habrán fracasado y sólo le salvará improvisar.

—He parado a tomar un café y una copa de coñac. Pasará mucho tiempo antes de que pueda volver a hacerlo.

No gana nada con enfadarse y montar en cólera. Definitivamente, preferiría a Durruti a su lado.

* * *

Ernesto Valenzuela sale de Barcelona en el primer tren que le lleva a Zaragoza, su ciudad natal, el mismo día del atentado, el 4 de junio de 1923. Minutos después de la llamada en la que le informaron de la muerte del arzobispo está subido en el vagón. Es lunes y no hay periódicos, aprovecha el trayecto para leer papeles atrasados y repasar informes. No se ha olvidado de la carpeta con las fotos que siempre lleva encima: en ellas están sus sospechosos. Poco importa lo que crean en el gobierno, detrás de la muerte del cardenal Soldevila están

los Solidarios; igual que un par de semanas antes: los que asesinaron al teniente coronel Regueral también fueron ellos.

O los matan como perros o nunca acabarán con esos terroristas. En Madrid no saben nada, apenas alguna vez los sufren; ni siquiera la muerte de Eduardo Dato, el presidente del Gobierno, acribillado a balazos por anarquistas catalanes en plena Puerta de Alcalá, ha hecho que sean conscientes de sus acciones: Barcelona, Aragón y Andalucía, allí es donde están acostumbrados a tratar con los cenetistas y donde hablan su idioma, el de las balas.

«No hay peor cuña que la de la misma madera», le dijo un día a Valenzuela el general Martínez Anido, el brutal ex gobernador de Barcelona, la única persona que odia a los anarquistas más que él mismo y quien le reclutó para servir de enlace entre la policía y los pistoleros de los Sindicatos Libres, la fuerza de choque contra los anarcosindicalistas de la CNT. El inspector está de acuerdo. Conoce a los libertarios y acabará con ellos, sobre todo con el grupo de los Solidarios. Espera encontrarlos en Zaragoza, la ciudad donde conoció a muchos de los miembros del grupo anarquista. Pese a su nombre —los Solidarios—, no son más que una banda de asesinos.

Antes de entrar en la policía, Ernesto Valenzuela estuvo entre los libertarios: su padre es uno de ellos. Él mismo acudió acompañándolo a fiestas, verbenas, manifestaciones, discursos, protestas…

Estuvo del lado equivocado, pero ya no. Está decidido a acabar con los anarquistas aunque deba perseguirlos hasta el fin del mundo.

En la Estación del Norte de Zaragoza, varios agentes comprueban la documentación de aquellos que intentan subir a los trenes; es inútil, si los asesinos no han huido ya de la ciudad, esperarán hasta dentro de una o dos semanas. A la salida de la estación le espera un coche que le llevará al Terminillo, el nombre de la finca en la que está el asilo. Cuando llega es de noche, pasan de las once, y no puede ver la ruta de huida ni el sitio exacto donde mataron al cardenal Soldevila.

Una vez más, tiene que enfrentarse con la incompetencia de sus compañeros: se han llevado el coche donde murió el arzobispo; lo han utilizado para trasladar el cadáver a la ciudad. Así será imposible saber cuántos fueron los atacantes, si había tiradores fuera de la visión

de los testigos o si existían indicios de que alguno de los ocupantes del vehículo o de los empleados de la finca fuera cómplice de los asesinos. De nada le vale desesperarse: le informan de que el jefe de la policía de Zaragoza, don Pedro Aparicio, lo ha examinado todo personalmente y será a él a quien tendrá que preguntar. Siempre que aparecen en escena los burócratas que manda Madrid, los terroristas se benefician de ello.

Han encontrado una de las pistolas usadas en el atentado, una Alkar de 9 milímetros. No es la habitual de los anarquistas, a ellos les gustan las Star. Europa está llena de pistolas de esta marca; se produjeron por decenas de miles durante la Gran Guerra para surtir a las tropas. En Barcelona es fácil encontrarlas: se compran por 45 pesetas en el bar La Tranquilidad, en el Paralelo, junto al Café Español, el lugar donde se reúnen los cenetistas más radicales. Se pueden pagar a plazos: un duro al mes y una Star nueva es tuya. Que la pistola sea de otra marca no significa nada, sólo que en esta ocasión los asesinos han decidido cambiar de modelo; quizá hayan robado una partida. Pondrá gente a comprobar que la propia fábrica no se las esté vendiendo.

Le entregan una octavilla que el sindicato ha empezado a repartir esta misma tarde por las calles de Zaragoza: amenazan con convocar la huelga general si se detiene indiscriminadamente a trabajadores por la muerte del arzobispo. No era un hombre querido; mañana la prensa dirá lo que tenga que decir, pero nadie le echará de menos a orillas del Ebro. Quizá sus monjitas, de las que dicen que le amaban en el sentido menos pastoral del término, sean las únicas que lo hagan. Soldevila era un reaccionario con una ambición desmedida y usaba parte del dinero que conseguía de sus muchos negocios en reprimir las reivindicaciones sindicales, para ganar más. Eso no es sólo una sospecha de los libertarios: Valenzuela ha estado varias veces con él y ha recibido el dinero que después debía repartir entre los pistoleros.

Las autoridades están asustadas. La tensión en la ciudad se palpa hace meses y el cardenal asesinado no era ajeno a las causas: los pistoleros auspiciados por Soldevila cometen desmanes de los que se culpa a los anarquistas. Es la maniobra habitual para impedir que la represión contra éstos se relaje. A todos les conviene que los

sindicalistas parezcan radicales, así se aleja de ellos a los indecisos: si los anarquistas no cometen barbaridades, los pistoleros las cometen en su nombre; si uno de sus dirigentes resulta dialogante y moderado, como sucedió con Salvador Seguí, el *Noi del Sucre*, se le asesina.

Valenzuela no conoce al jefe de la policía de Zaragoza pero está seguro de que no será muy distinto de sus colegas de otras partes. Habrá destruido con su ineptitud cualquier prueba que él pudiera haber encontrado en caso de llegar antes. Habrá recorrido el camino que tomaron los asesinos para fugarse acompañado por varios de sus hombres, por un par de parejas de la Guardia Civil, por tres o cuatro altos funcionarios y quizá por media docena de periodistas; raro sería que estuvieran con él menos de quince personas durante la inspección ocular. Lo único que Valenzuela encontrará mañana, cuando pueda verlo a la luz del día, será un trecho de campo más pisoteado que Las Ramblas un domingo por la tarde.

Además de la pistola, han localizado a dos chicos que vieron huir a los asesinos. Los dos, de quince años, han sido enviados a casa. Valenzuela tiene que pedir que vayan a buscarlos en ese mismo momento; afirma que no, no puede esperar al día siguiente para interrogarlos.

Mientras les espera, intenta hablar con la monja que salía a abrir la cancela. La mujer no acierta a decir nada entre lágrimas e hipidos. Uno de los agentes cuenta al inspector los rumores que corren de la relación entre el cardenal y la monja —Valenzuela nunca revela a quienes no le conocen que él también es zaragozano y está al tanto de los secretos de su ciudad—. Sea cierto o no que los religiosos fueran amantes, lo parece. Sonríe ante la única descripción que la monjita acierta a dar de los asesinos.

—Eran dos hijos de puta. Se lo grité mientras huían.

No alcanzó a ver la cara de ninguno de ellos y no reconoce las fotos de los sospechosos. Es incapaz de parar de llorar. Por lo que ha visto, y lo que sabe de antes, la monja portera será de las pocas que sienta la muerte de Soldevila; quizá el anciano cardenal fuera realmente un seductor…

Los dos testigos, uno rubio y el otro moreno, aparentan algo más de

los quince años que dicen tener. Se llaman Luis y Martino y se muestran confiados. Lo decide nada más verlos: el rubio parece más listo, será el que conteste las preguntas; el moreno será el que ayude a Valenzuela a conseguir las respuestas. El policía llegado de Barcelona no quiere testigos de sus métodos. Pide que los dejen solos, cierra la puerta tras él. Sabe lo que tiene que hacer, es su puesta en escena, siempre la misma: movimientos pausados, como si fuera un cirujano preparándose para una operación. Coloca una silla bloqueando la puerta, encajada entre el picaporte y el suelo; la inquietud aparece en las caras de los chicos que va a interrogar. Se sienta, enciende un cigarro. Da tres o cuatro caladas antes de dejarlo sobre el cenicero. Todo en silencio. Se levanta y se acerca al moreno.

—Me dicen que habéis visto a los asesinos salir huyendo.

—No sabemos si eran ellos.

De repente le pega un puñetazo, un golpe brutal en medio de la cara que lo tira de la silla.

—¿Me quieres tomar el pelo? ¿Te crees que he vuelto desde Barcelona a esta ciudad de mierda para que un mocoso me tome el pelo?

Ahora sí que tienen expresión de miedo —han visto la verdadera cara de la brutalidad—, ahora es cuando contestarán a lo que se les pregunte sin hacerse los listos.

—Os lo voy a repetir: me dicen que habéis visto a los asesinos salir huyendo.

El rubio se apresura a responder, el moreno se tapa la cara con las manos, sentado otra vez en la silla.

—Sí, los vimos.

Necesitan un poco más de presión.

—¿Quién te ha preguntado a ti? Deja que tu amigo intente reírse de mí otra vez.

El moreno se aparta las manos de la cara. La nariz le sangra, probablemente esté rota. Y si no lo está, lo estará en unos minutos, tras el próximo golpe.

—Sí, los vimos… Huían corriendo.

—Muy bien. ¿Cómo eran?

—Uno alto y el otro bajo.

—¿Uno alto y el otro bajo? ¿Por qué? ¿Por qué me tocas los cojones?

El moreno cree saber lo que le espera y se cubre la cara. Desatiende el costado y una patada le alcanza el lado derecho, dura, directa al hígado. Cae con silla y todo, monta un barullo tremendo. Valenzuela lo patea en el suelo mientras le grita.

—¿Creéis que voy a buscar por España a un tío alto y a otro bajo? Don Quijote y Sancho Panza eran uno alto y otro bajo… ¿Los detengo? ¿Queréis que me crea que don Quijote y Sancho Panza han matado al arzobispo?

Alguien intenta abrir la puerta desde fuera. La silla que bloquea el picaporte lo impide. Dan golpes.

—¿Qué pasa?

Reconoce la voz, es el policía al que pidió que trajera a los dos chicos.

—Nada, se me ha caído el lápiz.

Desde el otro lado de la puerta no insisten. Los dos chicos vuelven a estar sentados, atentos a él. El moreno se duele, sangra copiosamente por la nariz.

—Uno alto y uno bajo… ¿Qué más?

Han aprendido la lección. El rubio calla, el moreno hace por contestar. Cuesta entenderle, la voz le sale débil, lloriquea, la sangre le llena la boca.

—El alto llevaba un traje claro, con boina. El bajo, un traje negro con una gorra negra. El de negro disparó por encima de nuestras cabezas.

—¿Veis como no era tan difícil responder bien, alto y claro? ¿Quién era el de negro, el alto o el bajo?

—El bajo.

—O sea, Sancho Panza.

—Era delgado.

—Muy bien, ahora sé que no tengo que detener al auténtico Sancho Panza, qué alivio. ¿Adónde fueron?

El moreno rompe a llorar sin disimulo, se hace un ovillo, intenta

cubrirse al máximo, tapar cualquier lugar donde le pueda llegar el siguiente golpe.

—No sé. Le juro que no lo sé.

—Eh, no llores. Me dijeron que estabais haciendo adobes y confiaba en que fuera verdad; si sigues llorando voy a pensar que sois dos bujarrones que habían ido al campo a hacer gorrinadas…

El rubio se atreve a contestar. Ha llegado el momento de dejarle hablar.

—Por allí sólo se va a la carretera de Madrid.

—¿Podían tener un coche esperando?

—Acabábamos de pasar, no había ningún coche.

—¿Quieres tomarme el pelo tú también? ¿Quieres hacerme creer que se fueron a Madrid andando?

El rubio titubea, busca algo que decir para estar a bien con el interrogador. Aquello no se lo esperaban, creían que se encontrarían con un policía que les preguntara lo mismo que por la tarde; aquél era el jefe de la policía y les hablaba de usted, éste ni saben quién es y les maltrata. Están arrepentidos de haber dicho que vieron algo. Tantas veces les han avisado de que lo mejor era no ver, no oír, callar.

—No, andando no, del otro lado de la carretera está el barrio de las Delicias.

—Entonces tú crees que hay que buscar en el barrio de las Delicias.

—Sí.

Otro golpe inesperado, en la cara, como a su amigo.

—¿Quién cojones eres tú para creer nada? ¿Eh? ¿Quién?

La silla al suelo, el ruido, una patada en la espalda.

—¿Crees que sabes de mi trabajo más que yo? ¿Quieres quedarte con mi puesto? ¿Eh? ¿Es eso?

Fuera han aprendido que no les interesa nada de lo que pase dentro de ese cuarto, nadie les molesta. Del moreno sólo se escuchan gemidos. El rubio se levanta. Se encara con él, altivo.

—Sólo he contestado a tu pregunta, joder.

—Siéntate.

—Quiero salir.

—He dicho que te sientes.

El rubio se sienta. Es orgulloso, está pensando en vengarse de Valenzuela, no sabe que hay otros tipos muy duros que también piensan en eso, en vengarse de él: «Los mejores terroristas de la clase trabajadora», como los Solidarios se definen a sí mismos.

Valenzuela coge una carpeta que ha estado todo el tiempo sobre la mesa, la que viaja siempre con él. Dentro hay ocho fotos. Las coloca delante de los dos chicos. Ha mirado esas fotografías miles de veces. Son una selección de los Solidarios, los más activos, entre otros Ascaso, Durruti, García Oliver. Junto a ellos, coloca un rostro más, para desconcertar a los interrogados: Marcial Lalanda, el torero madrileño que tomara la alternativa un par de años antes. Más de una vez le han identificado como asesino; en esos casos, Valenzuela sabe que debe trabajar más al testigo, tal vez no esté colaborando como debiera.

—¿Reconocéis a alguno?

—No.

Ha contestado el rubio. Seguro, demasiado seguro y demasiado rápido para ser verdad. Valenzuela sabe que está en lo cierto, detrás del asesinato de Soldevila están los Solidarios. ¿Quién sabe si el culpable es Ascaso y vuelve a encontrarse con él? Cree que el hombre bajo vestido de negro puede ser él.

—¿A cuál de ellos?

—A ninguno.

—Vas a hacer que me enfade.

—No puedes matarme, he venido a que me interrogues. Soy un testigo, no estoy acusado de nada. No puedes matarme.

—No te equivoques, puedo hacer lo que quiera.

—No reconozco a ninguno.

Se vuelve hacia el moreno, que no ha parado de llorar.

—Míralas.

—No les vi la cara. La llevaban tapada con la gorra.

Separa la de Ascaso y la pone ante su cara.

—¿Era él?

—No lo vi. Le diré lo que quiera. Si quiere le digo que era él, pero no lo vi. Le juro que no lo vi.

Valenzuela recoge las fotos, las mete en la carpeta. Vuelve a los modales pausados. Antes de abrir la puerta se encara con el rubio.

—Así te va a ir mal en la vida, chico, muy mal.

En cuanto abre, entra el agente. Ve las caras hinchadas de los dos, la sangre, las lágrimas del moreno.

—¿Qué les ha pasado?

—Nada, entraron así.

No tiene que dar más explicaciones. No era necesario ser tan duro con ellos, pero Valenzuela sabe cuándo la dureza es útil: entre los agentes de la ciudad se correrá la voz de su brutalidad y su fama se renovará entre sus enemigos. Cuando él pregunte algo, todos sabrán que la pregunta no es retórica, que busca una respuesta.

En el coche, camino del centro, decide que llamará a Pallás, el actual jefe de los pistoleros en Zaragoza. Le pedirá que se encargue del chico rubio; no quiere dejar deudas incómodas atrás. Tiene que hablar con Pallás de muchas cosas. Es probable que Soldevila haya muerto a causa del apoyo que brindó a los pistoleros. Otra cosa no, pero los anarquistas tienen mucha memoria y ganas de venganza: no olvidarán ni a sus muertos ni a todos los detenidos en los últimos tiempos.

A Valenzuela no le interesan las normas vigentes para el personal de la policía. Él maneja fondos de los que no debe rendir cuentas ante nadie. No le quedan ni familia ni amigos en la ciudad, así que dormirá en el mejor hotel de Zaragoza, el Cuatro Naciones, y tendrán que abrir la cocina pese a la hora —son casi las tres de la madrugada— para darle de cenar. De niño no le hubieran dejado entrar en ese hotel; esta noche perderán la cabeza para que se sienta a gusto.

* * *

A Francisco Ascaso le gusta vestir bien: llevar la ropa perfectamente planchada, combinar las prendas y ponerse corbata; le encantan las corbatas. Opina que la elegancia y la ideología no deben estar reñidas: se puede ser un anarquista elegante o un fascista patán.

Sus compañeros se ríen de él. Algunos creen que es así porque procede de una familia burguesa, pero no es cierto. Francisco es hijo de un panadero de un pueblo de Huesca, Almudévar. Tuvo que

ponerse a trabajar en la tahona a los nueve años, cuando a su padre se le declaró la enfermedad que pronto lo llevaría a la tumba, un cáncer de estómago; ni siquiera le dio tiempo a terminar de aprender el oficio. La familia, con deudas y sin posibilidad de salir adelante en el pueblo, se trasladó a Zaragoza, a Torrero, un barrio lleno de anarquistas. Francisco consiguió trabajar de panadero y hacerse oficial. Se interesó por la política y colaboró con el sindicato durante la huelga general del 17. Conoció a Durruti en la época que éste trabajó de cerrajero en la ciudad. Tuvo que huir tras pasar por la cárcel a causa de su intervención en la sublevación del cuartel del Carmen de enero de 1920. Llegó a Barcelona, donde se reencontró con Durruti y conoció al resto de los Solidarios, y se ganó la vida como camarero antes de dedicarse casi de lleno al sindicato.

Fue en los tiempos de camarero, en el café-restaurante La Mallorquina en Las Ramblas, uno de los locales más lujosos de la ciudad, cuando adquirió el gusto por la indumentaria elegante. Pero, aun siendo tan diferente a sus compañeros, se impone límites; si por él fuera se vestiría como un verdadero burgués y se haría trajes a medida en los mejores sastres. Todos se ríen, pero más de una vez han salvado el cuello gracias a que él se ha hecho pasar por industrial o terrateniente.

En el escondite de Delicias tiene mucho tiempo libre y ha decidido planchar su ropa, asegurar los botones, repasar concienzudamente los bajos; encerrado en la casa no podrá hacer otra cosa. Pasa todo el día vestido con un mono de obrero: cose, plancha y lee. Muchas de las obras que contienen el pensamiento anarquista están sólo en francés y avanza poco a poco, con ayuda de un diccionario. Lo ha soñado muchas veces con su amigo Durruti: las harán traducir y crearán una gran biblioteca libertaria en castellano donde los obreros conocerán las ideas que los liberarán.

Ascaso tiene que obedecer las órdenes de los suyos y no salir, ni siquiera aparecer por Torrero. En León, la misma estrategia dio resultado tras la muerte de Regueral: sus autores permanecieron encerrados en una casa segura mientras los policías daban vueltas como pollos sin cabeza. Una semana después, cuando la vigilancia se

hizo menos estrecha, los anarquistas se confundieron entre los campesinos leoneses que acudían a buscar trabajo a Valladolid para salir de la ciudad. De allí, fueron a Madrid y volvieron a Barcelona en tren, sin problemas.

Es la misma estrategia que seguirán allí: esconderse en la madriguera. Francisco ni siquiera ha pasado por la casa de su familia. Nadie, excepto algunos compañeros, sabe que están en Zaragoza. La única que sale de la casa, y aun así lo mínimo posible, es Teresa Claramunt. Ella compra lo necesario. Es quien les lleva el periódico, *El Heraldo de Aragón*.

La llamada avisando de la muerte del cardenal llegó a la redacción del periódico a las cuatro de la tarde. Es posible que tuvieran que recomponer la portada y todo lo maquetado y redactado hasta ese momento. Dedicaron tres páginas a la muerte de Soldevila —crimen insólito y abominable, según ellos—, haciéndola pasar por la de un hombre santo. Una de las balas, quién sabe si la disparó él o Doménech, se le alojó en el corazón; era la que necesitaban para mandarle al infierno. Antes de morir, el cardenal recibió la absolución *sub conditione*; tiene que preguntarle a García Oliver, uno de los líderes de los Solidarios, qué significa eso, a él se le dan bien los latinajos. En el artículo del periódico se menciona cómo vestían, su huida, la aparición de dos chicos que les vieron, la pistola encontrada. También dice que el chófer está gravemente herido. Debió de ser Doménech, Ascaso está seguro de no haberle disparado, sólo apuntó al religioso. Tal vez le rebotó una bala.

Su compañero sigue durmiendo. Ayer bebió demasiado tras la cena. A Ascaso le preocupa Doménech: tiene el gatillo fácil, es excesivamente temerario y le gustan demasiado la bebida y los placeres; nada en contra si no te juegas la vida junto a él.

Hasta el mismo día de su llegada a Zaragoza, Ascaso pensó que su compañero en el atentado sería Rafael Torres Escartín, aragonés como él. A última hora se cambió de idea y viajó Doménech; Ascaso habría preferido a Escartín, pero reconoce que una semana encerrado con él podría ser desquiciante a causa de las rarezas de su camarada. De cualquier forma, no le correspondía a él tomar la decisión, y el bien

común del grupo está por encima de sus preferencias.

Es inútil intentar ocultar a Teresa Claramunt que son los autores de la muerte del arzobispo. Tampoco le preocupa que ella lo sepa ahora que está cumplido el trabajo. Teresa es una mujer mayor, cercana a los sesenta, una activista importante; aunque sea de quienes rechazan el empleo de la violencia para presionar al gobierno y a la patronal, nunca se le ocurriría delatar a sus compañeros. Ella cree en un anarquismo muy común en Aragón: puro, individualista, visceral, un poco ingenuo; Ascaso, García Oliver y sus colegas están más en la línea barcelonesa: opinan que hay que destruir el aparato del Estado. Las discusiones con ella serán la única forma de entretenerse que Ascaso tendrá en los próximos días.

En el mercado, según Teresa, se cuenta que han sido detenidas dos personas relacionadas con los hechos; probablemente, dicen, los autores materiales de las muertes. Noticias como ésta son habituales y preocupan sobremanera a Ascaso. Después de cada atentado, el ministerio de la Gobernación presiona a la policía local para obtener resultados. Los agentes detienen indiscriminadamente a inocentes y sus métodos de interrogatorio, simples palizas, hacen que los acusados acaben confesando todo lo que se les exige, estén o no implicados.

Los dos detenidos —no sabe nada de ellos—deben de estar siendo sometidos a tortura en este momento; si a los policías se les va la mano, se les aplicará la ley de fugas. No es un invento reciente, hace muchos años que se practica en España, pero su uso indiscriminado es la triste herencia del siniestro general don Severiano Martínez Anido durante su época de gobernador de Barcelona: a los presos a los que interesa eliminar se les dispara por la espalda en un traslado, se alega que intentaron escapar y se les dio el alto, no atendieron y la escolta policial se vio obligada a usar las armas. Los jueces admiten el intento de fuga como causa de la muerte de compañeros con signos evidentes de haber sido torturados en los calabozos hasta que sólo les restaba un hálito de vida. Se calcula que en Barcelona un centenar de anarquistas ha caído así en los últimos años. Los dos inocentes detenidos tienen suerte de estar en Zaragoza: las torturas a las que se somete a los libertarios en el castillo de Montjuic no tienen nada que envidiar a las

de las mazmorras de la Inquisición.

—¿En esta casa no se come?

Francesc Doménech se acaba de levantar, son cerca de las cuatro de la tarde y Teresa y Ascaso comieron hace más de dos horas.

—Prepárate lo que quieras.

—Yo no sé cocinar, ¿no lo puede hacer ella?

—Ella no es tu criada.

—¿Habiendo una mujer en la casa me voy a meter yo en la cocina?

—No te preocupes, a mí no me importa. Te puedo hacer unos huevos y chorizo.

—Cojonudo.

Teresa se ha ofrecido para evitar males mayores, pero Ascaso se da cuenta de que una semana encerrado con Doménech será muy larga. Además, éste no ha entendido nada. Si hacen lo que están haciendo, si acaban de matar al arzobispo de Zaragoza, no es para que todo siga igual sino para crear un mundo nuevo. No pretenden que los obreros vivan mejor y que sus mujeres sigan siendo sus esclavas. Doménech no ha entendido nada.

* * *

Tan seguro está Valenzuela de que los dos jóvenes arrestados por los agentes en las inmediaciones de la finca del cardenal no tienen nada que ver con su asesinato que no asiste a los interrogatorios. Horas después se confirma lo que suponía: son dos chicos de apenas diecisiete años, naturales de Vitoria, que viajaban en tren sin billete, camino de Barcelona, para buscar trabajo. Al ver al revisor se bajaron, aprovechando una parada en medio del campo, y vagaron un rato por la zona. Fueron entonces detenidos por ser «fuertemente sospechosos». Valenzuela se conoce al dedillo todos los métodos y los eufemismos de todas las comisarías de España. «Dos detenidos por ser fuertemente sospechosos» significa que hay que detener a los primeros que se encuentren para que el jefe de la policía pueda decirle al gobernador que las investigaciones avanzan. Los han soltado pero, sin duda, los dos chavales se han llevado una buena somanta de palos.

Valenzuela dedica la mañana a recorrer la ruta de huida de los

asesinos desde el asilo hasta la carretera de Madrid. Como suponía, la zona está hollada por los pies de todo el séquito que acompañó al jefe de la policía. No merece la pena mirar qué hay hoy sino imaginar qué hubo ayer: una arboleda con muchos escondrijos en los que ocultarse, esperando el paso del coche del cardenal.

Reconoce que el lugar elegido era el más adecuado para atentar contra la vida de Soldevila. Los terroristas conocían bien el terreno. No es de extrañar: aunque Durruti sea leonés, más de la mitad de los miembros de los Solidarios son aragoneses —han vivido en Zaragoza y conocen la zona en la que han cometido el atentado— y tienen infraestructura suficiente para huir. Todos los testigos coinciden en que fueron dos los que dispararon, pero tiene que haber más cómplices, los que les ayudaron a esconderse.

Valenzuela llega a la carretera por el mismo camino que debieron de recorrer los asesinos. Enfrente de la carretera está el barrio de las Delicias, un barrio obrero. Tiene el presentimiento de que en alguna de las casas que ve están los hombres que busca.

Se adentra en el barrio. Solo, como siempre: no quiere hablar con nadie mientras trabaja. Una pareja de agentes le sigue a unos quince pasos, la distancia mínima que él exige. Si necesita consultarles algo, los mandará acercarse, pero no quiere que le estorben.

Las casas del barrio son pobres, muchas de ellas ocupadas por sindicalistas, sin duda. Su barrio no era muy distinto. Desde alguna ventana le estarán mirando, preguntándose quién es y sintiendo temor. Quizá alguien le reconozca; no han pasado tantos años desde que se marchó. Recuerda haber venido muchas veces a cumplir los recados que su padre le encargaba para el sindicato: repartir el periódico anarquista, entregar propaganda, avisar de reuniones, esconder armas… De momento, todas las ventanas son iguales, ninguna tiene una señal que le lleve a la guarida de sus enemigos.

Almuerza con Pallás en la segunda planta de Casa Lac, un buen restaurante, otro de los sitios donde no le habrían dejado entrar hace años. Entonces nunca comió allí, pero son tantas las veces que ha tenido que volver a Zaragoza, la segunda ciudad en importancia para el anarquismo español, que ahora conoce los mejores restaurantes, los

cafés y los cabarés. Y también le conocen a él. Se sabe vigilado en todo momento, por eso no se oculta. Pallás, sin embargo, está nervioso.

—No deberían verme aquí.

—Pide pularda con uvas, es cojonuda.

—Es muy peligroso para mí aparecer en sitios como éste.

—Si te metes en un charco, te quemas.

—Me mojo…

—Si me sale de los cojones que te quemes, te quemas. Tú llevas metiéndote en charcos muchos años, Pallás.

Pallás se llama igual que un líder anarquista fusilado hace más de veinte años por intentar asesinar al general Martínez Campos. En venganza por su ejecución, Santiago Salvador arrojó la bomba del Liceo de Barcelona y mató a más de veinte espectadores. Valenzuela nunca le ha preguntado si tiene algo que ver con él. Quizá su historia y la de Pallás sean similares: padres anarquistas, hijos pistoleros.

—Estás aquí para enterarte de todo lo que pasa, no para esconderte.

El arzobispo Soldevila ha sido más importante para ellos de lo que nadie piensa. El dinero con el que se paga el Sindicato Libre salía de su red de casinos en Aragón. Hay que reorganizarlo todo para evitar que cambie de destino y se lo quede gente como Pallás, aventureros sin escrúpulos dispuestos a meter la mano en la caja en cuanto se presente la oportunidad. En eso envidia la integridad de los Solidarios: no están interesados en el dinero; ni siquiera cobran un sueldo del sindicato. Cuando necesitan dinero, hacen lo que llaman «expropiaciones de bienes burgueses», es decir, roban. Se quedan con lo que precisan y reparten el resto. Si demuestra un exceso de codicia, Valenzuela eliminará a Pallás cuando llegue el momento, pero antes tiene tareas en las que le resultará útil.

—La mayor parte de los Solidarios son aragoneses…

—Sí, pero viven en Barcelona. Los que mataron al cardenal vinieron de allí, estoy seguro.

—Tienes gente a la que pagamos para tener los ojos abiertos. Quiero saber si alguno de ellos ha puesto un pie en Zaragoza este año: Torres Escartín, Jover, cualquiera de los hermanos Ascaso. Quiero saber si

han estado aquí, aunque haya sido para visitar a sus madres.

—De acuerdo.

—Otra cosa, un chaval rubio, uno al que entrevistamos ayer. Te mandaré su ficha… Lo quiero muerto.

—¿Anarquista?

—Todavía no, pero lo será. Se llama Luis o Martino, no sé. En realidad he olvidado cómo se llama, pero lo quiero muerto.

Valenzuela no disfruta de la comida con Pallás, por muy buena que esté la pularda con uvas. Lo que él quiere es asistir al entierro de algún cenetista.

—Mañana a primera hora hablamos. Quiero resultados.

La segunda entrevista del día es en el despacho del jefe de la policía de Zaragoza, don Pedro Aparicio. Valenzuela no está bajo sus órdenes pero debe guardar las formas y simular respeto.

—No nos interesa una huelga general en Aragón.

—No habrá huelga general. Nadie hará huelga por detener a unos cuantos anarquistas para interrogarlos.

—Han repartido unas octavillas donde amenazan con la huelga.

—Es un farol, no la quieren ahora.

Aparicio no va a entender nada. Ascaso le explicaría que la CNT no quiere que el general Primo de Rivera dé el golpe de Estado del que tanto se habla y acceda al gobierno. Una cosa es que maten a Soldevila, otra que hagan huelga general en Aragón.

—Aquí sabemos cómo hacer las cosas. Pediremos ayuda a la ciudadanía. Alguien habrá visto a los asesinos.

—La ciudadanía no colaborará. Entre ellos y nosotros, la gente los escoge a ellos.

Si el jefe de la policía no ha aprendido eso, es que no ha aprendido nada. Nadie dirá que haya visto a los asesinos. Bastante suerte tuvieron al encontrar a dos chicos de apenas quince años que aún no eran conscientes —ahora lo son— de que deberían haberse quedado callados. Si hablas, siempre hay alguien que quiere que te calles, y te obligará a hacerlo antes o después.

—He venido de Barcelona para colaborar con ustedes. Mi único interés es ayudar a encontrar a los asesinos del cardenal Soldevila.

—El gobernador nos ha dado órdenes de no detener a nadie que no sea realmente autor de los hechos.

—Si fuera por él, todavía estaría suelto Mateo Morral. En la policía en Barcelona creemos…

—Si quiere ayudar, vuelva a Barcelona y no se inmiscuya en las investigaciones.

Si hay algo en lo que Valenzuela está de acuerdo con los anarquistas es en que casi todos los jefes de la policía española son unos incompetentes a los que habría que fusilar. No tendrá más remedio que saltarse las normas, como de costumbre. Valenzuela incurre una y otra vez en la ilegalidad para hacer respetar la ley.

* * *

> El 24 de febrero de 1815, el vigía de Nuestra Señora de la Guarda dio la señal de que se hallaba a la vista el bergantín *El Faraón* procedente de Esmirna, Trieste y Nápoles. Como suele hacerse en tales casos, salió inmediatamente en su busca un práctico, que pasó por delante del castillo de If y subió a bordo del buque entre la isla de Rión y el cabo Mongión. En un instante, y también como de costumbre, se llenó de curiosos la plataforma del castillo de San Juan, porque en Marsella se daba gran importancia a la llegada de un buque y sobre todo si le sucedía lo que al *Faraón*, cuyo casco había salido de los astilleros de la antigua Focia y pertenecía a un naviero de la ciudad.

Paz estaba tan nerviosa el primer día, y lo ensayó tantas veces para no equivocarse, que se aprendió de memoria el primer párrafo de la novela que tenía que leer a los tabaqueros, *El conde de Montecristo*.

Leer novelas a los trabajadores mientras hacen su labor en las fábricas de cigarros es una costumbre que viene de antiguo, del siglo XIX, desde que lo propuso un torcedor de tabaco asturiano. También es el primer trabajo de Paz, a los dieciséis años, y no porque a su familia le haga falta el dinero —ni siquiera cobrará su sueldo, que pasará a engrosar un fondo de ayuda para los compañeros en caso de huelga o necesidad—. Trabajar en los meses de vacaciones escolares es una imposición de Jonás Vidal, su padre —anarquista, trabajador, padre, propietario de una imprenta y canario, en este orden como él siempre dice.

En los ratos libres, mientras otro de sus compañeros continúa la lectura y ella descansa, Paz se fija en las manos de los torcedores, que escogen el tabaco que compondrá la tripa del puro. Después les ve preparar el capote con las hojas más flexibles y resistentes, las que sujetarán la tripa. Se sabe si el torcedor es bueno cuando une tripa y capote y da forma al puro, el *tabaco* como dicen ellos. Después de prensarlo se le pone por encima la capa, una hoja perfecta, con un color uniforme y un brillo inmejorable. Se corta con la chaveta, una cuchilla, en función del tipo de cigarro que se desee. Desde que está en la fábrica, Paz entiende uno de los latiguillos favoritos de su padre cuando habla de los políticos: «A ése se le ha ido la chaveta».

Un tabaquero puede tardar más de veinte años en llegar a convertirse en maestro torcedor. Los aprendices son aún más jóvenes que Paz. Pasan dos años observando el trabajo de los torcedores, barriendo, limpiando, recogiendo y ayudando a escoger las mejores hojas antes de dar forma a un cigarro con sus manos.

Paz nunca ha probado el sabor de un puro habano, pero lo hará esta misma tarde. Ha recogido uno que había salido más corto de lo debido antes de que los aprendices que se llevan los restos, pican el tabaco y hacen cigarros que venden o fuman ellos mismos, se quedaran con él. Lo ha escondido entre sus cosas y se lo va a fumar esta tarde con Irene y Gloria, sus dos mejores amigas, hijas de canarios como Paz, pero no de anarquistas. Ellas no tienen que trabajar. Habrán pasado el día entero aburriéndose en casa y envidiarán las historias que Paz les cuente esta tarde cuando se vean en el Malecón. Normalmente se ven en el Paseo del Prado, pero hoy han quedado en encontrarse en el Malecón, más apartado, para buscar un lugar en el que fumarse el *tabaco*.

—Si no aspiras no se enciende…

—Si le pongo fuego se tiene que encender, ¿no?

—No, así lo quemas. Lo que queremos es fumarlo.

—Anda, hazlo tú.

Gloria e Irene están siempre discutiendo. Al final será Paz la que tenga que coger el puro y encenderlo. Aunque nunca los haya probado, ve a su padre encender uno cada noche; sabe perfectamente

cómo se hace.

—¿Has visto a Álvaro?

Álvaro, pese a que su nombre es español, es un mulato que trabaja como aprendiz en la fábrica. Alto, piel oscura y brillante, ojos verdes, el hombre más guapo que ha visto Paz en su vida. Sus dos amigas no lo conocen, sólo saben lo que ella les ha contado de él.

—El capataz le ha mandado fregar toda la galería. No sé qué habrá hecho.

—Mirarte, seguro.

—Trae el puro, que lo enciendo yo.

Jonás, su padre, siempre usa un pedazo de la lámina de madera de cedro que viene dentro de la caja de los puros. La enciende con el fósforo y la aplica sobre la punta. Paz no tiene madera de cedro, así que usa directamente el fósforo. Su padre le va dando vueltas al cigarro hasta que está quemado uniformemente, después se lo mete en la boca y aspira, y sale una pequeña llamarada cerca de la punta. Luego se lo saca de la boca y sigue con el fuego sobre el puro, mientras le da vueltas hasta que está completamente encendido. Lo que su padre no hace es tener un acceso de tos como el que ataca a Paz.

—Ahggg, está asqueroso.

—A ver, trae.

Irene es la segunda en darle una chupada. No echa humo.

—Esto no funciona.

—No tienes ni idea.

Parece que a Gloria se le da mejor que a sus dos amigas.

—Está rico.

—Cuidado, no te tragues el humo.

—¿Qué pasa si me lo trago?

El juego del puro les da para poco tiempo de diversión. A los diez minutos están las tres mareadas, hartas del humo y de las toses.

—¿No te ha dicho nada Álvaro?

—No, nada.

No les miente, no le ha dicho nada. Pero cuando estaba leyendo, levantó la vista un momento y le vio. La miraba y le sonreía, con esos

ojos verdes, con esos dientes tan blancos… Tiene que encontrar la forma de verse con él sin que su padre se entere.

—¿Vamos al cine el sábado?

—¿Para ver una de indios y vaqueros? Prefiero venir al paseo.

—Qué asco de cine, sólo ponen películas de vaqueros.

—Yo no puedo, voy a la playa.

—¿A la playa? A lo mejor tienes suerte y aparece Álvaro. Si ve cómo te bañas en la playa se enamora seguro.

* * *

—Valenzuela está en Zaragoza.

—Normal. Nos hemos cargado a un arzobispo, ¿a quién van a mandar si no a él? Sabíamos que no tardarían en llegar los buitres a la fiesta.

—Hoy ha comido con Pallás en Casa Lac.

Empiezan los nervios entre los menos acostumbrados a la acción. Siempre es así: euforia mientras se prepara el atentado, temor cuando llega el momento, satisfacción con el resultado, nervios cuando empieza la represión, pánico cuando se desatan las consecuencias. Es entonces cuando hay delaciones y la policía detiene a todos los compañeros que puede. Ascaso no quiere alarmarse ni dejar que se note su inquietud, pero sólo oír el nombre de Valenzuela le provoca desazón: es el más rabioso de los que les persiguen y no suelta la pieza cuando muerde; es comprensible, entre Valenzuela y él, el odio es personal, no tiene nada que ver con la ideología y la ley.

Teóricamente, sólo dos o tres personas saben dónde se han escondido Ascaso y Doménech. Después, siempre aparecen más que lo sabían: alguien lo contó, otro lo vio por casualidad, uno más lo dedujo… Valenzuela es especialista en encontrar el resquicio por el que entrar y descubrirlos. Una semana es el tiempo máximo en un mismo lugar, después hay que cambiar de sitio.

Victoriano Gracia, el secretario general de la CNT en Zaragoza, es uno de los pocos que saben dónde se esconden. Está inquieto, ha presionado al gobierno para que no haya represalias contra los trabajadores, pero sabe que la paz durará poco tiempo, apenas unos

días.

—Quizá fuera bueno que salierais hacia Barcelona antes de lo que teníamos previsto.

—Ahora no se puede. La estación de tren sigue vigilada. ¿Habéis tenido noticias de García Oliver?

—He hablado con él. Me pide que estemos tranquilos.

—Hazle caso. ¿Algo de Durruti?

—Sigue encerrado en San Sebastián, pero tienen que soltarlo, quizá la semana que viene.

Si alguien los delata, no será Victoriano. Ascaso le conoce desde hace seis años, casi siete, cuando entró en el Sindicato de la Alimentación de la CNT. Ascaso tenía sólo dieciséis años y trabajaba en una panadería de la calle del Coso. Victoriano era el jefe del sindicato y se tragó entera la huelga del 17. No será ahora cuando se quiebre. Por muy nervioso que se ponga, aguantará hasta el final. Ha acudido al lugar en el que se esconden Ascaso y Doménech muy temprano, casi de madrugada, después de cumplir con muchas medidas de seguridad para asegurarse de que nadie le seguía. Sólo Ascaso puede departir con él. Doménech no está en condiciones; anoche se acostó borracho.

La convivencia en la casa de las Delicias se ha degradado en apenas tres días. Doménech bebe todas las noches y Ascaso ha tenido que enfrentarse a él para que no cometa imprudencias que les pongan en peligro. También se ha visto obligado a interponerse entre él y Teresa Claramunt para que deje de tratarla como si fuera su criada. Le gustaría que llegara la orden de volver a Barcelona y perderle de vista. Cada vez desarrolla más antipatía hacia él: ha dejado de verle como un compañero; piensa en Doménech como un asesino que lo arrastrará cuando caiga.

A la que respeta cada día más es a la mujer que les acompaña en ese encierro. Teresa es una veterana activista conocida como la *Virgen Roja* barcelonesa. Es de Sabadell, pero vive desterrada en Zaragoza desde 1909, cuando salió de prisión tras los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. Tiene parálisis parciales como consecuencia de las torturas que soportó de manos del tristemente célebre capitán

Portas tras ser detenida en el castillo de Montjuic. Ha sido una de las mayores defensoras de las mujeres trabajadoras dentro del anarquismo y lleva más de treinta años de lucha. Fue una de las encarceladas por la bomba del Liceo en 1893, ha estado desterrada en París y Londres, ha recorrido toda España predicando las ideas libertarias, se han pedido penas de muerte y de cadena perpetua para ella.

Teresa abre los ojos a Ascaso sobre la situación de la mujer: si hay que luchar por la libertad del hombre, mucho más por la de la mujer, anclada en una condición similar a la de un esclavo del siglo XIII, sometida a explotación no sólo por parte de los patronos, a menudo también por parte de sus compañeros. Pese a su vida de destierros, amarguras, prisiones y torturas, Teresa Claramunt es una mujer alegre y bondadosa que rechaza los métodos violentos por los que optan algunos de sus compañeros, en especial los Solidarios. Discute continuamente sobre el tema con Ascaso.

—Se mata a un trabajador que rompe la huelga, un hombre con una familia a la que mantener, equivocado e insolidario, pero libre. ¿Qué ganamos con eso? ¿Qué ganan los obreros con su muerte?

—Nosotros no defendemos esa muerte, sólo la de los verdaderos enemigos de la clase obrera. ¿Soldevila no la merecía?

—No si su asesinato justifica la violencia, no si detrás de él van otros… ¿Merece morir un policía? Tampoco. Los patronos nos obligan a luchar contra ellos. No nos damos cuenta de que somos trabajadores quienes estamos a uno y otro lado de la barricada, los policías y nosotros. Los explotadores lo observan todo apartando los visillos de las ventanas de sus palacios.

Durruti, tan visceral, tan seguro siempre de todo, sabría responderle, nunca duda. Ascaso sí. Ascaso hay días que no sabe si tienen razón. Está convencido de los fines; de los medios, a veces no tanto.

Esa misma noche, la situación se pone aún más tensa cuando Doménech decide, bebido otra vez, que saldrá a dar una vuelta, que no es un niño al que haya que tener encerrado. Durruti le habría pegado un tiro, sin vacilar; Ascaso evita hacerlo a duras penas: apuntándole con la pistola lo mete de nuevo en el cuarto. La

borrachera de Doménech no le impide darse cuenta de que ha estado a punto de morir. Se calla. ¿Cuánto durará así?

Menos de lo que se podía esperar. Teresa Claramunt despierta a Ascaso por la mañana para decirle que Doménech ha desaparecido. La puerta de la calle está cerrada con llave, como él la dejó; el catalán salió por la ventana.

Hay una clave para poner en marcha el cambio de planes en caso de emergencia, una llamada a un número de teléfono y un mensaje: «Visita a madre en casa».

* * *

Valenzuela tiene la suerte de ser de los primeros que se enteran de que Doménech ronda la estación de tren de Zaragoza el sábado a primera hora. Uno de los hombres de Pallás lo ha visto y le han avisado antes de que la policía de Zaragoza lo localizara. Valenzuela dictará las leyes.

Conoce los métodos de los anarquistas. Si había alguien más con él se habrá cambiado de escondite y Doménech desconocerá el nuevo, no servirá de nada torturarle, no le sacarán la información porque no la tiene. Es mejor dejarle coger el tren, seguirle a donde vaya y ver qué encuentran. Echar el cebo y esperar a que piquen.

Los dos viajan en el mismo tren. Valenzuela observando, Doménech sin tomar ni las más elementales medidas de seguridad. Está descontrolado, se mueve, bebe de una petaca; el policía ha encontrado un buen lugar de pesca.

El viaje de Zaragoza a Barcelona demora algo más de seis horas. Doménech oscila entre el nerviosismo y el sueño. Pasa largos ratos dormido. Eso tranquiliza a Valenzuela: nadie duerme si es consciente de que su enemigo le observa. En algunos momentos, sospecha que el terrorista no puede ser tan descuidado; quizá se trata de una celada para hacerle aparecer y tener oportunidad de matarlo. Valenzuela no es estúpido, está convencido de que los Solidarios atentarán contra su vida en cuanto puedan hacerlo. Tantas ganas tiene él de ver muerto a Ascaso como a la inversa.

En Barcelona sus compañeros habrán sido avisados de su llegada

siguiendo a Doménech. No tiene forma de ordenarles que se limiten a acompañarle sin intentar detener al anarquista, pero confía en que actuarán así por instinto. Está seguro de que el catalán les pondrá en bandeja algún pez gordo, tal vez algún miembro de los Solidarios.

No ve a nadie conocido al bajarse del tren pero sabe que, entre los hombres que deambulan por la estación, hay varios compañeros suyos. Teme que otros esperen a Doménech. En cualquier momento pueden empezar los tiros y producirse una escabechina. Acaricia su pistola, una Star como la de sus enemigos. Está preparada, montada, lista para ser usada, escondida en la cintura del pantalón.

Se mantiene a escasos metros de Doménech. El terrorista no muestra una actitud vigilante, ni siquiera mira a los lados; si está intentando engañar a Valenzuela, es el mejor actor del mundo. Entra directamente en el café de la estación. Toma, en dos tragos, dos copas de coñac seguidas. Un hombre con sombrero y traje oscuro aprovecha el momento para acercarse a Valenzuela.

—Ése es Francesc Doménech, ¿no?

—Sí. Es uno de los que mató a Soldevila.

—¿Lo detenemos?

—No, le seguiremos para ver adónde nos lleva. Habla con tus hombres para que se cuiden de que no los descubra antes de tiempo.

Doménech está dando cuenta de la tercera copa de coñac.

—Tal como va de borracho, creo que no los descubriría aunque llevaran uniforme de gala.

Más relajado, Valenzuela distingue a algunos de los policías que tratan de pasar desapercibidos. Hay uno lustrándose los zapatos en el café, otro simula leer *La Vanguardia* sentado en un banco, un tercero consulta los horarios de trenes.

Cuando Doménech sale a la calle, todos se ponen en marcha tras él. Es el momento más complicado. Si no hubiera bebido tanto se daría cuenta de que le siguen. Llega a Las Ramblas, deja atrás la estatua de Colón, en el Portal de la Paz, continúa hasta la calle del Conde del Asalto y dobla a la izquierda, camino del Raval. Pasa junto al palacio Güell, pegado a los arcos de piedra caliza. Por un momento dudan de si pretende entrar, pero sigue adelante; supera la comisaría del

Distrito V…

Todos creen que el anarquista, incluso borracho, tendrá la precaución de dar un rodeo antes de llegar a su destino. No es así; Doménech entra en uno de los últimos portales de Conde del Asalto antes de desembocar en el Paralelo. Sus perseguidores se reúnen en la esquina.

—Tercer piso. ¿Esperamos o entramos?

—Entramos. A Doménech lo quiero vivo. Tiene muchas cosas que contarnos.

Valenzuela hace gala de ir siempre en cabeza, sin esconderse, cuando se trata de intercambiar presentes con los cenetistas. Derriba la puerta de una patada y entra pistola en mano. Reconoce de inmediato al hombre que intenta sacar su arma: es Javier Landíbar. Le dispara a las piernas, pero uno de los policías que ha entrado con él tiene menos sangre fría y apunta al pecho. Cae muerto. Es una pena: Landíbar era navarro, como el coronel Arlegui; seguro que al jefe de la policía de Barcelona le habría gustado encargarse personalmente de su paisano.

Francesc Doménech, con los sentidos menos despiertos, no alcanza a defenderse; no hay ni que dispararle, está esposado antes de desenfundar. Dos policías más han entrado en la casa.

—No queda nadie dentro; uno se ha escapado por la ventana.

—¿Le habéis reconocido?

—No, sólo le vi de lejos saltar a la azotea del edificio contiguo. Podría ser Suberviela, pero no puedo afirmarlo.

—Gracias.

Se acerca a Doménech, está esposado.

—Sabes que si no te matamos nosotros te matarán los tuyos. Lo sabes, ¿no?

—No voy a contar nada.

—Verás como sí.

El policía que manda entre los que le han ayudado se llama García.

—García, llévaselo a López Mahón. Dile que después hablo con él para resumirle lo que quiero que este pájaro nos cante.

López Mahón es casi tan eficaz como el capitán Portas, del que fue

discípulo, y es el más destacado de sus herederos. Valenzuela confía en él; todo lo que Doménech sepa, López Mahón se lo entregará redactado en un informe en menos de dos días.

Mientras llevan a Francesc Doménech a ser interrogado por López Mahón, Valenzuela se va a ver a su mujer y a su hija, Rosa y Rosita. Aunque sólo haya estado cinco días fuera de casa, las echa de menos. No le dio tiempo a comprarle nada a ninguna de ellas en Zaragoza por lo precipitado de su salida. Compra en Las Ramblas un perfume francés, el favorito de su esposa; a ella le dirá la verdad sobre el lugar en el que lo ha adquirido. Después camina hasta la calle de Petritxol, entra en una juguetería a comprar una muñeca más —tiene cerca de cuarenta y no se cansa— para Rosita. Escoge una que lleva el pañuelo típico de maña en la cabeza. Un tranvía le lleva hasta su casa del barrio de Gracia.

Rosa siempre se ríe de sus elecciones porque Rosita sólo tiene tres años y aún no distingue si la muñeca que le lleva su padre viene de uno u otro sitio, pero Ernesto Valenzuela está convencido de que la niña aprecia que cada una sea distinta y que él se acuerde de comprársela vaya a donde vaya.

* * *

Tras la llamada telefónica con la contraseña, pasaron apenas diez minutos hasta que un coche se detuvo en la puerta de la vivienda del barrio de las Delicias en la que sólo permanecían Ascaso y Claramunt. Les llevaron a una cochera en el centro donde cambiaron de vehículo, y repitieron la operación en otra del barrio de las Fuentes. Finalmente, pararon delante de un edificio en la Almozara, con vistas al Ebro. En el segundo piso había una pensión; en el tercero, el lugar donde se quedarían escondidos unos días, hasta que se supiera si Doménech había sido detenido o hasta que fuera seguro salir de Zaragoza. De nada han servido los cinco días de reclusión hasta la fecha, tras la decisión de Doménech de abandonar la casa en la que se guarecían.

Ahora mucha más gente sabe dónde están. Ascaso, pese a estar dispuesto a acatar las órdenes que le llegan, preferiría ocultarse en otra ciudad, llegar a Valencia, tal vez a Madrid, y más aún cuando a la

mañana siguiente les llega la noticia de la muerte de Landíbar y de la detención de Doménech. Poco tiempo pasará antes de que llegue también la noticia de la muerte de su compañero; sin duda le aplicarán la ley de fugas. Valenzuela, a estas alturas, debe de tener toda la información que necesita: que Francisco Ascaso mató a Soldevila, que se esconde en Zaragoza, que con él está Teresa Claramunt.

La tensión puede con Teresa, cuyo estado físico empeora hasta casi no poder moverse, y debe guardar cama. Por lo menos, Ascaso se entretiene haciéndose cargo de la casa y de la enferma. Son tan pocas las opciones que tiene que no le conviene perder demasiado tiempo en analizarlas una y otra vez.

La visita de su hermano Domingo es lo que menos le puede tranquilizar en esta situación. No porque no confíe en él —todo lo contrario, es uno de los miembros de los Solidarios—, sino porque ve aumentar la cantidad de gente que conoce su paradero. Todo lo que se está haciendo parece destinado a que él acabe en la cárcel por el asesinato de Soldevila. Ni la coartada que han buscado por si le detienen le servirá. En teoría, tendrá casi veinte testigos que afirmarán haberle visto en San Sebastián visitando a Durruti, habrá funcionarios de la prisión que lo asegurarán, tendrá facturas de hotel y de restaurantes de San Sebastián de esas fechas y una foto en la playa de la Concha. Ni en eso confía Ascaso después de la detención de Doménech.

Intenta hablar con el secretario de la CNT. Pide que le pongan en contacto con García Oliver, que está en Barcelona. Quiere explicarle que cree que corre más peligro escondido en Zaragoza que procurando salir de la ciudad. Ninguno de sus intentos da frutos. No piensa mal de sus compañeros, pero están equivocados. Sólo espera no tener que echárselo en cara cuando vayan a verle a prisión.

El día 13, su amigo Inocencio Pina, un anarquista en cuya casa se conocieron gran parte de los Solidarios, es detenido, junto con dos compañeros, tras un tiroteo en el que muere un policía de la Brigada Social. Está en la cárcel de la calle Predicadores. El cerco se estrecha y no le extrañaría encontrarse allí con él.

Aparece también el cadáver de un muchacho rubio de quince años, Martino Doncel. Era uno de los chicos que los vio huir el día del atentado del cardenal. Los periódicos apuntan hacia los anarquistas como sus asesinos, pero Ascaso pregunta y éstos le aseguran que no han tenido nada que ver con esa muerte. Aun así, la policía detiene a algunos de ellos como sospechosos.

Los días pasan aburridos, monótonos, iguales unos a otros. Ayudado por su pequeño diccionario de francés, Ascaso intenta concentrarse en la lectura de la *Filosofía de la miseria*, de Proudhon, pero no lo consigue. Aunque le avergüenza reconocerlo, preferiría que dejaran de llevarle libros libertarios y que se les ocurriera hacerle llegar alguno más entretenido, Julio Verne por ejemplo; siempre le gustó Julio Verne.

Si en el piso hubiera un horno, aunque fuese pequeño, amasaría pan para cocerlo en él. Cuando tenía nueve años y empezó a trabajar con su padre, le asombraba hacer pan, se empeñaba en que llevaran a casa el que él había hecho, que su familia se alimentase con sus hogazas. Quizá algún día pueda volver a amasarlo con sus manos.

Ascaso es un hombre de acción, no está hecho para ver el Ebro desde la ventana. El río fluye siempre igual, sin novedad, y él a veces olvida que eso es lo mejor que le puede pasar a un río.

* * *

Valenzuela no tiene el menor interés en saber cómo consiguió López Mahón sacarle a Francesc Doménech la información que buscaban —le basta con leer las conclusiones en el informe que le ha preparado: seis páginas mecanografiadas, sin faltas de ortografía, con un lenguaje florido y rebuscado—, pero quiere tener contento a López Mahón para que atienda sus encargos con prioridad absoluta. Por eso, cuando tiene que recibir el resultado de su trabajo, le cita en el Café de las Set Portes, en los Portics d’en Xifré. Allí comen, beben un buen vino y juegan al billar. Durante la partida, López Mahón le contará los detalles del interrogatorio, los que no ha dejado por escrito.

López Mahón es un virtuoso, un enamorado de su labor. Siempre empieza por decir que cada interrogado necesita su propio método.

—Los hay que aguantan los golpes hasta la muerte y sin embargo no soportan que les metan la cabeza bajo el agua; otros tienen que permanecer solos un par de días, otros temen las quemaduras… Cada uno es distinto.

Valenzuela sabe cómo romperían su silencio: con amenazas a su hija, a Rosita. Haría lo que fuera para que a ella no le pasara nada. Teme algo que oyó decir una vez a un detenido: «Vamos a llevar el terror hasta la cuna de tu hija». Lo mató a tiros, sin contemplaciones; ni siquiera esperó a que delatara a sus compañeros.

Doménech se derrumbó cuando vio a su madre. Sólo hubo que llevar a la señora al castillo de Montjuic y dejar que él la viera. Hasta ese momento, Doménech había soportado en silencio los golpes, los objetos punzantes, el fuego y otras prácticas que López Mahón no menciona a sabiendas de lo desagradable que sería escucharlas en un lugar respetable como el que los acoge. Fue llevar a su madre, sentarla en un banco a la sombra, sin tocarla, asomar a Doménech a la ventana y avisarle de que ella pasaría por lo mismo que él, exactamente las mismas torturas, y cantó lo que está en los papeles que le entrega el verdugo.

—¿Y el detenido?

—Lo hemos mantenido con vida, por si quieres algo más.

—No hace falta, dejadlo morir.

López Mahón gana la partida de billar sin problemas. Valenzuela no consigue concentrarse; está deseando quedarse a solas para leer el contenido de la última confesión de Francesc Doménech.

* * *

Paz no conoce la isla de La Palma, la tierra de su padre. Hace muchos años, desde que Perla, su madre, les abandonó, las noches que Jonás no sale, a su hija le gusta sentarse con él mientras se enciende su cigarro habano y con su acento melodioso, muy parecido al cubano, le habla de su infancia, de su juventud, de Tazacorte, el pueblecito canario en el que nació, de su llegada a La Habana…

Paz se imagina escribiendo un día la historia de su familia, de las plantaciones de azúcar iguales a las cubanas pero situadas a muchos

kilómetros de allí, de las fiestas de San Miguel tal como se las cuenta Jonás, con los mozos bailando por las calles con caballos hechos de caña y tiras de papel coloridos, o del cultivo de la cochinilla, un hongo de las chumberas del que se extraía el carmín que servía para teñir las telas que dio de comer a toda la isla durante décadas.

Pero en la infancia de su padre la cochinilla ya pertenecía al pasado —en los laboratorios se habían encontrado métodos más baratos para dar color a las telas— y La Palma perdía su medio de vida. Los vecinos pensaban otra vez en emigrar a Cuba, como hicieran sus antepasados durante siglos: emigrar, triunfar y volver, fracasar y morir sin haber vuelto a ver a tu familia y tu casa.

Su padre le cuenta que los últimos años del siglo anterior fueron muy duros en su tierra, que sólo el trabajo en los grandes latifundios dedicados al cultivo de tomate y plátano, propiedad de los ingleses, evitó que un hambre atroz asolara la isla. Una vez hundidos los precios del azúcar y de la cochinilla, cuando la única forma de subsistencia eran los congrios, morenas, cazones o pejegallos que daba el mar, las empresas inglesas llegaron cargadas de dinero y compraron las propiedades a precios irrisorios. Los vecinos, hartos de pasar privaciones, les vendieron sus tierras y entraron a trabajar para ellos en condiciones cercanas a la esclavitud. España, la potencia colonial que aún poseía territorios como Cuba, Puerto Rico o Filipinas, estaba siendo colonizada dentro de sus propias fronteras por el Imperio inglés.

Paz no ha conocido la pobreza. Ella se ve a sí misma llegando a Tazacorte como su padre le cuenta que llegaban los viejos indianos, los que habían triunfado al otro lado del mar, con sus trajes blancos, sus sombreros elegantes, sus puros habanos entre los dedos. Imagina a los niños escuchando las historias que los recién llegados de Cuba les contaban a sus mayores, mientras invitaban a una copa de ron canario en el café. Casi es capaz de ver a su padre con sus dos mejores amigos, Calixto y Román, repitiendo lo que han escuchado, exagerándolo un poco más cada vez.

A Calixto le conoce. Le ve una vez al año en el Centro Cubano. Su padre le ha contado su historia: cuando tenía catorce años le llegó una

carta de su tío invitándole a viajar a La Habana, un sueño. Ahora es propietario de una importante tienda de telas, un hombre rico. A Paz le extraña verle a él y a su padre abrazarse con afecto; son tan distintos, Jonás es tan distinto de cualquier otro de sus amigos…

De Román no sabe nada, sólo que eran inseparables y que nunca abandonó La Palma. Jonás no le ha contado que está en La Habana, que ella ha nacido cubana por su causa, porque se vio obligado a ayudar a su amigo.

Román empezó a trabajar en una de las fincas de los ingleses a los trece años. El capataz de la finca era Graham Holl. No era de los peores. Todo lo contrario: era de los pocos ingleses que se tomaba un ron con los trabajadores canarios, que intentaba expresarse en castellano, que daba un donativo en las fiestas para que hubiera bebida y músicos. El mismo Jonás había charlado alguna vez con él y lo encontraba agradable y simpático.

Pero no sólo era agradable con los vecinos, también con las vecinas… Ascensión, la novia de Román, guapa, morena, con grandes pechos, no era indiferente a su cabello rubio, a sus ojos azules, a su porte varonil sobre el caballo. Román los encontró en la situación más indecorosa que podía imaginar: su novia, con la que ya había hablado de boda y de tener hijos, estaba arrodillada delante del capataz; huelga decir qué hacía en esa postura. Román ni se lo pensó. Si lo hubiera hecho, tal vez no habría pasado lo que pasó: cogió una piedra y golpeó con ella repetidas veces la cabeza del inglés. Ascensión lloraba en silencio a su lado, convencida de que ella sería la siguiente, pero cuando su novio vio que el rostro del hombre que había mancillado su honor resultaba irreconocible a causa de los golpes, se quedó satisfecho. Se casaron meses después y nunca han desvelado —ni siquiera han comentado entre ellos— lo que sucedió aquella noche.

Román sólo podía confiar en Jonás. Fue a buscarle a su casa y le relató lo ocurrido. Jonás se dio cuenta de que su amigo no podría escapar de los ingleses huyendo a pie a través de la isla e ideó un plan: esconder el cadáver y organizar la fuga en un barco de pescadores para el día siguiente. Subieron al muerto en su propio caballo y lo llevaron hacia el Barranco de las Angustias para buscar algún lugar en

el que enterrarlo. Era de noche y han pasado muchos años. Jonás no sabría explicar con fidelidad lo que pasó, sólo que todo salió mal. Aparecieron dos policías locales de Los Llanos también a caballo, Román se escondió, a Jonás le dieron el alto, dejó caer el cuerpo del inglés y huyó. Sin saber muy bien cómo, se encontró montado a caballo y fugitivo de la justicia. El día siguiente sería acusado de la muerte de Graham Holl y Román volvió a su casa como si no hubiera tenido nada que ver con el asunto.

Después de dos días vagando por la isla, Jonás llegó a Santa Cruz de La Palma hambriento, sucio y sin dinero, pero decidido. Subió como polizón en un barco que le llevó a Santa Cruz de Tenerife. Nunca más pisaría la isla de La Palma.

Paz no ha oído nunca el nombre de Graham Holl, pero sin su muerte es posible que no hubiera existido.

* * *

Francisco Ascaso intenta fugarse por la ventana cuando unos golpes en la puerta le despiertan. No hace falta esperar a que la derriben para saber que quienes llaman con tan poca delicadeza son policías. En los días que ha pasado en la casa, ha estudiado cómo podría huir en caso de que llegara este momento. No ha contado con la escasa resistencia del tubo de desagüe por el que pretendía trepar para llegar a la azotea del edificio colindante. El tubo se desprende y tiene suerte de agarrarse al balcón y no caer al vacío desde ese alto tercer piso.

Debe de ser su día de suerte porque, aunque Valenzuela esté allí, los policías que le detienen, tras ayudarle a encaramarse de nuevo al balcón, son locales. Irá a la cárcel de Predicadores, en Zaragoza, no al castillo de Montjuic en Barcelona. Será interrogado por gente de su tierra, no por el famoso López Mahón.

Tiene que resistir; sus compañeros saben que ha sido detenido y no se olvidarán de él. Ascaso es consciente de lo que le espera y siente que está preparado para soportarlo sin delatar a nadie.

A Teresa Claramunt la han sacado también de la cama, sin consideración por su estado físico. Ascaso está muy preocupado por ella pero sabe que esa mujer ha sobrevivido a momentos mucho

peores que éste. Ayer mismo, ella se lo prometió: no piensa morirse hasta haber visto triunfar la revolución.

Valenzuela y él por fin vuelven a estar frente a frente, se miran a los ojos. Si estuvieran en Barcelona, el policía no tendría compasión: Ascaso no saldría con vida de esa casa. Los dos están muy cambiados.

—Pachín Ascaso…

—Ya nadie me llama así.

—Pero nos dejarás hacerlo a los viejos amigos.

La última vez que se vieron, la situación era completamente distinta: tenían diecisiete años, Valenzuela salía de una comisaría, había sido interrogado de la misma forma que a él le gusta ahora hacerlo, y Ascaso, que había acudido a la puerta a recibirlo, admiraba que hubiera sabido permanecer en silencio. Sin embargo, Ernesto no se alegró al verlo; evitó la mirada de su amigo Pachín. Después sólo odio, años de odio hasta su reencuentro.

—Nos veremos. Iré a visitarte a la cárcel.

—Supongo que es imposible evitarlo.

—¿Ya no quieres verme? Qué pena. ¿Qué fue de nuestra amistad?

Sólo queda ironía, odio y sarcasmo entre los que fueron amigos íntimos y ahora son enemigos a muerte.

* * *

Uno de los momentos más peligrosos para un preso anarquista en la España de los años veinte, la del pistolerismo, es el de la salida de la prisión. Está desarmado y no sería la primera vez que los asesinos a sueldo del Sindicato Libre aprovecharan el momento para ejecutarlo. Hay que prepararlo todo bien para protegerlo. Los anarquistas barceloneses han tenido que desplazar a algunos de los suyos hasta San Sebastián, además de contar con la ayuda de los compañeros locales, para recibir fuera de la cárcel a uno de sus líderes: Buenaventura Durruti. García Oliver ha acudido personalmente a su puesta en libertad.

Dos coches negros están atravesados para que ningún vehículo entre en la calle que da a la puerta principal de la prisión; así evitan que se pueda pasar a toda velocidad disparando. Otros sindicalistas armados

vigilan desde las esquinas para que nadie se acerque y atente contra el líder.

Si la policía les impidiera quedarse, harían una seña al preso para que no saliera hasta que pudieran formar un escudo a su alrededor. A veces, son los mismos policías los encargados de atentar contra ellos.

Buenaventura no lo ve, pero conoce de otras veces el esquema que tienen que montar sus compañeros; él también ha tenido que hacerlo. Se queda junto a la puerta hasta que Oliver le indica que puede salir.

Buenaventura Durruti y Joan García Oliver se abrazan al verse. La idea de Durruti es pasar un par de semanas con la familia en León; así se lo ha prometido en una carta a su madre hace apenas dos o tres días. De los tres máximos responsables de los Solidarios, sólo falta Francisco Ascaso. Durruti lo echa inmediatamente de menos.

—¿No ha venido Francisco?

—Lo detuvieron ayer. Está en la cárcel en Zaragoza. Han matado a Doménech y a Landíbar. Suberviela se escapó por los pelos.

—Tenemos que sacarlo.

—¿No vas a León?

—No, vamos a Barcelona. Tiempo habrá para ir a León.

2

Barcelona, verano de 1923

Para los Solidarios, cada día que pasa es más difícil reunirse: la policía los persigue, los pistoleros de la patronal los amenazan, pasan temporadas en la cárcel, la prensa publica sus fotos… Señal de que cumplen los objetivos que se impusieron cuando el grupo se creó hace un par de años.

Todos recuerdan el pasado. No hace tanto tiempo que los anarquistas sólo recibían golpes sin capacidad de defenderse. Desde que los compañeros llegados de Zaragoza se unieron a los catalanes en los locales de la CNT del ramo de la madera, en la calle de Sant Pau, la situación ha dado un vuelco. Se acabaron las venganzas individuales y los atentados románticos. Ahora están organizados: son los justicieros y los vengadores de la clase obrera en toda España.

Necesitaban dinero y lo consiguieron con dos grandes atracos: el del pagador del Banco de Bilbao en la carretera Bilbao-Éibar y el de los empleados del ayuntamiento de Barcelona en la esquina de Ferrán con Las Ramblas. Cuatrocientas mil pesetas con las que se ayudó a los trabajadores en huelga, se pagó a los abogados, se compraron pistolas, se montó un taller para fabricar bombas de mano y se habilitaron depósitos de armas por todo Barcelona.

Los efectos ya se han hecho notar, el Sindicato Libre está prácticamente disuelto, muchos de sus pistoleros han huido de Barcelona, y su líder, el barón de Köening, ha sido deportado.

Sus grandes enemigos, el general Martínez Anido y el coronel Arlegui, no han muerto pero han sido depuestos de sus cargos al descubrirse que habían preparado un simulacro de atentado contra sí mismos del que saldrían ilesos para justificar la represión contra los anarquistas.

A cambio de tantos éxitos, la vida de algunos compañeros se ha truncado; otros muchos no podrán ocuparse más en sus profesiones. Los Solidarios no olvidan que son obreros y que su destino es trabajar; dedicarse al sindicato es sólo el precio que deben pagar por haber nacido en un país tan injusto. Sus vidas personales han quedado suspendidas, quizá para siempre. Durruti se lo recuerda a los demás cuando nota el cansancio general: renuncian a todo menos a la victoria.

Los convocados a la primera reunión en la que estará el leonés tras su salida de prisión tienen que seguir importantes normas de seguridad. Llegan de dos en dos por itinerarios marcados, con la obligación de comprobar que nadie los sigue, hasta una nave industrial del Paseo del Taulat, cerca de la rambla de Poble Nou. La han escogido porque se puede acceder a ella desde tres calles distintas, recorriendo otras naves industriales. Evitarán así que en la entrada se concentren las quince personas, doce hombres y tres mujeres, que han sido avisadas. Deben llegar con intervalos de cinco minutos entre una pareja y la siguiente.

Los últimos en dirigirse hacia la nave son Joan García Oliver y Buenaventura Durruti. Vienen desde la Barceloneta, por el camino del Cementerio, hasta el lugar de encuentro. El mar está calmo, sin olas, es como una laguna.

—Me gusta el mar así. En San Sebastián, las olas batían contra los muros de la prisión y no podía dormir. Me desespera y a la vez me atrae: de niño soñaba con ver el mar; en León no podíamos ni imaginarlo.

—Seguro que los ricos sí podían.

—Los ricos tenían casa en Ribadesella.

Pasan algunos minutos de las siete de la tarde y la temperatura es agradable. El día no ha sido muy caluroso, pese a que últimamente la

ciudad era un horno. Aun así se quitarían de buena gana las chaquetas, pero necesitan ocultar con ellas las pistolas que llevan en la cintura de los pantalones: García Oliver una, Buenaventura Durruti dos, según su costumbre. Da la sensación de que son obreros que vuelven a casa después del trabajo, de que pararán en cualquier momento a beber un vaso de vino en una taberna. Sólo la estatura del leonés, casi un palmo por encima de la de cualquiera de sus compañeros, llama un poco la atención.

Durruti nunca deja de pensar, de trabajar para el grupo; para él, el trayecto no es un paseo sino una oportunidad de hablar de cosas que no debe escuchar nadie más. En el anarquismo llegará el día en que no existan las jerarquías, pero de momento ellos dos, junto con Ascaso, son los jefes.

—¿Hemos sabido quién le dijo a la policía dónde se ocultaba Ascaso?

—No, no sabemos nada. Al final demasiada gente conocía el escondite.

—No podemos fallar así. ¿Tenemos un infiltrado?

—Supongo que tenemos muchos, ellos también tienen infiltrados nuestros… Quiero pensar que los Solidarios estamos limpios pero no me fío. Me preocupa qué más puede saber Valenzuela.

—¿Los depósitos de las armas están seguros?

—Sí, de eso Doménech no sabía nada, nada pudo decir. ¿Me vas a revelar dónde están los Máuser?

—Cuanta menos gente esté al tanto, mejor.

Poco antes de la entrada en prisión de Durruti, descargaron en el puerto la mercancía de un barco uruguayo: ochenta fusiles Máuser argentinos de 1909, el mejor fusil conocido, mejor que el original alemán, dispuestos para el lejano día en que haya que levantarse definitivamente en armas contra el gobierno. Pocos conocen su paradero: un nicho en el mismo cementerio que ahora bordean.

En el barrio de Poble Nou, casi quince años después, se ven señales de la Semana Trágica: el antiguo convento de los franciscanos incendiado, lo mismo que el Patronato Obrero de San José y el colegio de los maristas. Durruti y García Oliver no participaron en aquellos

días sangrientos y gloriosos —eran aún niños—, pero han oído hablar de ellos toda su vida.

Los anarquistas, el pueblo de Barcelona, se levantaron en el verano de 1909 contra la movilización del ejército para la guerra de Marruecos. El gobierno de Maura decidió que tenían que incorporarse al ejército los reservistas que no pudieran pagar seis mil reales. Un obrero ganaba diez al día; es decir, sólo los ricos se librarían de la guerra, mientras que los pobres partirían al matadero del Rif. Las Damas Blancas, mujeres de la alta sociedad, las mismas que disponían de dinero para que sus hijos no acudieran al frente, se presentaron en el puerto de Barcelona para despedir a los primeros expedicionarios con estampas religiosas y escapularios con los que evitar las balas enemigas. Provocaron la indignación de aquellos hombres desesperados y de sus familias. La noticia del Desastre del Barranco del Lobo, donde murió gran parte del primer contingente de trabajadores catalanes a los pocos días de llegar a Marruecos, terminó de encender la mecha. La reacción fue unánime: durante una semana ardieron más de ciento veinte edificios, ochenta de ellos religiosos; murieron más de cien civiles, tres sacerdotes y ocho policías, y cerca de medio millar de ciudadanos resultaron heridos. Se detuvo a mil setecientas personas: unas fueron condenadas al destierro, otras a penas de cárcel, sesenta a cadena perpetua; cinco supuestos cabecillas fueron ejecutados en el castillo de Montjuic, entre ellos Ferrer i Guardia, el fundador de la Escuela Moderna, acusado de levantar a la gente contra las autoridades; poco importó que se demostrara que ni siquiera estaba en Barcelona.

Las cosas han mejorado poco desde entonces, habrá más semanas, meses y años trágicos. Las prisiones volverán a llenarse de anarquistas.

—¿Has tenido noticias de la cárcel de Zaragoza?

—Sí, Pina y Ascaso están juntos. Están bien, dentro de lo que cabe. Hay muchos compañeros y los comités propresos de Zaragoza se ocupan de ellos.

—¿No han tenido noticias de Valenzuela?

—Sí. Estuvo allí. Pero ya sabes cómo es el maño… Salió diciendo que Valenzuela era un blando y que tuvo que contenerse para no

arrearle un par de tortas.

Durruti sonríe al pensar en su amigo. Nadie, al ver su enjuto aspecto físico, lo imaginaría tan entero cuando las cosas se ponen feas.

Se conocieron en Zaragoza en 1920 y desde el primer momento supo que se harían amigos porque se complementan: donde no llega el uno, lo hace el otro. Ascaso es analítico donde él arrojado, precavido donde él impulsivo, desconfiado donde él abierto; a Francisco Ascaso se le dan bien los planes y a él las personas. Cada uno puede confiar en el otro tanto como en sí mismo.

Cuando Durruti y García Oliver entran en la nave, el resto de los compañeros están reunidos, con gesto serio pese a la alegría de ver libre al leonés. No es desánimo, tampoco miedo; es el peso de la responsabilidad. Son quince pero faltan muchos, los muertos y los presos.

Tras ellos llega un invitado especial, el único que entra sin pareja, un rostro nuevo al que sólo conoce García Oliver: Alejandro Sancho, un capitán del Ejército que colaborará con el grupo en calidad de asesor. Asiste para informarles de la situación dentro del Ejército: muchas veces, las tropas han salido a la calle y han confraternizado con los sindicalistas, pero los mandos están atentos para impedir la propaganda subversiva en los cuarteles y no se debe contar con que eso vuelva a suceder.

Según Alejandro Sancho, el golpe de Estado que todo el mundo espera, el que situará en el gobierno al general Primo de Rivera, está a punto de producirse y cuenta con el beneplácito de Alfonso XIII. El monarca se muestra deseoso de tener un ejecutivo de corte fascista, al estilo del de Mussolini en Italia.

—Al Borbón le gustaría ser él mismo el dictador y cazar anarquistas en vez de patos…

La imagen despierta sonrisas pese a la gravedad del momento. Son conscientes de que, en cuanto Primo de Rivera consiga su objetivo, la situación será peor. El capitán Sancho está seguro de que el general Severiano Martínez Anido será el nuevo ministro de Gobernación, un puesto superior al que le permitió ejercer de forma tan cruel la represión en Barcelona.

La CNT pasará por momentos difíciles y los Solidarios serán aún más perseguidos si las previsiones de Sancho son certeras.

—Entonces tenemos que darnos prisa y concluir lo que más tarde no podremos hacer.

Aunque las dificultades sean máximas, Durruti no quiere que cunda el desánimo: liberar a Ascaso y a otros compañeros presos, armarse, preparar una huelga que reciba al nuevo gobierno…

—Para todo eso hace falta dinero.

—El dinero está en los bancos.

* * *

Francisco Ascaso no se queja del trato que ha recibido desde que fue detenido. No es que no tenga motivos —los tiene: celda de castigo, aislamiento, palizas—, pero eso es lo habitual durante la primera semana y no ha sido tan duro como otras veces gracias a que sus compañeros del sindicato hicieron una gran campaña en prensa exigiendo que fuera sometido a un juicio justo y provocando que políticos de todos los partidos de izquierdas se interesaran por su caso y su situación.

Ha recibido visitas de su familia en las que le han hecho llegar algunos mensajes. Esperaba en especial el de Durruti, y no ha podido ser más alentador: «No pidas ropa de abrigo, te sacaremos antes de que llegue el frío».

También tiene noticias de Teresa Claramunt. Está en la cárcel de mujeres; no es libre pero su salud ha mejorado. Pese a su fragilidad, es una luchadora. Está seguro de que cumplirá su sueño de ver triunfar la revolución.

En la cárcel de la calle Predicadores de Zaragoza son más de doscientos los anarquistas que están en la misma situación que él; algunos llevan dos o tres años presos, sin juicio, como si la justicia se hubiese olvidado de ellos. Los conocía a casi todos al entrar. Le han informado de la presión policial tras los interrogatorios a Doménech.

—Contó todo lo que sabía. Era un cobarde.

Ascaso conoce la fama de López Mahón, sabe que hablar no es señal de cobardía: unos lo hacen y otros aguantan. Si a él le toca

encontrarse algún día con el torturador, espera ser de los que aguantan.

A Valenzuela le vio el día de la detención, pero hasta casi un mes después no ha recibido la visita con la que el policía le amenazó.

—Hombre, Pachín, tenía ganas de verte.

Su amistad se remonta a muchos años atrás, cuando sus amigos y su familia le llamaban Pachín. Cuando Ascaso llegó a Zaragoza desde su pueblo, fue la primera persona a la que conoció. El padre de Ernesto, Laureano Valenzuela, un viejo anarquista, vivía con sus dos hijos en el piso más alto del edificio al que fue a parar la familia Ascaso. Fue él quien les ayudó a instalarse, quien consiguió trabajo para su madre, quien impidió que los tres hermanos pasaran hambre aquellos primeros días.

—No puedo decir lo mismo; yo no tenía ningunas ganas de verte a ti.

—Te estás haciendo famoso. Me decían que te habías convertido en un dandi, veo que exageraban.

—Me pasa lo mismo contigo: todo el mundo dice que eres un perro rabioso, pero debo reconocer que tienes buen aspecto y que llevas un traje bien cortado.

—Son las ventajas de tener fondos para combatiros. Si vosotros no existierais, el sueldo no me llegaría para nada.

—Me alegro por ti entonces.

Pachín y Ernesto hacían juntos los recados que les encargaba Laureano, quedaban en los ratos libres, compartían lecturas, acudían a las fiestas y reuniones anarquistas, eran inseparables. Ahora desean matarse el uno al otro.

—¿Un cigarro?

—Claro. Ni te imaginas lo malo que es el tabaco que nos dan aquí.

Los dos sacan sendos cigarros del estuche que ofrece Valenzuela. Permanecen en silencio mientras los encienden.

—¿Cubano?

—Sí. Aunque sólo fuera por los cigarros, deberíamos haber mantenido la colonia.

—Sabes que el colonialismo va contra mis principios.

—¿Los puros no?

—No, los puros no.

Fuman en silencio, sin dejar de observarse. Ha pasado mucho tiempo desde la tarde en que detuvieron a Laureano Valenzuela, acusado de intentar matar al general Martínez Anido, algo más de seis años desde la última vez que se vieron. Eran casi dos niños, ahora son dos hombres.

—¿Cómo está tu madre? Me dicen que ha regresado al pueblo.

—A lo mejor, si no mandaras que registraran la casa cada dos semanas, seguiría sintiéndose cómoda en Zaragoza.

—Nunca sé qué puedes haber escondido.

—Nunca has encontrado nada. Pero imagino que ésa es una batalla perdida: no la dejarás en paz. ¿Y tu padre?

—Vivo.

—Eso te jode, ¿no?

—Ya sabes que no siento cariño por los anarquistas.

Laureano, tras el atentado, estuvo escondido tres días, antes de ser detenido. Ernesto, con dieciséis años, fue conducido a las dependencias de la policía e interrogado para descubrir su paradero. Él ignoraba dónde estaba su padre; después se enteró de que Francisco era el único que lo sabía y de que le llevaba alimentos.

—Me ha llamado mucho la atención un dato de tu informe. ¿Has intentado embarcarte hacia Argentina?

—Sí, cuando dejé Zaragoza. Había una plaza de camarero en un barco. Pero no me dejasteis, la policía no lo autorizó.

—Qué error, te habría preferido en Buenos Aires, haciéndote rico, que en Zaragoza matando a un arzobispo.

—Si yo maté o no a un arzobispo, tendrá que decidirlo un juez. Tengo coartada, ¿la has visto?

—Una cosa es lo que diga el juez y otra lo que tú y yo sabemos. Quizá en Argentina habrías dejado de ser anarquista, como lo dejé yo.

—Estoy a gusto siendo lo que soy.

Valenzuela odia a Ascaso por dos motivos. El primero, por gozar de la confianza de su padre; ¿por qué le contó a él dónde se escondería y no a su propio hijo? El segundo, por no delatarlo para que los

interrogatorios y las palizas que le propinaban se acabaran.

—Me gustaría matarte, pero tus compañeros han hecho mucho ruido y mis jefes no me dejan. Me han ordenado que te haga una oferta.

—Me parecía que estaba tardando en llegar la propuesta. Lo digo porque esta charla no está resultando como me la esperaba: a estas alturas, me imaginaba con un par de dientes menos.

—No voy a decir que no me tiente la imagen, pero no. No he venido a eso.

—Me temo que no me interesará lo que me ofrezcas, pero propón.

—Durruti. Mis jefes quieren a Durruti; si nos lo entregas, te dejamos libre. En Argentina y libre. Ahora sabemos que te preferimos allí. ¿Quién te lo iba a decir hace años, verte con la vida solucionada, con dinero, con trabajo y sin antecedentes? No está mal para un muerto de hambre como tú.

La oferta es generosa; el mismo Ascaso considera que es una pena no poder aceptarla.

—¡Qué falta de delicadeza! ¿Tus jefes consideran más importante a Durruti que a mí?

—No creas: si nos lo entregas a él y te vas a Argentina, nos quitamos dos problemas de encima, uno muerto y el otro lejos. No sientas celos, a él le ofreceríamos lo mismo.

—Esperaba que a mí me dieras un trato especial…

—No eres tan importante. Hay días que me levanto sin ganas de matarte. Pocos, pero los hay.

—Bueno es saberlo. Durruti es muy bruto, no es un hombre educado como nosotros. ¿Sabes lo que te diría? Que te fueras a tomar por culo. En este caso te voy a decir lo mismo que él: vete a tomar por culo, Ernesto.

Cuando le detuvieron, Ascaso no hizo nada por salvar a Valenzuela de los interrogatorios, fue fiel al sindicato, la política por encima de su amistad; su amigo nunca hubiera esperado algo así de él. Si Ernesto confiaba en una persona, por encima de su padre y de su hermano, era en su amigo Pachín, y éste le abandonó. Cuando se quedó completamente solo, no fue Ascaso quien le ayudó, fue el general

Martínez Anido, la víctima del atentado: se preocupó por él y ordenó que no volvieran a ponerle una mano encima; las palizas que no le evitaron los suyos, las evitó quien debería odiarle. Valenzuela no volvió al barrio, se marchó a Barcelona. Su hermano mayor, Ramón, estaba en la ciudad desde un año antes, estudiando medicina. El general Anido se encargó de que Ernesto Valenzuela pudiera continuar sus estudios y no le faltara nada.

Francisco Ascaso cree que hizo lo que debía, que su amigo debería haberlo felicitado por no haber delatado a su padre. Los años le han reafirmado en su postura: el sindicato está por encima de sus pobres vidas. Valenzuela quiere mostrarle su desprecio.

—En el fondo prefiero que no negocies. Me ha costado reprimir mis deseos de convertir tu vida en una pesadilla.

—Te voy a decir una cosa, se puede vivir una pesadilla en muchos sitios, en una cárcel o en una casita del barrio de Gracia; siendo un hombre o apenas una niña…

El odio asoma de inmediato a los ojos de Valenzuela. Los dos llevan mucho tiempo odiándose: Ernesto a Francisco desde el día que salió de aquella comisaría; Francisco a Ernesto desde que empezó a combatir a los suyos: lobo no come carne de lobo.

—Si a mi hija le pasa algo, morirás ese mismo día.

—Entonces debemos cuidarnos mutuamente, porque si a mí me pasa algo, tu hija morirá ese mismo día. Rosita y yo estamos destinados a encontrarnos en el más allá.

A Ascaso le da asco mencionar a una niña de tres años para aplacar a su enemigo, pero es la guerra y en la guerra no hay cuartel.

* * *

A Paz la desnudez no le produce vergüenza, tampoco risa, como a sus amigas Gloria e Irene. Desde pequeña está acostumbrada a ir a las playas del este de La Habana, un sábado al mes, para hacer ejercicio y bañarse desnuda con el resto de los miembros de la asociación naturista libertaria a la que pertenece su padre. Hasta tienen un periódico, *Pro-Vida*, que dirige Adrián del Valle, un anarquista catalán que es más cubano que cualquiera de los nacidos en la isla.

Sus amigas no dejan de preguntarle tonterías cuando saben que ha estado con los demás compañeros un sábado: si es verdad que están desnudos todo el tiempo, si los otros chicos la miran, si no le da vergüenza que cualquiera de los que está allí le vea todo, si ella les ve a ellos, si le gusta, si van abuelos o si hay muchas diferencias entre unos y otros. Paz siempre les dice lo mismo, que cuando una está acostumbrada, casi no se fija en esas cosas, que los chicos que acuden a la playa son los mismos de siempre y que están tan hartos de verse unos a otros que ni siquiera se miran. Pero al mes siguiente sus amigas vuelven a preguntarle entre risitas. Ellas no entienden, y Paz no insiste en aclarar que el naturismo no es sólo bañarse desnudo; que es, como les explica Adrián del Valle, entender la ética de la naturaleza y aplicarla a la humanidad, que no se debe basar el pensamiento en la historia sino en las ciencias naturales. Los naturistas cubanos tienen incluso una casa en la calle Neptuno, en La Habana, con biblioteca y todo tipo de actividades para estudiar la naturaleza y la salud.

Perla, su madre, ya no vive con Jonás y con ella, pero cuando aún vivían juntos tampoco les acompañaba a la playa. Decía que en su casa aquello del naturismo libertario siempre se había llamado de otra manera: bañarse en cueros. Y que en cueros en público sólo se mostraban las esclavas, que ella era libre y que ni lo había hecho ni lo haría en la vida.

Perla es muy sensible al tema de las razas y esclavos, como si se avergonzara de su color oscuro. Quizá porque su madre, Luna, la abuela de Paz, nació siendo esclava. Paz no llegó a conocerla porque murió de joven, pero ha escuchado su historia muchas veces. Luna nació en un ingenio del interior y llegó a La Habana muy poco antes de la abolición de la esclavitud para servir en la casa de sus amos. Pronto fue libre pero antes se quedó embarazada; dicen que del señor de la casa, un terrateniente llamado Irineo Montero. Así que Perla es mulata, y su hija Paz, aunque muchos digan que también lo es, sólo tiene una cuarta parte de negra, lo que se llama ser cuarterona. Su amiga Gloria, que siempre está pensando en quién es completamente blanco y quién no, se lo recuerda a menudo a Paz, como si a ella fuera a importarle.

Paz vio una vez a Irineo Montero en el teatro, cuando su padre la llevó a escuchar a Enrico Carusso en el Teatro Nacional de La Habana. Tenía que haber cantado *Aida*, pero un explosivo detonó y el italiano salió corriendo y no paró hasta llegar al hotel Sevilla. Contaban que había irrumpido en la recepción del hotel pegando gritos, disfrazado del personaje de Radamés. Durante días, todo el mundo se rió del tenor italiano; hasta inventaron que la policía le había detenido pensando que el disfraz, una gran túnica, era de mujer y que se trataba de un travestido que corría por La Habana. En lo que todos coincidían era en que la bomba era un simple petardo, más destinado a hacer ruido que a provocar ningún daño.

Antes de empezar la representación, en el ambigú, Paz se enteró de que aquel anciano de ojos azules era Irineo, el que su madre le contó que era su abuelo. Era elegante y distinguido. Paz tuvo ganas de acercarse a él y decirle quién era. Estaba casi decidida a hacerlo a la salida, sin avisar antes a su padre, no fuera que a él le pareciera mal y no se lo permitiera. La explosión de la bomba lo impidió. Quizá fuera lo mejor: ese hombre no la vería como su propia nieta sino como la nieta de una simple esclava negra.

A Paz le gusta mucho más bañarse desnuda que vestida, como ha tenido que hacer los días que ha ido a la playa con sus amigas. Sus madres no les dejan tomar el sol —tienen una obsesión realmente absurda por estar blancas— y deben pasar el día debajo de una sombrilla, sin apenas moverse. Eso no ocurre los sábados que acude con su padre a la playa. Esta mañana llegan temprano, hacen gimnasia, después desayunan frutas, echan unas carreras y por fin se bañan. Sin preocuparse por el sol o por las ropas mojadas.

La zona de la playa en la que están se encuentra muy apartada y a salvo de miradas indiscretas. A pesar de eso, alguna vez han encontrado a algún hombre que se esconde para mirarlas. A ella le da igual, pero a los hombres mayores, a su padre y a los padres de los demás chicos que están allí, les molestan mucho los mirones y tienen preparadas piedras para darles un susto. Su padre, Jonás, lanza las piedras más lejos y con más puntería que nadie; dice que aprendió en su pueblo, en La Palma, y más de una vez ha acertado en el objetivo

de su lanzamiento. De pequeña intentó enseñar a Paz a tirar piedras como lo hace él, sin levantarlas por encima de la cabeza, como los demás, sino soltándola desde la altura de la cintura. Paz demostró que en eso había salido a la familia materna: ni puntería ni distancia.

Adrián del Valle, además de predicar el nudismo y el deporte, está empeñado en convertirlos a todos en vegetarianos. Dice que si la naturaleza nos hubiera preparado para comer carne nos habría dado zarpas en lugar de dedos, que los dedos son para que podamos coger la fruta sin destrozarla. Menos mal que a Jonás le encanta la carne y no le hace caso. A Paz no le gustaría nada comer sólo frutas y verduras.

Ha estado pensando en qué haría si Álvaro, su compañero en la tabaquera, apareciera por allí estando ella desnuda. Se taparía, de eso no tiene ninguna duda. Ella misma se da cuenta de que hay algo raro: es el único hombre delante del que se taparía. Eso quiere decir que es especial; resulta lógico que en las últimas semanas sea la última persona en la que piensa al acostarse y la primera al levantarse.

¿Le gustaría que Álvaro se asomara entre los árboles, como hacen algunos mirones, y la observara desnuda sin que nadie lo descubriera, ni siquiera ella misma? Sí, sin duda. De hecho no sería la primera vez que se mete en la cama pensando en eso. A veces se desviste delante del espejo y mira su cuerpo; está segura de que a él le gustaría. También se imagina cómo debe de ser el cuerpo de Álvaro desnudo. Lo hace pegando en su mente pedazos de los cuerpos de todos sus compañeros, esos a los que, según dice a sus amigas, nunca mira. Siempre piensa en las partes más perfectas de todos para componerlo a él. Lo que hace después, cuando piensa en esas cosas, no lo habla con ellas; sabe que, aunque a los chicos de la asociación les hayan dado clase de educación sexual y les hayan asegurado que no deben avergonzarse de hacerlo, Irene y Gloria lo considerarían pecado. En realidad a ella le da igual: su padre se negó a bautizarla; los pecados no son para los infieles como ella.

Cuando mañana sus amigas le pregunten, como siempre, si está enamorada de Álvaro, Paz les contestará, como siempre, que no.

* * *

Al salir de la reunión, Durruti no demuestra que otra de las presentes, Eugenia Vázquez, sea especial para él. Casi no la mira y, por supuesto, no habla con ella. Se marchan de la nave hacia el centro de Barcelona otra vez de dos en dos: ella va con Ramona Berri, una de las compañeras; él con García Oliver. Se encontrarán en la habitación que comparten en una pensión de la calle de la Unión, en el barrio chino. Eugenia está segura de que los demás saben qué hay entre ellos y se ríe de la manía de su compañero por mantenerlo oculto. No estarán juntos para siempre, se lo han repetido cientos de veces. Lo más importante es la revolución y no perderán su tiempo formando una familia. Cuando se marchen de Barcelona, a mediados de agosto, se habrá terminado la relación entre los dos. Ella volverá a Zaragoza, él a donde tenga que ir. Los activistas ácratas están convencidos de que formar una familia tradicional les convertirá en conservadores y anulará su afán revolucionario.

Todo empezó antes de que él fuera detenido. Los dos viajaron al sur para entrar en contacto con los grupos anarquistas andaluces. Visitaron Jaén, Granada, Córdoba, Sevilla y Cádiz.

Durruti llevaba dinero procedente del último robo realizado —el de los funcionarios municipales barceloneses— para ayudar a los compañeros andaluces. Hizo su labor: repartió dinero en algunos centros libertarios y vio las miserables condiciones de vida que sufrían los trabajadores rurales. El objetivo de Eugenia era contactar con mujeres anarquistas que intentaban que los niños dejaran el trabajo del campo para asistir a la escuela, que trataban de educar a los hijos en valores libertarios, prácticamente sin ningún medio.

Antes de volver a Barcelona tenían que parar en Madrid; para evitar que Durruti fuera detenido, se decidió que ambos se hicieran pasar por un matrimonio en luna de miel. No les costó aparentarlo porque llevaban haciéndolo desde una semana antes en Sevilla.

Durante el viaje, los días y las noches estaban ocupados en reuniones, visitas, charlas con afiliados al sindicato. Eugenia y Buenaventura apenas se veían entre una actividad y otra. En Sevilla

también tenían ocupado el día hasta el último minuto, pero una redada de la policía en varios locales anarquistas hizo suspender todo lo previsto para la jornada. Durruti quería quedarse a trabajar en la habitación del hostal, pero Eugenia no estaba dispuesta a perderse ese primaveral día sevillano.

Pasearon por el barrio de Santa Cruz, por la orilla del Guadalquivir, vieron la Torre del Oro, comieron en la Plaza del Altozano en Triana, visitaron la catedral y Eugenia se rió de él: pensaba contarle a todo el mundo que había visto a Durruti, el comecuras, en una iglesia, sin ganas de prenderle fuego. Por la noche, en el hostal, siguieron juntos. No volvieron a dormir en habitaciones separadas durante el resto del viaje.

Después, en Madrid, el engaño al que pretendían someter a la policía no dio resultado. A los dos días de llegar, varios policías rodearon a Durruti en la calle de Alcalá. De nada sirvieron su ropa de turista y las gafas que usaba para ser menos reconocible. Fue detenido y enviado a la Prisión Provincial de San Sebastián, lugar donde debería haberse incorporado a filas en 1917. Afortunadamente, había entregado el dinero y cumplido todas las misiones que tenía encomendadas. A la salida de la prisión, Eugenia y Durruti se reencontraron en Barcelona. Ocultaron lo sucedido entre ambos a todo el mundo, como esta noche.

Buenaventura deshace, con Joan García Oliver, el camino que le llevó hasta Poble Nou desde la Barceloneta. Hay asuntos que no se pueden tratar en la reunión en presencia de todo el mundo. Pondrían una mano en el fuego por todos y cada uno de los compañeros que estaban en la nave; sin embargo, uno de ellos es un infiltrado. No pueden ni imaginar cuál. Fuera quien fuere, supondría un dolor atroz.

—Creo que debemos matar a Valenzuela.

—Es policía. No podemos matar policías así como así.

—¿Hemos matado a un presidente de Gobierno y queremos matar al rey, y no podemos matar a un policía?

—La represión sería muy superior a los beneficios de su muerte.

Buenaventura Durruti está dispuesto a encargarse de él personalmente pero acata las decisiones de sus compañeros.

Al llegar a la Barceloneta, se separan. García Oliver vive en una de las casitas de pescadores del barrio. Durruti subirá por Las Ramblas hasta el Liceo; detrás está su pensión, en la calle de la Unión.

En las inmediaciones del Liceo hay muchos policías, protegen a los invitados que están entrando en el Gran Teatro del Liceo. Buenaventura Durruti nunca ha estado dentro. Se mezcla con el público, observa el paso de los representantes de la alta burguesía barcelonesa: elegantes, bien vestidos, exhibiendo sus joyas. Casi todos entran sin fijarse en la gente que los contempla; son pocos los que miran alrededor, y los que lo hacen ponen cara de desagrado. Veintidós asientos estarán vacíos esta noche, como en todas las representaciones.

Hace treinta años, el turolense Santiago Salvador arrojó dos bombas Orsini a la platea desde la galería del quinto piso. Una de ellas cayó en el regazo de una mujer y, acunada por su falda, rodó hasta el suelo sin explotar. La otra causó veintidós muertos y treinta y cinco heridos. Aquel día se inauguraba la temporada de ópera y se representaba el *Guillermo Tell* de Rossini. Era la venganza anarquista por la ejecución de Paulino Pallás.

Ahora, el hijo de Pallás está en el bando de los pistoleros. Su madre y su hermana trabajaban en el servicio de la casa del general Martínez Anido y el enemigo de todo lo que representaba su padre se hizo cargo de él para terminar volviéndolo contra su recuerdo. Anido ha sabido rodearse: Pallás y Valenzuela, los hijos de sus peores enemigos son sus lobos contra los anarquistas, cuñas de la misma madera.

La calle a la que se dirige Buenaventura está detrás del Liceo; en pocos metros, la lujosa Barcelona que acaba de recorrer se convierte en un barrio marginal, con rameras en las esquinas y niños semidesnudos en la calle: el barrio chino.

La pensión, una de las pocas del barrio que no recibe prostitutas con sus clientes, está en un segundo piso y pertenece a la familia de un compañero del Sindicato de la Alimentación. Su habitación tiene un balcón desde el que Durruti alcanzaría con total facilidad la terraza del edificio colindante. En caso de ser necesario huir, sería posible hacerlo por las azoteas.

La hora de la cena en la pensión ha pasado y la dueña ha guardado para él y para Eugenia un plato con pescado rebozado y acelgas. Los dos comen la cena fría en la cocina.

—Esto está asqueroso. Podríamos salir a cenar fuera.

—No tenemos dinero.

—Tienes miles de pesetas guardadas en la habitación.

—Ese dinero no es nuestro.

Buenaventura se niega a convertirse —o a que sus compañeros se conviertan— en revolucionarios profesionales con sueldo del sindicato. No pueden defender a la clase obrera si ellos mismos dejan de pertenecer a ella. Cada vez le cuesta más mantener su criterio: amigos íntimos en los que confía con los ojos cerrados no están de acuerdo con él. Por fortuna, García Oliver, que es quien se encarga de la organización del grupo, sí comparte sus principios.

—¿Sabes dónde será el atraco?

—No. Tenemos que decidirlo, aún no lo sé. Puede que lo hagamos fuera de Barcelona.

—¿Podré ir con vosotros?

—Lo hemos hablado. Es mejor que te quedes en Zaragoza. Esta semana nos vamos.

* * *

Ernesto Valenzuela es capaz de pasar un domingo entero tirado en el suelo de su casa, jugando con Rosita. Rosa, a veces, se siente celosa de su propia hija, pero se ríe al verle y en ocasiones le acusa de estar maleducándola. Ni Rosa ni Rosita son conscientes de lo mal padre que es: Ernesto debería sacarlas de Barcelona y llevarlas a vivir a otro sitio más seguro, a salvo de la amenaza de los perros anarquistas; quizá en Navarra, con los padres de ella. Pero no soportaría que se alejaran: bastante separados están cuando él tiene que viajar para detener o interrogar a alguien.

Odia que en un domingo así suene el teléfono de casa. Contesta y escucha, apenas dice unas cuantas palabras:

—Sí, voy para allá.

—¿Tienes que marcharte?

—Lo siento, Rosa. Intentaré no volver tarde.

Baja en tranvía por el Paseo de Gracia hasta la Plaza de Cataluña; en uno de los veladores del fondo del café Zúrich está la persona con la que debe encontrarse, Pere Canals.

—¿Has sabido algo nuevo?

—Ayer los Solidarios estuvieron reunidos en una nave de Poble Nou. Según me dicen, eran quince.

—¿Según te dicen o lo viste?

—Me fío más de lo que me dicen que de lo que yo mismo veo.

—¿De qué hablaron?

—Eso vale más dinero.

—Dime de qué hablaron y decidiré si vale más o no.

Valenzuela podría saber a través de sus confidentes mucho de lo que pasa en Barcelona, pero sólo le interesan los Solidarios. En el café Zúrich se ha encontrado con el mejor informador, Pere Canals. No es su nombre pero conoce el verdadero; también dónde y en qué trabaja, aunque Pere crea que mantiene el secreto. De cualquier forma, no le interesa su vida: lo único que quiere es disponer de alguien que domine a la perfección el barrio chino, el ambiente en el que se mueven los anarquistas.

Pere es capaz de darle noticias que nadie más sabe, y nunca falla. Maneja la información, vende la que le conviene. Si ha llamado al policía, es porque tiene algo de valor.

—Ernesto, nos conocemos hace años… Deja de pagar y dejo de poner oídos a lo que te interesa.

—Sabes que no soy tacaño, habla.

—Quieren sacar a Ascaso de la cárcel, pero no por la puerta: quieren preparar una fuga. Atracarán un banco para conseguir dinero.

—¿Qué banco?

—No lo sé, fuera de Barcelona, pero no sé dónde.

—O me dices dónde es o la información no vale nada.

—Te lo diré cuando lo sepa; algo más, Durruti se va de Barcelona esta semana, primero a Zaragoza, después no lo sé, donde vaya a ser el robo. Viaja el martes o el miércoles.

—Ahora mismo no puedo hacer nada contra él. Acabamos de

soltarle de la cárcel, no tenemos nada.

Pere Canals se encoge de hombros.

—A mí me pagas por decirte qué prepara. De cualquier forma, a Durruti sólo hay que seguirle un rato para pillarle en falta, ¿no?

* * *

Dos pelotaris juegan en el Frontón Colón: el alto, grande y potente se mantiene cercano al frontis; su adversario, más pequeño pero más rápido, tiene dificultades para devolver la pelota desde la parte trasera, mucho más alejado de la pared. Hay jugadas en las que el golpe del alto es tan fuerte que la pelota llega al público de la zona de rebote y es imposible contestarla.

Entre punto y punto, el público que abarrota la grada del frontón comenta, aplaude, da gritos de ánimo. En las zonas donde están los corredores de apuestas el barullo es ensordecedor. Entre los espectadores, dos hombres, Durruti y García Oliver, se mantienen en relativo silencio: el primero muy atento al juego, el segundo al resto de los asistentes.

—¿No te gusta?

—En Reus no éramos muy aficionados a la pelota; bastante teníamos con llevar comida a casa.

—Bien que te gusta ir a Las Corts a ver jugar al fútbol al Barcelona.

—Eso lo descubrí aquí; en Reus, te aseguro que nunca vi jugar a nada.

El siguiente punto se desarrolla igual que los anteriores: el jugador grande y fuerte hace llegar la pelota casi hasta el final de la pista con sus golpes; en más de una ocasión, el bajito tiene que responder prácticamente sin disponer de espacio. Sin embargo, una sola vez en que la pelota se queda algo más corta, el jugador de atrás pasa al contraataque y logra una posición mejor en el terreno; a partir de ese momento, la fuerza de uno queda compensada con la habilidad y el nervio del otro. El pequeño se hace con el punto entre los aplausos de los entendidos.

—Aunque no sepas apreciarlo, estás viendo jugar a los dos más grandes, Mondragonés y Atano III.

—¿Mondragonés es el alto?

—Sí, el mejor manomanista que he visto, con permiso del bajito, Atano III.

—Pues lo está masacrando.

—Atano es muy joven, en unos años nadie podrá con él. Acabará con Mondragonés como Mondragonés acabó con Zapaterito de Lequeitio. Una vez jugué contra Zapaterito, aún me duele la mano.

—¿Tú juegas?

—He jugado mucho; si no fuera por la política, me hubiera gustado ser pelotari. En Castilla y en el norte hay frontones en todos los pueblos, se juega con la pelota contra la pared de la iglesia.

—Por fin alguien le encuentra utilidad a las iglesias. Tenemos que hablar. ¿Salimos?

—¿Me vas a hacer perderme lo que queda?

Pese a la protesta, los dos se levantan y salen de las cercanías de la pista antes de que empiece el siguiente punto.

—El atraco será en Gijón, ¿lo conoces?

—Sí, conozco bien Asturias. Trabajé de mecánico en la mina de Matallana y después estuve allí cuando la huelga general del diecisiete.

—No te pierdes una… Tengo informes sobre el Banco de España de Gijón. Lo haréis a principios de septiembre.

—Perfecto.

—Antes tendrás que ir a Bilbao a cerrar la compra de un cargamento de mil fusiles.

—¿Mil? ¿Cómo los pagaremos?

—Con lo que saques del robo; hay que empezar a hacer las cosas a lo grande. Cuando llegue el golpe de Estado tendremos que estar preparados para levantarnos en armas.

—Por fin…

—Tenemos a mucha gente en contra, hasta entre los nuestros. Pestaña me ha pedido que disolvamos los Solidarios. Dice que somos unos irresponsables.

—No voy ni a discutirlo. Para que él pueda ser moderado, nosotros tenemos que ser radicales.

—Estoy de acuerdo. Otra cosa, le diremos a todo el mundo, menos a ti y a Torres Escartín, que viaja contigo esta semana, que el robo será en Valencia. Vamos a ver si el topo asoma la cabeza y se la volamos.

—De acuerdo. ¿Puedo volver y ver cómo acaba el partido o quieres algo más?

—No, eso es todo. Esta noche te paso los informes del banco. Y recuerda, dile a todo el mundo que será en Valencia. Salud y anarquía.

Mondragonés gana, una vez más, a Atano III, aunque le cuesta más que en el anterior partido. Romper el orden establecido es difícil, hay que avanzar poco a poco, cada día un paso más.

* * *

Ascaso trata de mantenerse en forma haciendo ejercicio en su celda: flexiones de brazos con un compañero sobre su espalda y de piernas con otro a hombros. Veintidós horas encerrado y dos en el patio no le permiten hacerlo de otra forma; además, es una manera de que el tiempo no se haga eterno. Las dos horas que pasa al aire libre junto a sus compañeros debe comprobar cómo están todos, enterarse de las noticias, de los rumores que vienen de fuera. Es uno de los líderes anarquistas, todos confían en que interceda por sus casos. Afortunadamente, el sindicato tiene un fondo con el que se encarga de las familias de los activistas presos y de que ellos tengan algo de dinero para tabaco o cualquier otra cosa que necesiten dentro. Ascaso puede pedir ayuda extra para los compañeros que más lo necesiten.

El último rumor en el patio es que pedirán el garrote vil para él por el asesinato de Soldevila. No es una sorpresa, se lo esperaba. Aun así, produce cierta inquietud saber que un juez pretende condenarte a muerte. Confía en que Durruti lo saque de Predicadores mucho antes de que le juzguen.

De momento, después de su encuentro con Valenzuela, le han restringido las visitas. Su madre ha viajado dos veces para verle y se lo han impedido en el último momento, cuando había pasado todos los controles de seguridad. Es lo habitual, cualquier estrategia es buena para socavar la moral del enemigo. Las madres de los activistas están más que acostumbradas; la suya por partida doble: tiene dos hijos,

Domingo y él, en los Solidarios.

Ocho personas comparten una celda pensada para cuatro. Tampoco de esto pueden quejarse: en la Modelo de Barcelona, tras la huelga de La Canadiense en la que llegó a haber más de tres mil sindicalistas presos, metieron a más de una docena de internos en cada celda.

Ascaso mira a sus compañeros: uno de ellos se ha vendido a las autoridades y les informa de qué se habla, de lo que se planea… Quizá por dinero, aunque es improbable; la promesa de una pena más ligera, de más visitas, de mejor trato para la familia son suficientes. Hay muchas formas de convencer a alguien de hacer lo que no debe, y el codicioso estado burgués las empleará todas.

Los compañeros están convencidos de quién es el garbanzo negro: Miguel Casacubierta. Francisco Ascaso está seguro de que no se equivocan, pero cuando lo reconozca en voz alta, tendrá que tomar la única decisión posible: su ejecución. Todos esperan que la tome como si fuera su obligación —que lo es— y no le costara nada. Están engañados, Ascaso haría todo lo posible por no tomarla: esperaría una prueba más, una señal de arrepentimiento. Se ha visto obligado a matar, pero nunca considerará que éste sea un argumento, mucho menos cuando se trata de un compañero. Recuerda entonces el rechazo de Teresa Claramunt a la violencia; ojalá pudiera seguir sus consejos.

Miguel Casacubierta tiene su misma edad, veintidós años, es de Torrero, el mismo barrio en el que él ha vivido siempre en Zaragoza; trabajaba en una imprenta. Francisco le conoce desde hace muchos años. Cuando tenía diecisiete, fue dos o tres veces con su hermana Mariola a un baile que se celebraba los sábados en la calle de la Morería. Fueron casi amigos, una amistad que se enfrió en los años siguientes, especialmente cuando Francisco se marchó a Barcelona. Casacubierta está detenido por haber destrozado las máquinas de la imprenta durante una huelga. Está a la espera de juicio y es probable que le hayan prometido la absolución a cambio de informar a los funcionarios.

La trampa ideada para confirmar su traición es muy burda. En presencia de Casacubierta, Ascaso habla con un compañero del

escondite de un plano de la cárcel que pretenden usar en una fuga. Es evidente que el plano no existe y que el escondite es inventado: un agujero en el suelo tapado por una baldosa que hay que romper cuando llegue el momento. Existe, efectivamente, una baldosa en la que, si se golpea, suena a hueco, pero han comprobado que debajo no hay nada. En plena noche, unos funcionarios entran en la celda armados y, con empujones y malos modos, les hacen salir al pasillo. No les dejan entrar hasta dos horas después; la parte del suelo donde estaba el presunto agujero está destrozada a golpe de pico. Por la mañana, Casacubierta no se despierta, se ha ahogado durante la noche. A falta de una almohada, el verdugo ha usado las mantas de algunos de los compañeros de celda de Casacubierta.

* * *

Durruti echará de menos a Eugenia. Es la primera vez que tiene una compañera con la que pasa tanto tiempo y comparte tantas cosas, pero a la vez se alegra de volver a sus costumbres tras dejarla en Zaragoza: estando con ella, la felicidad se impone y la felicidad es burguesa; tiene la sensación de eludir sus obligaciones con respecto a sus camaradas y a la revolución. A Eugenia le ha dicho lo mismo que a todos los demás: de Zaragoza irá a Valencia, donde cometerán el atraco en un par de semanas, los primeros días de septiembre.

La despedida, su última noche con Eugenia, ha reafirmado a Buenaventura en sus ideas: un revolucionario no puede tener una relación amorosa tradicional. El miedo a que algo salga mal, el dolor del adiós, la pasión de las últimas horas, las lágrimas… Dan ganas de despedirse del sindicato e intentar individualmente una vida mejor, olvidar la lucha y las pistolas para crear una familia. Espera que la distancia ponga otra vez las prioridades en su sitio.

Han recibido noticias de Ascaso, entre ellas la de la muerte de Casacubierta. Durruti no le conocía, pero está seguro de que su amigo ha tomado la decisión correcta. La madre del preso ejecutado ha acudido al sindicato, negando que su hijo los hubiera delatado y pidiendo que continuaran dispensándole la ayuda que venía recibiendo desde que lo encarcelaron. Buenaventura se ha opuesto; no

hay sitio en el grupo para los traidores.

En el viaje a Bilbao, le acompaña Rafael Torres Escartín. Su compañero no puede quedarse mucho tiempo en Zaragoza. La policía le busca, están convencidos de que estuvo implicado en la muerte de Soldevila. Éste es otro de los motivos por los que los anarquistas sospechan de un topo en sus filas: hasta el último momento se pensó que Escartín acompañaría a Ascaso, sólo el mismo día que se trasladaron a Zaragoza se decidió que fuera Doménech. La información de la policía no es mala, sólo antigua.

No ha notado nada anormal en Torres Escartín, pero Joan García Oliver le ha pedido que esté atento, está preocupado por él. No es un asunto político, para nada piensan que pueda ser un traidor. Se trata de algo personal: en los últimos tiempos, Escartín ha tenido comportamientos extraños, pasa períodos de euforia seguidos de otros de profunda melancolía; una noche, apareció en casa de Joan huyendo de una persecución de la que no hubo más noticias y que dudan que realmente existiera; también tuvo que abandonar la pensión en la que se alojaba, en la calle del Vidrio, por problemas de convivencia con otros inquilinos… Durruti se fija en él y ve lo que siempre ha visto: un hombre joven y decidido, jovial, con voluntad para cumplir su misión y con una preparación teórica muy superior a la media. Deben reconocer que más de la mitad de los que están con ellos no tiene claro qué es el anarquismo, qué es el sindicalismo, por qué no son marxistas o en qué consiste el comunismo libertario que predican; sólo saben que sus huelgas son mucho más eficaces que las de los sindicatos socialistas. Escartín, sin embargo, conoce la doctrina anarquista y es un buen orador, una pieza fundamental para los Solidarios. Hijo de guardia civil, tuvo posibilidad de asistir a la escuela toda su infancia y juventud, no sólo tres o cuatro años como la mayor parte de los compañeros. Cuando descubrió el anarquismo, abandonó la familia y los estudios; para ganarse la vida se hizo repostero. Antes de fundarse los Solidarios llegó a trabajar como repostero en el hotel Ritz de Barcelona.

En Bilbao, tienen que verse con un inglés llamado William Rutgers y pactar con él la compra, precio, forma de pago y entrega de los fusiles;

mil fusiles Springfield, una copia estadounidense del Máuser, algo más corta y manejable.

Buenaventura ha pasado largas temporadas en San Sebastián. Participó en el fallido atentado contra Alfonso XIII en la inauguración del casino Gran Kursaal. Junto con otros compañeros intentaron colocar una bomba en los cimientos del edificio mediante un túnel excavado desde una vivienda próxima. La policía los descubrió por culpa de los sacos terreros que salían continuamente de la casa. Durruti estaba fuera de Guipúzcoa el día de la detención y se salvó de la cárcel, no así los demás.

En Bilbao, sin embargo, ha estado pocas veces. Apenas sabe nada de la ciudad, sólo que estuvo de gobernador Regueral antes de ser ajusticiado y que fue allí donde se forjó su fama. Uno de los momentos de mayor represión del anarquismo se dio en la capital vizcaína cuando fue asesinado el gerente de los Altos Hornos. Nunca estuvo clara la implicación de los anarquistas, pero las represalias contra ellos fueron terribles. Cuerdas de presos —prisioneros atados que recorrían a pie los caminos españoles entre una cárcel y otra— compuestas por anarquistas se trasladaron desde Bilbao hasta Jaén por orden de Regueral.

Al llegar a Bilbao, les espera en la estación Cristóbal Albadetrecu, un militante cenetista amigo de Buenaventura desde los tiempos de San Sebastián, cuando el fallido atentado del Gran Kursaal; es un personaje especial dentro del anarquismo: su familia procede de la alta burguesía vasca, tiene estudios y dinero aunque sea un compañero más. Se quedarán en su casa los dos días que pasarán en la ciudad.

Por primera vez, Durruti ve un comportamiento extraño en Torres Escartín. Desde el momento en que él y Albadetrecu se conocen, demuestra su antipatía hacia el bilbaíno. Al «salud, compañero», habitual en el saludo entre anarquistas, contesta un desabrido «hola».

Durruti aprovecha un momento en que Albadetrecu se separa de ellos para interrogarle.

—¿Te pasa algo?

—A ese tipo le he visto en el hotel en Barcelona, en el Ritz.

—¿Y…?

—Era cliente. Un anarquista en el Ritz. Vaya mierda de anarquista, ¿no?

—Yo respondo por él.

La casa a la que les lleva su anfitrión ayuda poco a disipar las sospechas de Escartín.

—Hay plata por todas partes, ¿esto es la casa de un anarquista?

—Ojalá algún día lo sea. Ojalá puedan tener una casa así todos los obreros.

—Sí, y coche. Yo no me quedo aquí.

Finalmente, Buenaventura consigue que se quede, aunque Escartín no pega ojo en toda la noche: espera que Albadetrecu entre en la habitación para matarlos.

El bilbaíno ha roto hace poco con su familia y quiere trasladarse a Barcelona para trabajar en la construcción y abandonar la vida burguesa. No es sospechoso de nada. Es él quien ha arreglado el negocio con el inglés.

Por la mañana se encuentran en el puerto con Rutgers para cerrar la compra de los fusiles. No tienen que entrar en España porque ya están dentro: son restos del armamento empleado por el ejército estadounidense en la Gran Guerra que el inglés ha robado de un almacén de Liverpool.

—Mejor venderlos en España. Los españoles están siempre matándose unos a otros.

No los transportarán por tierra. Llegarán por mar y volverán al mar: se embarcarán en Bilbao, con muchos otros productos de contrabando, y bordearán toda la península para ser descargados mediante pequeñas barcas en las inmediaciones de Barcelona. Se tarda mucho pero es seguro. Si los anarquistas quieren sus fusiles en ese barco, deben pagarlos; tienen dos semanas para hacerlo.

Durruti, temeroso de las reacciones de Escartín, decide que es mejor no seguir en casa de Albadetrecu. Esa misma tarde parten hacia Gijón, un día antes de lo previsto.

* * *

Después de Barcelona y Zaragoza, el sitio que mejor conoce Valenzuela debe de ser Valencia. Allí vive su único hermano, Ramón. Además, fue en Valencia donde ejerció por primera vez el puesto de inspector de policía a cargo del problema libertario, como llama Martínez Anido a su función. Fue en 1920, cuando los anarquistas locales atentaron contra el conde de Salvatierra, ex gobernador de Barcelona, al que acusaban de haber permitido la aplicación de la ley de fugas contra más de treinta sindicalistas. El conde fue tiroteado en el Grao y murieron él, su esposa y su cuñada. Nunca se ha conseguido averiguar quiénes fueron los autores del asesinato, aunque se supuso que se trató de libertarios valencianos.

Valenzuela come una paella en El Cabanyal, el barrio de pescadores de la ciudad, con Ramón. Su hermano, dos años mayor que él, no quiere saber absolutamente nada de política: ni de la antigua militancia anarquista de su padre ni del odio hacia éstos de Ernesto. Odia esa vida, odiaba de niño la falta de tranquilidad de su casa por la militancia de su padre y odió de estudiante el rencor de su hermano contra el pasado; no quiere saber ni de anarquistas ni de policías. Ha descubierto que su felicidad consiste en no verlos, en no tener noticias de ellos. Es médico en el Hospital General, el que se ocupa de los más menesterosos. Por mucho que su hermano le hable de la carrera que puede hacer en Barcelona con su profesión y del dinero que puede ganar, no muestra el menor interés. No se siente cómodo con Ernesto y está deseando que la comida acabe, que su estancia en la ciudad también llegue a su fin, y olvidar que su hermano existe, como hace cada vez que le ve marchar a Barcelona.

—Parece que no te alegras de que haya venido a verte.

—No has venido a verme, has venido a Valencia. Eso sólo puede suponer que en poco tiempo tendremos muertos y heridos.

—O que he venido a evitarlo.

—Vamos a acabar hablando de los anarquistas y de nuestro padre, creo que es mejor que lo dejemos. ¿Qué tal Rosita?

—Muy bien, tienes que venir a conocerla.

—Claro, a final de año tal vez vaya a Barcelona.

Lo único que puede hacer Valenzuela en la ciudad es esperar a que

Durruti dé señales de vida. Le habría gustado que su hermano le invitara a alojarse en su casa, pero no ha hecho el menor ademán, así que se quedará en el hotel Reina Victoria, cerca de la catedral. Tampoco cree que vuelva a verlo durante el resto de su estancia; a falta de vida familiar, se dedicará a recorrer Valencia, a renovar los lazos con sus confidentes y a enterarse de la actividad libertaria.

Por la tarde, nada en el mar, en la playa de la Malvarrosa. En Barcelona va siempre que puede a la playa de la Mar Bella, cerca del barrio del Bogatell; en Zaragoza su padre los llevaba a Ramón y a él a nadar en el río y a hacer gimnasia con los hijos de otros anarquistas. El higienismo es una de las pocas ideas que no ha abandonado de aquellos tiempos: la bondad del ejercicio físico, la dieta equilibrada, el contacto con la naturaleza. Duda mucho que los terroristas de la CNT, a los que ahora combate, sientan algún interés por este tipo de temas que tanto preocupaban a los anarquistas de la generación anterior.

Por la noche, en las sórdidas calles del barrio de Velluters, asiste a las escenas típicas de cualquier barrio chino: prostitutas, borrachos por las calles, pervertidos. Desde una taberna, ve como un proxeneta golpea e insulta a su pupila. Lo ha visto muchas veces pero ésta es distinta: una niña pequeña, apenas un año mayor que su hija, asiste a la agresión e intenta impedirla; es hija de la prostituta y está con ella, jugando mientras su madre trabaja. Cuando el chulo se aleja, Valenzuela paga el vino que ha bebido y le sigue; su oportunidad llega en la esquina de la calle del Torno del Hospital con la del Angelicot.

—Dame el dinero que le has quitado a esa señorita para que yo se lo devuelva.

El proxeneta es muy moreno, delgado, fibroso. El pelo le brilla, peinado hacia atrás, grasiento. Mira extrañado a Valenzuela, dudando si debe tirar de navaja.

—No te metas, no es asunto tuyo.

La duda es fatal para él. Valenzuela le acuchilla en el vientre: una sola vez, moviendo la navaja en espiral una vez clavada, para que provoque el mayor destrozo posible. El chulo no ofrece resistencia, apenas hace ruido, intenta impedir que el contenido de su abdomen se

desparrame, tapando la herida con las manos. El policía lo tumba en el suelo y le saca el dinero del bolsillo.

La prostituta está en el mismo lugar en el que fue agredida, la niña está sentada en la acera a pocos metros, jugando con una madera a la que acuna como si fuera un bebé. La mujer no entiende que un hombre le dé dinero sin exigirle a cambio sus servicios.

—Con este dinero tienes para estar conmigo toda la noche, si quieres.

—No, no hace falta. Ve a cenar algo y márchate a casa. ¿Tienes casa?

—Vivo en una pensión en la calle del Hospital, si quieres te atiendo allí.

—No, vete, por hoy no vuelvas… —Añade un par de billetes de su bolsillo—. Y cómprale una muñeca a tu hija.

Su hermano Ramón le dijo que por la noche tenía guardia en el hospital. Están muy cerca. Si el proxeneta tiene suerte y le encuentran aún con vida, tal vez sea su propio hermano quien lo opere y se la salve. Valenzuela espera que eso no pase.

* * *

El Banco de España en Gijón está situado en la calle del Instituto, a medio camino entre el puerto y la playa de San Lorenzo. Durruti y Torres Escartín han estado más de una semana en la ciudad, confundiéndose con los veraneantes, acudiendo al banco para observar el número de empleados y su distribución. Han sabido que la empresa Duro Felguera retirará cerca de un millón de pesetas el sábado día 1 de septiembre para pagar a sus empleados. Ése será el día del atraco.

Sus compañeros han llegado en los dos últimos días a Oviedo; allí se han encontrado. Desde la capital asturiana parten el sábado por la mañana hacia Gijón en un coche alquilado. Ha sido imposible conseguir que en el Garaje España les permitieran llevarse un vehículo sin conductor y tienen que cargar con él. En mitad del recorrido, le apuntan con una pistola y lo hacen bajar. García Vivancos, que será quien huya con el dinero y no debe ser reconocido en la sucursal, se

queda vigilándolo para que no dé la voz de alarma. A la vuelta los recogerán en el mismo lugar.

En el coche viajan Buenaventura Durruti, Rafael Torres Escartín, Eusebio Brau y Aurelio Fernández. Conduce Aurelio Fernández que, al ser asturiano, es quien mejor conoce la zona. Se detienen en la misma puerta del banco. Durruti es el primero en atravesar la cancela acristalada que separa la calle de la puerta del vestíbulo; tras él, entran Escartín y Brau; Aurelio espera en el coche.

—Todo el mundo tranquilo, que nadie intente nada y esto se acabará enseguida.

La voz de Durruti es segura y firme. Los empleados del banco hacen lo que les mandan, atemorizados por las pistolas. Los fajos de billetes llenan las bolsas preparadas para ello. Escartín rechaza por su peso un saco de monedas de plata. Todo parece funcionar bien hasta que el cajero se levanta e intenta correr hacia la puerta. Brau dispara. Aunque no le acierta, el cajero se tira al suelo; el miedo lo paraliza. El ruido ha alertado al director del banco, que baja desde la segunda planta acompañado por otro empleado.

—¿Qué es esto?

—No haga tonterías.

A todo el mundo le sorprende; al primero, al propio Durruti: el director se abalanza sobre él para reducirlo, sin prestar atención a la pistola que le amenaza, como si hubiera perdido el juicio. Durruti se ve obligado a dispararle. El hombre cae al suelo, se forma un charco de sangre.

—¡Vamos! ¡Deprisa!

Los disparos atraen a algunos viandantes, que se concentran en la puerta del banco. Tienen que huir sin esperar a que se abra la caja fuerte para llevarse el dinero de Duro Felguera; a buen seguro era una cantidad mayor que la que había fuera.

Los tres atracadores pasan entre los curiosos con las pistolas en alto. Antes de llegar al coche, un guardia municipal se acerca corriendo, con su pistola apunta a Escartín. Los dos se miran a los ojos. El guardia aprieta el gatillo, es imposible fallar. Pero la pistola no funciona, se ha encasquillado. Escartín no sabe si matarle; se sube al

coche sin disparar. Cuando todos están dentro del vehículo, Aurelio Fernández arranca; casi atropella a otros dos guardias que se acercan a la carrera.

—¿Lo habéis visto? Me ha mordido, el director del banco me ha mordido. Tuve que disparar.

Durruti muestra el dedo, herido por los dientes del director. Nadie ha visto lo que Escartín acaba de vivir, nadie se ha dado cuenta del fallo de la pistola del guardia municipal. Escartín está pálido, callado, consciente de que la muerte acaba de pasarle de largo por motivos que nadie sería capaz de explicar.

En el mismo punto de la carretera en el que lo dejaron, recogen a García Vivancos. Abandonan al conductor del coche de alquiler, atado a un árbol, asegurándole que encontrará el vehículo a pocos kilómetros. Vivancos se llevará el dinero, hará un recorrido distinto al de sus compañeros. En caso de que la policía los persiga, los demás harán de falsos señuelos para que el dinero del botín quede a salvo.

Vivancos cogerá el tren hacia Santander, donde hará un transbordo para ir a Bilbao. En la capital vizcaína, pagará los mil fusiles comprados a William Rutgers para que sean entregados en Barcelona. Con el dinero restante se financiará, entre otras necesidades, la fuga de Francisco Ascaso y del resto de los presos anarquistas de la cárcel de Zaragoza. Viajará solo, con muestrarios de tela como si fuera un representante comercial. Ésa será la tapadera de Vivancos para pasar desapercibido y hacer todo el recorrido sin dificultades.

Los demás tienen que ir a Llanera para salir en tren hacia León. Pasarán unos días escondidos antes de seguir hacia Barcelona.

El coche es abandonado en un camino vecinal. Los anarquistas se esconden en la falda del monte Naranco. Durruti acompaña a García Vivancos hasta estar seguro de que ha podido subirse en el tren que le llevará a Santander sin contratiempos. Lo importante ahora mismo es que el dinero llegue a manos de García Oliver. En el coche han ido contando la cantidad: son cerca de seiscientas mil pesetas.

Con el dinero a salvo, Durruti vuelve con sus compañeros. Cuando llegan a la estación de Llanera es imposible tomar el tren: la Guardia Civil se ha desplegado de forma mucho más rápida de la que

esperaban y lo ha ocupado todo.

—Es mejor que volvamos a Oviedo. Aurelio, ¿sabes llevarnos hasta allá?

—Tendremos que ir por el campo… Tardaremos mucho.

Los planes no siempre salen como han sido pensados: Durruti, Escartín, Brau y Aurelio caminan varias horas a campo través, agotados y hambrientos. Algo preocupa a Durruti por encima de las penalidades del trayecto: desde que salieron del banco, Escartín no ha pronunciado una sola palabra. Es de noche cuando entran en Oviedo y contactan con un camarero anarquista que les sirve de enlace en Asturias y que les ayudará a fugarse.

La dueña de una pensión admite alojarlos durante unos días creyendo que son prófugos del ejército que intentan huir de Asturias para no tener que luchar en el frente de Marruecos.

* * *

Paz conoce las ideas anarquistas desde niña; entre su padre, la asociación naturista y las reuniones que se hacían en su casa ha ido aprendiéndolo todo. Y cuando empezó a tener algo de interés se encontró con una nutrida biblioteca en la que Jonás había ido recopilando los libros ácratas más importantes. Para él no había sido tan fácil acceder a aquellos conocimientos. A La Palma no llegaban esos libros; tampoco acudían los anarquistas italianos para propagar sus ideas, como sucedía en Madrid, Barcelona o incluso en La Habana.

Jonás no tuvo oportunidad de entrar en contacto con la ideología que le acompañaría el resto de su vida hasta que llegó a Santa Cruz de Tenerife, pocos días después de huir de Tazacorte, tras la muerte de Graham Holl.

Una de las cosas que más gracia le hacen a Paz es escuchar a Jonás repetir la única frase que pronunció en su carrera teatral:

—Señores, la cena está servida.

No puede creerse que, durante dos años, Jonás fuera centurión romano, esclavo egipcio, indio americano que aguarda la llegada de los españoles y mayordomo de un lord inglés, en el teatro Isabel II en Santa Cruz. La frase pertenecía a este último papel.

En el teatro, en una de las esperas entre una salida y otra, Jonás conoció a Olegario —él decía que se llamaba Oleguer pero entre todos habían castellanizado su nombre—, un tramoyista catalán de cerca de sesenta años. Olegario siempre tenía un libro en las manos. Poco a poco, Jonás se fue aficionando a leerlos cuando su compañero los acababa y a comentarlos con él. Así conoció clásicos como *El Quijote*, *El Lazarillo* o *La Celestina*, pero también a los realistas franceses y españoles de los años anteriores. Cuando creyó que estaba preparado, Olegario le pasó un libro forrado con papel para que nadie supiera que se trataba de *La conquista del pan* de Piotr Kropotkin, el padre del comunismo libertario. A ese libro le siguieron *Estatismo y anarquía* de Bakunin o *¿Qué es la propiedad*?, de Proudhon. A los pocos meses, Jonás participaba como uno más en una tertulia anarquista que se celebraba, convocada por Olegario, en una taberna de la calle de San Lucas, el germen de lo que pocos años después fueron los Centros de Estudios Sociales Luz y Vida o Salud y Progreso, primeras organizaciones anarquistas tinerfeñas.

A Jonás, como a muchos de los suyos, no le interesaban las bombas Orsini; creía que la violencia no era el camino y que debían obtener sus logros a través de la educación. Consideraba la imprenta su verdadera arma: publicar folletos, libros o revistas ejercía un poder muy superior al de estallar artefactos.

Uno de los asistentes a la tertulia de la calle San Lucas era Margarito Güimar, un canario de Las Palmas, propietario de una pequeña imprenta en la calle de la Cruz Verde. Margarito había importado de Estados Unidos la primera máquina de linotipia de las islas Canarias. En ella componían los textos propagandísticos sobre ideología anarquista, colectivizaciones, educación sexual o naturismo. Margarito traducía con gran paciencia los artículos sobre naturismo libertario de Eliseo Reclus, la corriente que Jonás abrazó hasta su muerte.

Al principio, Jonás sólo ayudaba a Margarito con los folletos que imprimían de manera clandestina, luego se fue implicando más y aprendiendo el oficio. En poco tiempo se convirtió en una cara habitual en la imprenta. Allí conoció a un compañero anarquista

andaluz que le proporcionó documentos falsos de permisos que no tenía, incluyendo la licencia del servicio militar.

En 1902, Jonás Vidal cumplía su sueño y embarcaba en un transatlántico de la compañía alemana Hamburg Südamerikanische Linie rumbo a La Habana. No haría escalas previas, Jonás iría de una isla a otra sin pisar jamás un continente. Allí nacería su hija Paz.

* * *

Ernesto Valenzuela está irritado: diez días fuera de Barcelona, sin ver a Rosa ni a Rosita, prácticamente sin hablar con ellas. Además no hay rastro de los Solidarios, está seguro de que no han estado en Valencia en ningún momento. Por primera vez Pere Canals, su mejor informador, ha fallado.

Ha intentado no obsesionarse, dejar pasar el tiempo de una forma agradable: natación y baños de mar todas las tardes en la Malvarrosa, visita a los muchos cabarés de la ciudad, comidas al aire libre en El Cabanyal.

Pero la mayor parte de su actividad ha consistido en contactar con informadores. Ninguno ha oído hablar de que se prepare un atraco en la ciudad, tampoco de la presencia de miembros de los Solidarios. Valencia ha tenido, según los policías con los que ha hablado, uno de los veranos más tranquilos que se recuerda; sólo un acontecimiento ha roto la calma, la aparición del cadáver de Ramiro Trancoso, un proxeneta conocido como *el Cubanet*, acuchillado en un callejón del barrio de Velluters. Sospechan de un ajuste de cuentas entre chulos del barrio; sus colegas valencianos no tienen la menor intención de investigar.

La noticia del atraco al Banco de España en Gijón no le llega hasta el día siguiente de haberse producido, el domingo; la llamada que recibe de Barcelona para contárselo le llena de ira. Los testigos, los empleados del banco, el conductor del vehículo robado, el guardia municipal que estuvo a punto de disparar sobre uno de los atracadores y varios viandantes que se agolparon a las puertas de la sucursal, han reconocido a tres de los Solidarios: Buenaventura Durruti, Eusebio Brau y Rafael Torres Escartín.

Valenzuela parte la misma noche del domingo hacia Barcelona. Sigue las noticias que llegan de Gijón, habla por teléfono varias veces al día con los responsables de la investigación del robo. Duda acerca de si debe viajar a Asturias, pero sospecha que el dinero y los atracadores la han abandonado hace tiempo. Además no quiere marcharse de casa otra vez tan pronto.

En otras ciudades, Ernesto Valenzuela mata las noches de soledad visitando cabarés, donde las cupletistas cantan letras procaces y las bailarinas muestran los pechos; ha visto incluso mujeres sorteadas entre la concurrencia en los locales de los distintos barrios chinos que ha conocido. En Barcelona, sus noches son para la familia; no sale de casa si no es para trabajar.

Pero conoce perfectamente el barrio. Vivió en él cuando llegó a la ciudad tras la detención de su padre, allí se alojó con su hermano Ramón. Conoció a esos chiquillos que ayudaban a las mujeres a robar el algodón hilado de los carros con ayuda de unos ganchos, que aprendían a hacer el «pico», sustraer una cartera del bolsillo de un incauto con dos dedos. Más tarde, en sus primeros tiempos como policía, trabajó en la comisaría del Distrito de Atarazanas, la gran mole que da sombra y protege el famoso Distrito V, el barrio chino: el cobijo de delincuentes cercano al puerto donde los limpiabotas venden cocaína y las floristas consiguen cualquier perversión imaginable; las tabernas de mala muerte, los tugurios de juego, los prostíbulos y el mercadillo callejero con algo de zoco árabe; las calles Cid, Peracamps o del Arco del Teatro, en las que las ropas tendidas en los balcones son quizá lo único limpio; las mujeres de mal vivir, los marineros borrachos y los sodomitas; los meublés de la calle Robadors, como La Mina, la casa de la madrileña, o La Criolla, con esa mujer sentada a la pianola mientras fuma un enorme puro, o Cal Sacristán, donde se dan cita los hombres vestidos de mujer —allí paran a menudo la Chavala, la Madriles, la Cojitos—, y tantos otros lugares donde un hombre puede encontrar compañía de cualquier tipo. Salió de allí a tiempo para que Rosa y Rosita nunca tuvieran que pisarlo.

Aunque ha oído hablar de él, no ha estado antes en el local al que entra, L’amour. Franquea la puerta, en la que reina un negro con traje

y zapatos blancos, más alto y fuerte que cualquier hombre que haya conocido antes.

Le sitúan en una mesa discreta y, a los pocos segundos de sentarse, una joven, una «tanguista», se acerca a él. La invita a acompañarle, así nadie se fijará en un hombre que asiste solo al espectáculo. Pide una botella de champán, lo mismo que observa en el resto de las mesas, y se deja entretener por la charla intrascendente de Lulú, el falso nombre por el que ella se hace llamar. Pese a su marcado acento andaluz, la chica afirma ser francesa y haber llegado a Barcelona hace apenas unas semanas. Lulú se guarda el tapón de la botella de champán barato una vez abierta; será su forma de ajustar cuentas con la casa al final de la noche.

Valenzuela pierde el interés por ella cuando empieza el espectáculo del local, lo que ha ido a ver.

Atiende a la actuación de un gitanillo de menos de metro y medio que canta y baila flamenco, a la de un mago supuestamente chino que hace aparecer conejos de la chistera, a la de una cupletista que deja caer el mantón de Manila para mostrar un pecho, sólo uno cada vez, nunca los dos al mismo tiempo.

—¿Para qué queréis ver el otro si son los dos iguales? ¿Sois tontos o qué?

El plato fuerte es el Gran Robert, imitador de estrellas. Las grandes de la época desfilan por el escenario: Mercedes Serós, Raquel Meller, la Chelito, la Fornarina… El Gran Robert se convierte en todas ellas: sus vestidos, sus gestos, hasta sus rasgos físicos se mimetizan con los de la artista imitada. Tras el último número, con la cara lavada, aparece un hombre para saludar en el escenario. Sólo entonces toma los rasgos que él conoce, los de Pere Canals.

Valenzuela cierra la puerta tras entrar en el camerino.

—La luz en el escenario te da en los ojos y es difícil reconocer a alguien del público. Aun así, he sabido que eras tú.

A pesar de la entrada del policía, Robert, Roberto, Pere, o como se quiera llamar, no abandona lo que hacía, absorber con la jeringuilla un remedio que ha preparado, buscar una vena en su brazo e inyectarlo.

—¿No te imaginabas que vendría?

—Lo temí cuando leí que el atraco no fue en Valencia sino en Gijón. ¿Vienes a que te devuelva el dinero?

—¿El dinero? Eso da igual. Vengo a que me devuelvas los diez días de mi vida que he pasado en Valencia esperando que pasara algo que no iba a pasar.

—No podría devolverte el dinero; imagínate el tiempo…

Pocos minutos después, Ernesto Valenzuela abandona L'amour con un nombre que le ha proporcionado su contacto, el de Eugenia Vázquez, amante de Durruti, hermana de Roberto Vázquez, o Robert, o Pere Canals, o como quiera hacerse llamar.

* * *

Los cuatro anarquistas, Durruti, Escartín, Brau y Aurelio, se esconden hace tres días en una pensión de la calle Covadonga; están cansados y la información que llega de fuera no es esperanzadora, la Guardia Civil no levanta el cerco que ha impuesto a la ciudad de Oviedo y al resto de Asturias.

La preocupación por Escartín ha aumentado. Cuando Durruti intenta hablar con él, le saca pocas palabras.

—No sé por qué estoy vivo, quizá no debería seguir aquí.

Los cuatro deben compartir las dos habitaciones comunicadas que les ha cedido la propietaria de la pensión. Poco espacio, mal acondicionado, peor ventilado e iluminado.

Buenaventura se afeita a la luz de la única bombilla que ilumina el lavabo cuando se oye la llamada de Brau, que vigila en la ventana.

—Viene la Guardia Civil.

Todos dejan de inmediato lo que están haciendo, cogen sus pistolas y salen de la habitación. Cuando abandonan la pensión se oyen los gritos de los guardias subiendo la escalera.

—Al tejado, vamos.

En la azotea del edificio, mantienen el primer intercambio de disparos con los agentes. Durruti acierta en la rodilla del sargento que está al mando. Saltan al edificio colindante y después al siguiente. Mantienen alejados a tiros a los perseguidores. La oscuridad de la

noche es la única aliada para salvar la vida. Encuentran abierta la puerta de acceso a la escalera en uno de los edificios. Los cuatro bajan corriendo. En la calle hay policías esperando. El tiroteo continúa.

Durruti ve a Aurelio rodar hábilmente por debajo de un camión aparcado. Es una zona de sombras y consigue alcanzar una calle lateral desde la que echar a correr; quizá sea la única forma de salir. Se lo indica a Escartín, que está a su lado y asiente con la cabeza. Tras una seña, Durruti vacía el resto del cargador tirando contra el coche tras el que se cubren los policías. Escartín aprovecha el momento para imitar a Aurelio. Durruti le va a indicar la posible dirección de huida a Brau, pero cuando lo mira, ve cómo recibe un disparo. Eusebio Brau se lleva una mano al pecho; sin duda está herido de muerte, no puede hacer nada por él.

Durruti ha metido un cargador nuevo en la segunda de sus pistolas, el último que tiene. Puede que los policías hayan visto la zona por la que escaparon sus dos compañeros, pero tiene que intentarlo él también. Rueda hasta el camión, pasa por debajo. Está esperando que un proyectil impacte en su cuerpo pero de momento eso no sucede.

Casi de rodillas alcanza el callejón y entonces sale corriendo. Dobla en la siguiente calle a la derecha. No sabe dónde está, sólo que debe correr, sin parar, sin mirar atrás. Tiene que ser la carrera más rápida y larga de su vida. Avanza en zigzag por varias calles y sigue corriendo. Diez minutos después, sin aliento, se apoya en una pared. Está solo; no hay rastro ni de los policías ni de sus compañeros. Se sienta e intenta calmarse y respirar.

* * *

En el periódico aparecen dos fotografías. En una se ve claramente a Torres Escartín sentado en el suelo, con las esposas en las muñecas y un policía al lado. Ha sido detenido e ingresado en la cárcel Modelo de Oviedo. En la otra hay un cadáver. La camisa está abierta y muestra una herida en el pecho. La policía no lo ha identificado, o por lo menos no ha comunicado su nombre al periodista, y no se le ve la cara en la foto. Joan García Oliver la ha mirado desde todos los ángulos, de cerca, de lejos, del derecho y del revés, pero no consigue

reconocer quién es. No ha recibido noticias ni de Durruti ni de Brau: podría ser cualquiera de los dos. Por fortuna, Aurelio consiguió huir y guarecerse en casa de unos familiares en Pola de Siero.

García Vivancos ha llegado con el dinero del atraco, descontadas las doscientas mil pesetas que ha tenido que pagar en Bilbao por los mil fusiles que recibirán en unas semanas. En total se llevaron quinientas setenta y tres mil pesetas. Dicen que es el atraco más rentable de la historia de España, y eso que les faltó el dinero de la caja fuerte, el de Duro Felguera.

Tal vez no sirva para nada: la situación se ha agravado, los rumores indican que el golpe de Estado de Primo de Rivera será antes de mediados de mes y las armas no estarán listas, no tendrán tiempo de preparar una huelga general con la que oponerse, no habrá asonada anarquista. García Oliver cree, además, que la UGT pactará con el nuevo gobierno para quitarse de en medio a la CNT, su mayor rival en el mundo sindical. Ovejas pactando con los lobos en contra de otras ovejas.

Escartín y Ascaso están en la cárcel, el último sufriendo represalias por la muerte de Casacubierta, el traidor; desconoce el paradero de Durruti y de Brau, pero es consciente de que uno de los dos es el muerto de la foto; el golpe de Estado en puertas supondrá mayor persecución y represión; tiene un topo en sus filas: Valenzuela fue visto en Valencia, luego había recibido la información falsa preparada para él. Con todo eso a sus espaldas, García Oliver echa de menos sus tiempos de camarero, primero en Reus, después en Barcelona y en un hotel de la montaña de Montjuic al que acudía la alta sociedad barcelonesa; recuerda las anécdotas que siempre cuenta a sus compañeros, la de la bella esposa de un anciano industrial que le daba un duro diario de propina por atenderla, la de la hija del rico trapero que le pidió en matrimonio ofreciéndole montar la mejor fonda de su pueblo, la de las noches de diversión en el Paralelo de antes de tomarse en serio la política… Pero todo eso quedó atrás y ahora debe decidir.

—Vamos a poner en marcha dos planes de fuga, uno para Ascaso en Zaragoza y otro para Escartín en Oviedo.

* * *

Ernesto Valenzuela también dudó en el momento de ver las fotos en el periódico, pero ha llamado a Oviedo y ha confirmado que el muerto no es Buenaventura Durruti. Cuando acabe lo que tiene que hacer, irá a Asturias a hablar con Escartín en la cárcel Modelo de Oviedo.

De momento, está otra vez en Zaragoza. Tiene que encontrarse con Eugenia Vázquez para que ahora trabaje directamente para él. El problema es que Eugenia no sabe que antes también trabajaba para él, aunque fuera a través de su hermano Roberto. Eugenia no es en absoluto consciente de traicionar a los suyos y Valenzuela le pedirá que siga haciéndolo; usará un buen argumento para convencerla.

Cuando asistió al espectáculo de Roberto en L'amour no esperaba dejarlo con vida. No contaba con la habilidad de su informador a la hora de manejar lo que sabía. La confidencia que le permitió sobrevivir tardó en revelarla: la relación de su hermana con Durruti. Valenzuela sueña desde entonces con pillarle a través de ella.

Eugenia, de profesión maestra aunque no ejerce en ninguna escuela, acude todas las noches a la sede del sindicato libertario para dar clases de alfabetización a obreros adultos. Llega a las siete y se marcha a las once. Hace el trayecto sola, unos quince minutos andando, hasta su casa.

Nunca ha estado detenida, pero existen informes sobre ella en la comisaría: se supone que en más de una ocasión ha ocultado anarquistas y ha colaborado con éstos en el traslado de armamento.

Valenzuela la espera sentado en el coche. Pese a ser septiembre, el verano no da tregua y el calor, a algo menos de una hora de la medianoche, es intenso.

La ve caminando confiada. La aborda por detrás.

—¿Eugenia Vázquez?

—Soy yo.

—Soy policía, tengo que hablar con usted.

—¿Estoy detenida?

—Si quiere la detengo y le pongo las esposas, pero no creo que sea necesario. De momento sólo quiero hablar.

—¿Dónde?

—Tenemos varias opciones: un café, un banco en un parque, el asiento del coche o la comisaría, después de tratarla como se merece.

—En un café habrá gente que nos mire. Lo prefiero.

—Perfecto. Pero sepa que no es mi intención seducirla.

—Ni creo que lo lograra.

Ernesto Valenzuela no habla hasta que el camarero del café Windsor, en el Coso, ha servido los dos cafés y la copa de coñac que ha pedido para él.

—He conocido a su hermano. Se llama Robert, ¿no?

—Prefiero llamarle Roberto; le llamábamos así de niño.

—Habla mucho con él…

—Si puede decirme directamente qué quiere, se lo agradecería.

—Estoy diciéndolo lo más directamente que puedo. Usted habla mucho con él y quiero que ahora hable conmigo. Que me diga lo mismo que antes le decía a él, excepto las muestras fraternales de cariño, claro está.

Eugenia acaba de darse cuenta de su indiscreción, de la cantidad de temas de los que había prometido no hablar con nadie y que ha compartido con su hermano sin pensar que él pudiera repetirlos, o peor aún, venderlos. Acaba de percatarse de que el topo es ella.

—No voy a darle ninguna información.

—¿Sabe qué es la heroína? Se descubrió hace treinta años en Alemania. ¿No le ha hablado su hermano Roberto de ella? Los que la consumen lo pasan muy mal cuando les falta.

* * *

Álvaro es negro, pese a los ojos verdes que no sabe de quién ha heredado. Quizá de un patrono blanco de la plantación en la que trabajaban su madre, su abuela, su bisabuela y toda su familia desde que la arrancaron a la fuerza de África. Quién sabe durante cuántas generaciones estuvieron los blancos violando a sus antepasadas antes de que alcanzaran la libertad. En la familia de su padre no hace tanto tiempo que llegaron desde el continente de sus ancestros; el abuelo de su abuelo vio Cuba por primera vez al bajarse de un barco de

negreros. Le han contado cómo hacían la travesía, pasando hambre y sed, hacinados después de haber sido cazados en sus tribus. Le han dicho que eran más los que morían y eran arrojados al mar que los que llegaban con vida a las costas americanas, que los llevaban a un sitio que no conocían y en el que se hablaba un idioma que no entendían, que los vendían en mercados para hacerlos trabajar como mulas en las haciendas del interior. Aunque su pueblo se conforme, no es suficiente con que ahora les hayan dado la libertad; los blancos tienen que pagar por lo que hicieron y los africanos deben volver a su tierra. Muchos ya lo han hecho: barrios enteros de Lagos, en Nigeria, están formados por esclavos cubanos retornados. Algún día, Álvaro emprenderá ese viaje.

Él también se ha fijado, igual que ella en él, en esa chica que ha empezado a leer en la galería de la fábrica de puros. No atiende a lo que dice, no le interesan los libros que ella recita, los que narran las andanzas de los héroes blancos de la lejana Europa. Él no pertenece a ese mundo, el suyo no está en las frías calles de París ni en los palacios de la nobleza francesa, le dan igual el conde de Montecristo, las aventuras de un contrahecho en una catedral o las peleas de unos espadachines contra los hombres de un cardenal. Pero le gusta escuchar su voz, clara, intentando entonar de una manera atractiva para que los torcedores sigan las peripecias de los personajes del libro.

No hay otros torcedores en su familia. La industria del tabaco nunca ha empleado a esclavos, éste es un oficio de hombres libres. Por eso es el que quiere para él, aunque lleve seis meses y aún no le hayan dejado liar un puro, sólo escoger hojas, estirarlas, barrer, fregar… Llegará el día en que tenga oficio de hombre libre y sea maestro torcedor.

Álvaro, a sus dieciocho años, se sabe guapo y con éxito con las mujeres. Desde los doce lo sabe. Sus amigos no se creen que empezara tan pronto, pero ésa era la edad que tenía cuando una vecina le invitó a acompañarla a su casa tras verle en la escalera. El edificio, el mismo en el que aún vive con su madre y su hermana, está en la calle Reina en el centro de La Habana, pegado al barrio que ocupan los culíes chinos que llegaron a Cuba a construir el ferrocarril o a trabajar en las

haciendas y después se quedaron allí. La vecina era una negra mayor, con culo grande y tetas grandes. Se acercó a él y le preguntó si ya había estado con una mujer. Él le contestó que no.

—Pues sube conmigo, que voy a tener la suerte de que ya no te olvides de mí.

Se llama Elvirita aunque pese más de cien kilos; aún hoy invita a Álvaro a que suba cuando quiera, pero él ya no está interesado en su vecina: hay otras negras mucho más guapas con las que puede hacer lo mismo que con ella siempre que lo desee.

Muchos creen que cuando una negra se mezcla con un blanco, su hijo ha *adelantado* la raza gracias a que su madre le ha *limpiado el camino*. Ya es mulato, un poco más blanco; si se mezcla otra vez con otro blanco sólo será cuarterón y habrá *adelantado* un poco más; así es ella, así es Paz. Por el contrario, si el mulato tiene un hijo con una negra *atrasa*. A veces, cuando un prieto, un negro, va a hablar con una mulata, ella ni le hace caso y sólo le contesta que ella *adelanta, no atrasa*, con frases como: «Aléjate de mí, eres inferior». Álvaro odia incluso las palabras, *adelantar*, *atrasar, limpiar el camino*. Álvaro está muy orgulloso de lo que es, aunque su madre llore por él y le pida a la santera que haga trabajos para que deje de estar lleno de odio. El odio hace falta para estar vivo.

Y aun así, aun con su convencimiento de pertenecer a una raza superior, si tuviera que decir qué le gusta de esa cuarterona, de Paz, y fuera sincero, diría que le gusta todo. Le gusta su rostro, moreno pero no tanto como el suyo, su nariz fina, su pelo liso, su figura estilizada, casi sin nalgas. Y sus labios: en los labios se ve que tiene sangre africana. No le gusta por ser más blanca como a otros muchos negros, a quienes les gustan las blancas pero después se sienten inferiores a ellas. Álvaro se ha acostado con muchas de ellas; lo buscan aunque las desprecie, o quizá por eso.

Quiere acostarse también con esa lectora joven y distante, ver el deseo en su rostro, el mismo que se distingue cuando sus miradas se cruzan, y demostrarle que ella no es mejor que él y que tampoco lo es su padre, ese canario rico que juega a ser anarquista o como ellos les llamen.

Uno de los capataces de la fábrica, otro canario, uno alto y rubio llamado Ramón, le descubrió el otro día mirando a la chica mientras ella leía una de esas interminables historias francesas. Álvaro había dejado de hacer el trabajo que le encargaron —seleccionar las mejores hojas para poder usarlas de capa—, para observar a Paz. De repente, el tiempo se había parado: si le dicen que llevaba un minuto casi sin pestañear, se lo cree; si le dicen que ha sido una hora, también.

El capataz le mandó fregar toda la galería y, cuando acabó, le ordenó que la fregara otra vez.

—Para que tengas claro cuál es tu sitio.

Hay otros aprendices a los que no les habría impuesto ese castigo. Si Álvaro fuera blanco, quizá todo habría quedado en una broma y una anécdota.

—¿Te enamoraste de la lectora? No es para ti, no se hizo la miel para la boca del asno.

Pero es negro, tuvo que fregar dos veces la galería. El capataz grande y rubio no quiere que la niña del canario *atrase*. Tal vez la quiere para él.

Le han contado que la chica pertenece a ese grupo de blancos locos que se junta en la playa algunos sábados para bañarse desnudos. Tiene que ir a comprobarlo. Sin duda será una mentira.

* * *

Las instrucciones le han llegado a Francisco Ascaso dentro de un paquete de tabaco que le ha dado un funcionario. En las cárceles, en la policía, en el ejército, en los ministerios, en todas partes hay anarquistas dispuestos a ayudar cuando se les pide. En este caso, no ha sido una ayuda desinteresada, sino cobrada y bien cobrada.

La tarde del 12 de septiembre es la marcada para la fuga. Apenas cuatro días después de la orden dada por García Oliver. El plan estaba pensado desde mediados de agosto y sólo faltaba el dinero necesario para engrasar todas las piezas. Quizá sean los últimos hombres que vayan a evadirse de esta prisión; la nueva, en Torrero, ha empezado a construirse y Predicadores quedará convertida en cárcel para mujeres. No sólo saldrá Ascaso: otros veinte anarquistas, los presos que estarán

en la zona de visitas a las seis de la tarde, le acompañarán.

El día anterior ha llegado la solicitud de visitas para muchos de ellos y han convencido, usando mayor o menor contundencia, a los presos comunes que las tenían concedidas para renunciar a las suyas. Muchos funcionarios están dentro del plan, todo se ha ido arreglando sin contratiempos.

No puede resultar más sencillo: a las seis de la tarde habrá un falso aviso de incendio, los funcionarios abrirán las puertas del módulo de visitas y los presos saldrán a la calle. De ahí, cada uno por su lado mientras la guardia se recompone y empieza a buscarlos. Un plan caro, sólo saldrá bien porque todo el mundo se llevará su parte.

Mucho más elaborada y complicada es la fuga de Torres Escartín en la cárcel Modelo de Oviedo, especialmente porque no se sabe nada de él, no ha dado la conformidad con el plan ni se ha puesto en contacto con los que le han hecho llegar la información. García Vivancos, desplazado a Asturias para organizarlo, lo ha preparado todo, pero no sabe si Escartín se levantará de su cama cuando llegue el momento de escaparse.

En Zaragoza, todo funciona a la perfección. Los presos van al pabellón de visitas, se hacen los registros habituales y se quedan esperando en la misma sala que otros días; sus supuestos visitantes, con paquetes en los que llevan ropa y algo de dinero, están dentro. Todo se desarrolla como un día normal, con una excepción: pocos minutos después de las seis empiezan a sonar las alarmas. Los funcionarios, sobornados para tal fin, abren las puertas y los presos salen corriendo. Guardianes de otros módulos se desplazan a toda prisa pero encuentran muchos accesos bloqueados. En tres o cuatro minutos, no más, la situación vuelve a la normalidad, pero los veintitrés anarquistas que han conseguido fugarse están perdidos por las calles de la capital aragonesa. Ascaso, vestido con un blusón negro de campesino, camina hacia la vía de tren. Un vagón que transporta ganado a Barcelona tiene la puerta abierta; dentro le espera su hermano Domingo. En unas horas estará con los suyos.

Mientras, García Vivancos en Oviedo suspende la fuga. Ha habido un chivatazo y la guardia de la Modelo ha sido cambiada. Los

funcionarios que tenían que hacer la vista gorda no la harán; las armas, que tenían que estar descargadas, dispararán balas de verdad.

Todos los presos que iban a componer la fuga se relajan. Escartín, del mismo modo que no dijo nada a favor, tampoco lo hace en contra. Nadie es capaz de adivinar qué piensa o qué hará cuando llegue la hora.

Rafael Torres Escartín lo ha meditado mucho, desde el día del atraco no deja de darle vueltas. ¿Por qué está vivo? ¿Por qué se le encasquilló el arma al guardia municipal? ¿Por qué no le hirieron siquiera las decenas de veces que dispararon sobre él cuando le detuvieron?

Ha pensado en eso, pero también en la forma de escaparse de esa cárcel. Aunque sus compañeros hayan decidido suspender el plan de fuga, él se marcha. Tiene la convicción de que nada puede pasarle: las balas le esquivan.

A las siete de la tarde, justo al empezar el turno de cena, hay un cambio de guardia. Durante sólo unos segundos, mientras el guardia saliente y el entrante firman el estadillo del último recuento, el recluso puede aprovechar para salir de la fila y ocultarse en el pasillo que lleva a la lavandería. Los presos que van delante y detrás saben, sin que nadie se lo tenga que decir, que deben ocupar el espacio que él deje libre.

La lavandería no queda cerrada con llave porque a las nueve de la noche llega un carro con la ropa del día de varios hoteles y restaurantes de la que se ocupan los presos. Escartín ha estado trabajando como voluntario y lo ha comprobado.

Antes de que llegue el camión, debe salir de la lavandería; aún no será libre: estará fuera del edificio pero todavía en el interior de la cárcel. Tiene que subir al muro por una zona que queda fuera del alcance de la vista de los dos vigías que hay allí, uno a cada lado. Estará agazapado contra la pared hasta las ocho y media. En ese momento relevan al vigía de la zona norte. Vuelve a haber unos segundos de desatención. Saltará a la calle —hay tres metros— y echará a correr. A partir de ahí, sólo la suerte dirá si la fuga es un éxito o no.

Todo resulta según lo esperado por Escartín hasta el momento del salto. Cae mal, se tuerce el tobillo; pese al dolor, evita gritar y la adrenalina le hace correr hasta esconderse entre los edificios al otro lado de la calle.

Pisa y parece que aguanta, camina intentando olvidar el sufrimiento, el tobillo se hincha por momentos. Tiene que seguir, piensa, el tobillo puede esperar.

Una hora después, sin soportar el tremendo dolor, se sienta en la puerta de la iglesia de Santa María la Real de la Corte. No sabe si se duerme o se desmaya. Cuando se despierta está preso otra vez. El párroco ha sospechado de él y lo ha denunciado. Se acabó la suerte de Torres Escartín.

* * *

En trenes de mercancías, en burro, andando de noche para no encontrarse con la Guardia Civil caminera, robando pan, huevos y frutas, pasando hambre… Casi dos semanas ha tardado Buenaventura Durruti en desplazarse de Asturias a Zaragoza.

Su llegada a la ciudad coincide con la del general Miguel Primo de Rivera. Es el día del golpe de Estado; se ha adelantado a la fecha prevista. El dictador —nadie duda de que lo será— viaja en tren desde Barcelona, camino de Madrid, para hacerse cargo del Gobierno. No ha habido levantamiento anarquista, los fusiles no han llegado a tiempo desde San Sebastián.

Durruti conoce a mucha gente en Zaragoza. Vivió aquí, trabajó como cerrajero, es una ciudad que le gusta y en la que ha hecho muchos amigos; algunos darían la vida por él. Pero esta vez no se trata de una visita social. Estará allí sólo unas horas, para dormir una noche y seguir camino hacia Barcelona. Antes de volver a la capital catalana se pondrá en contacto con Eugenia; a través de ella recabará noticias de los compañeros. Ha leído en el periódico que el día anterior se produjo una numerosa fuga de anarquistas de la cárcel de Predicadores. También decía que la mayor parte de ellos ha sido detenida y devuelta a su celda. No mencionaban nombres en el diario, no sabe si Ascaso está dentro o fuera.

Al abordar a Eugenia, de noche, cuando sale de las aulas de lectura, ella se echa a llorar, abrazada a él. No dice qué le pasa, sólo llora. Le informa de la fuga de Ascaso, que no está entre los devueltos a la cárcel, del fracaso de la huida de Escartín, de los temores por el golpe de Primo de Rivera… Nada que justifique su llanto.

Buenaventura se ha acostumbrado a tener ojos para todo. Hasta para lo que no se ve. Lleva muchos años perseguido para no darse cuenta de cuándo el peligro está delante.

—¿Quieres contármelo tú misma?

Están los dos sentados en la cocina de la casa que Eugenia heredó de sus padres. Buenaventura se ha bañado y está comiendo una sopa de ajo con pan. Frente a él una botella de vino a medias.

—Ha sido por mi hermano.

Durruti no conoce a Roberto Vázquez, el Gran Robert, aunque ella le habló de él. No le vio actuar en el cabaré del barrio chino pese a la escasa distancia que había entre la pensión y el local.

—Le vendía a Valenzuela lo que yo le contaba. Sé que no debí decirle nada, pero confiaba en él.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Lo supe después del atraco. Mi hermano le dijo a Valenzuela lo que yo le desvelé, que sería en Valencia; cuando salió publicado el robo de Gijón, el policía vino a hablar conmigo.

Vuelven las lágrimas.

—Me amenazó con matar a mi hermano… Necesita la heroína para vivir.

—Lo matarán igual. Unos u otros lo matarán.

Buenaventura no se queda a dormir, como era su intención. Parte, con la ayuda de un maquinista del sindicato, en un tren con destino a Valencia esa misma noche. Desde allí, viajará en barco a Barcelona.

* * *

Hace días le llegó a García Oliver la noticia de que el cadáver que aparecía en la foto del periódico no era el de Durruti sino el de Eusebio Brau. También está al tanto del fracaso de la fuga en solitario de Escartín. Está esperando a que se sepa algo del paradero de

Francisco Ascaso. Sólo tres de los fugados de Zaragoza no han sido todavía detenidos; Francisco es uno de ellos.

Oliver está enfadado: ha tenido noticia de compañeros que han esperado a que les detuvieran tomando un café en alguna terraza de Zaragoza; no sabían qué hacer en libertad. No entiende cómo Pestaña quiere que disuelvan los Solidarios, alguien tiene que dirigir a los anarquistas cuando llegue el día de la revolución, y los escogidos para hacerlo serán los activistas de sus filas.

En una de las mesas del Café Español, en el Paralelo, habla con Jover, están esperando acontecimientos. Los rumores dicen que el nuevo Gobierno no tardará en ilegalizar la CNT: volverán a estar en la clandestinidad, como tantas otras veces. Recibe el mensaje de la llegada a Barcelona de Ascaso. Le espera en la sede del Sindicato de la Madera, cerca de donde están, en la calle de Sant Pau.

Se abrazan al verse. Ascaso, que ha llegado hasta el sindicato con su hermano Domingo, tiene buen aspecto; la cárcel no le ha dejado demasiada huella. Además ha recuperado uno de sus trajes, uno de esos que le hacen parecer el peor de los burgueses.

Primero se interesa por Durruti, cuyo paradero desconocen. Después, por la situación general, por el robo de Gijón, por Brau y Escartín, por el resto de los fugados.

Por la noche, llega otra buena noticia: Buenaventura por fin ha aparecido. Vivo.

A las dos de la mañana se reúnen en un cuartito trasero del café La Tranquilidad. No hay tiempo que perder, Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti se trasladarán a París el día siguiente. Estando perseguidos como están, deberán atravesar a pie la frontera por uno de los muchos pasos utilizados por los contrabandistas en los Pirineos.

Antes de despedirse, Buenaventura habla a solas con García Oliver. Hay algo que debe contarle…

* * *

El nombramiento de Martínez Anido como nuevo ministro de Gobernación, una de las primeras medidas de Primo de Rivera, es la mejor de las noticias para Ernesto Valenzuela: se destinarán más

medios a la lucha contra los anarquistas.

Ernesto Valenzuela ha viajado a Madrid como uno de los invitados a la toma de posesión del cargo. Es de los privilegiados que se reúnen con el ministro en su imponente despacho de la Puerta del Sol. Las órdenes son concisas y claras: guerra sin cuartel contra los anarquistas; se les ilegalizará y combatirá hasta hacerlos desaparecer. Dispondrá de medios y hombres para hacerlo. Tiene autorización para otro asunto que lleva tiempo pidiendo: represión contra aquellos que los ayuden, sean policías, funcionarios, militares o simples civiles. Los cómplices de los sindicalistas en fugas como la de la cárcel de Zaragoza no seguirán quedando impunes.

Como siempre que viaja a Madrid, Valenzuela tiene una obligación que cumplir: visitar a su padre en la cárcel Modelo, en Moncloa, en el Paseo de Moret.

Laureano Valenzuela, aunque quiso cambiarse el nombre por el absurdo de Revolución Valenzuela, está preso desde el intento de atentado contra Anido, hace seis años. No ha cumplido los sesenta, pero parece un anciano. La vida en la cárcel le ha resultado muy dura. De haberlo sabido, quizá no hubiera traicionado a sus compañeros del sindicato a cambio de evitar el garrote vil.

Ernesto no le visita por cariño o por compasión, sólo por obligación: asegurarse de que cumple el castigo que merece.

Laureano y otros tres compañeros atentaron contra la vida de Martínez Anido con una bomba al paso de su caballo en un desfile. Todavía no era gobernador de Barcelona, tampoco general, sólo un coronel que había combatido en Filipinas y Marruecos, un héroe de la historia española. Por suerte la bomba estaba mal hecha y explotó antes de tiempo.

Laureano arrastra los pies enfundados en unas viejas alpargatas, pantalones viejos, camiseta sucia, sin afeitar.

—Hola, ¿cómo estás?

—Tengo cataratas y estos cabrones no me operan. ¿Me has traído la foto de Rosita?

Se tiene que acercar mucho la fotografía a los ojos para verla.

—Ha crecido, claro… Está muy guapa.

—Cumplió dos años en abril.

—Cómo me gustaría conocerla. Dicen que habrá una amnistía, por el nombramiento de Primo de Rivera. ¿Sabes algo?

—No, y si la hay no creo que afecte a los anarquistas. El nuevo ministro de Gobernación es Martínez Anido. No te perdonará haber intentado matarle.

—Tampoco me pasará nada, peor que ahora no puedo estar. ¿Tienes tabaco?

No le da los cigarros puros traídos de Cuba que fuma él. Le ha comprado paquetes de picadura y papel para liar.

—Vaya mierda de tabaco.

—Es lo que hay. ¿Has oído hablar de Ascaso y Durruti?

—Claro, qué famoso se está haciendo Francisco… Aquí en la cárcel llegan noticias. Dicen que se han ido a Francia. La gente los admira aquí dentro.

—Son dos asesinos. Eso es lo que son.

Cuando visita a su padre, Ernesto Valenzuela sale de mal humor. Madrid le pone de mal humor siempre. Quizá tenga que trasladarse a vivir a la capital, pero aún no es el momento. No dormirá ni una noche allí; irá a la Estación del Norte y montará en el primer tren que le devuelva a Barcelona.

* * *

El presentador anuncia al respetable público de L'amour que van a ver la nueva creación del Gran Robert. Nada más y nada menos que la Bella Dorita está a punto de salir al escenario. Los aplausos —los espectadores han visto a Raquel Meller y a Mercedes Serós a lo largo de la noche— arrecian. Pero la Bella Dorita no aparece. Poco a poco dejan de aplaudir. El presentador, que es el dueño del local, manda corriendo a una de las bailarinas a buscarle al camerino mientras él cuenta un chiste, para evitar que el público se enfade. Una vez, unos marineros destrozaron el local lanzando las sillas y lo único que había pasado era que la cupletista les pareció fea.

La puerta del camerino está cerrada. La bailarina llama pero no hay respuesta. El exigente —y maleducado— público de L'amour se

impacienta, se oyen silbidos. El grito de la bailarina se impone sobre ellos cuando consigue abrir. Roberto Vázquez, o el Gran Robert, o Pere Canals, o como quiera hacerse llamar, está tumbado en el suelo, en medio de un charco de sangre, con una bata de cola a medio poner o medio quitar y la garganta cortada de lado a lado.

Más o menos a la misma hora, su hermana, Eugenia Vázquez, sale de las clases para adultos y camina hacia su casa. Un individuo la aborda por detrás y le raja la garganta sin mediar palabra. A la mañana siguiente, muy temprano, encuentra su cadáver un obrero que acude al trabajo.

3

París, otoño de 1923

Sentado en una terraza de la esquina de la rue de Belleville con el boulevard de la Villette, con un café con leche y un cestillo lleno de *croissants*, aprovechando un precioso día soleado del otoño francés, Francisco Ascaso se olvidaría del anarquismo, del sindicato, del movimiento obrero y hasta de Valenzuela. No puede, porque delante de él tiene abierto el *ABC* de hace dos días, el único periódico español que ha encontrado esta mañana. En él anuncian el nombramiento de Miguel Arlegui como director general de Seguridad. Está claro que todo su mérito para llegar a tan alto puesto ha sido mandar matar anarquistas. La orden prioritaria que el ministro de Gobernación, Martínez Anido, le ha dado es acabar con la *Banda de Durruti*. Tras el atraco del Banco de España en Gijón, su compañero se ha hecho muy famoso. La prensa prefiere usar su nombre que el de los Solidarios, el que ellos mismos se otorgaron. Así se les conocerá para siempre: la Banda de Durruti.

Lleva un par de semanas en París y su francés es lamentable. No puede hacer lo mismo que cuando lee libros anarquistas: buscar en el diccionario palabra por palabra; no entiende nada de lo que le dicen los parisinos al hablar. Buenaventura estuvo exiliado en Francia un par de años tras fugarse del servicio militar y le sirve de traductor.

Han encontrado un pequeño apartamento en el barrio de Belleville, en la rue Ramponeau. Dos habitaciones con sendos catres, una cocina

minúscula y un baño todavía más pequeño, con un retrete que hay que usar en cuclillas, colocando los pies sobre unas pequeñas plataformas que imitan unas suelas, y que desagua en una sentina que se vacía una vez cada dos o tres días en carros tirados por caballos. El alquiler es muy barato; aun así, con el dinero que tienen, apenas podrán mantenerse un mes. Buenaventura y él deben encontrar trabajo antes de que se agoten sus escasos fondos. Ahora sí que son pobres, pese a esconder bajo la cama una maleta en la que guardan una fortuna, casi un cuarto de millón de pesetas; parte del botín del robo de Gijón, el dinero que les han confiado los Solidarios para poner en marcha la editorial que publicará los libros libertarios en castellano.

Belleville es un barrio obrero, pero tiene las mejores vistas de París. Desde la colina sobre la que se levanta pueden ver gran parte de la ciudad, sus iglesias, sus tejados y un precioso atardecer. A Ascaso le gusta pasear por los dos parques del barrio, el Parc de Belleville y el de Buttes Chaumont, y pararse a observar a los pintores que por las tardes se sientan con sus lienzos, pinceles y paletas en cualquiera de ellos. García Vivancos, su compañero de los Solidarios al que tanto gusta dibujar en cualquier trozo de papel, disfrutaría mirándolos, quizá siendo uno de ellos: son muchas las diferencias entre los obreros españoles y los franceses, la más grande, la de haber luchado por su liberación desde décadas antes. Un obrero francés puede ocupar su tiempo libre en pintar lo que ve desde un alto del parque de su barrio; un obrero español no tiene ni parque, ni tiempo libre, ni ganas de pintar, sólo la necesidad de dar de comer a los suyos.

En la misma calle en la que viven, la rue Ramponeau, estuvieron las últimas barricadas de la Comuna de París. Los revolucionarios franceses combatieron heroicamente en mayo de 1871 contra las tropas versallescas para impedir que la ciudad cayera en sus manos. Perdieron la batalla, pero es una guerra en la que llevan cincuenta años de ventaja sobre los españoles. El sueño de Ascaso en Zaragoza era que sus compañeros vivieran un poco mejor, nada más; ahora que conoce París y observa a su alrededor, aspira a más, aunque aquí los obreros parezcan burgueses. Entiende la ira de Durruti cuando los

codiciosos patronos españoles niegan a sus trabajadores las concesiones más básicas.

Belleville es el barrio, junto con el de Saint-Denis, en el que viven más españoles, pero también abundan los griegos, los armenios, los judíos, los chinos, los musulmanes… Gente huida de todas partes del mundo que ha encontrado un lugar donde vivir en paz. En la calle se hablan todas las lenguas y en el mercado hay comidas para todas las nacionalidades; Ascaso no se cansa de rebuscar y probar. Claro que hay también franceses; gracias a ellos puede comerse esos *croissants* que tanto le gustan y que provocan las burlas de Durruti.

—¿Estás seguro de que no eres hijo ilegítimo del conde de Romanones? Entre los *croissants* y las corbatas, eres el tipo más burgués que he conocido.

Se ríe, pero coge uno de inmediato y se lo mete en la boca en grandes pedazos.

—Ah, me han dado el trabajo.

Buenaventura vuelve a su profesión: será mecánico en Renault, el mismo lugar en el que trabajó durante su anterior estancia en París. Es apasionante ser otra vez, durante unas horas al día, un simple obrero. Dedicarse a lo que uno tenía previsto y en lo que se siente seguro, y no a la política, que tantas trampas esconde a cada paso.

Ascaso no podrá trabajar como camarero hasta que hable bien el idioma. Ha pensado buscar empleo como panadero, el oficio que aprendió casi de niño, pero tendrá muchas reuniones nocturnas en la UAC, la Unión Anarco-Comunista francesa, y el horario de un panadero resultará incompatible. Teme que tendrá que trabajar en lo que le salga, sea lo que sea.

—¿Cuándo empiezas?

—El lunes. ¿Tú has visto algo?

—Lo de panadero no va a poder ser. Me han hablado de una fábrica de tubos de plomo que busca gente, mañana iré.

—Muy bien. ¿Qué dice el periódico?

—Han nombrado a Arlegui director general de Seguridad.

—Mejor, así sabremos dónde está y le harán una capilla ardiente mayor cuando lo matemos.

Durruti es un optimista. Se levantan del café y caminan hacia el 14 de la rue Petit: algo menos de veinte minutos de paseo hasta llegar cerca del Bassin de la Villette, en el Distrito 19. Allí está el punto de encuentro con los anarquistas españoles y franceses, un local en el bajo del edificio donde se venden libros ácratas y donde se elabora el periódico semanal *Le Libertaire*. Pasan en la trastienda gran parte de su tiempo, reunidos con Severino Ferrandel, Valeriano Orobón, Sebastián Faure y otros compañeros que colaborarán para crear la Editorial Internacional Anarquista.

* * *

El metro de Madrid se inauguró en 1919, pero Valenzuela nunca ha viajado en él. La primera vez que lo hace es en 1923: entra en la estación de Sol y se baja en la de Cuatro Caminos, ocho estaciones y unos tres kilómetros y medio aproximadamente que se recorren en apenas un cuarto de hora, todo un avance. Los periódicos dicen que para junio del próximo año habrá una segunda línea y que se podrá llegar hasta Ventas. Con su inauguración, Madrid se situará, según ellos, a la altura de las ciudades europeas más importantes.

Valenzuela no ha subido —o quizá se diga bajado— al metro para hacer turismo; debe encontrarse con alguien cerca de la estación de Cuatro Caminos, en la calle de Bravo Murillo, llegando al barrio de Tetuán. Podría aprovechar uno de los coches de la Dirección General de Seguridad, pero prefiere no llamar la atención: hay zonas de la ciudad en las que un coche aún despierta curiosidad.

La cita es en una de las casas bajas del barrio, casas de pueblo, con corral, en medio de un Madrid con metro; a pocos pasos de donde se yergue el Metropolitano, el flamante estadio del Athlétic de Madrid inaugurado hace pocos meses. Valenzuela espera volver con un problema solucionado: la sustitución del fallecido Pere Canals como confidente.

Ha seguido una de las enseñanzas de su mentor, Martínez Anido: romper por el eslabón más débil. Ha rebuscado entre los Solidarios hasta dar con el que podía resultar permeable a sus ofrecimientos. Le ha costado, pero lo tiene. Es Ramiro Alfil, obrero afiliado al Sindicato

de la Alimentación, madrileño de veinticinco años, residente en Barcelona.

—Pase, que no le vean ahí fuera.

En Madrid no hay tantos anarquistas como en Barcelona. En la capital ha triunfado el sindicato socialista. Aun así, hay que andar con cuidado y cien ojos; los terroristas de la CNT están por todas partes.

Alfil no es uno de los miembros fijos de los Solidarios, sólo alguien que ocasionalmente ha colaborado con ellos. Valenzuela podría detenerlo, tiene pruebas de que estaba en la reunión de Poble Nou en la que se preparó el atraco al Banco de España en Gijón y de que participó en un atentado contra el dueño de una empresa textil en el que murieron dos personas, el empresario y su hijo. Podría mandarlo a la cárcel unos años, pero si hay algo que le sobran son anarquistas presos; lo que ahora quiere es un infiltrado entre ellos que le informe.

Alfil es un buen candidato. Tras el robo de Gijón envió un giro de tres mil duros, quince mil pesetas, a su padre en Madrid para que consiguiera el traspaso de una carnicería. La noticia llegó a Valenzuela a través de un empleado de correos. Alfil sólo podía haber conseguido ese dinero de una forma: les robó a sus compañeros. Tiene dos opciones, colaborar con la policía o enfrentarse a ellos.

—Me ha dado su palabra de que no me detendrán.

—Te voy a aclarar algo: mi palabra, cuando se la doy a un anarquista, no vale nada. Lo único que te salva de que te detenga es que puedo entregarte a tus compañeros y ellos te matarían. Me gustan los entierros de anarquistas, con su banderita negra, sus canciones y sus puños en alto.

La casa pertenece a los padres de Ramiro Alfil. Es muy pobre, casi una chabola. En la pared de la entrada, al lado de la puerta, hay clavadas varias estampas religiosas junto a una de propaganda de la CNT. Es un absurdo batiburrillo ideológico: anarquistas y creyentes. Valenzuela bebe un vaso de agua.

—Sabes que hay una forma de que ni te detenga ni te delate ante tus compañeros. Además ganarías dinero.

—Que me convierta en un soplón.

—Muy bien, eres muy listo. No sé cómo siendo tan listo se te ha

ocurrido robarles a los Solidarios. ¿Vas a darme algo para que yo piense que puedo confiar en ti y no se lo cuente a Durruti? Le llamaría a él personalmente para que se hiciera cargo de ti…

—¿Qué quiere que haga?

—Quiero un escondite de armas. Uno importante. Cuantas más armas encuentre, mejor te pagaré.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Digamos… dos semanas. Vuelves a Barcelona, lo preparas, me llamas y me dices lo que tienes para mí. Yo hago mi parte y te pago.

—¿Cuánto?

—Lo que me parezca bien. Depende de lo que me ofrezcas. Tendrás que confiar en mi generosidad.

A veces es fácil cerrar negocios; cuando a la otra parte no le queda más remedio que aceptar, por ejemplo.

Valenzuela vuelve a bajar al metro de buen humor. Teniendo en cuenta que se dirige a la Modelo a ver a su padre, no está mal.

Arlegui, en una muestra de afecto, le ha preguntado si quiere que suelten a Laureano Valenzuela; no ha dudado ni un momento: no. Por eso confían en él, porque contesta lo que ellos quieren escuchar.

* * *

Escartín ha tenido una docena de sesiones completas con López Mahón por encargo de Valenzuela. El preso no le ha contado nada, y si hay alguien en toda la cárcel Modelo de Oviedo que no lo hará es él.

Los carceleros, López Mahón, incluso alguno de sus compañeros de celda, pensaron al inicio de las sesiones que la estrategia de Escartín era hacer creer que había perdido el contacto con la realidad y con su historia, que apenas reconocía el nombre de los Solidarios y que otros como Durruti, Ascaso o García Oliver ni siquiera le sonaban. Dos semanas después, no están seguros de que sea una estrategia.

A López Mahón casi nunca le ha pasado; puede tardar más o menos en dar con la tecla que haga cantar a un preso, pero tarde o temprano la descubre. Las únicas veces que no alcanza a saber lo que desea son aquellas en las que el interrogado se muere antes de hablar. Son fallos que intenta corregir. La táctica: nunca exceder su capacidad de

resistencia, mantenerse en una delgada línea en la que el torturado todavía no lo ha dado todo por perdido, en la que aún cree que su dolor puede ser peor. Si se supera esa línea la vida pasa a darle igual y pierde la esperanza: espera la muerte sin hablar, sabiendo que nada de lo que le hagan puede ser peor que lo que ha resistido hasta ese momento. En contra de lo que muchos piensan, no disfruta causando dolor; lo que le llena de gozo es doblegar la voluntad, obligar al adversario a desvelar lo que se había jurado mantener en silencio.

López Mahón es sevillano, con acento sevillano y bromas de sevillano: un tipo simpático. Cuando sale de Barcelona, la ciudad en la que vive, para hacerse cargo de algún interrogatorio, se aloja en hoteles de segunda categoría, limpios y céntricos. Le gusta llevar una vida ordenada, levantarse temprano, desayunar en un café leyendo la prensa del día, dar un paseo hasta el lugar en el que deba hacer su trabajo empuñando su inseparable bastón, saludar a los funcionarios levantándose el sombrero. Por la noche frecuenta cafés cantantes para escuchar flamenco, pero en Oviedo no hay ninguno, por eso tiene ganas de volver a casa.

Casi todas las mañanas compra pasteles para invitar a sus compañeros y siempre tiene en la boca una broma a punto; recuerda cuál de los funcionarios tiene hijos a los que regalar un caramelo, cuál una esposa enferma a la que comprar un perfume… López Mahón le cae bien a casi todo el mundo.

No grita ni insulta a sus interrogados. Si es posible ni siquiera les hace daño. Aprovecha su fama. Los presos han oído hablar de él aunque no hayan visto su cara: permanece siempre cubierta con una capucha que sólo muestra sus ojos.

—Buenos días, soy López Mahón. Sin duda ha oído antes mi nombre. Le aseguro que todo lo que le han dicho de mí es cierto y aún se han quedado cortos. Podemos hacer dos cosas: la primera, que usted me conteste con total sinceridad a lo que yo le pregunte, y le garantizo que es la mejor; la segunda es mucho más desagradable, que yo me convierta en dios, un dios cruel que castiga pero que puede acabar con el dolor si usted se aviene a responder. Usted elige. Le dejaré un tiempo para pensarlo, digamos un cuarto de hora. Yo voy a

salir de la habitación y usted se quedará solo, meditando, decidiendo lo que prefiere, dolor o placer.

Es una de sus tácticas, dejar que el interrogado piense a solas, que dude. Después, cumple su palabra: si el interrogado acepta contestar y se comprueba que lo que ha dicho es correcto, nadie le pone una mano encima. Si no acepta el trato, o peor, si miente, López Mahón utiliza contra él todo lo que ha aprendido con los centenares de interrogados que le han precedido.

De joven López Mahón quería ser médico. Empezó la carrera de medicina en el Hospital Clínico San Carlos, en la calle Atocha de Madrid. Desgraciadamente, su padre murió en un atentado anarquista cuando apenas había completado los dos primeros años de sus estudios. Una injusticia: no tenía nada que ver con la política, era sólo el administrador de los bienes del duque de Villatoro, un terrateniente con fincas en Córdoba, Cádiz y Sevilla. Su único error fue desplazarse por la ciudad en el simón de su jefe el día que un terrorista gaditano, Melchor Carrera, lanzó una bomba a su paso. El duque, que no estaba dentro del simón sino en casa, celebró haber sobrevivido como si fuera un milagro, dio limosnas y mandó cantar misas en señal de agradecimiento; el administrador murió en su lugar y López Mahón se quedó sin dinero para continuar los estudios que financiaba su padre.

Entró entonces en el ejército, conoció al famoso capitán Portas, que le hizo su asistente gracias a sus conocimientos de medicina. Cuando el capitán Portas, un torturador temido por todos, murió asesinado por los cenetistas, López Mahón ocupó su puesto. De hecho, aunque nunca vista uniforme ni nadie se dirija a él por su rango, es teniente. No echa de menos, en absoluto, la carrera de medicina: casi agradece el atentado de Melchor Carrera; nunca se llevó bien con su padre y la bomba le ayudó a encontrar su verdadero camino, aquél para el que tenía vocación.

López Mahón colecciona grabados antiguos que muestran torturas de la Inquisición. Quienes conocen su afición le regalan las láminas que encuentran, algunas muy detalladas, conseguidas en viejas librerías, en monasterios, en puestos de lance… Él las estudia y utiliza ideas que saca de ellas en sus interrogatorios.

Con Torres Escartín, en los doce días completos que ha pasado con él, ha usado casi todo su repertorio. En ciertos momentos ha llegado a perder los nervios ante el silencio o el discurso deslavazado de sus respuestas. Tiene la terrible sensación de haber fracasado.

—Escartín, no se empeñe… Hasta a mí me hacen daño algunas de las cosas que me está obligando a hacerle. Responda a lo que le pregunto. Es tan fácil acabar con el dolor…

El aspecto del preso es lamentable. López Mahón tiene miedo de que se le muera en cualquier momento y no sabe qué más hacerle.

—¿No hay nada que quiera contarme?

—Si existiera Dios diría que fue él, pero Dios no existe. ¿Por qué el guardia de la puerta del banco no disparó, por qué los policías que dispararon sobre mí no acertaron? Y después me tuerzo el tobillo al saltar, no llegaba a tres metros, quizá tres y medio. No, no lo entiendo. Hay una fuerza que nos controla.

Otra vez la misma cantinela. López Mahón tiene a bien ser capaz de desesperar al interrogado. Torres Escartín es el primero que le desespera a él. Los primeros días se irritó y le pegó con sus propias manos. Pronto se dio cuenta de que le dolían más a él los puños que a Escartín los golpes.

Desiste, se rinde, no le hará nada más. Pedirá que le devuelvan a su celda, que le visite un médico y cure sus heridas; que le den de comer y le permitan descansar. Volverá a Barcelona y redactará su informe. En lugar de seis páginas llenará apenas tres; escribirá en ellas todo lo que le ha hecho al detenido para dejar constancia de su dedicación. Cuando se reúna en el Café de las Set Portes con Valenzuela, reconocerá ante él que ha fracasado y le dará su explicación: Torres Escartín se ha vuelto loco y no distingue la realidad del mundo en el que actualmente vive; el dolor, para él, es una parte más de ese mundo, quizá no la más desagradable. No merece la pena ensañarse. Ni siquiera los juicios a los que van a someterle por el robo del banco de Gijón y por el asesinato de Soldevila tienen sentido. Matarlo sólo serviría para aliviarle la culpa, no se sabe de qué. Lo mejor que pueden hacer es sacarlo de la cárcel e ingresarlo en un hospital psiquiátrico; tal vez los médicos sean capaces de devolverle la cordura

y entonces castigarle.

Torres Escartín no es un peligro, no es un anarquista, no es un terrorista: es un pobre hombre que ha perdido la razón.

* * *

Hay días en que Paz se sienta en el Malecón y ve los barcos llegar. Barcos que muchas veces vienen llenos de españoles. Da igual que la isla ya no pertenezca a la Corona española, los canarios, los catalanes, los vascos, los gallegos siguen llegando por miles.

Cada uno trae un sueño, una idea en la cabeza de cómo es el lugar que van a encontrar, lo que les han contado desde pequeños, quizá lo que han escuchado a los mayores en el café, como hacía Jonás de niño.

Un canario se siente como en casa al llegar a Cuba. No es igual, pero se respira un aire de familiaridad que no le hace pensar que haya cambiado de isla, sólo que está todo ligeramente alterado, que alguien se ha entretenido en retocar lo que hay a la vista sin conseguir que quede distinto.

Jonás tenía veintiún años recién cumplidos y había dejado atrás el miedo a que un policía se apareciera delante de él y le detuviera por la muerte de Graham Holl. La única duda en su cabeza consistía en si lo prioritario era hacerse rico, como había pensado toda la vida que haría al llegar al Caribe, o luchar para que el mundo cambiase, como pensaba en los últimos tiempos, desde que se consideraba anarquista.

Paz mira a los que se bajan del barco: cara de miedo, cansancio y calor, pero a la vez ilusión. Empieza su nueva vida. En el fondo siente envidia por no haber vivido algo así. Su padre le dejó el camino hecho. A ella no le tocará llegar a un país desconocido para abrirse paso.

Jonás llevaba una dirección apuntada en un papel, la de Adrián del Valle, un viejo amigo de Olegario; esperaba que le ayudara a dar los primeros pasos en La Habana. Adrián del Valle era catalán, como Oleguer, pero desde que llegó a la isla se manifestó a favor de los independentistas, tanto que los españoles lo expulsaron a Estados Unidos. Había vuelto tras la guerra y era el máximo referente del

anarquismo en la antigua colonia. Desde entonces había fundado revistas, estaba empeñado en crear escuelas racionalistas, escribía novelas pedagógicas para que los obreros pudieran entender las ideas libertarias.

También estaba en La Habana Calixto, su amigo de la infancia. Ignoraba su dirección pero estaba seguro de poder encontrarlo sin dificultades: en Tenerife se enteró de que su tío, el que le llevó a los catorce años a Cuba, había muerto hacía apenas unos meses y le había dejado nombrado heredero. Calixto era dueño de una de las tiendas más grandes de la ciudad. Una tienda de tejidos con varios pisos y existencias de todos los precios, colores y procedencias en la que los habaneros compraban los cortes de tela con los que habrían de confeccionar sus ropas.

Adrián del Valle le recibió con los brazos abiertos. Antes que Jonás, había llegado una carta de Olegario recomendándole. Le dio alojamiento, trabajo y una amistad que llegaría hasta el final de sus días pese a la diferencia de edad. Del Valle, profundo conocedor de la obra de Eliseo Reclus y de León Tolstói, terminó de formar ideológicamente a Jonás. Gracias a él entró a trabajar en una moderna imprenta y despejó sus dudas cuando quiso montar la suya propia: aunque ser empresario no fuera uno de los objetivos de un anarquista, serlo de una manera ejemplar, ayudando al trabajador, respetando sus derechos y colaborando en su educación, no se oponía en absoluto a sus ideas.

Pero no fue en los ambientes libertarios que frecuentaba donde conoció a Perla, la madre de Paz. Fue gracias a la fiesta de despedida de soltero de Calixto.

Perla, mulata, bellísima, cantaba y bailaba en un cabaré de la calle Colón. Jonás no era asiduo a esos locales, sólo acudió por insistencia de su amigo de infancia.

El espectáculo no era muy bueno. Primero salió una pareja de actores, dos blancos pintados de negro que representaban un cuadro cómico lleno de dobles sentidos y de palabras en jerga habanera que el canario apenas entendía pero que hacía reír a carcajadas a sus compañeros. A continuación, aparecían tres bailarinas que

interpretaban un número de revista que hablaba de lo mucho que echaban de menos París desde que estaban en el trópico; en realidad, sólo se quejaban del calor que hacía mientras se quitaban la ropa, nunca estaban a gusto… Acababan sin nada pero con las mismas muestras de calor que al empezar. El número fuerte de la noche, el que menos gustó a Jonás, consistía en tres mujeres que se paseaban por el escenario vestidas supuestamente de señoras beatas; llegaba entonces un hombre vestido de sacerdote para confesarlas. Ellas se arrodillaban y le contaban sus pecados. El sacerdote les imponía la penitencia, siempre consistente en actos sexuales. Cuando el cura se abría la sotana, mostraba el órgano sexual más exageradamente grande que ninguno de los presentes hubiera visto jamás. Era con él con quien las mujeres cumplían la pena impuesta para que sus pecados fueran perdonados.

Al lado de eso, el final de fiesta era completamente insulso: una joven salía a interpretar las canciones de moda, guajiras, danzones, alguna guaracha… Durante su actuación la sala se iba vaciando.

Jonás estaba deseando marcharse desde que empezó el espectáculo, sin embargo, al aparecer la joven cantante, de nombre Perla, se quedó pegado a su butaca. También ella le miró e interpretó su música como si sólo él estuviera en la sala. Al terminar, Jonás se separó de Calixto y de sus amigos, venció su timidez con las mujeres, compró en la calle un ramo de flores a una anciana que pasaba ofreciéndolos y esperó a la cantante a la salida.

Perla, pese a que el amor de los primeros años aplacó sus ansias de divertirse, de cantar en cabarés o de marcharse a Estados Unidos a buscar el éxito, nunca estuvo contenta con la vida tranquila de su marido en la casa que compraron en el barrio de Jesús del Monte. Jamás compartió la felicidad absoluta de Jonás con su hija Paz; la niña fue una hija de su marido, no suya, aunque la pariera ella.

La mulata aguantó la vida familiar hasta que la niña cumplió diez años. Entonces conoció a Rolando, cantante de una orquesta de Santiago de Cuba, y se fugó con él. Abandonó a su marido y a su hija, a los que dejó una carta de despedida para que no la buscaran.

Paz y Jonás no supieron de ella hasta dos años después, cuando dejó

a Rolando por un pianista llamado Arturo. Desde entonces vive en La Habana, en el Vedado, y visita a su hija cada dos o tres meses, aunque sigue empeñada en que Paz no la llame de otra forma que no sea Perla.

Jonás no se ha vuelto a casar, vive dedicado a su empresa, a los círculos anarquistas, a la educación de su hija.

Hasta ahora, cercano a cumplir los cincuenta años, no había echado de menos su pueblo de La Palma. Nunca pensó que a él le fuera a suceder, pero le encantaría tener la oportunidad de volver a Tazacorte, como los indianos a los que veía de niño, y contar en el café cómo es La Habana, esa ciudad mítica con la que sueñan los vecinos que no se han atrevido a partir. Supo de la muerte de sus padres a través de una carta que le llegó a Calixto. No le queda nada en La Palma, sólo el recuerdo de su infancia.

* * *

Desde que trabaja en la fábrica de tubos de plomo, ocho horas diarias, cinco días y medio a la semana —la jornada que piden hace años los obreros en España y nunca han logrado—, Francisco Ascaso se encuentra mal. No sabe qué es, si los productos químicos que se usan, o la humedad o qué. Siente dolor en el pecho, sus ataques de tos son cada día menos espaciados y más violentos. Se ha negado a seguir el consejo de Durruti de dejar la fábrica, pero ahora no le queda más remedio: se ha visto obligado a salir de la reunión que mantenían en el centro anarquista de la rue Petit para que le dé el aire. Entre toses, ha llegado andando hasta el lago artificial que une el canal de l'Ourcq con el de Saint-Martin. Se queda observando cómo funciona el puente levadizo de la rue de Crimée; se pregunta si en el Ebro se podría construir uno así. Mirando el lago, recuerda los días que pasó en el piso de Zaragoza con Teresa Claramunt viendo pasar el Ebro; tiene que preguntar por ella, quizá escribirle. El final del otoño parisino es frío y su abrigo, aún suficiente, no será adecuado para los rigores del invierno; una parte de su poco dinero tendrán que destinarla a comprar ropa para no morir congelados.

Cuando salió de la sala, la misma en la que se deciden los

contenidos de *Le Libertaire*, habían llegado a un acuerdo para la creación de la Editorial Internacional Anarquista, que se financiará con el dinero que guardan en la maleta, y discutían sus primeras publicaciones: una revista mensual con textos en castellano, francés e italiano y una enciclopedia anarquista internacional, una gran obra de la que se encargará Sebastián Faure, autor de varios libros de doctrina ácrata. Es el primer paso de lo que será el futuro: editoriales anarquistas en todos los países para publicar la ideología en todas las lenguas y llegar a los obreros de todo el mundo. Es una labor formidable para un mecánico y un camarero nacidos en León y en Almudévar, un pequeño pueblo de Huesca.

Ascaso está sentado junto al canal cuando ve acercarse a Buenaventura. Aunque llame menos la atención que en España, también aquí resulta muy alto e intimidador. Pese a no llevar las dos pistolas de las que no se separa en Barcelona, sería capaz de poner en fuga a un par de pistoleros poco arrojados.

—¿Estás mejor? Deberías dejar esa fábrica.

—Mis compañeros no sufren lo mismo que yo.

—Quizá sea alguna alergia que sólo te afecta a ti. Es mejor que no sigas en ella.

—Sí… Mañana la dejaré y me buscaré otro trabajo.

—Ve antes al médico. No se puede hacer la revolución con esa tos.

Después de la broma, llegarán las malas nuevas. Ascaso conoce tanto a Durruti que es capaz de prever lo que vendrá.

—Acaba de llegar una noticia pésima, por eso hemos dejado la reunión. El gobierno ha ilegalizado la CNT en España.

—Era de esperar. Otra vez a la clandestinidad, no es la primera y no será la última.

—Nos llegarán instrucciones. A lo mejor esto es lo que desencadena por fin la revolución.

—No estamos preparados.

—En Rusia lo han conseguido. ¿Por qué nosotros no?

La revolución soviética, la subida de los bolcheviques al poder, el derrocamiento de unos zares que ni eran menos populares ni más insensatos que Alfonso XIII… Los marxistas defienden ideas distintas,

en algunos casos contrarias a las anarquistas, pero gracias a ellos, se cree que la revolución proletaria es posible en todos los países.

—Bien hecha, sin los errores que están cometiendo allí.

Durruti se ha hecho amigo íntimo de Néstor Majnó, el mítico revolucionario anarquista ucraniano represaliado por Lenin. Majnó ha sido derrotado por los comunistas y se ha exiliado en Francia. El hombre que dirigió el Ejército Negro anarquista, que combatió tanto a los bolcheviques como al Ejército Blanco en la guerra civil rusa de 1920, ahora trabaja en la fábrica Renault, como Buenaventura, y con él intercambia ideas, discusiones y sueños.

Majnó conoció personalmente a Piotr Kropotkin, uno de los principales teóricos del anarquismo, y es uno de los máximos estudiosos de las comunas libres y la revolución social. Durruti coincide con él en muchos planteamientos, sobre todo en la necesidad de organización de los anarquistas. Majnó achaca a la falta de organización la derrota contra la dictadura comunista. Es la primera vez que tienen oportunidad de hablar con un anarquista que ha dirigido un proceso revolucionario, y aunque haya fracasado, quieren aprenderlo todo de él. Durruti cree que la experiencia de Majnó puede ayudarles para que en la revolución en España no triunfe el comunismo de Estado sino el libertario.

—En Ucrania expropiaron a los terratenientes para dar la tierra a los campesinos y que éstos se autogestionaran. El ejército se limitaba a impedir que los atacaran y a evitar que se formara el Estado otra vez.

—En Aragón haremos lo mismo.

—Y en toda España.

Poco a poco, el francés de Ascaso mejora y se va entendiendo con los parisinos. Se ha aficionado, en los ratos que tiene libres, a asistir a las carreras ciclistas que se celebran en el Vélodrome d’Hiver, cerca de la Torre Eiffel. Las descubrió acompañando a Luis Lecoin, el coordinador en Francia de la campaña para evitar que Sacco y Vanzetti sean ajusticiados en Estados Unidos.

Sacco y Vanzetti, dos anarquistas italianos, fueron detenidos cerca de Nueva York por el robo del dinero de las nóminas de una fábrica y el asesinato del pagador y del escolta que le acompañaba. Sacco y

Vanzetti son galleanistas, una corriente anarquista italoamericana que defiende la violencia revolucionaria, los atentados y los asesinatos. El juez que se ocupa del caso, un tal Webster Thayer, amparándose en la ideología de los acusados y ante la falta de pruebas, ha avisado al jurado de que, aunque no hubieran cometido los crímenes que se les imputan, merecerían la pena de muerte por estar en contra de las instituciones americanas. Es lo mismo que decir que se juzga el anarquismo, no sus actos. La campaña para evitar que sean electrocutados en la silla eléctrica es enorme, tanto en Estados Unidos como en Europa, y en ella están implicados políticos e intelectuales de prestigio. Los anarquistas de todo el mundo siguen con pasión los detalles de su juicio, que Lecoin le narra mientras ven las carreras.

La especialidad favorita de Ascaso es el sprint por eliminatorias: un corredor contra otro, observándose, estudiándose, engañando al contrario para que pase delante y arrancar cuando no tenga posibilidad de responder, escoger el momento en el que las propias fuerzas superarán las rivales. Si el ataque es demasiado temprano, se corre el riesgo de que no se pueda mantener la intensidad y el cansancio llegue antes de superar la meta; si es demasiado tardío, de que el rival decida atacar antes y no haya capacidad de respuesta. Le gusta que no se apueste, a diferencia del hipódromo, que la diversión sea ver las estrategias de los corredores y sus enfrentamientos, no el hecho de ganar o perder dinero.

A los revolucionarios les pasa igual que a los ciclistas: el momento del ataque tiene que estar bien escogido, ni temprano ni tardío, y no depende de lo que haya pasado en otra carrera o en otra revolución. Los rusos escogieron bien su momento; los españoles tendrán que acertar también con el suyo.

* * *

Dos hombres armados vigilan la entrada de una nave industrial de Poble Nou que aparentemente se usa como almacén. No suponen mucha resistencia para las dos docenas de policías que se presentan en el local, bien pertrechados, dirigidos por Valenzuela. Son inmediatamente detenidos sin necesidad de abrir fuego; pasarán a

disposición de López Mahón, para que se resarza del fracaso con Torres Escartín.

El contenido de las primeras cajas que se abren es el que indican los impresos pegados en la madera de la tapa: «Piezas de repuesto para motores». Hasta la undécima no encuentran lo que quieren.

—Aquí, aquí están.

Valenzuela acude al grito del agente. La caja esconde veinticinco fusiles Springfield nuevos. Tiene que haber cuarenta iguales a ésta, mil fusiles en total, y un número indeterminado que contenga munición. Según el soplo que les ha llevado hasta allí, hay doscientas mil balas, doscientas para cada fusil.

En un par de horas se localizan las armas y los proyectiles. Valenzuela conseguirá asestar uno de los golpes más sonados en la historia de los anarquistas, y puede que le suponga ascensos, reconocimientos y medallas.

Tendrá que pagar a Ramiro Alfil, como ha pactado: será generoso. Su familia no sólo podrá pagar el traspaso de la carnicería, también un piso en Madrid. Dejarán la insalubre casa de Cuatro Caminos con estampitas de la virgen junto a la puerta. Alfil no podrá trasladarse a la nueva vivienda, debe seguir en Barcelona, proporcionando información. El trabajo de soplón está bien pagado, pero no hay jubilación. Algún día lo descubrirán y lo matarán; su consuelo será haber cambiado el destino de los suyos.

Valenzuela deja todo el papeleo en manos de un sargento. En los informes dirá que se encontraron quinientos fusiles, la mitad; para el resto, los otros quinientos, hay comprador, el Sindicato Libre. Una parte del dinero que se consiga con la venta pasará directamente a la cuenta personal de Valenzuela, otra a la de sus jefes, así podrá asegurar el futuro de su mujer y de su hija. Invertirá en tierras en la zona de Navarra siguiendo el consejo de su suegro; quién sabe si un día él, Rosa y Rosita se mudarán a Villaba, el pueblo de su mujer, y tendrán una vida apacible con los beneficios de sus fincas.

En el Café de las Set Portes, como siempre, se encuentra con López Mahón. El sevillano le ha adelantado que no ha conseguido sacarle ninguna información a Escartín. Valenzuela le invitará a comer y a

jugar la partida de billar, como de costumbre: no quiere que el mejor torturador que tiene deje de poner el mayor empeño en sus encargos.

—Nunca he visto a alguien así. Le daba igual lo que le hiciéramos, seguía pensando en sus cosas. Como si estuviera en éxtasis.

—Ya sabes lo que dicen de estos anarquistas, que son peores que los curas, se lo creen aún más.

Hay algo de orgullo en asistir a las disculpas de López Mahón, el hombre que nunca falla, en el día que lo hace. Además, cosa rara, gana la partida de billar francés.

Valenzuela vuelve a casa de buen humor, a tiempo para ver a Rosita antes de que su madre la acueste. Sin embargo, su mujer está muy preocupada.

—Eran dos hombres, tenían muy mal aspecto: morenos, sin afeitar.

—¿Te dijeron algo?

—No, sólo nos miraron; a mí y a la niña.

—No te preocupes, sería casualidad.

—Que no, que eran anarquistas de esos… Tenían mirada de demonios. Yo creo que lo mejor es que Rosita y yo nos vayamos a Navarra con mis padres.

—No exageres. Mañana mando que unos guardias se den una vuelta por el barrio y que te acompañen para que no te pase nada.

Le pide que no exagere, pero tal vez tenga razón Rosa. Ascaso le amenazó, no hay nada de lo que no sean capaces esos perros. Tienen mirada de demonios.

* * *

García Oliver era un niño cuando se enteró de lo que significaba la palabra huelga: hambre y dificultades. Era el hijo pequeño de una familia en la que el padre, la madre y la hermana mayor trabajaban en la misma fábrica textil. Cuando la fábrica, Vapor Nou, fue a la huelga en 1909, la familia se quedó sin ingresos. Sólo la madre consiguió llevar algo de dinero a casa lavando ropa para familias pudientes, casi mendigando para que la dejaran trabajar.

La huelga fue un fracaso: los trabajadores no consiguieron ninguna de sus reivindicaciones y los empresarios vendieron todo lo que tenían en los almacenes sin necesidad de producir ni pagar los salarios: un negocio redondo, deshacerse del stock sin costes laborales. Las familias que dependían de aquellos sueldos pasaron hambre, tuvieron que vender lo poco que tenían y sacar a los hijos de las escuelas. Tras meses sin trabajar, la huelga se dio por perdida y los obreros no tuvieron más remedio que suplicar a los patronos y a los capataces que los readmitieran. El joven Joan no entendía que el paro obrero fuera un arma de los trabajadores, parecía una prebenda más de los explotadores.

Hasta que se dio cuenta de que el problema de las huelgas en Reus era que las dirigía el sindicato socialista. Se planteaban huelgas de larga duración, sin lucha, sin otras medidas que las de los paros laborales; no reportaban beneficios, sólo sufrimiento para los trabajadores. Tenía que haber otro modo de hacerlas.

Descubrió en Barcelona las huelgas anarquistas: cortas, violentas, eficaces. La única forma de que los trabajadores fueran escuchados era mediante la destrucción de los medios de producción. Cuando las fábricas se limitaban a dejar de producir, los patronos no perdían nada, simplemente ganaban algo menos. Aquello apenas importaba a gente que lo tenía todo. Para ser escuchados, tenían que destruir lo que los capitalistas consideraban suyo.

Los anarquistas ni siquiera tenían en aquella época un fondo para pagar a sus simpatizantes durante la huelga y aliviar así sus necesidades, por eso debían arreglar los problemas en muy poco tiempo y echando mano de todos los medios que estuvieran a su alcance, incluyendo la coacción, la amenaza, los atentados y hasta el asesinato cuando no hubiera otra salida.

Poco a poco, los trabajadores se dieron cuenta de la eficacia de las huelgas anarquistas y se fueron afiliando al sindicato; sin saber qué era el anarcocomunismo, el anarcosindicalismo o el anarquismo sin más. No importa la ideología, les piden resultados y es lo que ofrecen, sin dejar de ser un movimiento de trabajadores, no de dirigentes profesionales. La cuota que se abona en las ciudades es insignificante

y en el campo ni siquiera se paga nada. En toda la CNT, sólo hay un empleado con sueldo, pese a tener casi un millón de trabajadores afiliados. Él mismo sigue trabajando como camarero siempre que le contratan —cada vez menos—, para ganarse la vida.

Sin embargo, recuerda su infancia en Reus y sabe que la huelga, siendo un arma formidable, supone sufrimiento y desgaste para los obreros; no quiere convocarla sin garantía de éxito. Se opone a muchos intentos del resto de sus compañeros más radicales, que estarían en una huelga casi eterna.

Desde la ventana del despacho que ocupa —nunca pensó trabajar en un despacho por muy clandestino que fuera—, ve una de las estrechas calles del barrio chino. Su mirada se pierde tras una vecina que atraviesa la calle con la bolsa de la compra llena. La ha visto muchas veces por el barrio, es una mujer muy guapa, una andaluza morena, de formas rotundas. García Oliver sonríe. Tiene fama de mujeriego entre sus compañeros y es cierto: le encantan las mujeres y tiene éxito con ellas. Sin embargo, no se acuerda de la última noche que tuvo oportunidad y ganas de salir con alguna.

Está preocupado por las noticias que le llegan de Torres Escartín. Hace tiempo que se dio cuenta de las rarezas de su compañero. Pese a su preparación y arrojo, siempre le vio como alguien con un entusiasmo casi infantil: dispuesto a la acción, sin conciencia del miedo o el peligro.

No pudo dormir cuando se enteró de que López Mahón viajaba a Oviedo para encargarse de él. Ha sufrido todos y cada uno de los días que el sádico teniente López Mahón se ha visto con él. Ahora que le dicen que el torturador ha fracasado, no siente alivio: muchos secretos siguen sin desvelarse, pero a cambio de un sufrimiento insoportable para su compañero.

Ha decidido matar al torturador, ha dado la orden y lo haría él con sus propias manos, pero no se lo han autorizado; parece que el trabajo de despacho es más importante que el de entrar en un local con una pistola y poner las cosas en su sitio. Le da igual que el asesinato de López Mahón sea conveniente o no, como le da igual si merece la pena desviar sus escasos recursos para un nuevo plan de fuga para Escartín.

Es algo personal: Jover, o algún otro compañero, matará al teniente; nunca más un anarquista será interrogado por él. Vivancos intentará sacar de la cárcel a Escartín, se lo deben como compañeros.

García Oliver se siente culpable por la incautación de los fusiles Springfield, ahora en manos de la policía. Durruti nunca los hubiera almacenado juntos en un mismo lugar; habría repartido armas por toda Barcelona. Nadie, excepto él mismo, habría sabido dónde estaban todas. Pensó en separarlos pero no tuvo tiempo. Ahora han perdido mil fusiles. No cree merecer la confianza que han depositado en él sus compañeros, pero debe seguir adelante.

Cada día sale de entre sus filas un nuevo traidor. Alguien informó a la policía, es la única forma de que localizara las armas. Han perdido las doscientas mil pesetas que costaron y, además, los fusiles serán usados contra ellos mismos.

Conseguir armas, descubrir al soplón para que de inmediato aparezca otro, atender a las familias de los compañeros presos, aplacar los ánimos de los que quieren precipitarse y poner el país en pie de guerra sin posibilidades de éxito… Recibe noticias desde París, donde todo marcha bien. Es un consuelo. Se siente muy solo con Ascaso y Durruti lejos. Por lo menos, a ellos no les detendrán. ¿Cuánto tardará él mismo en visitar de nuevo la cárcel?

* * *

La noticia de la confiscación de las armas ha sentado como un jarro de agua fría en París. Durruti, que pese a su aspecto de ogro es un hombre tranquilo, ha reaccionado de manera colérica.

Ascaso, mucho más desapasionado, calcula cuánto dinero pueden retirar de la inversión en la Editorial Internacional Anarquista para destinarlo a la compra de nuevos fusiles. La editorial es importante y su objetivo primordial es crearla, pero hay momentos en los que las armas son mucho más necesarias que los libros. Con España en plena dictadura de Primo de Rivera, se vive uno de esos momentos.

Consiguen recuperar menos de la mitad del dinero, unas cien mil pesetas. Inician los contactos necesarios para comprar nuevas armas pero en los últimos meses la situación ha cambiado. Los grandes alijos

que existían tras la Gran Guerra han desaparecido. A buen seguro los han destruido, los ha confiscado la policía de distintos países, o se han vendido a ejércitos fuera de Europa o a otras organizaciones revolucionarias. Lo poco que hay es mucho más caro. Existe la posibilidad de adquirirlas en una fábrica belga, pero a un precio desorbitado.

—El dinero sigue estando en los bancos.

—No, aquí en Francia no podemos atracar un banco. Estamos vigilados, observan cada paso que damos.

El mismo Durruti, siempre tan impulsivo, reconoce la inoportunidad de cometer un atraco en París. Hay una especie de compromiso tácito: la policía les deja tranquilos a cambio de que no actúen en Francia.

—Cada uno de los que estamos fuera de España, con trabajo, nos compraremos nuestra propia pistola, un rifle los que puedan.

Armas compradas una a una, más las que ellos puedan conseguir y las que quedan en los pequeños alijos barceloneses, si no hay más delaciones y también las pierden. Con eso deberán hacer la revolución. A su alrededor, ajena a sus problemas y a su lucha, París es una fiesta.

En la Unión Soviética ha triunfado la revolución proletaria y los aristócratas rusos exiliados llenan la capital francesa. El champán corre como en ninguna otra época de la historia en los restaurantes y los cabarés. Ascaso ha abandonado la fábrica de tubos de plomo y ha conseguido un trabajo de camarero en el más famoso de ellos, el Moulin Rouge, en el boulevard de Clichy, a los pies de Montmartre.

Inaugurado en 1889 por Josep Roca, un catalán emigrado a París que hizo fortuna con las apuestas ecuestres, el Moulin Rouge es el centro de la noche parisina, el pionero de los espectáculos de mujeres con poca o ninguna ropa, de las bailarinas sugerentes, del cancán y de las cantantes de voz y pose insinuantes. Los bohemios, poetas y pintores, las mujeres de mala vida, los viajeros, los herederos, los aristócratas de todas partes del mundo se dan cita en el local para ver el espectáculo y nadie quiere perderse a Mistinguette, la mayor estrella de la época, la propietaria —según se dice— de las piernas más bonitas del mundo, valoradas en quinientos mil francos. Pocos

son los afortunados que pueden verlas todas las noches; uno de ellos, Francisco Ascaso.

Al final, trabaja por las noches, lo que quería evitar cuando decidió no ser panadero. Se consuela pensando que muchos españoles acuden al local, algunos muy importantes, y que tiene que atenderlos. Escucha conversaciones que quizá puedan llegar a ser útiles para los suyos.

Pocos días después de Reyes, una noche intensamente fría, llega un grupo bullicioso. Varios hombres, vestidos con capas españolas, se hacen acompañar por jóvenes y bellas francesas. Es algo habitual y no les presta excesiva atención. Se esmera en el servicio de las botellas de champán que piden, con la esperanza de ganar una buena propina. Uno de los clientes, el que parece el líder de todos ellos, le observa insistentemente hasta reconocerle.

—¿Francisco Ascaso?

Ascaso le mira con curiosidad. La cara le resulta familiar pero no cae en quién es.

—Habrá que tener cuidado. No quiero que haya a su alcance ni un cuchillo para mantequilla.

—Perdón, señor, no sé si tengo el gusto…

—Seguro que sí. Por favor, llamad al *maître* y que nos mande otro camarero. Usted siéntese aquí y hablemos.

Indeciso, hace lo que le mandan.

—Haga el favor, considérese mi invitado. Le aseguro que he hablado mucho de usted, sobre todo cuando hizo ese trabajito en Zaragoza. Si llego a ser ministro entonces, no se habría librado del garrote.

Es entonces cuando Ascaso cae: es Anido, el general Severiano Martínez Anido en persona.

—No fui responsable de lo de Zaragoza.

—Ni yo estoy aquí con estas señoritas, ¿verdad? Aunque me he separado de mi esposa, en realidad me da igual que se sepa. Cuénteme, ¿cómo le va la vida en París? ¿Le trata bien esta ciudad?

Ascaso observa al que es uno de los grandes enemigos del anarquismo: pelo corto que escasea, bigote y ojos claros, aspecto de militar sin necesidad del uniforme. Se mantiene en forma a sus más de sesenta años. Pese a estar divirtiéndose en un cabaré parisién, no lo

demuestra en la cara: seria, de hombre duro y estricto. Sin embargo, sonríe a menudo y bromea al hablar.

—Le mandaría matar aquí mismo; pero, por muy ministro que sea en nuestro país, no me dejarían volver a entrar en el Moulin Rouge y usted no vale tanto. Así que es mejor disfrutar.

El *maître* no hace ningún gesto de extrañeza cuando le piden que sirva una copa de champán a Ascaso y llame a otro camarero para que les atienda. Cosas muchísimo más extravagantes se ven en las noches parisinas: la mujer del guardarropa fue duquesa en Moscú; no sería la primera vez que se encontrase con conocidos de entonces y le dejasen propinas superiores al sueldo de un mes.

—¿Le gusta a usted el espectáculo? Vaya piernas las de Mistinguette, una preciosa mujer, sí señor. He venido varias veces a verla, cuando canta *Oh, my man*, uno desearía ser el homenajeado, ¿no le parece?

¿Debe buscar la forma de asesinarle? Está sentado con él, no es un ministro, es una persona. Tal vez se arrepienta en el futuro pero decide dejar pasar la ocasión.

—Hay que reconocer que España, con usted y su amigo Buenaventura aquí, es un lugar más tranquilo. Supongo que estarán preparando alguna sorpresa para nosotros, pero hoy no es día de tratar eso: haga el favor de probar por lo menos el champán en nuestra compañía. Quizá tengamos que brindar. ¿Se le ocurre algo?

—Por la anarquía.

—Por la anarquía pues.

Le gustaría contarle por qué es anarquista, por qué pondría una bomba a su paso, por qué odia a la gente como él, pero Anido le ignora y se dedica a ver el espectáculo. Aplaude como loco a Mistinguette y a las bailarinas que se desprenden de toda su ropa. No se ocupa otra vez de Ascaso hasta el final de la noche.

—Nos volveremos a ver, seguro. No seremos tan amables el uno con el otro. Suerte hasta entonces.

No se lo contará a Durruti. Cualquiera sabe lo que diría el leonés si supiera que ha tenido a Anido sentado al lado y han brindado por la anarquía con un Louis Roederer de 1922.

* * *

En Barcelona viven muchos andaluces. En muchos sitios se puede escuchar buen flamenco, además hay afición. El mejor de ellos es el que está en la antigua Casa Maciá, el Villa Rosa, el bar de la familia Burrull —magníficos guitarristas, cantaores y bailaores gitanos— a la entrada de la calle del Arco del Teatro. Pero ésa es la frontera del barrio chino y López Mahón no se arriesga a frecuentarlo. Lo ha hecho muy pocas veces, una fue para ver a *la Capitana*, Carmen Amaya, acompañada a la guitarra por su padre, José Amaya, *el Chino*. La niña, una gitana de Somorrostro de menos de diez años, es la atracción allá por donde va. También se ha atrevido con otros bares de la zona como el del Manquet o el de Juanito *el Dorado*, propiedad de un famoso guitarrista mallorquín; pero si le reconocieran, sobre todo en el del Dorado, que está en la calle de la Guardia, pared con pared con un sindicato de la CNT, no lo contaría.

Son medidas de seguridad quizá exageradas: no puede ser reconocido porque los interrogados no ven nunca su cara. Además, no es muy común que sobrevivan; él mantiene con vida a los presos en el interrogatorio casi siempre, lo que pase después con ellos no le preocupa: leyes de fuga, complicaciones en las curas, peleas en la cárcel, cuerdas de presos hasta el otro extremo de España… Nunca se ha sentido reconocido o vigilado por la calle.

Para escuchar flamenco, algo que hace todas las noches que puede, López Mahón acude a cafés cantantes no tan importantes pero más seguros. Su favorito es Casa Escaño, no muy lejos del barrio chino, en la calle de las Heures, junto a la Plaza Real.

En Casa Escaño no saben quién es y a qué se dedica, pero le consideran uno de los clientes más asiduos y entendidos. Siempre tiene una mesa bien situada para asistir al cante y una botella de fino esperándole.

La estrella de la noche es Pastora Pavón, *la Niña de los Peines*, una gitana a la que ha visto cantar en Sevilla con Antonio Chacón y acompañada a la guitarra por Juan Gandulla, *el Habichuela*. Nadie canta tangos como ella y López Mahón aplaude a rabiar. Aunque

nadie le espera, tiene por costumbre marcharse temprano, pero hoy se queda charlando con un guitarrista sevillano que acompaña a Pastora.

A la salida, cuando se dirige a su casa en Sants, le están esperando al doblar una esquina. Son dos hombres que ocultan su cara con el ala de sus sombreros. No les ve hasta que están encima. Se da cuenta de que van a por él, tira el bastón, que no necesita para nada, y echa a correr de vuelta al local. Le disparan varias veces y cae al suelo. Aunque sale gente de Casa Escaño, alarmada por el ruido, tienen tiempo de acercarle la pistola a un palmo y hacer un último disparo. Su cabeza rebota contra el suelo.

López Mahón no volverá a interrogar a un anarquista. Al último, a Torres Escartín, no le sacó nada.

* * *

Son las dos de la tarde de un viernes. No ha dado tiempo a que la muerte de López Mahón aparezca en los periódicos; quizá no sea tan importante como para hacerlo. Entre los anarquistas, habría fiesta de saber quién fue la víctima de anoche. Domingo Ascaso, hermano de Francisco, uno de los que celebraría su muerte, camina por Las Ramblas en dirección a la Plaza de Cataluña. Dos individuos vestidos con gabardina se acercan a él por la espalda. La presión que siente en el costado es, inequívocamente, de una pistola.

—Sigue andando, nos acompañas; como hagas un solo movimiento, no lo cuentas.

A la misma hora, Ricardo Sanz termina de comer en el piso que comparte con su esposa, Pepita Not. Una patada abre la puerta y entran varios policías armados. Los anarquistas no se mueven para evitarles razones para disparar sobre ellos.

—Venís los dos con nosotros.

—¿Puedo coger la chaqueta?

—No te hace falta.

Gregorio Jover está en el taller de carpintería en el que trabaja cuando la labor del grupo se lo permite. Está tan absorto en su trabajo que no se da cuenta de que dos hombres han entrado y le han colocado una pistola en la nuca.

—Suelta eso y date la vuelta con cuidado.

Jover deja la sierra que utilizaba y examina la situación; su única esperanza de sobrevivir es no hacer nada.

Gregorio Suberviela ve llegar a los policías. Cuando entran en el portal, salta desde el balcón del primer piso intentando huir. No ha visto a otra pareja que se quedó esperando en la calle la salida de sus compañeros. Los disparos que recibe le matan en el acto. Los curiosos que miran el cuerpo en el suelo no saben que allí yace uno de los míticos Solidarios, el que mató al teniente coronel Regueral.

García Oliver está sentado en La Tranquilidad, ha comido y toma café en compañía de García Vivancos. Los dos hablan de la posible fuga de Escartín. A Vivancos se le antoja muy complicada.

—No podemos dejarle tirado.

—Lo entiendo, pero no consigo entrar en contacto con él.

Sucede algo imprevisto: seis policías entran al local con las armas en alto y van directamente a la mesa que ocupan los anarquistas.

—Estáis detenidos.

—¿De qué se nos acusa?

Son esposados sin respuesta. Un hombre alto, elegante, con traje, entra en el bar.

—Señor García Oliver, tenía ganas de conocerle, me llamo Ernesto Valenzuela. Si me permite, voy a pagar lo que ustedes han consumido; espero que tarde muchos años en volver y no estaría bien dejar deudas de recuerdo.

Al llegar a la Plaza de Cataluña, Domingo Ascaso ve la oportunidad de fugarse. Empuja a uno de sus acompañantes y tira de un peatón para lanzarlo sobre el otro. Corre entre los coches, protegido por los viandantes, hasta perderse otra vez por Las Ramblas, camino de refugiarse en el barrio chino.

Gregorio Jover ha sido recluido en una sala en el tercer piso del edificio de la comisaría de Conde del Asalto. En un momento en que se queda solo, abre la ventana y ve que puede intentar salir. Si lo consigue, estará libre; si falla, se mata. Tarda un segundo en decidirse.

Ricardo Sanz, Pepita Not, Vivancos y García Oliver quedan detenidos, acusados, entre otras muchas cosas, del asesinato de López

Mahón. Gregorio Suberviela está muerto. Domingo Ascaso y Jover logran huir. Pasarán a Francia, como tantos otros compañeros.

* * *

Paz no entiende cómo su padre, tan defensor de la responsabilidad individual, tan amante de la libertad, tan anarquista y libertario, no la deja salir de noche.

—Yo soy anarquista, ese chico que quiere llevarte a bailar, no. Además, ni siquiera viene a recogerte a casa.

—Viene a traerme después. ¿Estás siempre diciéndome que hombres y mujeres somos iguales y ahora tienen que venir a buscarme?

—Ya te he dicho que no.

—Es un compañero del trabajo y me gusta.

—Peor aún. Si quiere bailar contigo, haz una fiesta aquí en casa y que baile todo lo que quiera, pero conmigo delante. Hasta contratamos músicos si hace falta.

—Yo no quiero bailar con él si tú estás delante.

—Muy bien, pues no bailes.

Dicen que los anarquistas son gente abierta y flexible, pero desde luego no es el caso de Jonás Vidal. A sus amigas, Gloria e Irene, tampoco las hubieran dejado, pero ellas por lo menos lo saben; no les han estado insistiendo toda la vida en que las relaciones entre hombres y mujeres son naturales y que no hay que convertirlas en algo pecaminoso.

La única solución que le queda a Paz para salir con Álvaro y marcharse a bailar con él es escaparse. Ella no quería hacerlo, quería que fuera algo normal: salir con un chico, ir a bailar, tomar con él una granizada, que la acompañara a casa, quizá besarse en la puerta… Pero los españoles son unos burros y unos cabezotas, sean anarquistas, sean conservadores o sean monárquicos. Gente con la que no se puede razonar.

En los últimos días, Álvaro ha dejado de disimular al mirarla: cuando ella levanta la vista, él le sonríe, descarado. Tanto que ella alguna vez se ha visto obligada a bajar los ojos, avergonzada. Él no necesita hablar para que Paz sepa lo que está pensando: eso mismo

que teme su padre y que ella no puede evitar desear; sí, no piensa sólo en dejarse besar en la puerta, piensa en algo más, pero su padre no tiene por qué saber eso. Desde que Álvaro se le acercó cuando ella salía de la fábrica de cigarros para volver a su casa y le dijo que el sábado quería llevarla a bailar, no ha podido dormir tranquila. Le contestó que sí de inmediato; ahora no se puede echar atrás. Habría sido más fácil si hubiera ido a buscarla. Ella se lo pidió, pero el chico le dijo que no.

Ha evitado decírselo a Jonás hasta el último momento, el mismo sábado a la hora del almuerzo —menos mal que esta semana no iban a la playa con la asociación naturista, esos días vuelven a casa más tarde —. No ha dado resultado. Su padre ha respondido que no, que no le da autorización para ir. Va a tener que escaparse, y sabe cómo hacerlo. Él se irá a dormir temprano. Llevar el ritmo de la naturaleza es otra de sus manías: despertarse cuando hay luz, acostarse cuando se pone el sol. Entonces ella saldrá por la ventana de su cuarto.

Ser padre es mucho más difícil que ser patrón o que tener ciertas responsabilidades políticas. Jonás está convencido de haberse comportado bien como padre al haber prohibido a su hija salir por la noche con su compañero de trabajo, aunque quizá prohibiéndoselo esté coartando su libertad.

Sabe quién es Álvaro, le avisó sobre él uno de los capataces de la fábrica, Ramón, un canario de la isla de Hierro, rubio y grande, amigo de años atrás, listo, honesto y una persona en la que se puede confiar.

A Jonás le da igual que el chico sea negro; él mismo se enamoró de una mulata. Además él es anarquista, no racista. De hecho combaten el racismo tanto como pueden. Si por él fuera, se meterían dentro de la cabeza de las personas y lo extirparían para siempre. Quien sí es racista, contra los blancos, es el chico. No lo oculta, tiene un largo historial de enfrentamientos.

Podría haber admitido que su hija saliera con él. Paz empieza a ser mayor, un día tiene que llegar en que se vaya con un chico, aunque a un padre, tenga la ideología que tenga, le gustaría que ese día tardara en llegar. Sin embargo lo aceptaría. Pero no con ése, no con Álvaro,

que ha tenido un sinfín de enfrentamientos con sus jefes por cuestiones de indisciplina, por estar lleno de odio, por provocar continuos problemas con sus compañeros blancos.

¿Y si es peor el remedio? ¿Y si la niña se enfada y se escapa, o se empeña en salir con él sólo por llevarle la contraria?

Por mucho que piensa no sabe qué es lo adecuado, si dejar que Paz se equivoque sola y aprenda de la vida o protegerla. O una mezcla de las dos: dejar que Paz se marche pero hacer que alguien los vigile para evitar que pueda pasarle nada. Tiene amigos que estarían dispuestos a ayudarle, el mismo Ramón, el capataz de la fábrica, si él se lo pide. O hablar seriamente con el chico y convencerle para que él mismo se quite de en medio, aunque eso suena a método un poco mafioso. Si fuera un chico normal, nada de esto pasaría.

Quizá lo mejor es dejar libertad a la chica después de haberla avisado. Si ella se quiere escapar, pese a la decepción que le causaría, él no lo impedirá.

A las nueve y media de la noche la casa está en silencio y a oscuras. Paz tarda apenas cinco minutos en vestirse, salir por la ventana y pisar la calle. Le espera un largo recorrido en tranvía hasta el Malecón. Llegará unos minutos tarde. Álvaro estará allí, esperándola. Cuando se sube al tranvía, tirado por caballos, algunos hombres la miran con descaro. Nunca había estado fuera de casa tan tarde y sola. Tiene miedo pero no está dispuesta a que se le note. A la vuelta le va a pedir a Álvaro que la acompañe, aunque no sabe cómo volverá él al centro de La Habana. Quizá debería haber desistido, haber vuelto a ponerse en contacto con él y decirle que su padre no le había permitido acudir a la cita.

Son las diez y diez cuando llega al Malecón. Nunca lo había visto tan vacío de gente y tan oscuro. Además no ve a Álvaro. ¿Se habrá hartado de esperarla?

No, allí está, viene hacia ella sonriente, se ve la blancura de sus dientes incluso desde lejos. Va a ser una buena noche, la mejor, se dice a sí misma.

* * *

Tras los últimos acontecimientos, el local del número 14 de la rue Petit es menos un centro anarquista francés y más un local de conspiración contra el gobierno de Primo de Rivera. Todos los libertarios exiliados en París, los antiguos y los recién llegados, acaban visitándolo, poniéndose a las órdenes de Durruti, cada día más comandante anarquista.

Las últimas detenciones, la represión, la ilegalización del sindicato han hecho que muchos grupos empiecen a trabajar en España y en Francia. Entre todos se han propuesto derrocar la dictadura. La revolución rusa es un ejemplo que llena de optimismo a los exiliados, sólo hay que seguir su ejemplo. La decisión de Primo de Rivera de abolir el uso de la bandera y la lengua catalanas les hace pensar que, por primera vez, grupos nacionalistas se unirán a ellos. Quizá solos no puedan, pero entre todos echarán al dictador del gobierno.

Domingo Ascaso ha llegado a París con una misión: poner en marcha una acción guerrillera en los Pirineos, acosando a las fuerzas de seguridad para liberar a los presos de la prisión de Figueras; simultáneamente, habría una acción violenta en Barcelona en la que se tomaría el cuartel de las Atarazanas.

Al pequeño apartamento de la rue de Ramponeau se han sumado Jover y Domingo Ascaso. Ellos, Buenaventura y Francisco Ascaso tienen que dar el visto bueno a la acción en su parte francesa. Todos, menos Francisco, están convencidos.

—Tú mismo lo dices siempre, Francisco, andando se hace camino.

—Apenas tenemos armas. No estamos preparados.

—Hay muchas en Barcelona: están los Máuser del cementerio, las bombas… Después está lo que hemos comprado aquí.

—No es suficiente. Estáis hablando de la revolución.

—No hablamos de hacer ahora la revolución, hablamos de demostrar que estamos vivos y que no deben dormir tranquilos, de encender la chispa para que todos los grupos obreros se unan contra el dictador.

Francisco sabe que nadie le considerará un cobarde por oponerse y

que, cuando el grupo decida actuar, estará en primera línea, esté de acuerdo o no.

En septiembre se pondría en marcha la operación. Los compañeros de Barcelona atacarían el cuartel de las Atarazanas mientras los anarquistas diseminados por toda Francia acudirían en grupos, cada uno con su propia arma, hasta Lyon, Perpiñán y Marsella, y esperarían la orden de partir hacia Vera de Bidasoa a combatir con los policías fronterizos.

—No estáis hablando de escaramuzas sino de enfrentamiento directo, precisamente lo que ellos están preparados para resistir y nosotros nunca hemos hecho.

—Hay entre nosotros muchos compañeros que han combatido en Marruecos. Tenemos experiencia.

Es difícil aplacar el ánimo de quienes están dispuestos a partir para la lucha. Sobre todo si no ven otras opciones. Las noticias que les han traído Jover y su hermano Domingo son desalentadoras: Torres Escartín en la cárcel y sin esperanzas de poder sacarle de allí por su estado, Suberviela muerto, otros muchos detenidos…

Les preocupan los infiltrados. Cada vez que descubren a uno —Durruti lo pasó muy mal al enterarse de quién había sido la última infiltrada— aparece otro nuevo. No tienen ni la menor idea de quién podría ser esta vez.

—Podría ser cualquiera, incluso uno de nosotros, uno de los cuatro de la rue Ramponeau.

—Si se descubriera que es uno de nosotros, que los demás no duden en dar ejemplo a los compañeros del sindicato.

* * *

Desde el despacho del ministro de Gobernación se ve la Puerta del Sol llena de gente, como es habitual. Mientras espera al ministro, Valenzuela observa los tranvías, el tráfico, la marquesina de entrada al metro, la entrada al café de la Montaña —donde tiene tertulia Valle Inclán—, el Universal —donde la tuvo Pérez Galdós—, el hotel París, los grandes almacenes Puerta del Sol… Últimamente pasa más tiempo en Madrid que en Barcelona; quizá ha llegado el momento de traer a

Rosa y Rosita a vivir a la capital. Su mujer estaría, desde luego, más tranquila.

El general Martínez Anido hace entrada en el despacho acompañado por un secretario que carga con un montón de legajos y documentos. El secretario se ausenta tras recibir una lista interminable de órdenes.

—Valenzuela, ¿cómo estás? Siéntate.

La mesa del ministro, grande, de una madera preciosa que Valenzuela no sabe identificar, está vacía, como si no hubiera trabajo pendiente. Las sillas son incómodas, la de Anido no parece mucho mejor. Es un despacho grande y lujoso —con cuadros, tapices y alfombras— donde sólo entran los colaboradores más íntimos.

—¿Has sabido algo más de lo que me contaste ayer?

—He puesto sobre aviso a los mandos de las Atarazanas.

—Bien. ¿Sabían algo del complot?

Según Alfil, el confidente, algunos soldados del cuartel de las Atarazanas en Barcelona estaban preparados para pasarse, con sus armas, a las filas anarquistas en cuanto comenzara el ataque. Gracias al chivatazo, podrán impedirlo. Sólo estarán de guardia en el cuartel los soldados más fieles. El Distrito V de Barcelona estará tomado para evitar que los revolucionarios se acerquen y monten barricadas.

—¿De los que vienen de Francia se sabe algo?

—Estamos montando el operativo. Los franceses colaborarán con nosotros para desarmarlos. Los que lleguen serán recibidos por el ejército en los puestos fronterizos.

—Espero que eso no se filtre. Será una bonita sorpresa para Durruti y sus amigos.

—Siempre se acaba filtrando. Los anarquistas tienen oídos hasta en este edificio.

—¿Te conté que me encontré con Ascaso en París? De camarero en el Moulin Rouge. Estaba muerto de miedo.

A la salida del ministerio, Valenzuela para a comer en el café de Levante, al principio de la calle de Alcalá, el que mejor da de comer de todos los de la zona. El retraso del ministro le hace llegar tarde a su cita y en sólo una hora y media tiene que estar en la Estación del Norte para tomar un tren hacia Burgos.

En la mesa le está esperando Wenceslao Herrera. Le han hablado de él. Sustituirá a López Mahón.

—Perdone el retraso. ¿Ha pedido?

—Le estaba esperando.

—Le recomiendo el bistec de la casa. Vamos a pedir y hablamos.

Permanecen en un silencio forzado mientras el camarero se acerca a la mesa. Valenzuela ve a Arlegui. Almuerza con dos militares a los que no reconoce, tendrá que saludarle antes de marcharse.

—Tenemos que ir al grano. No tengo tiempo para rodeos. ¿Conoció a López Mahón?

—Sí, tuve el gusto. Una gran pérdida.

—Necesito a alguien que haga su trabajo y me han hablado de usted.

Le han dicho que Wenceslao Herrera, manchego, cuarenta y dos años, casado con dos hijos y sargento del ejército con experiencia en la guerra de África, es un sádico; se encargaba en Marruecos de los presos rifeños.

—Sería un gran honor para mí.

—Habiendo interrogado a los rifeños, los anarquistas no serán una dificultad muy grande para usted.

—Nunca he tenido que vérmelas con uno…

—Alimañas.

Tras despedirse, pactar el traslado de Herrera a Barcelona y saludar a Arlegui, Valenzuela llega a tiempo de tomar el tren. Llegará tarde a la cárcel de Burgos, pero no hay horarios para él, el protegido del ministro y del director general de seguridad. Cuando entre por la puerta, García Oliver será llevado a una sala para que se entreviste con él.

—Buenas noches, siento interrumpir su tiempo de descanso.

—No se preocupe, una de las cosas buenas que tiene estar preso es que hay tiempo de sobra para no hacer nada.

García Oliver tiene buen aspecto, mejor que el día que le detuvo. Entonces parecía cansado, agobiado por la responsabilidad. Ahora, le han desaparecido las ojeras y ha ganado color.

—Espero que le hayan tratado bien.

—Tanto que me siento raro.

—Ni que decir tiene que tanta amabilidad se puede terminar.

—Es ley de vida que las cosas tengan principio y final.

García Oliver y Valenzuela no se conocieron en la etapa anarquista del segundo, siempre estuvieron en lados opuestos. De los nuevos dirigentes, el inspector conoce personalmente a pocos. Le llama la atención que simples cocineros, panaderos, mecánicos, pintores de brocha gorda sin estudios dirijan el sindicato; que un simple camarero de Reus, como su interlocutor, vestido con un mono azul viejo, desprenda tanta autoridad.

—Todo el mundo habla de Durruti, pero sé que con quien hay que negociar es con usted.

—Con eso no halaga mi vanidad. Somos anarquistas, no ganamos nada con ser responsables de un grupo; no es un privilegio sino un deber.

—No le esperaba tan idealista.

—Las apariencias engañan.

Valenzuela inicia la estrategia habitual, los largos silencios, como si se olvidara de su interlocutor, las miradas a sus papeles…

—Dicen que es un preso ejemplar. Creía que lo vería en unas condiciones más confortables. Imaginaba que por su posición le traerían comida de fuera de la cárcel, tendría una celda para usted solo. Todos sabemos lo fácil que es corromper a los funcionarios en nuestras cárceles.

—Acabaremos con eso. Aunque cuando triunfe la revolución anarquista quiero pensar que no necesitaremos cárceles.

—Qué bonito. Dan ganas de apuntarse.

—No crea que le resultaría fácil, no le admitiríamos.

Valenzuela sonríe, tiene delante a uno de los jefes. No puede hacerle nada. Los anarquistas han aprendido y orquestan enormes campañas en prensa cuando los detienen. Los periódicos obligan a que se aplique la ley. Si fuera posible, cerraría los periódicos.

—¿De qué le vale ser jefe? ¿No debería vivir mejor?

—Vaya, pensé que conocía nuestras ideas, de su juventud. De cualquier forma, lo decimos en muchos carteles, seguro que los ha

visto: «De cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad».

—Le escucho y pienso que empezará a multiplicar panes y peces.

—Yo multiplicaría fusiles Máuser, ya ve.

Valenzuela no quiere meterse a intercambiar opiniones con García Oliver. Su visita a Burgos no es una cortesía. Tiene una idea clara en la cabeza.

—Le voy a incomunicar cuando acabe la entrevista. No es por castigo, no. Simplemente no quiero que nadie se entere de lo que hemos hablado aquí en el plazo de una semana. Conocemos los planes de asalto a las Atarazanas y a los puestos fronterizos de los Pirineos.

—Me va a perdonar, pero dentro de la cárcel no me entero de nada. Eso es cosa de mis compañeros de fuera.

García Oliver miente, es su deber. Valenzuela lo sabe y no necesita explicar nada.

—Nos vamos a adelantar y habrá un baño de sangre. Sangre de sus compañeros.

—Nunca cae de un solo lado.

—Le voy a ser sincero. La sangre de sus compañeros tiene nombre y apellidos, la de nuestros soldados tiene sólo un número. ¿Qué más da que caigan aquí o en Marruecos? Ponemos otro y se acabó; los obreros españoles no dejarán de tener hijos para suministrarnos soldados.

—Es usted un hijo de puta.

—Probablemente. Al fin y al cabo mi madre, a la que no conocí, tuvo hijos con un anarquista.

Ha conseguido despertar la indignación de García Oliver. Perfecto, pensará con menos claridad.

—Podemos evitar que haya tantos muertos.

—Me gustaría, no estoy en absoluto de acuerdo con intentar tomar los puestos fronterizos. Si estuviera fuera, lo impediría.

—Al final va a resultar usted el más razonable y deberíamos soltarle.

—No creo que le convenga. Otra de las cosas que haría si estuviera fuera sería mandarle matar.

Valenzuela sonríe. Le gusta la gente que habla claro, le gusta el

valor que demuestra García Oliver al amenazarle a la cara desde una posición tan desventajosa.

—Me halaga.

—Pero por favor, ahora dígame cómo podemos impedir el derramamiento de sangre.

—Yo me conformo con Durruti y Ascaso, con una confesión firmada de las muertes de Regueral, Soldevila y López Mahón. No voy a engañarle, no llegarían a ser juzgados; les aplicaríamos la ley de fugas.

—¿Y a cambio?

—Dejo que usted avise a sus compañeros de que les estamos esperando en los sitios que ustedes quieren atacar y suspenden la operación. Yo tengo lo que quiero y ustedes se ahorran un montón de muertes. Piénselo porque es una oferta muy buena. No hace falta que conteste ahora.

—¿Cuánto tiempo me da?

—El plan de ataque tiene fecha. Dentro de una semana, usted lo sabe. Cuanto antes conteste, más fácil será que la noticia de que hay que abortarlo llegue a todas partes. A mí, en el fondo, me da igual… ¿Conoce bien Burgos?

—No. Quitando mi estancia en esta prisión, no he estado aquí nunca.

—Una pena, me hubiera gustado que me recomendara un buen restaurante para cenar.

Se llevan a García Oliver a una celda de aislamiento. No puede entregar a Durruti ni a Ascaso, lo tiene claro. Tampoco puede dejar a sus compañeros a su suerte. Debe buscar la forma de avisarles para suspender el ataque. Sólo podría hacerlo si se relajara su vigilancia. Valenzuela tiene ahora mucho poder y lo ha previsto: García Oliver no podrá comunicarse absolutamente con nadie, excepto con él.

El policía no puede cenar en ningún restaurante de Burgos porque el director de la prisión le invita a hacerlo en su propia casa. Tiene dos hijos de poco más de diez años y una esposa bellísima, tanto que Ernesto se siente turbado por ella. El anfitrión intenta caerle en gracia. Valenzuela tiene que acostumbrarse a ese comportamiento, darse cuenta de que no es más que una representación que aspiran a que

llegue a oídos de Anido; él es sólo un intermediario. El general, muy mujeriego, estaría interesado en la esposa del director de la cárcel; se lo comentará.

* * *

Cada hombre lleva su propia arma, pistolas en su mayoría, en muchos casos compradas por ellos mismos. No quieren llamar la atención de los gendarmes franceses, así que se han dividido en grupos de cinco y viajan en distintos medios de transporte, a distintas horas, con destino a cualquiera de las poblaciones próximas a la frontera con España.

Domingo Ascaso y Gregorio Jover la han cruzado pocos días antes. Es el final del verano —todavía no han empezado las nevadas— y la travesía es agradable: una noche bajo las estrellas. Ellos apoyarán el levantamiento dentro de Barcelona.

Las últimas noticias que les han llegado a la sede de la rue Petit son alentadoras. Como preveían, grupos nacionalistas catalanes podrían apoyar la revuelta. Si es así, aumentan sus posibilidades de derrocar a Primo de Rivera.

—En cuanto lo consiguiéramos se volverían contra nosotros.

Ascaso no confía para nada en los nacionalistas catalanes; es aragonés y los conoce de toda la vida.

—Nos preocuparemos de eso cuando Primo de Rivera sea historia.

Durruti y Ascaso se separan en París, uno va hacia Toulouse y el otro hacia Perpiñán. Están preocupados por la falta de noticias de García Oliver. La información que tienen es que está incomunicado en la cárcel de Burgos y que todos los intentos de entrar en contacto con él han fracasado. Ascaso cree que hay algo raro en esa incomunicación.

—Sé que lo he dicho muchas veces, pero creo que debemos parar esto mientras sea posible.

—Ya no lo es. Nos vemos en Barcelona si todo va bien.

—¿Y si va mal?

—Si va mal, encontraremos la forma de volver a París.

Además de su arma, Ascaso lleva una pesada maleta con veinticinco rifles Winchester. Una antigualla, pero son las únicas armas de largo

alcance de que dispondrán.

Le acompañan tres anarquistas andaluces y un simpatizante francés. Los andaluces se han preocupado de llevar comida: pan, queso, chorizo, un par de botellas de vino. El viaje es agradable hasta llegar a la altura de Nimes. En medio del campo, el tren se para.

—Comprobad si se acercan gendarmes por algún lado.

Nadie se acerca. Alrededor sólo se ven vides. Tarda poco en aparecer un revisor.

—Lo sentimos, una avería… Continuaremos en cuanto esté reparada.

—Vamos a llegar tarde a la revolución.

Los pasajeros estiran las piernas, bajan del tren. No hay nada alrededor, ni siquiera un pueblo. Daría igual conseguir un teléfono, no tendrían a quién llamar: no hay ningún número al que avisar de que la revolución debe empezar sin ti.

Para Durruti, las cosas no van mucho mejor. En su tren, entran los gendarmes. Las armas van en las maletas y no se las encuentran encima. Amablemente pero apuntando con sus pistolas, piden a Buenaventura Durruti que les acompañe.

—Les agradecería que me acusaran de algo, así podría defenderme.

No le dan ninguna explicación, simplemente le retienen veinticuatro horas y le dejan después libre.

Cuando Ascaso y Durruti llegan a las ciudades desde las que habrían tenido que lanzar el ataque a la frontera, todo ha terminado.

* * *

Valenzuela ha esperado la comunicación de García Oliver desde Burgos para mandar la noticia del futuro ataque de los anarquistas a las Atarazanas a la prensa y de este modo detenerlo. La llamada no llegó y todo quedó preparado para una masacre.

Por desgracia, recibió nuevas órdenes de Gobernación. Primo de Rivera no quería una nueva Semana Trágica en Barcelona; mejor desmontar la intentona de la manera más discreta posible: que los cabecillas no llegasen a Barcelona, que los asaltantes se dispersasen antes de empezar a lanzar bombas, que la población no se alarmase en

exceso.

El día 13 se ha hecho lo necesario en Francia para que Durruti y Ascaso no lleguen a la frontera. El tren en el que viajaba Ascaso colaboró para que no fuera necesario detenerle: se averió fortuitamente en medio del campo. Durruti ha sido retenido veinticuatro horas por la policía y después puesto en libertad. Fue lo único que consiguieron de los franceses, quienes se negaron a entregarlos.

A las cinco de la mañana del día 14, el barrio chino presenta un aspecto muy distinto al habitual: en lugar de borrachos y prostitutas recogiéndose, hay soldados armados hasta los dientes y controles en los que se impide el paso de los civiles. Alrededor del cuartel de las Atarazanas hay nidos de ametralladoras rodeados de sacos terreros. Es imposible llegar desde la Plaza de Cataluña hasta Colón sin ser cacheado dos o tres veces por la policía.

La mayor parte de los anarquistas se marchan a casa sin luchar. Sólo un grupo de hombres se enfrenta a una patrulla y mata a uno de los guardias. Varios sindicalistas son detenidos; dos de ellos fusilados en el acto.

En los Pirineos, el otro punto donde debería haberse presentado batalla, sólo hay una trifulca en la que mueren dos revolucionarios. Podrían haber provocado una masacre en Vera de Bidasoa y sólo han muerto dos.

Valenzuela, desde su punto de observación privilegiado en el mismo cuartel que debía ser atacado, se queda sin espectáculo. A pesar de eso, a las nueve de la mañana, abre la botella de champán que tiene preparada para conmemorar la victoria. Es otro favor que le debe a Ramiro Alfil; esta vez le pagará bastante bien.

Quizá en la próxima ocasión todo se ponga a su favor y pueda ocuparse, por fin, de Ascaso y de Durruti. Ha perdido una oportunidad de oro; él lo tenía todo preparado para acabar con ellos. Dan ganas de abandonar, pero está dispuesto a tener paciencia. Sin ella no se consigue nada.

En total, son cinco los muertos y dos más a los que se fusilará días después en Pamplona, detenidos en un puesto fronterizo. Una cosecha

muy parca para la que se podría haber recogido.

* * *

Paz no sabía que existían los sitios a los que Álvaro la ha llevado esta noche: ha bailado, ha bebido ron y, por último, han estado en la Zanja, en un local lleno de chinos donde se fuma opio; no se ha atrevido a probarlo pero Álvaro parece muy acostumbrado. Ni sabía que eso existía y se podía encontrar en su ciudad. A ratos se ha acordado de su padre y se ha preguntado si se habrá dado cuenta de que ella no está en la habitación, pero la mayor parte del tiempo no ha pensado en él, se ha divertido como nunca…

Son las tres de la madrugada y ha llegado la hora de marcharse. Su padre tardará apenas una hora y media en despertarse. Y ahí sí, si se entera de que ha pasado toda la noche fuera de casa, no sabe qué puede pasar. Jonás, que rara vez se enfada, cuando lo hace aterroriza a cualquiera con sus gritos.

Pero Álvaro no quiere marcharse, sólo ahora ha empezado a hacer lo que ella esperaba, besarla, tocar su cuerpo… A él no le preocupa que estén aún en el local de los chinos ni que haya dos hombres mirando cómo mete la mano por debajo de su vestido. Paz ha empezado a apartarle la mano. No se siente cómoda, pero él no parece dispuesto a parar.

Álvaro por fin decide levantarse y salir de allí tirando de la mano de ella. Muy cerca, en la calle Reina, entra en un portal. Paz insiste en que quiere volver a casa pero Álvaro la obliga a entrar. Suben al segundo piso y se meten en una vivienda casi sin muebles, sucia, apenas iluminada por unas débiles lámparas. Es su habitación, están sus cosas, ropa que ella le ha visto en la fábrica. Álvaro la empuja sobre una cama deshecha con sábanas sucias. Ella intenta resistirse pero él prácticamente le arranca la ropa. Se abre el pantalón, está excitado.

—Querías esto, esto era lo que querías… Te voy a atrasar la raza, blanquita.

Paz le pide por favor que no lo haga, grita y él le pega un bofetón; siente el sabor de la sangre en la boca mientras él la penetra. Le duele.

Prefiere no resistirse, quién sabe si la mataría. Sólo piensa en que estaba dispuesta a darle lo que él quería, todo esto no era necesario, es un enfermo.

Son las seis de la mañana cuando sale del edificio, después de que él la haya violado tres veces. Álvaro se ha quedado dormido en esa cama asquerosa. Jonás debe de estar despierto hace ya una hora y media o dos y habrá notado su falta. Estará desesperado, quizá haya empezado a buscarla.

Lleva la blusa rota. No se ha mirado la cara en el espejo pero está segura de que está hinchada por los golpes que él le ha propinado. No puede evitar las lágrimas. Nada más pisar la calle se encuentra con Ramón, el amigo de su padre que trabaja en la fábrica. No sabe qué hace allí y no se le ocurre preguntarle. Ramón se preocupa por ella, para un coche de punto, le da dinero al cochero y le pide que la lleve a su casa de Jesús del Monte.

Jonás se dio cuenta de que Paz no estaba en la casa al despertarse. Confió en que su hija tendría sentido común y no saldría, se obligó a no espiarla y a dejarla decidir libremente. Se equivocó. Ha mandado llamar a Ramón, el capataz de la fábrica de tabaco, la única persona que él conoce que sabe quién es Álvaro y que puede averiguar dónde está.

Pasan más de dos horas hasta que ve llegar a Paz a casa llorando, con un labio roto, un ojo morado y la ropa hecha jirones. Jonás siente un odio superior al que ha sentido nunca en su vida. Sabe que tiene que cuidarla, curarla, acostarla antes de hacer nada. Se va a vengar; no vino a Cuba, no fue tras su sueño para que alguien le hiciera esto a su hija.

Nada más acostarla, vuelven a llamar a la puerta. Es Ramón.

—Nunca me preguntes qué ha pasado. Lo que le han hecho a tu hija no se puede arreglar pero ese desgraciado no volverá a hacerlo.

Sólo se entera de que Ramón encontró a su hija en la puerta del edificio de la calle Reina y que subió a casa de Álvaro. Ramón es grande, fuerte y sabe lo que tiene que hacer cuando es necesario.

Paz no leerá más en la fábrica. Ella sí pregunta qué ha pasado con Álvaro; sabe que él tampoco ha vuelto a trabajar allí. Su padre sólo le contesta que no hace falta que sepa nada; también que no quiere volver a hablar de ese tema ni que se pronuncie su nombre en su casa.

Ella se imagina lo sucedido y no le parece mal. Entiende que, por mucho que sea anarquista, un hombre como Jonás no deja sin vengar lo que le ha pasado a su hija.

Poco a poco, vuelve a salir con Gloria e Irene, las únicas que saben lo sucedido aquella noche además de Ramón y Jonás. Vuelve también a la playa, a sus estudios, a la rutina. Está dispuesta a seguir con su vida: Álvaro le ha hecho daño pero no impedirá que lleve una vida normal.

* * *

A ninguno de los presentes le agrada estar reunido otra vez en la mesa de redacción de *Le Libertaire*. Se imaginaban triunfadores, presos, incluso muertos; no sentados de nuevo sin haber llegado a luchar. Durruti intenta entusiasmar a sus compañeros, una labor muy difícil en este momento.

—Hemos fracasado muchas veces, ésta es sólo una más. Al final, triunfaremos.

Hay ciento veintiséis anarquistas detenidos y una cifra que ha marcado un juez para liberarlos: seis millones de pesetas.

—No podemos repetir, una vez más, que el dinero está en los bancos. Tú mismo dices que si atracáramos un banco en Francia, nos detendrían antes de guardar el dinero en las bolsas.

—El mundo es muy grande, y son muchos los países con bancos.

A solas, paseando por la ribera del Sena, Ascaso pregunta a Durruti qué quiso decir.

—Lo que dije, el mundo es muy grande. Cuando un obrero no consigue ganarse la vida en un sitio, es legítimo que vaya a donde pueda hacerlo.

—¿Adónde?

—Estados Unidos, Cuba, Argentina, México… Hay muchos sitios en los que podemos realizar una labor más importante que en París.

Pasarán semanas antes de decidir nada. Ascaso volverá al Moulin Rouge por la noche. Si hay suerte, no habrán contratado a nadie para sustituirle y se reincorporará a su trabajo: labor agradable, buen sueldo, buenas propinas… Ha estado a punto de echarlo todo a perder por una absurda e ingenua aventura en la frontera. Le costó dejarlo, quizá sea certera la broma de Durruti sobre las corbatas y los *croissants*, y no sea más que un burgués.

El apartamento de Belleville también sigue libre y se alojan de nuevo en él. A Ascaso le gusta cada vez más el barrio; junto con Montmartre, su preferido de París.

Con el tiempo, visita menos el centro anarquista y más los cafés, se sienta a la mesa con el periódico y pide un ron de Martinica. Hay muchos norteamericanos: poetas, escritores, pintores, fotógrafos… Es como si París fuera un lugar de peregrinación para ellos. Les ha visto en el hipódromo con sus gritos, sus muestras excesivas de alegría o derrota; tan diferentes a los europeos, que intentan no transmitir ninguna emoción. No les entiende, pero sabe en todo momento si ganan o pierden.

Ha conocido a algunos gracias a la labor de ayuda a Sacco y Vanzetti. Todos creen que los dos anarquistas italianos acabarán siendo ejecutados. Le llama la atención su combinación de amor por su país y crítica a su gobierno.

Sigue acompañando a Lecoin a las carreras ciclistas. Antes del intento de revolución estuvieron en la llegada del Tour de Francia a París. Por primera vez ganó un italiano, Ottavio Bottecchia.

Cada día se siente más a gusto en París. Sólo la presencia de Durruti le hace recordar que tienen una misión que cumplir y que quizá haya llegado el momento de marcharse.

* * *

—¿América?

—Sí, pero no sé a qué país.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo oí, lo comentaban dos compañeros; pidieron información de los barcos que partían hacia allá sin pasar por España.

Valenzuela se queda pensativo, no sabe cómo podrá tener controlados a Durruti y a Ascaso a esa distancia. Se ha encontrado otra vez en Madrid con Ramiro Alfil. Están en el Café de Pombo, en la calle Carretas, muy cerca de la sede de Gobernación, adonde después tiene que acudir Valenzuela a departir con el ministro. Alfil no deja de mirar alrededor; teme que alguien le vea en compañía del policía.

—Quería comentarle… Es difícil que me entere de cosas en la situación actual.

—Lo supongo.

Alfil sonríe. Lleva semanas, desde el intento de asonada, pensando en la forma de salir de la situación en la que está, de abandonar a los anarquistas, de dejar de pasar información, aprovechar el dinero que ha ganado.

—Me gustaría marcharme de Barcelona, he pensado en trasladarme a Santander. No quiero saber nada de política.

—No es eso lo que he pensado yo. Los Solidarios están en la cárcel o en el exilio. Tan lejos de ellos, no me sirves. Te voy a meter en la cárcel, en Burgos, con García Oliver.

—No puede ser. ¡Me matarán!

—No si no se enteran, si sigues manteniendo el secreto…

Ahora sí que llama la atención Alfil: rostro desencajado, sudor, al borde de las lágrimas.

—Acabarán descubriéndome.

Valenzuela asiente.

—Es posible. Antes de que lo hagan, tienes que mandarme toda la información que puedas. Si no lo haces, yo mismo les haré llegar la información de quién les ha estado vendiendo.

Se levanta para marcharse.

—Tengo una cita en el ministerio, dejo esto pagado. Para darle emoción, no te diré cuándo vas a ser detenido. Suerte.

Se marcha. Procurará que la cita con el ministro no sea muy larga. En su nueva casa de la calle Hortaleza está Rosa, ocupándose de la mudanza y de la niña. Cuanto antes llegue a ayudar, mejor. Ha

pintado él solo la habitación de Rosita de amarillo claro, el color que ella quería. Tiene que parar en Preciados a comprar una muñeca vestida de chulapa madrileña que le ha prometido a su hija.

Alfil se queda unos minutos en el café, meditando. Se fugará. Tiene dinero en Madrid, en casa de sus padres. No volverá a Barcelona, tampoco irá a Santander, el lugar que le ha dicho a Valenzuela. A Sevilla, irá a Sevilla. Lo hará esta misma noche: cogerá el metro, se hará con todo el dinero que tiene en la casa, y luego se subirá en el primer tren que salga desde Atocha con destino al sur. Sólo necesitaba tomar la decisión para abandonar eufórico el Café de Pombo.

Baja por Carretas, en dirección al metro de la Puerta del Sol. Dos hombres se le acercan por detrás; cada uno le sujeta de un brazo.

—Sigue andando, no te vuelvas, no te resistas, no hagas nada.

—¿Adónde vamos?

—Aquí al lado, a los calabozos de la Puerta del Sol… Tienes amigos que te aprecian mucho. Nos han dicho que te pagan un billete a Burgos, qué suerte.

* * *

El paquebote *S. S. France*, con setecientos treinta y ocho pasajeros a bordo, partió del puerto de Le Havre con destino Nueva York el día 22 de diciembre de 1924. En tercera, viajaban dos españoles con pasaportes venezolanos falsos expedidos a nombre de Rafael Monleón Vargas y de Arturo Verde Cambrils. Sus verdaderos nombres son Buenaventura Durruti Dumange y Francisco Ascaso Abadía.

A lo lejos, alcanzan a ver la Estatua de la Libertad. Dentro de menos de una hora atracarán en la isla de Ellis; les basta esa visión para olvidar las incomodidades de viajar en tercera. Los pasajeros de primera tienen salones, bibliotecas, comedores, camarotes con baño, sala y dormitorio lujosamente amueblados; los de tercera deben conformarse con dormir en camarotes para ocho personas. No pueden quejarse, hay barcos que tienen primera, segunda, tercera y una clase más: la clase emigrante. A los emigrantes se les aloja en literas de varios pisos situadas en las entreplantas de las bodegas, prácticamente sin ventilación, y se les da de comer un caldo ligero y pan. La

diferencia de precio, desde las mil quinientas pesetas —hay barcos en los que se llegan a pagar cinco mil— que cuesta el pasaje en primera hasta las setenta y cinco en la clase emigrante, lo justifica todo.

Aunque su intención es embarcar de inmediato hacia La Habana, todos los viajeros de tercera deben pasar por las instalaciones de Ellis. Para Durruti y Ascaso hay un problema añadido: es raro ser rechazado si se está en buenas condiciones de salud, excepto en el caso de los anarquistas. Los Estados Unidos de América no quieren comunistas libertarios en su suelo.

—Me avergüenza que tengamos que pasar por esta isla, como si el ser humano no pudiera vivir donde quisiera.

—Buenaventura, por favor… Hay que pasar, llegar a Nueva York y estar tres días. Después nos vamos a La Habana.

—Lo haré bien, no te preocupes.

—Tres días sólo, olvídate durante tres días de que eres anarquista.

—No lo olvidaré, lo que haré será no decirlo.

—Perfecto, no lo digas.

Al fondo está la isla de Manhattan, con edificios muy altos, más de lo que habían visto antes en París o en cualquier ciudad española, algunos de más de cincuenta pisos. Dicen los periódicos que se levantará uno que tendrá casi cien.

El trámite de Ellis no supone problemas. Los dos llegan a la ciudad de Nueva York con tres días por delante hasta subir al barco que les llevará a Cuba. Se alojarán en casa de un anarquista italiano llamado Aldo Messori. Vive en un barrio al que llaman Hell's Kitchen, la cocina del infierno. Allí se mezclan los italianos con los irlandeses, los anarquistas con los mafiosos, la riqueza con la pobreza extrema.

La ciudad está llena de edificios en construcción, de coches, de sirenas. Es muy parecida a lo que creen que será el futuro.

Se mezclan todas las lenguas; en apenas unas horas ven trabajadores italianos, chinos, alemanes, irlandeses. Hay muchos negros; les explican que tras la abolición de la esclavitud partieron de las fincas algodoneras del sur a las ciudades industriales del norte. Un barrio entero de la zona norte de la isla, Harlem, está ocupado por ellos.

En la Quinta Avenida, una mesa petitoria que atienden unas

mujeres llama su atención: recaudan fondos para ayudar en la defensa de Sacco y Vanzetti; junto a los retratos de los anarquistas, aparece el de Emma Goldman, una dirigente deportada a Rusia hace unos años, la mujer más destacada del movimiento libertario americano, aunque en su país de origen se pasara al bando de los bolcheviques. A pocos metros, unos policías pasean sin prestar atención a la actividad de la mesa y a las banderas anarquistas que la adornan.

Los contrastes se encuentran a cada paso: la nación que expulsa a los anarquistas en la isla de Ellis, permite que en sus calles se manifiesten libremente y que sus partidarios recauden fondos; los que fueron pioneros en la liberación de los esclavos, tienen guetos de trabajadores negros en sus ciudades más importantes; los que ejercen el imperialismo en su frontera del sur, han sido conquistados por ciudadanos de todas partes del mundo en el corazón de sus capitales.

Ascaso está deseando salir de esa locura que atrae, sin embargo, a Durruti. A los tres días de llegar, vuelven a subirse en la tercera clase de un barco, el que les llevará a La Habana.

—Deberíamos buscarnos un nombre, en España nos llaman los *Solidarios*, pero aquí somos sólo nosotros dos.

—Los *Errantes*, mientras vamos de un lado para otro, podríamos llamarnos los *Errantes*.

4

La Habana, enero de 1925

Ascaso se mira en el espejo tras colocarse el *canotier*, un sombrero de paja de copa recta y parte superior plana, adornado con una cinta negra, que tanto usan los cubanos y que se acaba de comprar. Se ve bien, elegante. Cuando salga de la tienda, con su traje blanco y su sombrero nuevo, Durruti se reirá de él.

—Pareces tan petimetre como los demás.

—Tú sí que vas elegante con esa boina de paleto…

Aunque se rían el uno del otro, se llevan bien, son inseparables y consolidan cada día la amistad que les une desde hace años. Por la tarde tendrán reunión en la Federación Obrera, pero ahora darán una vuelta por el Paseo del Prado habanero, al que también llaman Paseo de Martí, uno de sus lugares favoritos, recién descubierto, de la capital de la Perla del Caribe; la tierra más hermosa que ojos humanos vieron, como dicen que la definió Cristóbal Colón.

La Habana es apasionante: si se mira para un lado se ve una vieja ciudad europea, con la elegancia de sus señoriales construcciones y de sus grandes hoteles; desviando un poco la vista, se observa el pasado colonial, presente en las iglesias y en los palacios; a pocos metros, la exuberancia del Caribe, con la palma real, la ceiba o los flamboyanes; inmediatamente después, se reconoce África en los colores, en la gente, en la música.

—Esta tierra es perfecta para poner en marcha una sociedad

libertaria.

—Esta tierra es perfecta, sin más.

Ascaso se ha enamorado de Cuba, de las cubanas, de los sabores. Se alegra de la decisión de viajar a la isla caribeña en lugar de a Buenos Aires, su primer pensamiento.

Pasear un domingo por la mañana por la ciudad vieja, ver a la gente, escuchar a algún grupo de música tocar sones, esquivar a los granizaderos que venden hielo picado con sabor a alguna de las riquísimas frutas cubanas o a los maniseros con sus cucuruchos de maní tostado, el nombre que usan los cubanos para los cacahuetes, son algunos de los placeres que disfrutan en La Habana, que hacen que la ciudad sea tan agradable.

Están trabajando en el muelle como estibadores, cargando y descargando los buques que atracan. Durruti, con su gran fuerza física, no tiene ningún problema para desempeñar su labor; Ascaso está deseando asentarse un poco para buscar trabajo como camarero en alguno de los grandes hoteles de la ciudad, el Inglaterra o el Ambos Mundos.

—Recuerda a qué hemos venido a América. Hace falta dinero para reorganizar el sindicato en España.

Hay centenares de compañeros presos en las cárceles de la península y una fianza de seis millones de pesetas serviría para liberar a más de cien, entre ellos, los más importantes. La necesidad impedirá a Ascaso llevar la vida normal que siempre desea: pronto comenzará la labor expropiadora que les ha llevado a América.

—Si lo que buscamos es una tapadera, la prefiero en un restaurante lujoso que deslomarme cargando y descargando barcos.

Pese al peligro de que sus cartas sean interceptadas por la policía y sepan así dónde están, han escrito a sus familias para contarles que siguen vivos. Como única medida de seguridad, no firman con sus nombres sino con sus apodos familiares: Pachín y Pepe. Pachín Ascaso y Pepe Durruti. A José Buenaventura Durruti sólo su madre le llama Pepe. Más de una vez han ido a registrar su casa, a buscar el dinero de alguno de sus golpes. Ella tiene siempre la misma respuesta:

—No sé si mi hijo maneja millones o no; sólo sé que cuando me

visita en León trae cara de hambre y tengo que vestirle de los pies a la cabeza porque parece un pordiosero.

Al llegar a La Habana, contactaron con Jaime Almada, un anarquista español residente en la isla; nacido en Teruel, lleva en Cuba diez años. Se alojan en su casa, en la calle de la Lealtad, cercana al Malecón. Almada trabaja como acomodador en el teatro Payret, junto al Parque Central, un edificio con fama de mala suerte por la cantidad de veces que se ha quemado o lo han derribado parcialmente los huracanes. En él se representan obras de teatro, ópera y zarzuelas. Gracias a Jaime han asistido por primera vez a una, *La viuda alegre*, una opereta interpretada por la mejicana Esperanza Iris.

—¿El Liceo de Barcelona es así por dentro?

—Dicen que mucho más grande y lujoso.

—Una vez estuve en Las Ramblas, viendo entrar a los ricos. Debería ser para los trabajadores, no para los burgueses.

—Cuando triunfe la revolución…

Jaime Almada les ha introducido también en los círculos anarquistas, pero tanto a Durruti como a Ascaso les han parecido demasiado teóricos y, aunque siguen asistiendo a las reuniones, prefieren encontrarse con los trabajadores en el ambiente portuario, en las naves y en las tabernas cercanas al malecón de La Habana. Allí, compartiendo un vaso de ron con los que son como ellos, empiezan a conocer la verdadera situación de la bella ciudad caribeña: la miseria, la difícil vida de los antiguos esclavos, la prostitución a la que se ven obligadas muchas mujeres mulatas y negras por falta de otros medios para subsistir, la explotación de las compañías americanas… Hay una Habana oculta que pocos de los españoles que llegan a la isla conocen: la de los cultos africanos, la desigualdad y la pobreza.

Tras la independencia, la ocupación norteamericana ha sido perversa y los yanquis sólo se han marchado de Cuba tras la firma de la Enmienda Platt, según la cual, el gobierno de Estados Unidos se otorga el derecho a intervenir militarmente en el país caribeño cada vez que una situación política ponga en peligro sus intereses. Cuba debe, además, pagar de su bolsillo el coste de la operación militar y de la ocupación. Una ley imperialista e inaceptable, consecuencia de la

desorganización de la descolonización española.

Un nuevo presidente, Gerardo Machado, está a punto de asumir el cargo después de ganar las elecciones de finales del año anterior. Su campaña, que prometía mejorar la educación, la sanidad y las infraestructuras, ha entusiasmado a muchos cubanos. Sin embargo, los trabajadores del puerto no confían en él.

—No durará mucho tiempo y habrá que echarle. Promete que será honesto… ¿Alguien se imagina a un presidente que ganara las elecciones prometiendo que no lo será?

El tiburón se baña pero salpica, dicen los cubanos para justificar la corrupción de sus dirigentes: ellos roban mucho y dejan que los demás también roben un poco. No se espera que Machado vaya a alterar costumbres que están tan aceptadas desde hace tanto tiempo, desde que los españoles campaban por las Antillas.

De momento hay que asistir a esperpentos como el de un supuesto intelectual llamado Barreto, que reza la salve con los nombres del nuevo presidente y de su madre: «Dios te salve, Lutgarda, llena eres de gracia, el presidente es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Gerardo…».

—Machado hará lo que todos, huir cargado de oro e ignominia.

Alfonso Zayas, el presidente saliente, permitió la labor de los anarcosindicalistas después de la fuerte represión de los años anteriores, en los que se suspendió cualquier actividad, se deportó a decenas de anarquistas españoles y se fusiló a numerosos líderes. Para Durruti, ha llegado el momento de crear en Cuba una Confederación Nacional del Trabajo a imagen y semejanza de la CNT española.

—La represión nunca se acaba: va y vuelve. Hay que aprovechar los momentos en que podemos trabajar con libertad para hacernos fuertes.

Entre los anarquistas cubanos, un poco acomodados, Ascaso y Durruti son vistos como radicales: dos militantes que se han hecho famosos por estar entre los más violentos en España, un país en el que los anarquistas son conocidos por su violencia. Sus propios compañeros les temen más que la policía.

* * *

Los guardias de la prisión de Burgos se sitúan a ambos lados de un pasillo de aproximadamente doce metros. Son veinticuatro en total y llevan en las manos varas de un metro de largo y casi dos centímetros de grosor, resistentes y flexibles. Los presos que serán castigados, hoy sólo uno, están en uno de los extremos y deben atravesar el pasillo hasta el lado contrario recibiendo varazos. Es un castigo para los que no cumplen alguna de las absurdas leyes del presidio y, a la vez, una diversión para los guardianes, que descargan sus frustraciones sobre el interno en los pocos segundos que dura su recorrido.

Casi todos los punidos son presos comunes; a los sociales se les deja tranquilos. Cuando hace falta interrogarlos o castigarlos, llega alguien enviado de Madrid o Barcelona. Sin embargo, el que será golpeado hoy es un anarquista, el más importante de ellos, Joan García Oliver.

Es de noche y Oliver deberá cruzar el pasillo por primera vez desde su llegada al presidio. Su falta ha sido impedir que un guardián golpeara a otro interno, un chico de apenas dieciocho años, por dejar caer un tazón de sopa. Fue el mismo guardián quien empujó al chico para que se cayera.

Dos funcionarios, amenazándole con sus pistolas, le obligan a caminar hacia el pasillo en el que le esperan los demás. Hay ganas: pocas veces se tiene ocasión de dar una paliza a uno de esos presos anarquistas tan altivos, mucho menos a uno de sus jefes. Oliver debería cruzar a toda velocidad, procurar llevarse la menor cantidad de golpes posible, no provocarles… Pero le parece indigno y no va a prestarse a ser la cobaya con la que se diviertan.

Da un paso dentro del corredor, recibe el primer golpe y, en lugar de seguir andando, se encara con el guardián y lo tumba de un puñetazo directo al mentón. El funcionario no se lo esperaba y el puñetazo resulta digno de Paulino Uzcudun, el campeón español de los pesos pesados.

—¡Hijo de puta! Ahora verás…

Todos se lanzan sobre él. Oliver cae al suelo procurando taparse la cabeza y recibe varazos en todas partes, hasta que los guardianes se

cansan de golpearlo. Queda tendido, medio reventado. Le dan aún varias patadas antes de llevarlo a la enfermería.

Prefiere que lo maten a golpes a callarse ante lo que ve en la prisión —lo dice su himno: «Antes que esclavo, prefiero morir»—: los presos deben pulir con trapos el suelo de madera hasta sacarle brillo; cuando reluce, los guardias lo mandan fregar con tierra y agua para ensuciarlo, y vuelta a empezar. Los funcionarios dirigen la cárcel con castigos como el del pasillo; hay internos con las penas cumplidas que no son puestos en libertad por capricho de la dirección… Ésa es la idea de rehabilitación social que tienen las autoridades españolas.

Oliver tarda casi dos semanas en estar curado y volver a su celda. Ninguno de sus compañeros ha sido autorizado para verlo. El cura de la cárcel, un hombre que por lo menos parece bien intencionado, le ha visitado en varias ocasiones.

—Si necesita algo, dígamelo.

—Saber que el esbirro al que pegué el puñetazo está peor que yo…

—Peor no, pero tiene menos piezas dentales.

En la celda se reencuentra con Ramiro Alfil. El madrileño ha sido trasladado a la prisión de Burgos durante su convalecencia y ocupa la cama de abajo de su litera.

Hay algo que le dice a Oliver que Alfil no es de fiar: no fue detenido cuando los demás, ha sido trasladado desde Madrid cuando vivía en Barcelona, no han tenido noticia de su juicio; Oliver sospechó de él cuando desapareció una importante cantidad de dinero del botín del atraco del banco en Gijón… Estará alerta; hay veces que un sexto sentido indica dónde está el peligro.

Se entera también del viaje a Sudamérica de Durruti y Ascaso y no está de acuerdo.

—¿Qué han ido a hacer allí?

—Han decidido expropiar bancos sudamericanos para ayudar a mantener el sindicato.

—Joder, eso no es expropiar, es robar. Lo que hay que hacer es seguir aquí, luchando en España. No tenemos nada que hacer en Sudamérica.

Las últimas decisiones de sus compañeros, las tomadas desde que él

está en la cárcel, le resultan poco meditadas. El intento de Vera de Bidasoa le pareció una irresponsabilidad.

—¿Pretenden derrocar un gobierno con media docena de escopetas de caza?

No tiene mejor opinión de la posible labor de los dos anarquistas en Sudamérica. Por primera vez, los Solidarios no están de acuerdo en todo.

* * *

Unos cuarenta o cincuenta hombres, y apenas media docena de mujeres, aguardan en una nave del puerto de La Habana a que el orador comience su discurso. Hay blancos y negros, criollos y españoles, iniciados en el anarquismo y completos ignorantes. Sólo algo es común a todos: son obreros.

—¿Estás nervioso?

—Un poco, aunque es una tontería: no voy a decir nada que no haya dicho en privado miles de veces.

El orador es Buenaventura Durruti. Será la primera vez que hable ante tantas personas.

—Seguro que es un éxito, verás.

Ascaso, mucho menos seguro de sí mismo, ha declinado la oferta de participar. Se fija en el público, en concreto en una de las mujeres, una joven de apenas dieciocho años, morena de piel pero con rasgos de europea. Acompaña a un hombre mayor con aspecto de ser español. Es muy hermosa. Pregunta a uno de sus conocidos por ella.

—Paz Vidal. Guapa, ¿no? El hombre que está con ella es su padre, Jonás, un canario de La Palma que lleva en Cuba más de treinta años. Su madre es una mulata.

—¿Es soltera?

—Vaya, el gallego se enamoró.

Las conversaciones se silencian cuando Durruti se sitúa frente a los congregados. Todos los presentes atienden a lo que va a decir el español, el camarada Durruti, con voz alta y firme.

—Compañeros, llevo, como sabéis, poco tiempo en La Habana, pero suficiente para haber observado la situación y haberos escuchado a

muchos de vosotros.

Mientras Durruti habla, Ascaso no puede evitar fijarse en Paz. En un par de ocasiones, ella le descubre mirándola. La tercera, le sonríe.

—Creéis que la situación mejorará, como si la libertad y los derechos fueran frutos que se recogieran de un árbol cuando crecen. Estáis equivocados, los anarquistas debemos exigir lo que creemos justo, debemos tomarnos la justicia por nuestra mano.

De entre el público surgen algunos aplausos y algunos bravos. Paz atiende al discurso de Durruti con ojos encendidos.

—Estáis equivocados porque olvidáis que la revolución es nuestro objetivo, que no queremos pactar con el Estado sino destruirlo; olvidáis que vamos a echar de la isla a los explotadores y que, si quieren sobrevivir, sólo tendrán una forma: nadar entre los tiburones, como nosotros llevamos siglos haciendo.

Los aplausos arrecian, pero no son generalizados. Muchos de los presentes no aprueban el discurso exaltado de Durruti, por ejemplo Jonás, el padre de Paz. Ella sí, ella está entusiasmada.

La voz de Jonás se eleva por encima de los aplausos. Su acento canario y los años en Cuba no permiten distinguir su origen español.

—¿Dónde estaréis vosotros cuando estalle la revolución? Os habréis marchado de Cuba para predicarla en otro lugar y el sufrimiento será para nosotros, los de siempre.

Entre los que no aplaudían hay murmullos de aprobación. Todos esperan la respuesta de Durruti.

—Vosotros sois hombres libres y no necesitáis el liderazgo de nadie. Nosotros lucharemos por la revolución allá donde estemos, si es en Cuba será en Cuba, si es en España, en España. Porque no hay fronteras; las fronteras sólo les interesan a los gobernantes y a los burgueses para defender la expoliación, los obreros somos los mismos en un país o en otro.

Les habían avisado de que estas críticas se producirían; los trabajadores cubanos están hartos de falsos cabecillas que desaparecen cuando llega el momento de la lucha. No conocen a Ascaso y a Durruti.

—Destruiremos el mundo y crearemos otro nuevo para ocupar su

lugar. Un mundo sin explotadores y sin estados, una sociedad igualitaria donde cada uno aportará según pueda y retirará según necesite. Un mundo que llevamos en nuestros corazones.

Finalmente se ha hecho con el público y recibe felicitaciones al bajar del estrado. Durruti se dirige hacia Jonás, le tiende la mano.

—Salud, compañero.

—Salud. Mi nombre es Jonás Vidal.

Ascaso también se acerca a ellos y se presenta. Paz, sonriente, le saluda.

—¿Usted no va a hablar?

—El compañero Durruti ha expresado exactamente lo que pienso. Compartimos todas las opiniones.

—Espero que sólo en cuestiones políticas.

—Yo también lo espero.

Ha pasado tiempo desde la noche en que Paz se escapó de casa para encontrarse con Álvaro. El tiempo suficiente para rehacer su vida, retomar sus estudios de enfermería, recuperar la confianza de su padre, no pensar en lo que le pasó y en el odio que profesa a su antiguo compañero a todas horas, pero no lo bastante como para no pensar en Álvaro cuando siente el interés de los españoles por ella.

Sus amigas, Gloria e Irene, se han enamorado de chicos de su edad, han asistido a bailes y han jugado a tener relaciones medio clandestinas, medio consentidas. Paz las ha acompañado alguna vez pero no ha sentido nada parecido. No sabe por qué le ha dado por pensar en ese tema esta noche, la noche en que ha conocido a esos dos anarquistas españoles tan distintos. Dicen que son héroes de la lucha obrera, que han dedicado su vida a la defensa de sus ideas, las que comparten con su padre y con ella. Paz sólo ha visto la determinación en los ojos del más arrojado de los dos y la duda en los del que parece más tímido. Ella también duda, pero se empeña en creer y así será siempre.

* * *

Laureano Valenzuela trabaja en el taller de alpargatas de la cárcel Modelo de Madrid. Es urdidor, se encarga de preparar la trenza de esparto encapada con cáñamo que después cose para confeccionar la suela; los aparadores van preparando la tela que envuelve el pie para que los bigoteros unan después las dos partes, tela y suela. Los zapatos son para los burgueses, las botas para los militares; los obreros, los campesinos, la mayor parte de los españoles, calzan alpargatas.

Recibe una parte de su sueldo en la mano, dinero que apenas le alcanza para el tabaco; supuestamente, cobrará el resto al ser puesto en libertad. Laureano empieza a sospechar que ese día no llegará nunca. Si muere en la cárcel, le gustaría que el dinero fuera para su nieta Rosita, aunque no la conozca.

El trabajo se le da bien y ha llegado a ser un urdidor muy eficaz pese a que antes de entrar en prisión no se hubiera imaginado siendo alpargatero. Laureano, nacido en Zaragoza y anarquista desde su juventud, se ganó la vida como peón de obra. No aprendió a leer ni a escribir hasta pasados los veinte años y, desde entonces, devora los libros. Le enorgullece haber hecho que sus hijos, Ramón y Ernesto, aprendieran desde niños, que Ramón sea médico. Es uno de los presos que más usan la biblioteca de la Modelo de Madrid, hasta tal punto que el maestro que se encarga de ella ha solicitado en varias ocasiones que se lo asignen como ayudante. Cada vez que lo hace, una orden contraria llega de arriba, de fuera de la cárcel, impidiéndolo.

La vista le ha empeorado mucho en los últimos tiempos a causa de las cataratas. No puede leer y si consigue hacer las suelas es porque usa más el tacto que la vista. Todos los meses presenta una solicitud en la enfermería para ser operado; nunca obtiene respuesta.

Se ha acostumbrado a recibir, una vez a la semana, la visita de su hijo Ernesto.

—Ernesto, sé que no me quieres ayudar, sólo te pido lo de la operación de los ojos.

—No puedo hacer nada. Eso es cosa de las autoridades de la cárcel, no de la policía.

—Sí, pero si tú hablaras con ellos y les recordaras que la necesito… Apenas te reconozco cuando te veo; cada día que pasa, voy a peor.

Valenzuela no tiene nada que ver con la tardanza de la operación de su padre, aunque sabe que si él intercediera se aceleraría mucho. A lo mejor le ayuda: el viejo acaba de entregarle unas alpargatas blancas que ha hecho especialmente para Rosita. Se imagina la alegría de su hija cuando se las calce y eso le pone de buen humor.

—Veré qué puedo hacer. ¿Sabes algo del anarquista que ha llegado nuevo?

—¿García Vivancos?

—Sí, ése.

—Que le han debido de dar una paliza muy grande; hace tres días que está en la enfermería.

No ha dado ninguna orden para que Vivancos reciba malos tratos, quiere que esté bien para ofrecerle un pacto.

—¿Una paliza? ¿Quién cojones da aquí las palizas?

—¿Quién? Pregunta mejor quién no… Tienes más de un centenar de posibles sospechosos entre los funcionarios. Los hay buenas personas, pero no es lo que más abunda.

Valenzuela no se marcha de la Modelo tras terminar la visita a su padre. Pide que le lleven a la enfermería. Encuentra a Vivancos en perfecto estado de salud: no ha recibido ninguna paliza, no aparenta estar enfermo, lee el periódico con total tranquilidad. Hay más anarquistas en las camas, todos están bien, ninguno parece convaleciente. No habla con ellos, no se identifica, busca al encargado del servicio.

—¿Quién ha dado la orden de que Vivancos esté aquí?

—Tengo la responsabilidad de decidir quiénes deben estar ingresados.

—¿Cuánto te pagan los anarquistas?

Los presos vuelven a sus celdas y la enfermería queda vacía por orden de Valenzuela. Dos días después, Wenceslao Herrera ha interrogado al encargado y le ha pasado el informe a su jefe. Mal escrito y lleno de faltas —nada que ver con aquellos primorosos escritos de López Mahón—, pero con todo lo que se debe saber consignado allí: un plan de fuga desde la enfermería de la Modelo que deberían haber puesto en marcha la misma noche que Valenzuela

descubrió ciertas irregularidades, como el ingreso de Vivancos en las instalaciones; el encargado y dos enfermeros habrían sido sobornados para colaborar con los anarquistas y facilitar su huida. El plan se había abortado: los libertarios seguían en prisión y los tres funcionarios sobornados estaban también detenidos.

Está decidido, ha descubierto la tentativa de fuga gracias a la intervención de su padre. Le pedirá al director de la prisión que le ponga en primer lugar en la lista de operaciones para que le arreglen los ojos. Los servicios se pagan, aunque sean involuntarios.

Martínez Anido, el ministro, recibe a Valenzuela en su despacho, como todas las semanas, pero ésta con una felicitación especial por haber impedido una fuga en la que no sólo habría escapado Vivancos: le habrían acompañado una veintena de anarquistas más.

—No es que fueran importantes, ni que hubiéramos tardado mucho en encontrarlos y encerrarlos de nuevo; lo peor es lo contentos que se ponen y la mala imagen que da que se nos escapen los presos. ¿Has sabido algo de los dos que se han marchado a América?

Valenzuela no los ha localizado. Sólo sabe con seguridad que no están en Argentina, donde la policía, con los mismos problemas con los anarquistas que en España, habría informado.

—Apostaría por Cuba o México, pero no lo puedo afirmar. En Estados Unidos no creo que estén.

—Allí tratan a los anarquistas con mano dura. No creo que quieran pasar por lo mismo que Sacco y Vanzetti. A esos no les queda nada para que los sienten en la silla eléctrica.

—No han hecho nada que haya obligado a la policía a consultar con nosotros.

—Lo harán, paciencia. De momento, mientras andan lejos, no tenemos que lamentar verlos por aquí.

Que no volvieran a España sería una pésima noticia para Valenzuela.

* * *

Jonás Vidal y su hija Paz viven en un barrio llamado Jesús del Monte, uno de los más populosos de la ciudad de La Habana y escenario de

reivindicaciones desde tiempo atrás: nada menos que dos siglos antes, doce vegueros, cultivadores de tabaco, fueron ahorcados en los árboles de la carretera y sus cuerpos quedaron expuestos un día entero por levantarse contra la incautación de sus cosechas impuesta por la Corona española.

Gran parte de los vecinos de Jesús del Monte proceden de Canarias, como el anfitrión que recibe a Durruti y Ascaso. Paz les ha esperado en la parada del tranvía tirado por caballos en el que han tenido que llegar desde el centro de La Habana y les ha llevado a la bonita casa, a pocos metros del principal cruce de calles del barrio, la esquina del Toyo.

Los dos españoles se han informado sobre su anfitrión canario. Jonás Vidal no es estrictamente un obrero; sí lo era cuando llegó de Canarias, pero le ha ido bien en la vida. Aunque aquí sea un anarquista más —era su ideología cuando emigró—, en España no se le consideraría como tal por ser empresario; tiene una imprenta en la que se elabora material para la industria tabaquera: etiquetas para las cajas, folletos promocionales, vitolas para los puros… Un pequeño empresario con empleados y con dinero, con un nivel de vida muy superior al habitual en Cuba. La casa es buena, bien situada dentro del barrio, con muebles sólidos y algunos lujos. En Barcelona lo habrían considerado un explotador: todo aquel que detenta la propiedad de medios de producción se la está robando a los trabajadores, que son sus legítimos dueños, y en consecuencia es un explotador. Sin embargo, tiene fama de ser un empresario ejemplar en el trato a los empleados, y gracias a su imprenta ayuda a los sindicalistas en sus publicaciones. Durruti y Ascaso no han discutido sobre la consideración de anarquista de Jonás: esto es Cuba y las cosas son distintas. No hay más.

Además de ellos, hay otros vecinos y amigos invitados, todos libertarios; a algunos les han conocido en la Federación Obrera o en el puerto. Se comenta una de las primeras declaraciones de Gerardo Machado, el nuevo presidente: no admitirá una huelga que dure más de cinco minutos. Se acercan malos tiempos para los derechos de los trabajadores.

En la mesa hay comida cubana: arroz con frijoles negros, ensalada, plátanos, yuca… En lugar de vino, beben cerveza La Tropical muy fría; está conservada en grandes baldes con hielo. Mientras van bebiendo la cerveza, unos comen chicharrones y otros atienden a una pierna de cerdo —«puerco» le llaman— que se está asando sobre el fuego, muy lentamente.

Durruti se enzarza, casi de inmediato, en una discusión sobre política con uno de los presentes, un trabajador de la industria tabaquera.

—Predicáis una revolución imposible. Cuba tiene muchas cosas que conseguir antes.

—¿Y por qué sois entonces anarquistas?

—Para educar a la población y para que algún día esa revolución sea posible.

—En el anarquismo no cabe la figura del ideólogo de salón.

Ascaso se desentiende de la conversación y se aleja de ellos cuando ve que Paz se queda un momento sola.

—Está todo muy rico, ¿has cocinado tú?

—Algunos platos. El arroz con moros lo hice yo. ¿Lo has probado?

—Supongo que los moros son los frijoles, ¿no? Sí, y me ha gustado.

—Otros platos los preparó mi padre.

—Perdona que te pregunte, ¿tu madre…?

—No vive con nosotros. Se marchó hace años. ¿Ibas a preguntar si murió?

—Sí.

—No, no ha muerto. Vive en La Habana, con otro hombre, un pianista.

—Ah, lo siento.

—¿Por qué? No la conoces, no sabes cómo es.

—No sé, pero si se ha separado de tu padre y de ti…

—¿Y tú eres anarquista? El párroco de la iglesia diría lo mismo que tú. ¿Todos los gallegos sois así, protestantes en la calle y papistas en casa?

Atendiendo a la llamada de su padre, Paz acude a regar la pierna de puerco con zumo de naranja amarga, dejando solo a Francisco Ascaso.

Durruti se acerca a él.

—¿Qué tal?

—Con cara de tonto. ¿Tú me ves papista?

—¿Matarías ahora mismo al papa Pío XI si lo tuvieras delante?

—No.

—Entonces un poco papista sí eres.

—Es la primera vez que te veo hacer una broma.

—¿Y…?

—Que quizá sería mejor que no bebieras más cerveza.

—Tú estás enfadado porque la hija de Jonás no te ha hecho caso.

* * *

Como lo hizo antes López Mahón, Wenceslao Herrera llega a la cárcel de Oviedo. Valenzuela ha decidido apretar una vez más a Torres Escartín antes de su juicio. En realidad, le da igual lo que cuente; no cree que sepa nada que le ayude a obtener lo que desea: cazar a Ascaso y a Durruti. Pero no quiere que se escape del garrote vil que conseguirá para él si es condenado por el asesinato de Soldevila y por el robo del Banco de España en Gijón. Quiere una declaración autoinculpatoria del anarquista oscense.

Los funcionarios de la prisión ovetense no tienen ninguna duda de la locura de Escartín. Cuando ven llegar a un nuevo interrogador enviado de fuera, intentan protegerle.

—Es inútil, no dirá nada, no tiene nada que decir.

—He interrogado a rifeños que empezaban sin saber hablar castellano y acababan que ni Cervantes.

Su trato con la gente es seco y áspero, todo lo contrario que el de López Mahón, su predecesor en el cargo. Ni bromas, ni saludos, nada. Cuando llega a la Modelo, pide que le suban a Escartín a una sala habilitada para interrogar y se encierra con él.

—Se te va a acabar la locura. Yo termino con las enfermedades mentales, los olvidos y los complejos de la misma manera, a hostias.

Después de varios días del tratamiento de Herrera, Ernesto Valenzuela recibe un informe con las mismas conclusiones a las que llegó López Mahón en su día: a Escartín no le sacarán nada. La

diferencia es el estado en el que ha quedado el preso. Hasta la llegada de Wenceslao Herrera a Oviedo, Escartín llevaba una vida aparentemente normal: no hablaba de su pasado anarquista pero era capaz de entenderse con los demás para las cosas del día a día. Después de la marcha del torturador se ha sumido en la inmovilidad y la incomunicación. Tienen que lavarlo y darle de comer, no se vale por sí mismo y los médicos dudan que vaya a recuperarse nunca.

Valenzuela no siente el menor remordimiento. Hay cosas de la vida que las personas escogen libremente. Ser terrorista, pertenecer a los Solidarios, es una de ellas. Esa opción no se puede elegir sin todo lo que la acompaña; la represión y la tortura van unidas a ella. Él no es responsable; el mismo Herrera, aunque sea el ejecutor del destino, tampoco: sólo el propio Escartín es causante de su situación. El ministro Anido se ríe de su teoría, pero a Valenzuela no le afecta.

—Creo en el individuo, en su capacidad de decidir.

—A ti lo que te gusta es joder a esos canallas y haces muy bien, claro que sí.

La vida de los Valenzuela en Madrid ha mejorado mucho: viven en un buen piso en la calle Hortaleza, tienen una mujer que se encarga de la limpieza de la casa, disponen de un coche con conductor del ministerio… Pero lo más importante es que Rosa no ha vuelto a sentirse vigilada por hombres morenos, mal afeitados, de mirada turbia.

La esposa del policía acostumbra a salir de paseo todos los días que hace buen tiempo con su hija, que ha cumplido cinco años, al Paseo de Recoletos. Cuando su marido está en Madrid —últimamente viaja menos— se encuentra con ellas durante el recorrido, toman una horchata en alguno de los puestos donde la venden o, cuando hace más frío, un chocolate en el Café de Gijón, y vuelven juntos a casa para cenar. Otras tardes, como ésta, Ernesto tiene trabajo y no puede unirse a su mujer y a su hija.

Rosa no es una mujer que haga amigos con facilidad pero ha conectado bien con otra mujer a la que se encuentra casi todas las tardes, Fátima Martínez de la Rada, la esposa de un capitán del

ejército que vive en la calle Tamayo y Baus, cerca de la suya. Fátima es madre de un niño de la misma edad que Rosita. Los niños juegan y ellas se quedan charlando, intercambiando recetas, simplemente comentando el tiempo o las obras de teatro que se estrenan en Madrid. Hay días en que Rosa espera con ganas encontrarse con su única amiga; su marido Ernesto las quiere mucho a ella y a la hija de ambos pero es incapaz de hablar de algo que no sea política, anarquistas o terrorismo. Con Fátima es distinto.

Está describiéndole los vestidos que llevaban algunas invitadas, esposas de militares como ella, en la boda de un coronel —un escándalo, se casa en segundas nupcias con la hermana pequeña de su primera esposa—, cuando Rosa pierde de vista a su hija. La niña corre detrás de un globo sin percatarse de que un coche, un Studebaker Touring rojo, matrícula M-14.915, se acerca a mayor velocidad de la debida. El conductor frena en seco pero no puede evitar atropellar a la niña. Todos los presentes salen corriendo en su auxilio. En el mismo coche que la ha atropellado se llevan a madre e hija camino del Hospital del Niño Jesús, que está al otro lado del Retiro.

La noticia tarda una hora en llegar a Valenzuela, le informan durante una reunión con Anido y Arlegui en el despacho del primero. Un coche de la policía le lleva, con las sirenas puestas, al hospital. Al llegar se entera de que Rosita está en buen estado: sólo ha sufrido una fractura en la pierna izquierda y los cirujanos se la están reduciendo.

Rosa está en una habitación acompañada por una enfermera cuando él entra. Pide que les dejen solos.

—No has sabido cuidar a mi hija.

Rosa se asusta. Esperaba ser consolada pero no parece ser ése el objetivo de su marido.

—Me distraje un momento, sólo dejé de mirarla unos segundos…

No puede seguir dando explicaciones. Valenzuela le cruza la cara con el dorso de la mano. Cae sobre la cama.

—Sólo tienes una puta cosa que hacer, cuidar de mi hija.

La levanta tirándole del pelo para volver a empujarla, esta vez al suelo. Allí le da una patada.

—Y ni esa mierda sabes hacer.

Rosa llora aterrorizada; nunca había visto así a su marido. La frente le empieza a sangrar.

—Lo siento, la perdí de vista.

Ernesto sale de la habitación y busca al guardia que ha tomado nota de la matrícula y de la dirección del hombre que ha atropellado a su hija.

—Antonio Uriel Patino, reside en la calle de Alberto Aguilera. Según han declarado los testigos, circulaba a una velocidad indebida.

Valenzuela espera a que los médicos le permitan ver a Rosita. Después de dar un beso a su hija, sale a la calle. En el mismo coche de la policía que le ha llevado al hospital se desplaza hasta la calle Alberto Aguilera, la que hasta hace poco se llamaba Paseo de los Areneros. Cerca de la esquina con la calle Vallehermoso está el número que busca. Llama a la puerta del primer piso. Tras abrirle la empleada, sale a recibirle un hombre de unos cincuenta años, calvo, con bigote.

—¿Señor Uriel Patino?

—Soy yo.

—Ha atropellado a mi hija.

—¿Es usted el padre de Rosa? Fue un accidente. Me haré cargo de todos los gastos.

Para sorpresa de su interlocutor, que calla aterrorizado, Valenzuela saca su pistola.

—Le ha roto la pierna. Eso duele…

Le dispara a la rodilla. Uriel da un grito de dolor.

—¿Ve cómo duele?

Con el hombre en el suelo, Valenzuela dispara en la otra rodilla.

—Si vuelve a conducir, tenga más cuidado.

Algunos vecinos y la familia del herido salen a ver qué pasa pero nadie se atreve a retener a Valenzuela.

Vuelve al Hospital del Niño Jesús para acompañar a su hija y atenderla durante la noche. No se separa de su lado. Rosa, su esposa, a la que le han tenido que dar unos puntos en la herida de la ceja, se ha negado a hablar con él.

—No te preocupes, hija, que papá no dejará que te hagan daño.

* * *

Paz Vidal, acompañada por Gloria e Irene, pasea también por el Paseo del Prado, una costumbre muy habanera para la mañana de los domingos. Ascaso, solo en esta ocasión porque Durruti ha decidido quedarse a descargar un barco americano recién llegado, se acerca a ellas.

—Buenos días.

Nunca soportará las risitas de las amigas en esas situaciones. Son anarquistas, predican la igualdad, la emancipación de la mujer y el amor libre, ¿a qué vienen esas tonterías de folletín?

—Buenos días. No sé por qué pero esperaba que usted apareciera; hasta lo he comentado con mis amigas.

—Si te resulta molesto…

—No, en absoluto. ¿Ha ido a misa?

—¿Podrías hablarme de tú y dejarte de ironías?

—No te enfades. ¿Mejor así?

—Mejor.

—Precisamente estaba a punto de quedarme sola. Mis amigas han decidido ir en dirección completamente opuesta a la que nosotros tomemos, sea la que sea… ¿Me acompañas a dar el paseo?

Ascaso sonríe. Las amigas, tras despedirse de ellos, se marchan. Se quedan los dos solos.

—¿Y Buenaventura? Se me hace raro veros separados.

—¿Vuelta a las ironías?

—No, pero compórtate, deberías llevarme del brazo. ¿No te apetece una granizada?

Ascaso invita a Paz a una granizada de mango, pasea con ella, escucha la música, saluda levantando el sombrero a los conocidos con los que ella se cruza… Le cuenta que trabajó de camarero en los mejores lugares de Barcelona y de panadero en su infancia en el pueblo. Prácticamente se olvida de que su compañero Durruti descarga un barco en el muelle.

Hay muchas cosas en las que ambos no están de acuerdo. Paz no

entiende ese anarquismo de bombas que ellos predican; a ellos les parece burgués el anarquismo de vegetarianismo, playas y estudio en el que ellos viven. Y, sin embargo, el objetivo es el mismo. Tendrán muchos temas de los que hablar durante el paseo.

Hay pocos trabajos más duros que el de estibador. Para las cargas más importantes se usan grandes poleas, pero hay muchas otras que se tienen que bajar del barco a base de esfuerzo físico. El puerto de La Habana recibe muchos cargueros; es uno de los mayores centros comerciales de la zona y hay que dar de comer a los cerca de seiscientos mil vecinos que tiene la ciudad.

Durruti, junto con media docena de compañeros más, está descargando un barco que llega de Estados Unidos. En sus bodegas hay grandes sacos con trigo que hay que bajar por una estrecha pasarela. A primera hora de la mañana se fijó en los gestos de dolor de su amigo Leandro, un cubano de ascendencia africana. Es un hombre más alto que Buenaventura, muy fuerte, casado con una mujer blanca; tienen un hijo pequeño que en nada ha salido a ella, es casi tan negro como su padre. Leandro y Durruti suelen ser requeridos juntos en algunos trabajos. Entre los dos son capaces de levantar grandes pesos, pero esta mañana el cubano parece sufrir algún mal. Cuando Durruti le preguntó, Leandro le quitó importancia al asunto, apenas una pequeña contractura en la espalda producida la tarde anterior al levantar un saco. Después, Buenaventura ha seguido pendiente de él y ha visto que los gestos de dolor al cargar no remitían.

—Leandro, a lo mejor debes dejarlo por hoy y descansar.

—No te preocupes, gallego, estoy bien.

—Puede ir a peor…

En una de las bajadas por la pasarela, Leandro deja caer el saco que carga. Tiene la mala suerte de que golpea contra el borde del muelle y va a parar al agua. Uno de los encargados de la mercancía se acerca y grita en inglés, ininteligible para ellos, en la cara del estibador. A la vez, agita amenazadoramente una fusta.

Durruti deja su saco y sube por la pasarela, se limita a quitar la fusta de las manos del americano y a tirarla al agua ante sus ojos

atónitos.

—Esto vamos a quitarlo de la vista, que a mis compañeros negros les trae malos recuerdos.

Ignorando los gritos del encargado, ayuda a Leandro a bajar. La lesión ha empeorado con el esfuerzo y ahora apenas se puede mover.

—¿Tú entiendes a este imbécil?

—Te está mentando a tu madre, seguro.

—No me gusta nada el tono que usa.

Durruti se encara con él. Le habla despacio, para que le entienda en caso de que sepa algo de castellano.

—Voy a acompañar a mi amigo a su casa. Te puede parecer bien o mal. Cualquiera de las dos opciones me trae absolutamente sin cuidado.

Apoyándolo sobre sus hombros, casi cargando con él, Durruti se aleja en compañía de Leandro. En su casa se entera del motivo por el que su compañero no quería dejar el trabajo: su mujer yace enferma. El hijo de ambos juega solo en la pequeña sala.

—El médico le ha mandado unas medicinas y no tenemos dinero para comprarlas. Necesitaba lo que nos pagaban por descargar ese barco.

—No te preocupes, en unas horas te traigo la medicina.

El poco dinero que él y Ascaso guardan no es suficiente para ayudar a Leandro. Durruti vuelve al muelle para pedir ayuda al resto de sus compañeros: cada uno colabora con algunas monedas. Todo va bien hasta que el capataz americano le ve. Ha conseguido otra fusta y la vuelve a agitar, esta vez delante de la cara de Durruti, mientras sigue con sus gritos en inglés.

Al leonés no le cuesta nada subir al capataz sobre su cabeza y tirarlo al mar desde la cubierta del barco. Sus gritos no se diferencian mucho de los que daba antes de remojarse.

Ascaso vuelve feliz a casa de Jaime Almada, en la que aún se alojan, tras el largo paseo con Paz, le ha arrancado la promesa de verse otra vez la próxima semana. Le extraña encontrar a Buenaventura.

—¿Habéis acabado de descargar el barco?

—Es posible que tengamos algún problema a partir de ahora en el puerto de La Habana… Quizá deberíamos viajar.

* * *

Severiano Martínez Anido era muy colérico en su juventud. Con los años ha ido apaciguando su carácter, pero es temible cuando tiene uno de sus arranques.

—Joder, ¿no pudiste enterarte de quién era antes de pegarle dos tiros en las rodillas?

—Atropelló a mi hija.

—Pues le denuncias, me lo dices a mí, lo que te salga de los cojones… Todo menos presentarte en casa del primo de un ministro y pegarle un tiro en cada rodilla.

Valenzuela no sabía que Antonio Uriel Patino fuese primo de un ministro. Imaginaba que tendría dinero —la casa era bonita y un Studebaker no estaba al alcance de cualquiera—, pero no pensó que además tuviera poder. De saberlo tampoco habría cambiado su reacción: los tiros se los hubiera llevado igual, sólo que él estaría más preparado para las consecuencias.

—¿Sabes quién me ha llamado? Miguel Primo de Rivera, personalmente, sin intermediarios. Y me ha pedido tu cabeza. ¿Sabes qué pasa cuando Primo de Rivera pide la cabeza de alguien? Que se la cortas y se la pones en una bandeja, como la de Salomé.

No es momento de puntualizar: a Salomé nadie le cortaba la cabeza, era ella la que pedía la de san Juan el Bautista, tonterías… Sabe que es una puesta en escena de Anido para decirle que al final le ha salvado y hacerle prometer lealtad hasta la muerte.

—Por fortuna, he podido hacerle entrar en razón. Le he hablado de tu hoja de servicios, de tu eficacia, de tu lealtad. Te has salvado de milagro.

—Gracias, mi general.

—Pero es la última. Ni una más. ¿Qué tal tu hija?

—Volvió esta mañana a casa. Debe llevar la pierna inmovilizada durante un mes y no me aseguran que quede perfecta.

Al salir del ministerio de Gobernación, Valenzuela tiene que visitar

otro hospital. Esta vez no es el de su hija, es uno de beneficencia en el que atienden a los presos de la cárcel Modelo, el Hospital de la Princesa, en la calle San Bernardo esquina Alberto Aguilera, muy cerca de donde vive el conductor que atropelló a Rosita. Allí ha sido operado de cataratas su padre.

Cuando entra en la sala, en la que hay más de una docena de enfermos, nota ese olor característico a muerte y miseria que tanto le desagrada. En la cuarta cama, empezando a contar desde la puerta, está Laureano, entre otros tan miserables como él. Tiene los ojos vendados. Antes de saludarle se queda observándolo. Está viejo, mucho más de lo que debería estarlo por su edad.

—Hola, ¿cómo estás?

—Ah, hola, no sabía si vendrías.

—El médico me ha dicho que la operación ha ido bien.

—Sí, me quitan mañana las vendas. Estoy deseando poder leer otra vez.

Ernesto calla, observa a su padre hasta que éste se pone nervioso.

—¿Sigues ahí?

—Rosita tiene una pierna rota. Un hijo de puta la atropelló con un coche.

—¿Está bien?

—Es sólo la pierna. Está en casa.

—Lo siento… Dicen que ahora hay muchos coches. Cuando entré en la cárcel apenas había.

—Muchos, demasiados.

—Es el progreso.

—Un día no cabrán. El progreso consistirá en que no podamos vivir en las ciudades, en que los coches no puedan moverse ni adelante ni atrás.

La visita no es muy larga. Coge el tranvía hasta la glorieta de Alonso Martínez y de allí va caminando a casa. Rosa y Rosita están en la sala. Su mujer no habla con él desde el día del atropello de su hija. No ha vuelto a pegarla y a Valenzuela le empieza a irritar su actitud. Le lleva de regalo un pañuelo; a Rosita le da una muñeca que ha mandado hacer con la pierna escayolada, como ella.

Rosa recibe el regalo sin interés; sin dar las gracias, lo deja a un lado. Ernesto Valenzuela coge enfadado el pañuelo, se lo ata al cuello y hace un nudo, como si fuera a estrangularla con él.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Cada vez aprieta más.

—Me haces daño… Me vas a ahogar.

No la suelta, aprieta… Hasta que la libera.

—Si quisiera en mi casa a una criada silenciosa, la contrataría. Si quieres seguir viviendo aquí, compórtate como una esposa.

Rosita sí agradece su regalo. Se ríe con su padre viendo la pierna rota de la muñeca, inmovilizada como la suya; le ponen de nombre Violeta.

Por la noche, Valenzuela obliga a Rosa a portarse como él cree que debe hacerlo una esposa.

* * *

Tras la abolición de la esclavitud, gran parte de los antiguos trabajadores cautivos de los ingenios azucareros cubanos se marcharon a las ciudades y abandonaron la dura vida dedicada a la caña de azúcar. Pocos años después, el precio del producto bajó drásticamente en el mercado mundial y los ingenios dejaron de ser la base de la economía cubana en favor del tabaco y el café. Aun así, queda mucho cultivo de caña —de ella no sólo se saca el azúcar, también el ron—, que da trabajo a miles de trabajadores. Se empieza a recoger a principios de febrero y no se termina hasta el mes de junio. En esa época se importan temporeros desde Jamaica o Haití; también se ha autorizado la llegada de chinos para la cosecha. Ascaso y Durruti son los únicos trabajadores blancos de la hacienda Santa Apolonia, situada en el Paradero de Camarones, cerca de Palmira, en la provincia de Santa Clara.

Para recoger la caña, hay que quemar antes la zona donde se vaya a trabajar; así se limpia el tallo de las hojas sobrantes, se aumenta la producción de los trabajadores y se elimina el riesgo de que haya serpientes y avispas. La temperatura que se alcanza es altísima, aunque el fuego se apaga muy rápidamente y no afecta al azúcar. Los

trabajadores deben entrar en ese campo recién quemado y segar con el machete muy afilado a la altura del suelo para después cortar el cogollo, que se usa de alimento para la ganadería. Las cañas llegan a medir tres metros y el calor acumulado entre ellas cuando se entra a cortar es insoportable. En pocos minutos, los dos españoles quedan tan tiznados que nadie los distinguiría de los trabajadores haitianos.

Por la noche, en el batey, la casa común donde duermen los trabajadores, el cansancio es tal que Ascaso ni siquiera es capaz de lamentar haber salido de La Habana sin tiempo para avisar a Paz Vidal. El americano que tuvo el encuentro con Durruti puso tras ellos a la policía y se vieron obligados a huir de la capital aconsejados por Almada.

La intención es estar sólo tres o cuatro semanas en la hacienda para después llegar a Santiago de Cuba, en el sudeste de la isla, tal vez dar un golpe y pasar a Haití o a Santo Domingo. Bajo ningún concepto deben meterse en problemas en Santa Apolonia.

No sólo son los únicos blancos, también son casi los únicos ocupantes del batey que hablan castellano. Los haitianos apenas dicen nada —entre ellos se entienden en creole—, los chinos tampoco. Las dos comunidades viven ajenas la una a la otra: sólo ellos hacen de nexo.

Hay revuelta entre los haitianos por un problema con el pago de la caña cortada. No lo entienden muy bien, pero es algo que tiene que ver con la cotización del azúcar en los mercados. A todos les han contratado por una cantidad, ahora el precio del azúcar ha bajado unos céntimos y el patrón quiere repercutírselos a los trabajadores.

Ascaso y Durruti siguen sus conversaciones, usando su francés para descifrar lo que dicen en creole. Hay una palabra que se repite y que conocen bien: *grève*, huelga. Problemas, aquello de lo que venían huyendo.

—Si esta gente se pone en huelga, tenemos que estar con ellos.

—Sí, claro…

—Nosotros estamos unos días y nos da igual ganar unos pesos más o unos pesos menos; para ellos es la comida de sus familias.

—Sí, si estoy de acuerdo. Lo que no sé es cómo nos las apañamos

para no salir de un lío y meternos en otro.

Cuando al día siguiente los trabajadores haitianos se niegan a usar los machetes para cortar la caña, los capataces mandan llamar a Eusebio Marrero, el propietario de la hacienda. Los chinos quieren trabajar, pero los haitianos lo impiden con amenazas. El dueño llega a caballo, acompañado de un administrador, un canario apellidado Huestes, y seis hombres armados. Marrero es un hombre corpulento, moreno, de cerca de cuarenta años; tiene más aspecto de mexicano que de cubano por su enorme bigote.

—¿Quién sabe el idioma?

Uno de los haitianos da un paso al frente.

—Yo, señor.

—Tradúceles a los demás.

Habla con ellos sin bajarse del caballo.

—Son las once de la mañana. Hemos perdido cinco horas de trabajo. Eso quiere decir que os vais a poner a cortar caña ahora mismo y que no vais a cobrar el jornal de hoy. ¿Algún problema?

Tras escuchar la traducción, uno de los haitianos levanta la voz; habla creole. Marrero no da tiempo a que le traduzcan: encamina hacia él su caballo y le cruza la cara con la fusta.

—¿Alguien más tiene un problema?

Ascaso y Durruti se miran sorprendidos. No pueden evitar intervenir. Durruti da un paso adelante.

—No tiene derecho a hacer esto.

Marrero mira sorprendido a Huestes.

—Los gallegos de los que le hablé, señor.

Durruti no se arredra cuando Marrero llega hasta él a lomos de su caballo.

—¿A qué no tengo derecho?

—A pegarle, a hacernos trabajar gratis, a bajar los sueldos pactados.

Marrero gira la cabeza hacia los suyos.

—¿Hemos contratado a un comunista?

Se vuelve para pegar con la fusta a Durruti, tal como le ha hecho al haitiano, pero el leonés, astuto, esquiva la fusta y le agarra el brazo. Tira fuerte. Marrero cae aparatosamente del caballo.

Varios hombres se abalanzan sobre Durruti. Ascaso se une a él, pero los capataces de Marrero son muchos y van armados. Otros mantienen a raya a los haitianos apuntándoles con las pistolas. Los chinos no se inmutan, como si la trifulca no fuera con ellos.

La pelea, pese a la fuerza de Durruti, es desigual; cuando acaba, Ascaso está seriamente magullado. Buenaventura está peor, ha recibido una cuchillada en un costado y ha quedado tendido en el suelo.

Marrero, montado otra vez en su caballo, se marcha con Huestes. Los chinos se disponen a cortar caña como si fuera un día normal y no hubiera pasado nada. El resto de los hombres de Marrero se queda allí, obligando a trabajar a los haitianos a base de latigazos. Hombres blancos obligando a trabajar a hombres negros, como si la esclavitud aún no hubiera terminado.

Trasladan a Durruti, herido, hasta el batey; uno de los haitianos lleva unas hierbas con las que tapan la cuchillada del costado del leonés después de lavarla.

—Tenemos que trasladarte a un hospital.

—Deja, seguro que lo que me han puesto es mejor que lo que haga cualquier médico.

—Y hay que salir de esta hacienda.

—En cuanto pueda andar.

Durante algunas horas, a Durruti le sube la fiebre hasta el punto de desvariar; pide que cesen las olas que baten contra el muro de la prisión. Se refiere a la cárcel de San Sebastián; Ascaso se lo ha escuchado contar alguna vez. El haitiano que le llevó las hierbas prepara una especie de tisana que le hace beber y que aparentemente le calma.

Antes de caer la noche, entra en el batey Huestes, el canario.

—Al amanecer tenéis que estar fuera de la hacienda.

—¿No te da vergüenza?

—Si no estáis fuera, mandaré que os maten.

—Te has equivocado de equipo. No vuelvas a dormir tranquilo, Huestes.

* * *

Ramiro Alfil pasó tres días encerrado en los calabozos de la Puerta del Sol, pidiendo ver a Valenzuela, antes de convencerse de que no tenía nada que hacer. Ha sido traicionado por el policía. De nada vale lo que le ha contado, haberle entregado los mil fusiles escondidos en el Poble Nou, haberle ayudado en la redada en la que se detuvo a casi todos los Solidarios que quedaban en España… Debería haberlo imaginado; al principio, estaba completamente seguro de que Valenzuela no era de fiar, pero con el tiempo llegó a pensar que tal vez se equivocaba, que el policía le pagaba por cada información que le llevaba y que el acuerdo sería provechoso para ambos.

De Madrid le llevaron a Burgos, con una condena de tres años de cárcel sin haber tenido juicio. El día antes de salir, sí que recibió la visita de Valenzuela.

—Tres años. Durante ese tiempo nos informas de lo que se cuece dentro de la cárcel, después estás libre. Si no, hacemos que se sepa que eres el soplón que teníamos dentro.

Le estaba engañando de nuevo, pero no tenía más remedio que aceptar. Se prometió a sí mismo que haría todo lo posible para que no le descubrieran y que, si de verdad le dejaban en libertad, mataría a Valenzuela.

Cuando llegó a la cárcel de Burgos, García Oliver estaba en la enfermería. El día anterior había recibido una somanta de palos. Los presos la llaman «el pasillo», y se supone que es un castigo por mal comportamiento.

Alfil fue bien recibido por los compañeros anarquistas, no así por García Oliver cuando éste regresó a la celda. Alfil notó que sospechaba de él aunque no dijera nada. Si quería sobrevivir los tres años que debía pasar allí, tendría que ganarse otra vez su confianza.

La primera vez que Alfil entró en contacto con Valenzuela, le advirtió de la situación: necesitaba demostrar que estaba en el lado de los presos, no en el de los funcionarios. Dos horas después, fue apartado de los demás en el patio. No supo el motivo, pero le hicieron pasar por el famoso pasillo.

Lo atravesó entre varazos, tropezó con el pie de uno de los funcionarios y cayó. Se llevó más golpes en el suelo. No sabía por qué le aplicaban el castigo; estaba convencido de no haber incumplido ninguna norma.

Ahora, mientras se recupera de los golpes en la enfermería, se da cuenta: es la forma de Valenzuela de demostrar a los anarquistas que Alfil no tiene trato de favor. Serán así los tres años que pase dentro, el más castigado de todos. En esas circunstancias es mejor faltar a su promesa de venganza contra el policía; no merece la pena sobrevivir a la condena.

Alfil corta las sábanas de la cama en tiras y las trenza para formar una especie de soga; espera que sea lo bastante resistente. Uno de los extremos lo ata en los barrotes de una ventana, con el otro hace un nudo alrededor de su cuello. Desde la silla a la que se ha subido, salta lo más alto que puede. Su intención es que el golpe sea muy violento para no morir ahogado sino por rotura de cuello. Lo consigue.

Todos los presos anarquistas, excepto García Oliver, asisten a su entierro sin saber que se trataba de un traidor.

Valenzuela recibe la noticia en su despacho. Saca la carpeta de Alfil de un cajón del archivador y la tira a la papelera. No es una gran pérdida, apenas le proporcionaba información últimamente. Sólo le recordará cuando viaje en metro; al fin y al cabo, la primera vez que lo hizo fue para verle.

* * *

Los cuidados de Ascaso y del haitiano no impiden que Durruti vuelva a tener una importante subida de fiebre al principio de la noche. Retornan sus delirios, una vez más sobre el sonido de las olas. Ni siquiera las tisanas, que le ayudaban por la tarde, le hacen efecto. Suda copiosamente y tienen que aplicarle trapos mojados en agua fría, lo único que tienen.

Ascaso no se mueve de su lado hasta que se duerme. Los haitianos están preparando una especie de camilla para trasladar a Durruti antes del amanecer. Antes de que se cumpla el plazo marcado por Huestes.

Muestran a Ascaso una choza oculta en una zona de vegetación. Allí

se esconderán hasta que su compañero sea capaz de moverse por sí mismo. Han llevado agua y alimentos, fruta y yuca, para que puedan mantenerse unos días. Le han preparado también el emplasto que le debe poner en la herida a Durruti y la hierba con la que debe preparar la tisana cuando le suba la fiebre.

Por suerte la noche es clara y los haitianos le ayudan a llegar hasta la choza cargando con la camilla. Se esmeran en ocultar las señales de su paso para que los hombres de Marrero no los descubran.

Durante los días siguientes Ascaso cuida de Durruti, que poco a poco va mejorando. Todas las noches sale de la choza sin decir adónde va. Deja solo a su compañero cuando se duerme y no vuelve hasta que amanece.

El quinto día, Durruti es capaz de caminar, aunque sea despacio y con cuidado. Esa noche, Ascaso vuelve a salir; lleva el machete con el que corta caña bien afilado.

Ha estado estudiando la casa grande de la hacienda. Sabe perfectamente dónde duerme cada uno de los ocupantes y sus costumbres. A las ocho se cena; a las nueve, Marrero, su esposa y Huestes beben una copa de jerez en una salita junto al comedor. A las diez, la esposa de Marrero se va a la cama. Huestes y él se quedan media hora más en la sala fumando sus cigarros. Después Huestes se retira; su habitación está en la casa del patrón.

Día sí, día no, Marrero vuelve a salir, a solas. Va a ver a su amante, una negra muy guapa y joven, casi una niña, que se aloja en una pequeña casa cercana a la principal; en el camino suele encontrarse con alguno de sus hombres que no se ha retirado a dormir. Dos niños mulatos, probablemente hijos del propietario de la hacienda, viven con otra mujer en la casa contigua a la de su amante; sin duda es la predecesora de la actual. Está con la joven mulata el tiempo que tarda en tener relaciones sexuales con ella. Después, sobre la medianoche, vuelve a la casa grande a dormir.

Ése es el momento. Las hogueras están apagadas, sólo quedan rescoldos, y Marrero recorre en la oscuridad los sesenta o setenta metros que separan las casas. Allí será donde vuelva a ver a Ascaso.

Marrero apenas se entera de nada. Sólo de que el español, el amigo

del que le derribó del caballo, aparece ante él en medio de la noche. No le da tiempo a sacar su revólver; el machete que blande su oponente va directo a su cuello. Muere casi de inmediato. Ascaso lleva una especie de brocha que ha confeccionado con hojas de árbol en los muchos ratos libres de los últimos días. Con la misma sangre del muerto, escribe en la pared más cercana:

LA JUSTICIA DE LOS ERRANTES

Arrastra el cadáver de Marrero hasta colocarlo debajo de la pintada. Observa su obra a unos metros de distancia: sería una bonita fotografía si a alguien se le ocurriera sacarla.

Le hubiera gustado vengarse también de Huestes, por lo menos amenazarlo para que el canario supiera que se acaba el paraíso que ha creído encontrar en Cuba. Sólo un pensamiento le consuela: la vida es larga y sus giros, inesperados. Quizá tenga la oportunidad de encontrarse de nuevo con él.

Vuelve a desaparecer entre la vegetación y llega a la cabaña. Despierta a Durruti.

—Buenaventura, tenemos que marcharnos.

—¿Qué pasa?

—Venga, deprisa, no podemos seguir aquí ni un minuto más.

* * *

Desde que se peleó con su esposa, Ernesto Valenzuela visita una vez por semana un piso del principio de la calle Barbieri. Normalmente los miércoles, al salir del ministerio. Camino de casa, desde Sol, sube por Montera hasta la red de San Luis y coge Hortaleza, la misma ruta que cualquier otro día, pero al llegar a la calle de las Infantas, dobla la esquina y baja hasta Barbieri. Entra en un portal y sube al segundo piso. Siempre pide que le acompañe la misma chica, Nieves, una malagueña metida en carnes que le espera desnuda en la habitación. Tarda una hora, tiempo suficiente para tener trato carnal con ella, beber una copa de champán, charlar un rato…

Antes de decidirse por este piso, probó otros de los muchos que hay

en Madrid. Los baratos de la calle Cruz Verde no le ofrecieron confianza; los de la calle Abades, de precio mediano, fueron su primer destino, pero podía pagar algo mejor; así que pasó a los caros, los de la calle San Marcos, el que frecuenta ahora… También ha ido a los más lujosos, los de los altos de la calle Alcalá y el chalé que hace semiesquina entre la calle de las Naciones y Alcántara, el Villa Angelita. De vez en cuando acude, en la calle de la Madera, a los pisos de las gabachas, los preferidos de sus compañeros. Las francesas hacen sexo oral, algo que las prostitutas españolas se niegan a practicar, de ahí su éxito.

Desde la noche del atropello de Rosita, Rosa se niega a estar con él de buena gana. La ha obligado algunas veces —al fin y al cabo ella es su esposa y tiene derecho—, pero para hacerlo tiene que volver a usar la fuerza y eso le supone más días de malas caras. No es que a él le importe, pero nota que afectan a su hija.

Con Nieves es distinto: nada de reproches, sólo diversión. Además, ha descubierto la forma de que sea más complaciente con él que con el resto de los clientes: el portero negro del Maxim's, un bar americano de la calle de Alcalá que está al lado del Casino, vende unos frasquitos de cristal marrón que contienen un gramo de cocaína traída de Francia. Cuando la consume, Nieves es más apasionada que cualquier mujer que haya conocido. Seguro que mucho más que las que frecuentan Anido y Primo de Rivera, de las que tanto presume su jefe en las noches de juerga del Villa Rosa de la Plaza de Santa Ana.

Nieves sale desnuda a despedir a Ernesto hasta la puerta de la calle, como a él le gusta. Es imposible cruzarse con cualquier otro cliente: madame Miriam, la encargada, se ocupa de que no haya encuentros indiscretos. Valenzuela paga al entrar, pero siempre tiene un regalo para la chica que no le da hasta la salida: una cadena de oro, un broche, un anillo. Proceden de incautaciones de la policía, otra partida de dinero que se reparte con sus jefes para asegurarse el futuro.

Los días que él visita a su padre en la Modelo y los que visita a Nieves en Barbieri son los preferidos de Rosa cada semana. Le da igual adónde vaya su marido mientras esté fuera de casa. Ha pensado

mucho en la situación y sólo hay una forma de volver a estar bien y, a la vez, destrozar a Ernesto Valenzuela: desaparecer con su hija.

No puede contar con nadie. Si huye a Navarra, a casa de su familia, su marido no tardará en encontrarla y es capaz de matarla. Tampoco sus padres y hermanos deben conocer su escondite porque él les obligaría a delatarla. Tiene el dinero del banco, el de los sobornos y el de la venta de las armas. Cuando abrieron la cuenta, su marido dio la orden en el banco de que le entregaran el dinero a su esposa si ella lo pedía, en previsión de que algún día hiciera falta para Rosita. Ahora es el momento.

Está decidida a causarle el máximo daño imaginable. Sea como sea.

Quiere estar lo más lejos posible, para que él no la encuentre, para que no vuelva a ver a Rosita, lo único que él ama en el mundo.

* * *

Con la región de Santa Clara tomada por la Guardia Rural para encontrar a los asesinos de Eusebio Marrero, con Durruti aún convaleciente de la herida en el costado, y estando en un país que apenas conocen, los doscientos setenta kilómetros que separan Santa Clara de La Habana se les antojan tan difíciles y costosos como los cerca de siete mil quinientos que los separan de España.

Sólo tienen ocasión de leer un periódico, uno que encuentran tirado en el suelo. Nada menos que seis cadáveres han aparecido con el mismo letrero que escribió Ascaso: LA JUSTICIA DE LOS ERRANTES.

—Ha tenido éxito tu frase.

—Como no salgamos de Cuba, nos condenarán por todo, por lo que hemos hecho y por lo que no…

El periódico habla de una pareja de anarquistas españoles descontrolada que recorre el país de un lado a otro matando a los propietarios de los ingenios. Los grandes propietarios se están blindando en sus haciendas, piden que se garantice su seguridad y que se prohíban las organizaciones libertarias. Hay registros, detenciones de personas que supuestamente les han ayudado, represión de la policía…

—Es imposible, no pueden pensar que hemos sido nosotros; ni en

avión te puedes mover tan rápido.

—Y mira esta foto. Han escrito «Herrantes», con hache.

—Te digo lo mismo, como nos pillen, les darán igual la ortografía y la gramática. Nos lo vamos a comer todo.

Caminando de noche o subidos en la caja de algún tractor que les ayude a hacer unos cuantos kilómetros, contando con la suerte de su lado, diez días después de la muerte de Marrero entran de nuevo en La Habana.

Jaime Almada, el dueño de la casa en la que vivían, les echa nada más verlos.

—Me han detenido para interrogarme, han registrado mi casa, he perdido mi trabajo en el teatro… Debería entregaros a la policía.

La primera noche la pasan en casa de Leandro, el compañero estibador del puerto de La Habana, pero no pueden seguir con él, ponen en un grave peligro a su familia.

A Durruti se le ocurre pedir ayuda a Jonás Vidal. Tiene una casa amplia con jardín en la que podrán permanecer ocultos unos días, es un hombre respetado, les ayudaría a salir de la isla.

—No nos recibirá, nos echará; eso si no nos delata.

—Eso no lo haría nunca: es un hombre íntegro, es anarquista. Además, su hija no le dejaría…

Ascaso no pensaba volver a ver a Paz tras su salida precipitada de La Habana, y menos aún vivir en su casa, con ella al lado, unas semanas.

Durruti tiene razón: Jonás Vidal no les delata y los recibe en su casa. Su hija Paz se encarga de revisar su herida; estudia para enfermera.

—No sé qué tenían esas hierbas que te pusieron los haitianos pero no hay infección, ha cicatrizado perfectamente.

—Le dije a Francisco que sabían más que un médico.

Jonás está intentando, de momento sin éxito, conseguir pasaportes falsos. No es fácil para un hombre que no ha estado nunca metido en líos así y que además no cuenta con la ayuda de otros compañeros anarquistas. Sólo puede acudir a algún trabajador de la imprenta para falsificarlos pero tardará semanas.

—Los compañeros están en contra de lo que hicisteis. Después de años intentando demostrar que los anarquistas no somos unos asesinos, aparecen seis muertos en ingenios de la isla.

—Nosotros no fuimos, sólo matamos a uno y lo merecía.

—¿Y qué? Los periódicos dicen que fuisteis vosotros, ¿qué más da quién lo hiciera de verdad? Es un paso atrás para el anarquismo en Cuba.

—Los anarquistas cubanos habéis pensado más en ir a la playa que en la revolución.

Es difícil que Durruti escoja peor momento para las críticas a los compañeros cubanos. Si Jonás dejara de ayudarles nadie se extrañaría. Pero no lo hace; afortunadamente es capaz de ignorar las provocaciones.

Son muy pocos los momentos en los que Ascaso puede quedarse a solas con Paz. No hay tiempo para nada personal, ella también les reprocha la muerte de Marrero.

—¿No te arrepientes?

—No, ¿serviría de algo? En ese momento me pareció que era lo que debía hacer. Si pensáramos todo lo que hacemos, los pistoleros del Sindicato Libre nos estarían aún dando caza por las calles de Barcelona.

—Sabía que Durruti me diría algo así; pensé que tú eras distinto.

—En este tema, los dos pensamos casi igual; aunque uno parezca más decidido que el otro, en esto estamos de acuerdo. Muerto el perro, se acabó la rabia: Marrero nunca más tratará con un látigo a los trabajadores.

Muerto el perro, se acabó la rabia es lo mismo que Paz pensó la noche de la violación de Álvaro. Está de acuerdo aunque le dé pena reconocerlo.

La convivencia en tensión por el acoso policial no es fácil. Son muchos días, semanas, sin resultados.

—¿No hay ninguna otra forma de salir de esta isla?

* * *

Dos anarquistas españoles cometiendo asesinatos en Cuba, letreros con

la frase «la justicia de los errantes», huidas rocambolescas… Para Valenzuela, todo lo que lee tiene la firma de los Solidarios, por mucho que los dos terroristas que actúan por el Caribe quieran llamarse los Errantes. Martínez Anido está de acuerdo con él.

—Te dije que no habría que esperar mucho antes de que dieran señales de vida. ¿Están en manos de la policía?

—No, no los encuentran.

—Espero que no se les escapen.

—¿No crees que debería ir yo a Cuba a buscarlos?

A Valenzuela le cuesta convencer a Anido: es un viaje de casi dos semanas, muy caro, no es habitual que policías de un país viajen a otro para detener a dos asesinos, no conoce Cuba y no está claro que vaya a ser de mucha ayuda. De cualquier forma, consigue su autorización: dos días después, Valenzuela viajará en tren a Lisboa para embarcar rumbo a La Habana.

De haber sabido que su marido partía de viaje para estar varias semanas fuera, Rosa hubiera retrasado sus planes y habría tenido más tiempo para ocultar su rastro. A la misma hora que él está reunido en el despacho del ministro, ella y su hija suben en un tren con destino a Cádiz. El final de su viaje es en Santa Cruz de Tenerife; antes pasarán por Las Palmas. Espera que la bolsa llena de dinero que se oculta en una de sus maletas sea suficiente para vivir durante mucho tiempo, quizá para montar un comercio con el que mantenerse y no volver a saber de su marido nunca más.

En contra de sus costumbres, hoy jueves Valenzuela visita a Nieves en el piso de la calle Barbieri; ayer, como todos los miércoles, también estuvo con ella. Está temeroso de encontrarla ocupada; aunque sepa que es su trabajo y que recibe a varios clientes todos los días, sentiría celos. Tiene la fortuna de encontrarla libre. Le lleva un regalo especial de despedida, el más caro hasta la fecha: un broche con un diamante que confiscaron del alijo de un ladrón francés de guante blanco. Perteneció a la duquesa de Pimentel y le fue sustraído de su palacete de la calle de las Naciones, justo al lado de Villa Angelita, pero ella nunca sabrá que la policía lo recuperó.

Nieves le recibe desnuda y complaciente, como siempre. En honor a

que es su última vez antes de viajar a La Habana, está con ella dos horas, el doble de lo habitual.

No sabe que cada minuto que se demore en llegar a casa, Rosa y Rosita estarán más lejos.

Tarda en percatarse de su ausencia. Al principio, cuando entra en el piso, piensa que se han retrasado en el paseo, que han ido a comprar algo que han olvidado o a hacer cualquier otro recado. Al abrir el armario de la habitación para cambiarse, le alarma el desorden. Además, faltan vestidos y otras prendas de su esposa, las maletas han desaparecido del altillo del ropero. Corre al cuarto de la niña y se da cuenta de que ha desaparecido más de la mitad de su ropa. Busca en el salón, por si hubiera alguna nota, pero no encuentra nada.

La desesperación le impide pensar, no tiene ni idea de qué debe hacer. Se sienta con la mirada perdida y tarda en reaccionar. Volverá a la Puerta del Sol, hará que las busquen la policía, la Guardia Civil, quien sea…

* * *

La noticia de la detención de Jonás Vidal llega a la casa del barrio de Jesús del Monte minutos antes que la policía. Ascaso y Durruti consiguen huir; en contra de su opinión, les ha acompañado Paz.

—No pienso quedarme para que me lleven a mí también.

Se refugian en una vieja nave abandonada del puerto. Por la noche les llega la noticia de la muerte, «accidental» —un ataque al corazón —, del padre de Paz. Está desconsolada.

—No me creo lo del ataque al corazón. Me voy con vosotros; no quiero que me pase lo mismo.

Por la mañana, ponen en marcha la única idea que se les ha ocurrido para salir de la isla; es rocambolesca, pero no tienen más opciones.

Roban una barca en el puerto y reman hasta alejarse.

—Como salga mal, no conseguiremos volver.

—No hay motivo para que salga mal.

Han oído contar historias de tiburones que atacan pequeños botes, y aunque Paz diga que eso es imposible, no quieren alejarse en exceso

de la costa. Tardan casi cuatro horas hasta encontrar lo que buscan, un barco de pescadores, el *Virgen de la Caridad del Cobre*, faenando. Hacen señas pidiendo socorro para que el barco se acerque a ellos.

—Queríamos ver La Habana desde el mar pero hemos tenido problemas, la corriente nos ha arrastrado.

Desde el barco les ayudan a subir a cubierta. Una vez arriba, sacan sus pistolas.

—Lo sentimos, no queremos hacer daño a nadie… Necesitamos llegar a México.

5

México, primavera de 1925

Sólo ciento veinte millas marinas, algo más de doscientos kilómetros, separan Cuba de la península de Yucatán, en México. Cuando subieron al barco y lo secuestraron, los pescadores recién zarpaban para faenar con la intención de estar bastantes horas en el mar: llevan comida y agua fresca suficientes. Durruti le ha asegurado al patrón que no le causarán más problemas que los que ha tenido hasta el momento: se bajarán a pocos metros de la costa mexicana y la alcanzarán en la misma barca de remos que robaron en el puerto de La Habana.

—Sois los españoles que buscan, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué nos vamos a fiar de vuestra palabra?

—Porque no os queda más remedio. Y porque no nos buscan por mentir sino por hacer justicia, por matar a un negrero.

Los marineros, especialmente los descendientes de africanos, aprueban lo que han hecho los dos anarquistas —hay que acabar con los esclavistas que aún dirigen algunos ingenios del interior— y están de acuerdo en llevarlos a México sin entregarlos.

El día está nublado. Ni Ascaso ni Durruti son marinos y no saben orientarse; a los ocupantes del barco no les costaría demasiado engañarlos y volver a atracar en alguna playa cubana. Sus secuestradores difícilmente se percatarían. Sin embargo, colaboran

con ellos.

—No es de mi incumbencia pero la zona está llena de policías buscando contrabandistas.

—¿Y cómo se las arreglan los contrabandistas para que no les detengan?

—Tienen los mejores barcos: atracan fuera del golfo de México. O llegan de noche, en barcos con luces potentes y buenos instrumentos; nosotros no los tenemos.

—¿Qué podemos hacer?

—Rezar, o, como sois anarquistas, confiar en la suerte. No hay más opciones.

Transcurren varias horas de navegación monótona. Sólo la presencia de los delfines que siguen al barco y la aparición de un enorme tiburón ballena, un ejemplar que supera los tres metros, les distraen de sus preocupaciones.

—¿Qué nos pasaría si ese tiburón nos pilla ahí abajo?

—Nada. El tiburón ballena no ataca al hombre, sólo come peces pequeños. Mi padre me contaba que una vez nadó junto a uno.

Ascaso atiende a Paz mientras Durruti entabla amistad con los marineros. Cualquiera de sus compañeros se lo ha visto hacer: cuando llegue la hora de bajarse del barco, todos le adorarán y estarán dispuestos a ponerse en peligro por no delatarle. Su carisma personal es enorme. A Francisco le divertiría verlo otra vez, asistir al despliegue de encanto de Buenaventura. Pero hoy prefiere estar con la mujer que les acompaña.

Paz tenía ayer una vida ordenada: hija del dueño de una próspera imprenta, con amigas y con una bonita casa. Ahora, apenas unas horas después, su padre ha muerto detenido por la policía, está recorriendo ilegalmente el canal de Yucatán en un barco pesquero secuestrado y ha ayudado a fugarse a los dos delincuentes más buscados por la policía cubana. Nada de eso le pasaría si ellos no hubieran llamado a la puerta de su padre.

—Creo que debes volver a Cuba cuando nosotros bajemos del barco.

—¿Volver? ¡Qué absurdo! No conocéis a la policía cubana. No, no puedo volver.

—No te harán nada.

—Violarme, maltratarme, quizá matarme cuando se harten de violarme… Les habéis humillado: toda la policía buscando a dos gallegos y se les escapan ayudados por una cubana. Si me cogen, no lo cuento.

Probablemente, Paz tenga razón. No podrá volver a Cuba. Ha perdido no sólo a su padre, también todo lo que él consiguió a lo largo de toda su vida: su país, sus amigos, sus allegados…

—¿Sabéis dónde acaban los presos políticos? En la fortaleza de La Cabaña. No se vuelve a saber de ellos y ni siquiera vale la pena buscar los cadáveres: los tiran al mar y los tiburones hacen el trabajo. Mi padre os ayudó para evitaros pasar por allí.

—Vas a echar de menos a los tuyos, a tu madre.

—Mi vida anterior no existe.

Durruti, ignorante de su conversación, se acerca a ellos.

—He pactado con el patrón del barco una suma de dinero a cambio de que te devuelva a La Habana sin denunciarte. La policía no te hará nada, podrás decir que no sabías que tu padre nos ayudaba. Los marineros están dispuestos a declarar que te trajimos como rehén por la fuerza.

Era lo que esperaba Ascaso, que Durruti llegara a acuerdos. Paz se va hacia otra parte del barco sin contestarle.

—No, Buenaventura. Paz tiene que quedarse con nosotros. No puede volver a Cuba.

—No podemos cargar con una niña.

—La hemos metido en esto, no podemos dejarla abandonada.

Los tres llegarán a México, un país que no conocen y en el que no tienen contactos, sin documentación, perseguidos; quizá sean denunciados por los pescadores en cuanto vuelvan a La Habana y empiecen a ser buscados también en México por encargo de la policía cubana. Por suerte, Jonás tenía bastante dinero en casa y no les faltará en unas semanas.

—No creo que la chica esté mejor con nosotros. Nos perseguirán. Es probable que la noticia de la muerte del terrateniente se sepa hasta en España y supondrán que hemos sido nosotros.

—Seguirá viva. Por lo menos vivirá unos días más, el tiempo que nosotros aguantemos.

No se habían encontrado en una situación parecida antes. Han estado expuestos a graves peligros, en la mira de las armas de pistoleros a sueldo, en cárceles recibiendo palizas, han matado y han estado a punto de morir, pero nunca su vida había sido tan incierta.

Recorren en silencio las últimas millas, pensando en cómo saldrán de esta situación desesperada. Como le dijo el patrono del barco a Durruti: si no fueran anarquistas, podrían rezar.

—Ahí se ve tierra, eso es México.

Cae la tarde, faltan pocas horas para que la oscuridad lo domine todo, México sólo es una sombra a la que se acercan poco a poco. Cuando están casi encima, tanto que podrían llegar a nado, se despiden de los marineros deseándose suerte mutua. Les pagan por el viaje y por su jornada de pesca perdida: encontrarse con los españoles no habrá sido una mala experiencia para los marinos del pesquero *Virgen de la Caridad del Cobre*; quizá entre eso y la simpatía de Durruti no denuncien su secuestro y su fuga.

—Os dejamos a pocos kilómetros de una ciudad que se llama Progreso. Está hacia el norte. Quizá encontréis obreros que os puedan ayudar. Suerte.

Llegan remando a una maravillosa playa de arenas blancas, rodeada de palmeras. No se ve rastro de seres humanos; piensan lo que pensaría cualquier español al llegar a una playa virgen del continente americano: así debió de ser el lugar al que llegó Colón, hace más de cuatrocientos años.

—¿Hacia dónde es el norte?

En cuanto ponen los pies en el suelo y se alejan unos metros de la barca, un grupo de hombres sale de detrás de la vegetación apuntándoles con pistolas.

—Quietos y las manos en alto.

* * *

Valenzuela ha puesto a funcionar desde el ministerio a toda la policía. Sólo hay una prioridad: se busca una mujer de veintiséis años con una

hija de cinco. La niña tiene una ligera cojera al andar. Algún colaborador aventura la hipótesis de un secuestro: el inspector ha recibido muchas amenazas de los anarquistas y son como perros, capaces de todo; Francisco Ascaso, uno de los Solidarios, llegó a advertirle personalmente que su hija estaba en el punto de mira. Valenzuela tiene, durante unos instantes, una duda: ¿y si fuera verdad? Preferiría enfrentarse a los anarquistas que a su esposa —con aquéllos sabe a qué atenerse, con Rosa no—, pero descarta la idea enseguida: los secuestradores no preparan la maleta de sus víctimas antes de salir de casa, ni se acuerdan de llevarse sus muñecas favoritas. El equipaje lo ha hecho Rosa, es su venganza; la lleva preparando desde la noche del atropello. Quizá aquel día Ernesto se equivocó. Por mucha ira que sintiera en aquel momento, no debió golpear a Rosa.

Supone que habrá viajado a Pamplona, a casa de su familia. Saldrá tras ella; cogerá un tren por la mañana para ir a buscarla. Su viaje a Cuba tendrá que ser pospuesto de momento. Al ministro no le ha parecido mal; no consideraba que fuera necesario. Cree que los dos anarquistas no durarán mucho tiempo en tierras americanas y que volverán pronto a España.

—O los matarán. Debemos olvidar a Durruti y a Ascaso y preocuparnos de los que quedan por aquí.

Valenzuela no se acuerda del dinero de la cuenta del banco hasta que es de madrugada. Antes de ir a la Estación del Norte, tras una noche entera sin dormir, debe pasar por la sucursal, en la calle de Alcalá, para saber si Rosa lo ha sacado. Él mismo dio la orden en los buenos tiempos: si ella lo pedía debían entregárselo sin preguntas, sin necesidad de una autorización expresa suya. Pretendía que Rosita nunca pasara privaciones aunque él no estuviera, aunque un día los anarquistas acertaran y lo mataran. Después de la pelea con su esposa no anuló la orden.

En el banco le confirman sus sospechas: Rosa se ha llevado el dinero; lo ha sacado en tres partes, tres días consecutivos. Los empleados de la sucursal cumplieron escrupulosamente sus instrucciones: entregarlo sin ninguna comprobación. Su esposa

dispone de algo más de doscientas mil pesetas, dinero suficiente para vivir muchos años, para huir de su marido. Valenzuela no podría, aunque quisiera, denunciarlo; es dinero que procede de sobornos y cuentas de gastos ilegales de su departamento, el dinero de la guerra sucia contra los anarquistas.

Es prácticamente imposible controlar a la gente que sale de una ciudad como Madrid. Por mucho que los policías pregunten en las estaciones, nadie se ha fijado en una mujer y una niña; o, por el contario, se han fijado en muchas mujeres acompañadas por su hija, tantas que no les han llamado la atención y no saben hacia dónde viajaban los trenes en los que subieron. Siguiendo las declaraciones de los testigos, podrían estar en cualquier lugar de España, desde Barcelona hasta La Coruña, Cádiz o Valencia.

Se ha encargado a un agente que busque en todos los despachos de billetes de la capital uno que haya sido expedido a nombre de Rosa Aizmendi Gayarre. Es casi imposible que su pesquisa dé resultado: son muy pocos los medios de transporte que requieren el nombre del pasajero, como mucho los barcos. En los trenes se puede comprar el billete en el acto; basta con pagar su importe en efectivo.

Valenzuela tiene aún la esperanza de que en Navarra encontrará la respuesta. Su esposa habrá sido tan estúpida como para ir a casa de su familia: la sacará a patadas si hace falta. No se da cuenta de que está haciendo lo que Rosa preveía que hiciera: correr en dirección contraria a la que ella ha seguido en su fuga.

Rosa y su hija sólo pasarán un día en Cádiz. Han llegado el viernes por la mañana y el sábado a las diez zarpará el barco que las dejará en Las Palmas de Gran Canaria, aunque su intención no es quedarse sino trasladarse después a Santa Cruz de Tenerife. Ha pensado que, si su marido consiguiera seguirle el rastro hasta Canarias, podría intentar un último engaño con el cambio de isla. Compró los pasajes en una agencia de la naviera en la Gran Vía: un camarote de primera clase en el *Reina Victoria Eugenia*, un barco de la Transmediterránea que hace el trayecto entre Cádiz y Buenos Aires con escala en la capital de Gran Canaria. Pagó el billete del recorrido entero; espera que eso engañe a

su marido en caso de que llegara a averiguar que subió en ese barco. Tal vez tenga suerte y la busque en Buenos Aires, aunque tiene pocas esperanzas; Valenzuela no es tonto.

Dio un nombre falso en la naviera, el de la esposa del capitán con la que se encuentra en los paseos: Fátima Martínez de la Rada, señora de Prendes. Ella es la única que conoce sus planes y le ha cedido sus documentos para comprar el pasaje y por si se los piden al embarcar.

Rosa y su hija pasan el día encerradas en el hostal; no ha querido alojarse en un gran hotel para estar más oculta. Es un hostal pequeño alejado del centro, del que no salen ni siquiera para comer o visitar Cádiz. Rosita está nerviosa y pregunta insistentemente por su padre. La intención de Rosa es decirle a todo el mundo que es viuda; si oyen a su hija hablar de su padre y le preguntan, responderá que aún no le ha dado la noticia de la muerte de su marido, que Rosita cree que su padre les espera en casa, en Buenos Aires, al final de su viaje.

La familia de Rosa siempre tuvo una magnífica relación con Valenzuela, un hombre serio, amante de su mujer y de su hija, correcto con ellos. Rosa no les avisó de sus diferencias con él en los últimos tiempos, y le reciben con los brazos abiertos cuando aparece por la casa de Villaba, a pocos kilómetros de Pamplona.

Valenzuela nota inmediatamente que desconocen el paradero de Rosa: están tan sorprendidos y asustados como él cuando se enteran de su desaparición. Le resulta fácil hacerse pasar por un marido preocupado por la ausencia de su esposa y de su hija, atemorizado por los daños que puedan llegar a sufrir; consigue convencerles de que Rosa está desequilibrada y de que deben ponerse en contacto con él si tienen noticias de ella.

De todos modos —una vela a dios y otra al diablo—, deja a un policía navarro de su confianza a cargo de la vigilancia de la casa. No tiene motivos para creer que le hayan mentido pero está acostumbrado a la falsedad, es su trabajo. Si Rosa aparece por casa de sus padres y ellos no se lo dicen, él lo sabrá igual y lo lamentarán.

En el tren de vuelta a Madrid, piensa adónde pueden haber ido. Repasa mentalmente todas las conversaciones que mantuvo con Rosa:

¿hay algún lugar que ella haya mencionado alguna vez? No recuerda ninguno, excepto un sueño absurdo, conocer Australia. Rosa se lo dijo de novios: le gustaría pisar las antípodas. No lo cree, pero si hiciera falta viajar al otro lado del mundo para recuperar a su hija, lo haría.

Descarta de inmediato que se hayan quedado en Madrid. No cree que Rosa se arriesgue a ser descubierta por casualidad. Tampoco puede haber salido de España. Una mujer necesita permiso de su marido, firmado ante notario, para salir del país y no cree que su esposa sea capaz de encontrar a alguien que lo falsifique. Pasar ilegalmente la frontera no es demasiado difícil, pero la de Francia es muy dura en esta época del año —inicio de la primavera— para cruzar con una niña: aún hay nieve en la mayor parte de los pasos. No así la de Portugal: desde cualquiera de los pueblos de la frontera hay contrabandistas que la atraviesan todas las noches en las dos direcciones. Se les puede incluso hacer encargos con la seguridad de que el producto deseado será recibido el día siguiente. Es muy fácil contactar con alguien que, a cambio de muy poco dinero, se comprometa a ayudarlas a cruzar la raya.

Rosa sólo puede estar en España, como muy lejos en Portugal. Si ha recibido ayuda de alguien, lo sabrá; cuando lo sepa, la encontrará.

Dos días consecutivos de mala mar hacen que la travesía de Cádiz a Tenerife dure seis días en lugar de los cinco habituales. También que diste mucho de ser un viaje agradable: mareos, vómitos, malestar… Rosita se ha acostumbrado de inmediato, pero Rosa ha pasado casi todo el viaje encerrada en el camarote. Su hija ha quedado al cuidado de las camareras del barco la mayor parte del tiempo; Rosa ha vivido con el miedo añadido y la continua duda de lo que les pueda contar. Además, se han fijado en exceso en ella. La cojera de Rosita, no siendo muy exagerada, hace que todo el mundo la recuerde. Si les preguntan, pocos olvidarán a una mujer joven con su hija coja.

A la mañana siguiente Valenzuela acude a su despacho de nuevo. Apenas ha podido dormir en toda la noche, preocupado por Rosita. Si

le pasa algo a su hija matará a Rosa con sus propias manos. Sólo esa fantasía de venganza le suaviza el dolor que siente por la ausencia de la niña. No usará ni pistolas ni cuchillos, sólo las manos.

Tiene que visitar el despacho del ministro Anido.

—Los cubanos piensan lo mismo que tú. Han pedido información sobre anarquistas españoles que puedan haber emigrado a Cuba.

—Se la mandaremos en el primer barco.

—Ahora sí creo que deberías ir en persona.

—Ahora no puedo; no hasta que encuentre a mi hija.

Al ministro no le ha gustado su respuesta. Es la primera vez que antepone algo a la posibilidad de acabar con sus enemigos.

* * *

La situación de Ascaso y Durruti era lamentable antes de poner los pies en México: fugados de España y de Cuba, perseguidos, sin documentación, recién llegados a un lugar en el que no conocen a nadie… Un par de horas después están, además, desarmados, detenidos, apuntados por los fusiles de cuatro policías, y caminan esposados en dirección a una ciudad que se llama Progreso, en la península de Yucatán, México.

—Sobórnalos.

Ascaso apenas ha escuchado a Paz.

—¿Qué?

—Que sólo quieren dinero. Ofréceles dinero.

La negociación es rápida porque no hay mucho que puedan regatear; ahora son ellos los que no tienen más remedio que aceptar, como antes le sucediera al patrón del barco. Los policías mexicanos se quedarán todo el dinero que llevan a cambio de olvidar que los han detenido. Ellos, los españoles, tampoco dirán nada y se marcharán de Progreso para que nadie los pueda identificar. Cuando aún faltan tres kilómetros para llegar a la ciudad, los policías se separan de ellos. Durruti hace un último intento de ganar algo en la negociación.

—Si os quedáis toda la plata, como decís vosotros, tenéis que dejarme algo para que yo pueda ganar más.

El jefe de los policías sonríe y le entrega una de las Star.

—Sin balas, no vayan a hacerse daño.

Durruti examina el arma mientras los policías se alejan.

—Sin balas no sirve de mucho, a no ser que quien está siendo apuntado piense que está cargada.

Duermen bajo unos árboles, lo más escondidos que pueden, antes de entrar en la ciudad. Se despiertan hambrientos al amanecer —no han comido nada desde que bajaron del barco— y emprenden la marcha hacia Progreso, una población pequeña —no debe de tener más de diez o quince mil habitantes— donde es imposible pasar desapercibido. Aunque Paz nunca ha estado en México, conoce algo de la zona por su proximidad con Cuba.

—Hay cerca una ciudad más grande: Mérida.

—Bien, iremos a Mérida, pero necesitamos comer algo. En Mérida expropiaremos un banco, pero antes hay que conseguir dinero.

—¿Por qué le llamáis expropiar? Es robar… No sois anarquistas, sois simples ladrones.

Ninguno de los dos reacciona ante el comentario de Paz; no hacen nada por defenderse, no es la primera vez que les acusan de lo mismo, de ser simples atracadores. Incluso muchos compañeros dentro del anarquismo piensan que los «expropiadores» no son más que delincuentes comunes. Ellos no están de acuerdo. Hace un par de años, sentados en una terraza en Barcelona, un hombre joven, sin ningún problema aparente para trabajar, se les acercó y les pidió limosna. Buenaventura echó la mano a su cintura, sacó una de sus pistolas y se la ofreció.

—Ahí tienes un banco y ésta es la llave. Si tienes cojones para pedir, tenlos también para recuperar el dinero que les han robado a los trabajadores.

Ésa es la opinión de Durruti con respecto a los atracos que llevan a cabo: es dinero que previamente ha sido robado a los trabajadores. Ellos son fieles a su moral, no a la moral burguesa: no aprovechan ni una moneda en su beneficio, no desvalijan a quien gana el dinero honradamente. Todo lo que expropian revierte de nuevo en los obreros: los burgueses que se ocupen de su ética del beneficio y de sus diez mandamientos o de todos los que se les ocurran nuevos; ellos

están en el mundo, como siempre repiten, para destruirlo y crear uno más justo.

Buscan una hacienda rica —la de alguien que no se vea perjudicado por lo que se lleven— y la encuentran enseguida. No les cuesta dar con una; se trata de una zona próspera: se cultiva henequén, lo que en España se conoce como sisal, la planta de la que se extrae la fibra con la que se hacen los amarres y las jarcias de los barcos; también se saca de ella el licor de sisal, muy parecido al tequila de Jalisco.

Nadie espera que aparezcan dos españoles y una cubana, armados con una pistola, y no les oponen resistencia. Dejan atados al hacendado, a su esposa y a las dos criadas de la casa. El resto de los empleados de la finca deben de estar trabajando las tierras y no aparecen.

Durruti le explica a la hija de los propietarios, una niña de apenas cuatro años, que no tiene que temerles.

—No le vamos a hacer daño a nadie. Es sólo que tu papá tiene mucho dinero y nosotros nada; vamos a repartirnos algunas cosas con él.

Dejan a la niña en su habitación, con sus juguetes. Comen deprisa en la cocina, se llevan el dinero, las armas que encuentran y el coche, una camioneta Dodge.

—La abandonaremos en la carretera que lleva a Mérida. No se preocupen que la encontrarán. Y si volvemos a pasar por aquí, les devolveremos el dinero que nos llevamos.

—No quiero que me devuelvan nada, quiero que no se lo lleven.

—Le hemos dejado a la niña agua y galletas en la habitación; en cuanto aparezca alguien, pídanle que suba a comprobar que está bien.

Durruti, mecánico, es el único de los tres que sabe conducir. Después de perderse un par de veces, consiguen llegar a Mérida, que está a algo menos de cuarenta kilómetros de Progreso —ese nombre le sentaría mejor que al pequeño pueblo de la costa—. Es una ciudad grande, con hoteles, fábricas y enormes edificios. La camioneta la dejan, como le prometieron a su propietario, en la carretera, a la entrada de la ciudad.

En una pared, un «Viva Madero» escrito con pintura blanca les da la

bienvenida.

—Madero… Ése es uno de los que hizo la revolución mexicana, ¿no?

—Sí, pero no sé mucho más de la revolución. Sólo conozco a Flores Magón.

—Yo tampoco sé mucho: que la hicieron, que triunfó y que han conseguido estar peor que antes de hacerla.

Ascaso exagera: por poco que se haya avanzado, la situación prerrevolucionaria era tan lamentable que todo son mejoras. En época del dictador Porfirio Díaz, los trabajadores del campo sólo cobraban en vales para las tiendas de las que el mismo patrón era propietario; se llamaban «tiendas de raya» porque los trabajadores analfabetos debían poner una raya en un papel cada vez que aumentaba su deuda. Los precios de los productos los marcaba el patrón y los vales que entregaba no eran suficientes para cubrir las necesidades; el trabajador tenía que endeudarse y no podía abandonar el trabajo sin cancelar la deuda, que pasaba de padres a hijos. Era una forma de esclavitud encubierta: trabajadores atados a la tierra con salarios insuficientes, sin libertad para buscar una vida mejor.

—¿Nos vamos a quedar en Mérida?

—Sólo el tiempo que necesitemos para conseguir más dinero. Después iremos a la capital. Allí encontraremos anarquistas españoles, seguro. Escribiremos a los compañeros que están en España para que nos informen.

* * *

Por mucho empeño que pongan los funcionarios en aislar a los presos, las noticias corren más deprisa dentro de la cárcel que en libertad: Valenzuela aún no lo sabe, pero García Oliver y el resto de los Solidarios sí: Durruti y Ascaso no están en Cuba. No han tenido noticia de adónde han ido pero la lógica les dice que sólo pueden haber salido en barco de la isla y que hay tres posibles destinos: los cayos de Florida en Estados Unidos, la República Dominicana a través de Haití o la península de Yucatán en México. En el sur de Estados Unidos poco pueden hacer en plena crisis de Sacco y Vanzetti; en los otros dos

lugares, México y Santo Domingo, hay anarquistas que los podrán ayudar. Aunque no esté de acuerdo con el periplo americano de sus compañeros, García Oliver escribe cartas a organizaciones ácratas de ambos países para facilitar su huida en caso de que sean detenidos o entren en contacto con ellos.

La situación carcelaria de Oliver es completamente anormal. No ha tenido juicio —no han conseguido pruebas para procesarlo— y la ley dice que debe ser puesto en la calle; de hecho, recibió hace unas semanas la carta de libertad del director de la prisión de Burgos. Antes de que pudiera salir por la puerta, llegó una orden del ministerio de Gobernación, firmada por Martínez Anido en persona, en la que se ordenaba que se le mantuviera encerrado en calidad de preso gubernativo. La situación es irregular hasta con unas leyes tan poco justas como las de la dictadura española. Los abogados cercanos al sindicato y la familia de Oliver no paran de llamar a todas las puertas para pedir que sea liberado.

Nunca se sabe cuál de todos los contactos puede dar resultado. ¿Quién iba a pensar que la solución llegaría gracias a la mujer del general?

Los métodos de Martínez Anido en Cataluña han sido tan reprobables que su propia familia ha renegado de él. Su mujer, María Dolores Baldrich, y su hijo, Roberto Baldrich, un famoso dibujante que usa el apellido de su madre para no ser relacionado con el general Anido, evitan mantener contacto con él.

Uno de los abogados a los que ha consultado la familia de Oliver en Reus, su ciudad natal, es Pau Cañellas, amigo personal y asesor de la esposa de Anido. De alguna forma que ni el mismo Oliver sería capaz de reproducir, su situación ha ido transmitiéndose de unos a otros hasta que el ministro, quién sabe bajo qué amenaza de su esposa, firmó la orden de liberación del preso.

García Oliver ha pasado de ser prácticamente el enemigo público número uno a salir por la puerta principal de la cárcel de Burgos en libertad.

Oliver tiene como objetivo prioritario reorganizar el grupo —los Solidarios, los que podemos devolver golpe por golpe— y el sindicato.

Imposible hacerlo desde Barcelona; pese a tenerlo prohibido, atravesará la frontera e intentará reagruparse con sus compañeros en París. Ha preparado todo para su viaje.

Antes de partir, sólo se permite una satisfacción personal: acudir al campo de Las Corts para ver el partido de la Copa de España que enfrenta al Barcelona con el Athlétic de Madrid. Su equipo gana tres a dos, con dos goles de Samitier y uno de Sagi Barba. Es la primera vez que ve jugar a Platko, el portero húngaro del Barcelona, del que tanto ha oído hablar mientras estaba en la cárcel.

Para llegar a París, tiene que viajar a Puigcerdá y entrar en una casa de comidas que le han indicado. Se dirige en catalán a la mujer que atiende el negocio.

—Buenos días nos dé san Jaime.

—Sea bienvenido y que Dios nos dé la paz.

Es la contraseña convenida. Le llevan a una pequeña habitación en la que debe esperar hasta la mañana siguiente; una tartana le recogerá a las siete y le dejará del otro lado de la frontera tras pagar veinte pesetas: diez para el conductor y diez para los carabineros que la custodian. Le dejarán cerca de Bourg-Madame, en la Cerdaña, cogerá el tren a Perpiñán y de allí a París.

El número 14 de la rue de Petit vuelve a ser una dirección fundamental para el anarquismo español.

Algunos de sus compañeros han muerto durante su estancia en prisión. Oliver lo tiene claro: cuando una organización no puede defender la vida de sus militantes en el plano individual, debe hacerlo mediante la revolución. Es ahí donde no está de acuerdo con los anarquistas moderados como Pestaña, por eso cree que los Solidarios no pueden ser disueltos, aunque en ocasiones tengan diferencias entre ellos: un grupo que se enfrente con la fuerza a los que le atacan con la fuerza sigue haciendo la misma falta que el día en que decidieron su creación.

Otros compañeros están casi apartados de la acción: Gregorio Jover trabaja en una ebanistería en París y le han ofrecido ser el encargado, ha rechazado el puesto por sus ideales ácratas; García Vivancos ha salido de la cárcel y es taxista en Barcelona; Domingo Ascaso, el

hermano de Francisco, es panadero, como lo fueron su padre y su hermano, en el barrio de Saint-Denis, allí en París; otro compañero, Gregorio Martínez, *el Toto*, emigró a Sudamérica y no han vuelto a saber de él.

Otros muchos están en la cárcel, pero el que más le preocupa a Oliver es Torres Escartín. Se ha celebrado el juicio contra él y se le ha condenado a cadena perpetua. Los que tuvieron ocasión de asistir al juicio le cuentan que mientras estuvo sentado en la sala, permaneció ausente, sin reaccionar a lo que se decía a su alrededor. Ni siquiera al conocer la sentencia hizo ningún gesto. Los abogados cercanos al sindicato no pudieron ayudarle en la defensa porque no habló con ellos. Existe la sensación —existía entre los mismos miembros del tribunal—, de que han condenado a un demente, no a un anarquista.

La situación económica del grupo también es mala; por lo menos, la enciclopedia anarquista no se ha abandonado y Sebastián Faure y Valeriano Orobón continúan trabajando en ella: hay que seguir preparando el futuro, aunque el presente no augure que vaya a ser próspero.

Oliver cree que Durruti y Ascaso han sido unos irresponsables. No han mantenido unida la organización durante su estancia en la cárcel; en lugar de seguir junto a los compañeros, se han embarcado en una incierta y arriesgada aventura americana y han puesto a la policía francesa en alerta después de la irracional intentona de Vera de Bidasoa. Las noticias que le llegan de Cuba no son más halagüeñas. El gobierno de Machado ha iniciado una ofensiva brutal contra los anarquistas de la isla como consecuencia del asesinato de varios propietarios de ingenios azucareros. Oliver tiene la certeza de que sus compañeros no han ejecutado a todos esos propietarios asesinados, de que muchos han muerto por emulación —no es necesario que se lo digan—, pero también es consciente de que los anarquistas españoles encendieron la mecha y de que la explosión ha sido más dañina en las propias filas que en las contrarias. Teme que ni el uno ni el otro, metidos de lleno en la acción, se estén dando cuenta de las consecuencias de su estancia en el Caribe.

No sólo Oliver cree que Durruti y Ascaso deben volver, los

anarquistas americanos piensan lo mismo que él: nadie los quiere en su territorio. Quizá ellos aún no lo sepan, pero recibirán pocas ayudas en sus propias filas.

Fiel a su idea de no vivir del sindicato, Oliver consigue trabajo en París como barnizador en una fábrica de muebles gracias a otro anarquista llamado Calleja, que le enseña el oficio en quince intensivos días. Le pagan muy bien, cinco francos la hora y el doble las horas extras, y sobra trabajo. Tanto que puede despedirse todos los jueves y volver a ser contratado los lunes. El viernes y los fines de semana los dedica a atender a la reorganización de los Solidarios.

García Oliver intenta luchar, sin éxito, contra su tendencia a la vida bohemia, a visitar los lugares más excitantes de París, a salir con mujeres… Aunque lo quiera evitar, en pocas semanas conoce a fondo lo más recóndito de Montmartre y Pigalle, no sólo los cabarés como el Moulin Rouge o el Follies-Bergère, lugares para turistas y gente adinerada desde hace años, sino los tugurios que sólo los más bohemios de la ciudad frecuentan. Los locales de jazz donde reinan la lujuria y las cantantes ambiguas que beben absenta vestidas con frac, que miran a hombres y mujeres con una mezcla de atracción y desprecio; los hoteluchos de la rue Houdon, donde las prostitutas llevan a sus clientes, donde acuden las mujeres vestidas de cuero negro, con un látigo, esperando a quien quiera probarlo; las parejas, tríos, cuartetos de cualquier combinación posible de sexos y de gustos… Restaurantes como Le Boeuf sur le Toit, Le Dôme, La Closerie des Lilas…; el *quartier* Montmartre es una especie de hermano mayor del barrio chino de Barcelona, con más sexo, más depravación, más lujo y más pecado.

En lugar de seguir frecuentando esos lugares, García Oliver trabaja en la fábrica, acude al centro anarquista, escribe cartas a sus compañeros. Trata de no perder ni un minuto en reorganizar la labor del grupo y atisba cómo sería su vida si no existieran el sindicato y los Solidarios.

* * *

México es un mundo con sus propias normas. Como si sus primeros

habitantes se hubieran negado a ser vencidos. Los españoles, los *gachupines* como los mexicanos les llaman despectivamente, han estado allí siglos, han colonizado, han llevado la lengua y la religión, pero no se han impuesto sobre lo que existía antes: el habla, las comidas, las creencias, las costumbres, son distintos.

Ni siquiera el anarquismo es ortodoxo, como en otros lugares, incluso muy cercanos. En Cuba, con matices, tienen la misma ideología que en España. Allí viajó Errico Malatesta, el famoso anarquista italiano, a principios de siglo y predicó el anarquismo, como otro italiano, Giuseppe Fanelli, hizo en España treinta años antes. México no recibió visitas. Allí también existe el anarquismo, pero es distinto, prácticamente se creó a sí mismo, está mezclado con otras ideologías, con las peculiaridades del país, con las costumbres indígenas.

Se puede decir que ha habido dos grandes anarquistas mexicanos, Emiliano Zapata y Ricardo Flores Magón. El primero fue un hombre de acción, el segundo de ideas.

Emiliano Zapata, caudillo del Ejército del Sur hasta su muerte en 1919, procedía de una familia de campesinos y luchó durante toda la revolución con un objetivo que comparte con Durruti: repartir las tierras entre los más desfavorecidos; su lema, con el que firmaba todos los documentos, era «Tierra y Libertad».

Ricardo Flores Magón, mexicano del norte, exiliado a Estados Unidos gran parte de su vida y muerto en una prisión tejana, referente ideológico de la revolución, era un anarquista más clásico. Conocía a la perfección a los autores libertarios europeos: Proudhon, Bakunin, Kropotkin… Los unió a su conocimiento de los pueblos indígenas mexicanos —estuvo muy cercano en su origen a los mazatecas, un grupo con tradiciones ancestrales de marcado carácter comunitario y cooperativo— y aprendió a hablar directamente al trabajador mexicano: «No tenéis patria porque no tenéis donde caeros muertos; los europeos pueden luchar por la patria, nosotros sólo podemos hacerlo por la tierra…».

A Durruti y a Ascaso les cuesta descubrir dónde está el anarquismo por una frase de Flores Magón llevada a la práctica en México:

«Solamente los anarquistas sabrán que somos anarquistas y les aconsejaremos que no se llamen así para no asustar a los imbéciles. Nadie se define en público como anarquista, ni las personas ni las asociaciones. Hay que conocerlas para identificarlas».

Mérida supone para ellos un lugar en el que esperar noticias. Alquilan una habitación para vivir los tres; una cortina colgada del techo separa el espacio de Paz del que ellos ocupan. Cada noche, Ascaso escucha la respiración de Paz y su deseo, un deseo que debe reprimir sin excusas, es atravesar la débil frontera que los separa.

A Durruti no le cuesta ningún esfuerzo encontrar un trabajo como mecánico en el garaje que vende los automóviles Ford, Ascaso se emplea en unos almacenes que venden ropa masculina y Paz en una clínica como enfermera. Su intención es conseguir documentos falsos y marchar hacia la capital.

—¿Por qué trabajamos si la intención es robar un banco?

—Trabajamos para mantenernos. El dinero que expropiemos del banco no será para nosotros, será para financiar la lucha.

Es difícil la convivencia para Ascaso, cada vez más atraído por Paz: no puede demostrar su deseo o dar pasos para satisfacerlo en la promiscua situación en la que viven los tres. No pasa con ella un minuto a solas y no consigue apartar a Durruti. Además, superadas las rencillas iniciales, Paz y Durruti cada vez se llevan mejor; su amigo desarrolla con ella lo mismo que con los compañeros de sindicato, su arrolladora simpatía. Ascaso no se cree capaz de contrarrestarlo; él no es así, sus posibilidades se reducen.

Buenaventura llega una noche a la casa con documentación falsa. Llevan semanas esperándola y la han conseguido. En un gesto inusual en él —se concede muy pocos placeres—, ha comprado una botella del licor de sisal típico de la zona para brindar por sus nuevas identidades: Miguel Mendoza y señora, propietarios de minas en Perú, y Genaro Bálmez, el administrador de su fortuna. La idea de ser empresarios en los papeles es de Ascaso.

—En Ciudad de México nos haremos pasar por ricos. Estamos hartos de ver que la policía sólo reprime a los pobres. Nadie nos molestará si somos ricos.

Costó convencer a Durruti, pero el leonés se dio cuenta de que eso les daría más margen de acción. Llevarían a cabo la labor expropiadora desde los mejores hoteles de la capital. Mandarían el resultado de sus robos a España a través de un banco, justificándolo como intercambios comerciales.

La decepción de Ascaso, aunque intenta ocultarla, es grande al ver las fotografías de los documentos: él es Genaro Bálmez y Durruti es Miguel Mendoza; eso significa que Paz y Buenaventura serán matrimonio a partir de este momento.

Ellos también lo comentan entre risas y brindan con el licor por su recién contraído matrimonio. Ascaso procura sonreír, brindar, reírse de sus bromas, pero apenas es capaz, no conocía los celos. La felicidad de sus compañeros se le hace insoportable.

La llegada de noticias desde España —Gregorio Jover ha partido hacia México y se encontrarán con él en la capital— no cambia los sentimientos de Ascaso. Y aún menos cuando observa el entusiasmo con el que Paz y Buenaventura preparan el traslado a Ciudad de México. Tiene ganas de decir que le gusta su trabajo en la tienda de ropa, que Mérida le parece una ciudad perfecta para vivir y que les desea buen viaje y un feliz matrimonio, que ojalá se vean pronto agraciados por un montón de descendientes. Así se acabaría para él, de una vez por todas, esa vida, conocería a una mujer, se casaría, tendría hijos. No volvería a ayudar a los trabajadores; tampoco está muy seguro de que lo que ha hecho hasta ahora les haya servido de nada.

* * *

Hace calor en Las Palmas aunque aún estén a primeros de abril. Dos semanas después de llegar a la isla se completa la segunda parte del plan: Rosa y Rosita embarcan en dirección a Santa Cruz.

Mientras organizan su vida se alojarán en un hotel pequeño, el hotel Camacho en la Plaza de San Francisco; aunque su situación económica les permitiría alquilar una habitación en el más lujoso de la ciudad, el Quisisana, durante semanas, o meses si hiciera falta. Rosa quiere abandonar las costumbres burguesas que se le suponen a alguien que

tiene la vida casi resuelta, llamar la atención lo menos posible.

Busca una casa pequeña, en un barrio de clase media. Nunca había tenido que ocuparse de las cuestiones prácticas, todo quedaba en manos de su marido mientras que ella se encargaba del hogar, pero ha descubierto que se le dan bien y le gustan. En Las Palmas ha logrado algo para lo que no se creía preparada: se ha hecho documentos nuevos mintiendo a la policía, diciendo que ha perdido los suyos. Ella y su hija han dejado de llamarse Rosa, aunque no ha cambiado mucho el nombre para no confundir a la niña: ahora las dos se llaman Rosario.

Rosita, Rosarito, cada vez pregunta menos por su padre. Sólo han pasado unas semanas y su madre está convencida de que antes de fin de año Ernesto Valenzuela habrá dejado de existir para ellas.

Valenzuela ha pasado la noche entera con Nieves en el piso de la calle Barbieri. Gran parte de ella hablando de Rosita, de cuánto la echa de menos y de lo que le hará a Rosa cuando la encuentre. Le da igual que a Nieves todo eso no le ataña, él paga por su tiempo y lo ocupa como le da la gana. Desde que Rosa se marchó, la visita casi a diario.

Ha recibido con distancia las noticias que llegan de los anarquistas: la condena de Escartín, la fuga de Cuba de Durruti y Ascaso, la salida de la cárcel y traslado a París de García Oliver… Nada despierta su interés. Por él que hagan la revolución, que cuelguen a Alfonso XIII en la Plaza Mayor o que conviertan España en una república soviética más; le da igual, sólo quiere encontrar a Rosita.

Sus colaboradores reciben broncas diarias. Les presiona para obtener resultados. Les ha hecho conseguir las listas de los pasajeros que han viajado a América, ha obligado a uno de ellos a viajar a Lisboa tras una pista, ha puesto a trabajar a los confidentes de todas partes. Le dijeron que podía estar en Barcelona y viajó hasta allá, para descubrir que el único parecido que tenía la niña que le indicaban con su hija era una pierna un poco más corta que la otra.

Fátima, la esposa del capitán Prendes, mantiene su costumbre de

pasear con su hijo de seis años todas las tardes por el Paseo de Recoletos. Vive cerca, en el piso de su suegro, el teniente general Prendes, en la calle de Tamayo y Baus.

Estaba presente la tarde del atropello de Rosita; de alguna forma se la podría culpar a ella: Rosa se paró a saludarla y las dos se entretuvieron charlando mientras los niños seguían jugando. Su amiga le explicaba cómo se preparaba la escalibada catalana para que pudiera cocinársela a su marido; mientras estaban despistadas se produjo el atropello.

Visitó a la niña en el hospital y Rosa le contó la reacción de Ernesto, un hombre al que ella había visto muchas veces y del que envidiaba su aparente amor por su familia. Las semanas posteriores fue testigo del distanciamiento de los dos, de la violencia y el desprecio que ejercía el policía, de la desesperación de su amiga.

Cuando Rosa le pidió ayuda, no dudó en prestársela. Sobre todo sabiendo que lo único que debía hacer era cederle su documentación y denunciar que la había extraviado un par de días después, cuando Rosa y su hija estuvieran subidas en el barco que las llevaría lejos.

Sentada en un banco del paseo, viendo a su hijo jugar con una peonza, ve aparecer a Valenzuela: viene caminando desde el cruce con la calle de Alcalá. Siente un escalofrío, nota algo que no había notado antes: es un hombre con un halo siniestro. Si pudiera, huiría para no hablar con él.

—Hola, buenas tardes. Es usted Fátima, ¿no?

Fátima no sabe cómo comportarse. En teoría no sabe nada de la desaparición de su amiga.

—Hola, precisamente me he acordado mucho de ustedes estos días. Hace tiempo no veo a su señora y a su hija. Espero que no hayan tenido ningún contratiempo.

Valenzuela no le reprocha nada; le informa de la desaparición de su familia y le pide ayuda. No sospecha que ella pueda haber colaborado con su esposa. Fátima se lo contará a su marido, a él le asquean los hombres que pegan a las mujeres y apoyó la idea de prestarle la documentación a Rosa. Su marido y su suegro, héroe de la guerra de Filipinas, sabrán qué hacer para que ese policía no se acerque nunca a

ella.

Rosa apenas tarda en encontrar una casa para vivir en Tenerife: céntrica, en la calle Porlier, muy cerca de la Plaza del general Valeriano Weyler. Es una casa de dos pisos, blanca, con un patio en la parte de detrás en el que crece un frondoso árbol que ella no sabe cómo se llama pero que da una sombra perfecta. Dos semanas después está amueblada a su gusto —es lo bueno de disponer de dinero casi ilimitado— y en condiciones de mudarse a vivir en ella.

* * *

El primer golpe serio en México, en su periplo sudamericano, es en una fábrica de sogas de sisal en las afueras de Mérida. Ha sido convenientemente seleccionada, no sólo por la capacidad económica de sus propietarios sino por los rumores de malos tratos que abundan sobre ella.

Las trabajadoras, mujeres en su mayoría, son obligadas a cumplir unos mínimos de trabajo que no se alcanzan en menos de catorce horas de jornada laboral. Algunas tienen que ser ayudadas por sus hijos pequeños para conseguir las cuotas. En los pocos días que llevan allí, Durruti y Ascaso han escuchado historias de palizas, de niños explotados… Existe la leyenda, sin comprobar, de que hay trabajadoras muertas, víctimas de la ira de los capataces, que han sido enterradas en los terrenos de la fábrica.

Aunque la costumbre de las tiendas de raya no se pueda mantener, los propietarios de la fábrica han logrado algo similar. Dan de beber sin límite en la cantina a los maridos de las obreras y les hacen firmar recibos con sus deudas; son ellas las que deben hacerse cargo del pago. Como en muchos otros lugares, las mujeres mantienen el hogar mientras los hombres se dan a la bebida.

Durruti y Ascaso no pueden hacer nada por mejorar las condiciones de vida de esas mujeres pero, por lo menos, procurarán que los patrones reciban un castigo donde les duele, en la bolsa. Un pequeño castigo, nada comparable con el que merecen.

Paz ha sabido en la clínica en la que trabaja, gracias a un hombre al que operaron de apendicitis, que los fardos de sisal con los que se confeccionan las cuerdas se pagan en efectivo una vez cada tres meses. Los días 30 de final de cada trimestre tiene que estar en las oficinas el dinero con el que se hará frente a los pagos. No hay más medidas de seguridad que un par de hombres armados que trabajan en las haciendas de los patrones. Nunca a nadie se le ha ocurrido robar allí y no se ha pensado que hiciera falta más vigilancia.

El golpe es rápido, fácil y rentable. Enviarán íntegro el dinero conseguido con el robo a París, para sus compañeros; ellos no se quedarán ni un céntimo. Por fin hacen lo que han venido a hacer.

Esperan a Paz con un coche, un Packard conseguido por Durruti en el taller, en la puerta de la clínica. Sus cosas están en el maletero.

—Nos vamos a Ciudad de México.

Paz y Buenaventura viajan sentados en la parte de delante del coche; Francisco, atrás. El calor es agobiante, pero con la capota bajada se puede soportar. Son muchos los kilómetros que les esperan, malas las carreteras, peligrosas algunas zonas que deben cruzar. Sin embargo, parece un viaje de placer. Los dos de delante cantan algunos himnos anarquistas como el *Hijos del Pueblo* —«Hijos del pueblo, te oprimen cadenas y esa injusticia no puede seguir; si tu existencia es un mundo de penas, antes que esclavo prefiero morir»— pero también cuplés famosos. Durruti canta a gritos *La Violetera*. Paz se muere de risa.

—No podía imaginarme que te supieras esa canción… Francisco, canta tú alguna.

—Yo no me sé canciones.

Quiere aparentar que él también se lo pasa bien, pero no lo consigue. Mientras, Durruti, sigue con la diversión.

—Llévele usted, señorito, que no vale más que un real, cómpreme usted este ramito…

Compran comida en puestos que instalan los locales a los lados del camino. Comida típica mexicana: tortillas de maíz que rellenan con pollo, pimientos y cebolla; otras con queso caliente; prueban los chiles y tienen que aplacar con cerveza el picor que les provocan.

Ascaso es consciente de que sus compañeros están haciendo lo que deben: la distancia entre Ciudad de México y Mérida es de unos mil quinientos kilómetros y hay que pasarlos lo mejor posible, pero él es incapaz de intervenir. La primera noche dormirán en Coatzacoalcos y la segunda, en honor a Ascaso, pararán en Puebla, cuyo nombre completo es Heroica Puebla de Zaragoza, el lugar donde los mexicanos derrotaron al ejército de Napoleón III.

La Ciudad de México es enorme, casi un millón y medio de habitantes, poco menos que París o Nueva York. Allí tiene que estar esperándoles Gregorio Jover. Se encontrarán con él en casa de Rafael Quintero, un dirigente anarquista, propietario de una imprenta en el barrio de Coyoacán.

* * *

Valenzuela no se da cuenta de que ese nombre le resulta familiar hasta que ve por quinta vez la lista de pasajeros que partieron del puerto de Cádiz los días posteriores a la desaparición de su familia: Fátima Martínez de la Rada, señora de Prendes.

Es la amiga de su mujer. La vio el otro día en el Paseo de Recoletos, frente a la Biblioteca Nacional, le informó de la desaparición de su mujer y de su hija, y ella le consoló. Quizá su aparición en la lista sea una casualidad, pero ha llegado a un punto en el que está dispuesto a seguir el rastro a todas las casualidades que se le presenten. Llama a uno de sus subordinados para que acuda a la agencia de la Gran Vía en la que se vendió ese pasaje de barco.

—Que no te digan que no te pueden dar la información porque los meto a todos en un calabozo, a la agencia entera. Házselo saber.

En poco más de media hora, tiene la primera de las pistas que le pueden llevar a algo. Una mujer con ese nombre, el de la supuesta amiga de su esposa, compró un pasaje para un barco que zarpaba desde Cádiz hacia Buenos Aires, para ella y un niño pequeño. Pagó en efectivo el pasaje completo, hasta Argentina; el barco tenía varias escalas intermedias: Las Palmas de Gran Canaria, Caracas, Río de Janeiro o Montevideo.

—¿No saben si se bajó?

—Eso sólo lo puede saber la tripulación. Aún tardará un mes en volver a la península.

Los primeros días en la casa de la tinerfeña calle Porlier, Rosa se ocupa de que todo quede a su gusto. Después se encargará de su vida, no quiere vivir como hasta ahora, encerrada en casa, esperando a que llegue su marido. En sus paseos por la Rambla de Pulido y por las calles Canales y Castillo, las más comerciales de Santa Cruz, se fija en los locales que le gustan; cuando alguno de ellos esté disponible para alquilar, montará el negocio que siempre le atrajo, una librería. Cuando era una niña, jugaba con sus hermanos a que ella era la dueña de la librería en la que ellos compraban. Ahora tendrá una de verdad en la que su hija también jugará.

Rosita ha tardado menos de lo esperado en olvidar a su padre. Es rara la noche que se despierta llorando y preguntando por él; al principio era a diario. El domingo han ido en un coche alquilado a la playa de los Moros, muy cerca, en San Andrés. No es tan bonita como las que visitaban en Barcelona con Ernesto —tiene la arena negra—, pero se lo han pasado bien y se han bañado. Rosa nunca había ido a la playa antes de casarse. Fue su marido quien la instó a ir; quizá el gusto por bañarse en el mar será lo único que saque en limpio de su matrimonio.

El edificio de la calle Tamayo y Baus es muy señorial. Valenzuela no se esperaba así la casa de un capitán. Se sorprende cuando le sale a abrir un mayordomo perfectamente uniformado.

—Quiero hablar con la señora de Prendes.

—Hay dos, ¿la esposa del general o la del capitán?

—La… la del capitán, la más joven, supongo.

—¿Le esperan?

—Dígale que soy Ernesto Valenzuela.

El mayordomo le hace pasar a una salita de espera junto al recibidor. Tiene un mirador desde el que se ve la entrada al Teatro de la Princesa; nunca lo ha visitado pese a la insistencia de Rosa cuando

llegaron a Madrid de ver una obra de María Guerrero, su propietaria. Las paredes de la sala están enteladas y un cuadro de Sorolla se expone en una de ellas. Tiene pinta de ser auténtico: no es el tipo de casa en la que se cuelga de la pared una reproducción; se nota el dinero. Mucho más que en cualquiera en la que haya estado antes el inspector.

La puerta se vuelve a abrir y entra un hombre joven, de algo menos de treinta años, vestido de paisano. Moreno, alto, con un frondoso bigote con las puntas elevadas.

—Soy el capitán Prendes. ¿Quería ver a mi esposa?

Aunque se comporte con amabilidad, no está impresionado en absoluto con la presencia del inspector. Le ofrece una copa de Jerez pero da la impresión de que en cualquier momento hará sonar una campanilla y pedirá, con toda la educación del mundo, que le lleven hasta el portal y le pongan en la calle de una patada en el trasero.

Valenzuela se maneja bien en los bajos fondos, no en una casa así. Las palabras no le salen con la soltura que desearía. Aún está explicándose cuando entra en la salita el teniente general Prendes. Lleva el uniforme y las condecoraciones. Se dirige a su hijo.

—Me han dicho que tenías un invitado.

—No es un invitado, es un policía.

Hace una pausa antes de seguir hablando, para que Valenzuela note su desprecio.

—Por lo visto, ha desaparecido alguien y no sé qué le lleva a pensar que podemos saber dónde está.

Se vuelve hacia él. Ni siquiera le tiende la mano.

—¿Y bien? Señor…

—Valenzuela.

—¿Nos explica quién ha desaparecido?

De regreso por la calle Almirante Valenzuela se siente acomplejado. Ha hecho el ridículo, le han humillado y no ha conseguido hablar con la amiga de su esposa; es más, el general le ha dejado caer una ligera amenaza al despedirse.

—Le rogaría que no molestara a mi nuera con este tema, ni en caso de que se encontraran en el paseo. Si ella supiera algo, nos lo habría

comentado a mi hijo y a mí. No es una casa en la que nos andemos con secretos.

Baja por Barquillo, va a visitar a Nieves en el piso de Barbieri. Su única posibilidad de volver a hablar con Fátima sería acudir al general Martínez Anido, y no necesita escucharlo para saber qué le diría acerca de la idea de presentarse a molestar en casa de otro general de mayor graduación que la suya.

Puede ir a Las Palmas. Está casi seguro de que Rosa no ha salido del país, pero también estaba seguro de que no se marcharía con su hija y le abandonaría. Quizá esté en Montevideo, o en Río de Janeiro.

Nieves, la malagueña, está ocupada cuando él llega. Valenzuela exige que se marche inmediatamente su cliente, da gritos, amenaza con su pistola a madame Miriam. Al final consigue que la chica salga de la habitación en la que atendía al hombre y se encuentre con él. En lugar de ponerse contenta, sentirse orgullosa de que él haya hecho todo eso para verla, se enfada.

—Estás loco, te estás volviendo loco.

* * *

Aunque no ve con buenos ojos los viajes a América, García Oliver se ha separado de otro compañero que embarca hacia allá. Gregorio Jover ha abandonado su trabajo como ebanista para reunirse en México con Durruti y Ascaso. Oliver tiene que aceptar la voluntad de los compañeros y ellos han decidido que su viaje es la solución para alguno de sus problemas: el más acuciante es la necesidad de dinero de forma inmediata. Jover llegará a México, darán un golpe y volverá con el dinero.

En la Unión Anarquista Internacional, en París, los compañeros libertarios italianos han sometido a discusión una carta de Errico Malatesta, preso en su país por Mussolini, en la que habla de los peligros del fascismo para la clase obrera y del miedo a un contagio en otros países, como ha ocurrido en España. Los anarquistas, líderes en la libertad humana, en palabras del mítico pensador italiano, deben cortar la cabeza del fascismo.

Los delegados internacionales han debatido la carta de Malatesta y

han decidido actuar. Hay que ejecutar a Mussolini. Los italianos proporcionarán documentos falsos, transportes seguros, casas de refugio, pero no tienen un grupo de hombres de acción para apretar el gatillo en el momento final. A través de su delegado, le han pedido a Oliver la ayuda de los Solidarios.

Los compañeros españoles están entusiasmados con la posibilidad de dar muerte al dictador italiano; al mismo García Oliver le gustaría ayudar, pero la operación tiene que estar bien preparada y eso costaría mucho dinero.

—No voy a pedirle a ninguno de mis hombres que vaya a matar a Mussolini si eso significa suicidarse. Tiene que ser un acto inteligente y concienzudo. Si uno de los Solidarios viaja a Italia, debe tener posibilidades de cumplir su objetivo y volver con vida.

Calculan que el atentado, para hacerse con total seguridad, costaría unos cincuenta mil francos. Recibirían veinticinco mil de los italianos, el resto hay que conseguirlo.

—Lo sabéis perfectamente, no tenemos esa cantidad.

—Ascaso y Durruti han viajado a Sudamérica a conseguir dinero. Podemos explicarles los planes y pedirles que nos lo manden.

—Yo iré, les ayudaré a conseguir el dinero y volveré con él.

La oferta de Gregorio Jover fue tan unánimemente aceptada que Oliver sólo pudo aprobar su viaje.

La vida sigue: de lunes a jueves, Joan García Oliver trabaja como barnizador en la fábrica de muebles; el resto de la semana, en el sindicato, ayuda a sus compañeros, se reúne con los anarquistas de otros países… Oliver no reprime, al menos ocasionalmente, la visita a los locales de Montmartre. Es como una doble vida, sus amigos de día son compañeros políticos y sus amigos de noche compañeros de francachelas.

No sabe lo cerca que están el día y la noche en ciudades como París. Le gusta pasear por las orillas del Sena; lo hace por las tardes, cuando sale del trabajo. Se queda mirando a menudo a los pescadores que pasan horas esperando, caña en mano. Está extrañado del tiempo que gastan para lo poco que pescan. Aurelio Fernández, veterano en París, el conductor del coche el día del atraco al Banco de España en Gijón,

le explica la razón.

—No son pescadores, están ahí para disimular. Son gigolós, proxenetas. Por la noche se ocupan de sus pupilas y gastan aquí el día, donde si alguien los necesita los puede encontrar.

Poco después se siente igual, como un mantenido. Ha conocido en uno de los antros que frecuenta a Mimí, una madrileña que se llama, en realidad, Amalia. Mimí ha adaptado el típico e inocente baile de la pulga, la chica que se va quitando prendas de ropa buscando una pulga que le pica, a algo muy cercano a lo pornográfico. Les presentó Severiano Orobón y la bailarina se encaprichó con él, le ha llevado a compartir su habitación en una pensión del boulevard Haussmann, le llena de regalos… No es extraño que las noches del fin de semana Oliver se siente junto a alguna de las mesas del local para ver a Mimí ejecutar su número, mientras habla con algún compañero de atentar contra Mussolini, contra Alfonso XIII, contra Primo de Rivera y contra todo aquel a quien consideran enemigo de los trabajadores. La pulga nunca aparece, por mucho que los espectadores ayuden a buscarla: siempre se esconde en lo más recóndito del cuerpo de la bailarina.

* * *

Los Errantes no encuentran a Jover en casa de Rafael Quintero. Les hace llegar el mensaje de que deben encontrarse en Veracruz, el puerto más importante del país, el lugar al que ha llegado su barco.

En Ciudad de México, no son tan bien recibidos como esperaban; no es algo personal —Rafael Quintero se comporta como un anfitrión exquisito—, es a causa de la imagen que los compañeros mexicanos tienen de ellos. La única noche que pasan allí, asisten a una reunión en un local anarquista de la Plaza de las Vizcaínas.

—Aquí no pueden predicar la revolución porque nosotros ya la hicimos. En España tienen que tomar las armas y dejar de hablar, pero no vengan por aquí a desestabilizar lo que nosotros conseguimos.

Los antiguos revolucionarios, incluso los de ideología anarquista, ocupan cargos burocráticos en el Estado. Los hay que han llegado a gobernadores. Son el poder, se llaman así a sí mismos: «poder revolucionario». Sólo los pocos partidarios que quedan de Flores

Magón rechazan esa corrupción de sus principios; como decía su líder, la revolución tiene que ser siempre ilegal. Los defensores de una ideología que proclama la destrucción del Estado se han integrado en él a la primera oportunidad que han tenido. Tanto Durruti como Ascaso están seguros de que en España eso no les pasará, por lo menos a los suyos. Los Solidarios nunca ocuparán un cargo. Nunca se dejarán tentar por el dinero o el poder.

De nuevo en el Packard, aunque hay tren entre Ciudad de México y su destino, parten hacia Veracruz, deprimidos por su contacto con el anarquismo mexicano. No hay canciones ni bromas como en el viaje anterior.

—Mi padre siempre lo supo. Decía que los problemas del anarquismo eran las personas, su egoísmo y su ambición.

No contestan, lo han oído tantas veces…

—También decía que merecía la pena intentarlo, que sólo preparando el camino se lograría que el anarquismo triunfara en el futuro.

Gregorio Jover está más delgado que la última vez que se vieron, justo antes de la intentona de Vera de Bidasoa; la vida parisina le ha sentado bien. Se encuentran con él en un café del centro de Veracruz. Tras los abrazos de rigor, empiezan las noticias.

—¿Mussolini?

—Sí, nos hemos comprometido con los compañeros italianos.

—¿Por qué no lo hacen ellos?

—No están organizados.

—Nosotros tampoco. No podemos hacernos cargo de algo así. Estamos desperdigados por el mundo.

—La decisión se ha tomado en París; si teníais otra opinión, deberíais haberla defendido allí, no aquí.

Ascaso y Durruti no tenían idea del rechazo de García Oliver hacia su viaje —no han podido comunicarse con él desde que entró en prisión— hasta que se lo cuenta Jover. La idea de Ascaso es volver de inmediato a París, Durruti no está de acuerdo.

—Hemos venido a América a conseguir dinero y es lo que haremos.

Jover quiere dar un golpe en Veracruz, conseguir el dinero para el

atentado contra Mussolini y subirse al primer barco que le lleve de nuevo a París. En los seis días que lleva en la ciudad ha estado observando el lugar elegido para llevar a cabo su plan.

—No será un banco. El banco os lo dejo a vosotros por si no queréis volver a Europa conmigo. Estuvimos hablando en París con un anarquista mexicano. Es de aquí, de Veracruz. Él nos reveló el mejor lugar para conseguir lo que queremos.

El puerto de Veracruz es uno de los más importantes de toda la América continental española. A su alrededor hay naves en las que se acumulan las mercancías, camionetas y camiones que cargan y descargan, estibadores, puestos donde se vende comida para los trabajadores. Jover les lleva hasta una de las naves; es de ladrillo y parece tener menos ajetreo que las demás.

—«Viuda de Carmona e hijo.» Ahí entraremos.

—¿Qué hay dentro?

—Lo que venían a buscar nuestros antepasados a América: oro, joyas…

—No puedes volver cargado de oro.

—Carmona compra todo tipo de piedras preciosas en la zona. Desde aquí salen hacia Europa, la mayor parte a Holanda. Hay unos pocos diamantes y muchas esmeraldas colombianas. Será lo que nos llevemos. Lo venderemos todo en París.

—Estará muy protegido…

—Tengo planos de la nave, de dónde está la caja fuerte. Tengo hasta la combinación para abrirla.

Parece demasiado fácil.

—¿Cómo has conseguido eso?

—Ahí, en el letrero, dice «Viuda de Carmona e hijo». En realidad, el matrimonio tuvo dos hijos: al segundo lo desheredaron. Vive en París y simpatiza con nosotros; él es quien nos lo ha facilitado todo.

* * *

La operación de cataratas, gracias a la que ha podido recuperar la vista y leer de nuevo; las visitas de su hijo, que aunque no quiera privilegios para su padre hacen mella en el trato de los carceleros; los

artículos de higiene que le lleva y el dinero que le da, imprescindibles para conseguir algo de bienestar; el olvido por parte de sus compañeros de la traición que cometió cuando lo encarcelaron… Todo redunda en beneficio de Laureano Valenzuela. De pensar que moriría en ese agujero que es la Modelo de Madrid a abrigar esperanzas de pasear libre por la calle, hay un abismo.

El atentado contra el general Martínez Anido, hace más de seis años, fue idea suya: él lo planeó, lo organizó, lo ejecutó. Sólo una cosa no estaba bajo control: la fabricación de la bomba. Su idea era usar una bomba Orsini, la más sencilla, igual a la inventada por el revolucionario italiano que le dio nombre para atentar contra Napoleón III; la misma que usaron tantas veces otros anarquistas antes que él: en el Liceo de Barcelona, en la boda de Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia, en casa del presidente Cánovas del Castillo, al paso del general Martínez Campos… Tan común es que algunas revistas satíricas representan siempre a los anarquistas con una Orsini en la mano.

No es difícil fabricar una: esféricas, con tornillos que hacen de proyectiles al saltar despedidos en todas las direcciones y unos dispositivos llenos de mercurio, que actúa como explosivo. Los anarquistas tienen manuales con las instrucciones para elaborarlas desde hace más de veinte años. El encargado de fabricarla fue Efraín Méndez, un compañero gallego que trabajaba en una vaquería en Zaragoza.

El general Martínez Anido, en aquella época aún coronel, participaba en un desfile en la capital maña con motivo del día de la Virgen del Pilar. Su fama le precedía, había sido condecorado en todas las campañas en las que participó con el ejército español: Cuba, Filipinas, Marruecos… Corría el rumor de que mandaba al combate, por delante de las tropas, a los soldados con fama de anarquistas para que fueran los primeros en caer.

Laureano no le contó nada a su hijo Ernesto, no quería cargarle con la responsabilidad de saber que esa mañana matarían a un enemigo de los trabajadores; no sería ni el primero en caer ni el último, pero Ernesto sólo tenía diecisiete años, aún no tenía edad para estar

involucrado en una ejecución, por muy anarquista que se sintiera. Laureano pensaba huir en la confusión que se crearía en el momento de la explosión, recoger a su hijo pequeño y partir hacia Barcelona. Allí se encontrarían con el mayor, Ramón, estudiante de medicina, y esperarían a que amainara el temporal antes de regresar a Aragón.

El día se despertó nublado y con lloviznas en Zaragoza. Pensaron que tal vez se suspendería el desfile, previsto para las once. Sin embargo, no tardó en abrir el cielo. Al paso por la calle de Alfonso I, llegando a la gran explanada de delante de la basílica de Nuestra Señora del Pilar, la bomba sería arrojada a los pies del caballo del general Martínez Anido.

Laureano ignora absolutamente qué pasó; sólo sabe que, cuando Anido estaba a más de cien metros del lugar convenido, se produjo una explosión terrible entre el público asistente. De Efraín Méndez, que tenía la bomba en las manos cuando estalló, no quedó ningún pedazo que se pudiera identificar. Hubo cinco muertos más. Laureano Valenzuela se salvó de milagro —si se puede hablar de milagros entre anarquistas— y sólo sufrió heridas en un brazo gracias a que otro compañero, Carlos Castañer, recibió en su cuerpo los trozos de metralla que le habrían matado a él.

En lo único que no se equivocó Laureano fue en que la confusión le permitiría huir, aunque no cumplir su plan de fugarse a Barcelona. Alguien le reconoció y la policía le esperaba en Torrero. Laureano los vio y logró ocultarse; el vecino del piso de abajo, un chaval que trabajaba en una panadería, Francisco Ascaso, le ayudó. Los tres días siguientes, hasta que fue descubierto al intentar salir de Zaragoza, le llevó noticias y comida a su escondite. No le dijo que su hijo Ernesto había sido detenido y que le estaban interrogando: él mismo se habría entregado.

Tardó varios meses en volver a ver a Ernesto. Su hijo estaba ya preparándose para ser policía: Martínez Anido lo había tomado bajo su protección, como años antes hizo con Paulino Pallás, el hijo de otro anarquista fracasado, igual que él. Anido sabía cómo lograr la fidelidad de esos chicos abandonados por su padre. Laureano no pudo hacer nada para revertir la situación: su hijo le odiaba, a él y a todo lo

que representaba, en especial al sindicato.

Ante la amenaza del garrote vil, prefirió traicionar a sus compañeros y desvelar algunos secretos de los anarquistas aragoneses. Se ha arrepentido muchas veces, pero el miedo fue superior a los ideales. Desde entonces vive en la cárcel Modelo de Madrid, separado de los suyos.

La única visita que recibe es la de Ernesto, para quien sigue existiendo aunque le demuestre una y otra vez su odio. Prefiere eso a la indiferencia de su hijo mayor, Ramón. Cuando se sometió a la operación de cataratas le mandó una carta; es médico y podía haber estado presente, haberle ayudado. Ni entonces, con su padre a punto de entrar en un quirófano, se dignó su hijo a contestarle. Laureano no lo entiende: la vida de su hijo mayor no se vio afectada por sus actos; siguió con sus estudios, acabó la carrera… Pese a todo, el pequeño, Ernesto, es quien más cerca está de él.

Laureano tiene que pensar bien la forma de pedírselo para que no se ponga a la defensiva; está seguro de que, si juega bien sus cartas, logrará que Ernesto interceda por él y Martínez Anido firme su indulto. Cuando se enteró de la desaparición de su nieta creyó que habían sido los anarquistas y que el perjudicado acabaría siendo él. Después se enteró de que era un asunto entre su hijo y su esposa: tal vez consiguiera aprovechar el mal momento de su hijo en su beneficio.

—¿Has sabido algo más?

—Cogió un barco hacia Buenos Aires con la documentación de una amiga. Pero no creo que llegara hasta allí. Pudo bajarse antes, quizá en Canarias.

—¿La amiga no lo sabe?

—La protege su familia y no he podido hablar con ella. Su marido es capitán y su suegro teniente general. Gente con dinero y poder.

Es su momento.

—Si ellos desaparecieran nadie la protegería.

—¿Y…? No les puedo matar. Si mato a un general, el mismo Anido acaba conmigo.

—Tú no… Yo sí. Sácame de aquí y te dejo a esa mujer sola.

La apuesta está hecha, ahora tiene que esperar a que la bola caiga

en su número.

Valenzuela sale de la cárcel Modelo dándole vueltas a la propuesta de su padre; quizá ésa sea una solución. Se sube en el tranvía hasta la red de San Luis. Ha decidido visitar a Nieves. En el piso de Barbieri le recibe la madame.

—Nieves no está.

—¿Cómo que no está? ¿Adónde ha ido?

—Se ha marchado de la casa.

Valenzuela la quita de en medio de un empujón, entra en el pasillo; todas las puertas están cerradas para que los clientes no se vean entre ellos. Sabe perfectamente cuál es la habitación de Nieves, la tercera de la derecha, la última; ha estado decenas de veces. Abre la puerta. Dentro hay una chica rubia con un hombre mayor. No es ella.

Recorre de vuelta el pasillo abriendo todas las puertas. Putas jóvenes, mayores, rubias, morenas… Algunas ocupadas y otras esperando clientes. Pero Nieves no está. Saca su pistola y apoya el cañón en la frente de la madame.

—Volveré mañana. Si Nieves no está, disparo.

* * *

Gregorio Jover y Ascaso han analizado bien todos los datos que tienen. Han pasado tres noches seguidas vigilando la nave. Han espiado desde la cercanía cualquier movimiento, horarios, trabajadores de las naves vecinas…

Una vez más, la elegancia de Ascaso ha servido para algo útil. Vestido con su mejor traje ha visitado al hijo de Cardona para hacerle una oferta por la nave. El propietario no la ha aceptado pero Ascaso ha podido verla por dentro y ha comprobado que los planos que Jover ha traído de Francia son fieles a la realidad.

Mientras, durante el día, Durruti y Paz se han dedicado a conseguir todo lo que les han pedido: herramientas, ropa oscura, linternas… Lo han comprado todo legalmente en muchas tiendas distintas para no llamar la atención en ninguna de ellas.

Ascaso lo necesitaba: estar ocupado, tener la cabeza llena de datos que confirmar, dudas que resolver, preocupaciones que soslayar. Apenas ve a sus compañeros; vigila por la noche, antes de acostarse les da la lista de cosas que tienen que conseguir y vuelve a la vigilancia al despertarse. Ellos están, durante todo el día, juntos y solos; si lo pensara se pondría celoso. Mejor no hacerlo.

El miércoles se reúnen para que cada uno sepa lo que tiene que hacer, el golpe será el día siguiente. Ascaso y Jover han pensado hasta en el menor detalle. Tienen que convencer a Durruti para que no se salga de su guión y haga lo que ellos le piden: no quieren ni improvisaciones ni exceso de valentía.

—Sin desviarte ni un metro de lo que te marcamos. Acuérdate de Majnó, el ucraniano.

—¿Qué pasa con él?

—Lo repetías siempre, él decía que los fracasos de los anarquistas eran por falta de organización. Eso no nos pasará mañana.

Llegarán al puerto a las doce en punto de la noche. Esperarán hasta las doce y media: a esa hora el vigilante entra en su garita y cena lo que haya llevado de su casa en una tartera; no hace la siguiente ronda hasta la una y cuarto. Para comprobar que no sale de la garita cuando no debe, Durruti se quedará vigilando.

Jover y Ascaso tienen cuarenta y cinco minutos para abrir la caja en la que están las esmeraldas, sacarlas y marcharse. Antes tendrán que entrar en la nave sin ser vistos, dormir a los dos perros que vigilan para que no hagan ruido, abrir la puerta de la oficina, la de la caja fuerte y salir sin ser descubiertos de nuevo. Para evitar posibilidades de encontrarse con el vigilante a la salida, huirán por la parte trasera, por el mar. Se descolgarán desde una ventana hasta una barca en la que Paz les estará esperando. Se alejarán y desembarcarán al final del muelle. Se reencontrarán con Durruti, que volverá andando, en la pensión en la que se alojan, en la calzada de Simón Bolívar. A las diez de la mañana, apenas ocho horas después del robo, las esmeraldas estarán en el equipaje de Jover, en un barco que parte camino de Portsmouth, Inglaterra. Los demás regresarán a Ciudad de México; antes pasarán un par de días en Tampico.

—No es difícil de aprender. ¿Alguien tiene alguna duda?

El jueves, a las once y media de la noche, salen de la habitación, todo está preparado: la barca en la que espera Paz, el guardia cenando, la carne con un narcótico para los perros. La puerta cede, la caja fuerte responde a la combinación que Jover trae de París. Están guardando las esmeraldas cuando suena un disparo. Algo ha fallado. Con prisas, corren hacia la parte trasera, salen por allí, se descuelgan por la cuerda hasta la barca y se alejan. No saben si Durruti ha disparado sobre el guardia o al revés.

Apenas hablan. Cuando llegan a la habitación nadie les espera. Paz está muy alterada.

—Tenemos que averiguar qué ha pasado.

—Hemos quedado en esperar aquí.

—Puede que le hayan matado.

—Si le han matado no le ayudará que vayamos.

Por fin llaman a la puerta. Allí está su compañero.

—Tuve que disparar al guardia, era él o yo. Salió de la garita, os iba a descubrir, intenté hacer ruido para distraerle pero sacó su arma y vino hacia mí.

—¿Ha muerto?

—No lo sé.

Paz rompe a llorar. Jover se levanta de la butaca en la que esperaba.

—Voy a prepararlo todo para subir mañana al barco.

—¿Conseguisteis las esmeraldas?

—Sí, ha sido un éxito.

Paz no aguanta más.

—Quizá haya muerto un hombre, ¿cómo podéis decir que ha sido un éxito?

Al día siguiente Jover regresa a Europa con el alijo. Los tres se quedan solos de nuevo.

* * *

El capitán del *María Eugenia*, que ha vuelto a Cádiz, recuerda perfectamente a una mujer que viajaba sola con su hija.

—Subieron en Cádiz en el último viaje, pero no llegaron hasta

Buenos Aires. Se bajaron antes. Lo que no sé es si fue en Canarias o en las Azores.

—¿El barco paraba en Azores?

—En principio no, pero tuvimos un problema en la sala de máquinas y tuvimos que atracar en la isla de San Miguel para unas reparaciones. A mí no me avisaron de que la señora y su hija se habían bajado del barco hasta después de zarpar de San Miguel. Puede que se apearan allí, pero también puede que nadie se percatara de su ausencia antes. La mujer tuvo mareos y apenas salía de su camarote.

Valenzuela no consigue sacarle más: Las Palmas o Azores. Pasea por Cádiz. Lo que está claro es que su mujer y su hija estuvieron en esa ciudad un día entero antes de embarcar. Prueba a mostrar su fotografía en los hoteles más importantes; quizá Rosa le dijera a alguien adónde viajaba. No tiene suerte en los hoteles céntricos, nadie las reconoce.

La que muestra es una foto que se hicieron en un estudio en Barcelona poco después de que Rosita cumpliera tres años. Es el único retrato de su hija que tiene; era el que adornaba la mesa de su despacho. Rosa ha demostrado que pensó hasta en los más mínimos detalles: se llevó con ella todas las fotografías que había en la casa. Si no encuentra a su hija, ese retrato será el único recuerdo que le quede de ella. Pensarlo le da ánimos para seguir buscando.

Antes de viajar a Cádiz, Valenzuela tuvo que soportar el enfado de Martínez Anido; cree que ha dejado de lado la persecución de los anarquistas. El ministro tiene razón, ahora lo que le preocupa es su hija, no tiene tiempo que perder en otros asuntos.

Nieves no ha vuelto al piso de la calle Barbieri. Ha huido con un novio que tenía, el repartidor de la tienda de ultramarinos de la esquina de Barbieri con San Marcos. A Valenzuela le parece ridículo perseguir a un mozo y a su novia: acabará de puta en la tapia del cementerio, las más baratas de Madrid. No piensa ir tras ella; bastante tiene con buscar a su esposa y a su hija. Tampoco ha matado, como prometió, a la madame del piso.

Rosa, en Santa Cruz de Tenerife, ha recibido una carta de su amiga

Fátima donde le cuenta la visita de su marido a su casa. Rosa no debería haberle escrito para darle su nueva dirección, pero le costaba mucho prescindir de un nexo de unión con su antigua vida. Quizá deba marcharse de Canarias, pero no sabe adónde podría ir; además no quiere huir, quiere una vida normal. Tiene que mantener la calma, estudiar sus posibilidades y no ponerse nerviosa.

No se lo contó a Valenzuela cuando pasó. Estaba embarazada de casi ocho meses, había engordado mucho y se movía con dificultad. Salía de su casa del barrio de Gracia para comprar el pan cuando un hombre se le acercó. Era uno de esos anarquistas a los que tenía tanto miedo. Usaba gorra y vestía un mono azul de obrero y alpargatas negras. No se había afeitado hacía una semana al menos, pero tenía la barba tan cerrada que daba la impresión de que volvería a crecer nada más pasar la cuchilla por la cara. Daba miedo y, sin embargo, su actitud no era amenazadora.

—¿Es usted la esposa de Ernesto Valenzuela?

—Sí.

—Sólo quería decirle que su marido es un asesino. Si tuviera conciencia, mataría a su hijo al nacer para que no quedara rastro suyo en el mundo y se alejaría de él.

Nada más, tras aquellas palabras se marchó. Para Rosa, en aquel momento, su marido era un héroe. Ahora sabe que el anarquista tenía razón, no en lo de matar a su hijo, claro, en lo de alejarse de él, en decir que era un asesino.

Ahora querrá volverse contra ella, buscará la forma de sacarle la dirección de su nueva casa a Fátima y, si la encuentra, aparecerá por la casita de la calle Porlier. Rosa teme morir a sus manos, bajo el árbol del patio de atrás, de cuya sombra tanto disfruta.

Valenzuela está dispuesto a ir a Canarias, a Azores, a buscarla por cada una de las islas sin cejar. No descarta hacerlo algún día, pero antes volverá a Madrid, hará que Anido confíe otra vez en él y hablará con la mujer del capitán Prendes para sacarle lo que sepa. Qué pena que López Mahón haya muerto, él le ayudaría encantado; con Wenceslao Herrera, su sustituto, no tiene tanta confianza.

* * *

Cada vez que salta uno de esos hombres desde una altura de más de treinta metros para caer en un mar que sólo tiene cuatro de profundidad, Paz cierra los ojos y su corazón se acelera. Después los abre enseguida, para buscar la cabeza del clavadista saliendo del agua del océano Pacífico; vivo una vez más. Rompe entonces en aplausos, como todos los que comparten el mirador con ella. Se pregunta qué pasaría si un día el saltador no saliera y el profundo azul del mar, al desaparecer la blanca espuma de las olas, se tiñera del rojo de su sangre. Prefiere no tener respuesta a su duda.

Entiende por qué los clavadistas saltan desde La Quebrada en esta tradición recién inventada. Muchos turistas americanos viajan a Acapulco, una pequeña ciudad de menos de quince mil habitantes, para verlos y dejan sus propinas en dólares. Caminan desde el centro de la ciudad, a poco más de diez minutos, para ver saltar a los jóvenes —hijos de los pescadores del puerto—; sentir el vértigo y el miedo de que calculen mal el momento en que abandonan la piedra y no lo hagan coincidir con la llegada de la ola, que el agua que los reciba no sea suficiente y se estrellen contra las rocas del fondo.

Lo que no entiende es por qué ellos están allí, por qué sus dos compañeros españoles se sienten tan atraídos por el espectáculo. Antes de llegar a la costa oeste, al pasar unos días en Ciudad de México, ocurrió algo parecido: no podían dejar de ver la lucha libre cada noche que hubiera velada en el Frontón Nacional. Un grupo de luchadores japoneses está en México y se enfrenta a los mejores luchadores mexicanos. Nombres como Kawamula o Hércules Sampson se han hecho familiares para ella. Igual que reconoce los gritos de dolor, el ruido de los golpes o el odio del público por el luchador enemigo. En la lucha, Durruti y Ascaso olvidan los problemas y se divierten como unos mexicanos más. Es como si no supieran vivir sin riesgo, propio o ajeno; como si los atracos, los atentados y la lucha no fueran un medio para llegar a la revolución sino fines en sí mismos.

En Acapulco, no tienen que llevar a cabo una «acción expropiadora», sólo esperan para embarcar hacia Santiago de Chile.

Paz cree que la fuga no acabará nunca, que tiene que liberarse y decidir dónde separarse de ellos. ¿Qué vendrá después de Santiago? ¿Buenos Aires, Lima? Otra vez robar, otra vez huir. Se quedará en algún sitio —no en México, que está demasiado cerca de Cuba—, los abandonará.

Pese a que los dos españoles compiten entre sí por ella, no está interesada en dos hombres para los que la vida es algo secundario, muy por detrás de la diversión que el peligro les proporciona. La política es sólo una excusa para sentir ese peligro; si la labor del sindicato fuera tranquila y burocrática se buscarían otra ocupación. Quizá no, quizá la ocupación fuera la misma: robar bancos. Lo que buscarían sería otra justificación para hacerlo.

El barco sale el jueves por la tarde. Hasta entonces, poco pueden hacer además de pasear, tomar baños de mar y asistir al espectáculo de los clavadistas.

Como en muchas ciudades mexicanas, en el zócalo, la plaza principal, se instalan puestos de venta, se reúne la gente, se escucha la típica música mexicana. Allí asistió por vez primera a una discusión entre los dos anarquistas españoles. El motivo fue ridículo: el deseo de Ascaso de comprar unas botas mexicanas de cola de cocodrilo. Habían vendido la parte de las esmeraldas que se quedaron tras el atraco a Veracruz por un precio muy alto y tenían dinero. Las botas no eran tan caras; a ella le parecían un capricho innecesario, pero tampoco se hubiera enfadado tanto como Durruti. Está claro que no era por las botas por lo que discutían, ésa sólo era la excusa para que estallara la tensión en que vivían desde que los conoció.

—¿Ahora los anarquistas tenemos jefes? ¿Ahora otros anarquistas son nuestros jefes? ¿Ahora tú eres mi jefe? A sus órdenes, sargento Durruti.

—Ese dinero no es nuestro.

—No, claro que no… Ni las botas serán mías, yo sólo las usaré… Cuando muera, volverán a la tierra.

Están en tensión, por Paz, por el recibimiento que les dieron los anarquistas en Ciudad de México tras el robo de Veracruz, por las amenazas de ser entregados a la policía… De nada sirvió que

ayudaran con la mayor parte del dinero recaudado para la creación de escuelas racionalistas, basadas en el ideario de Ferrer i Guardia, el educador catalán fusilado en la Semana Trágica de 1909. Su dinero fue aceptado y ellos rechazados.

No consiguieron encontrarse en México con los magonistas —los partidarios de Flores Magón—, sólo con anarquistas integrados en el sistema a los que Durruti nunca convenció.

—Los Errantes somos los que exponemos la vida por nuestras ideas. Vosotros peleáis contra el Estado dentro de la legalidad, nosotros fuera de ella. El dinero lo tomamos de la burguesía; no es lógico pensar que nos lo diera por simple demanda.

Durruti y Ascaso se han dado cuenta de que su gira por Sudamérica será cualquier cosa menos un viaje de placer.

No son placenteros, desde luego, los dos últimos días en Acapulco. Paz sólo desea que llegue el día de subirse al O*riana*, el buque que les dejará en el puerto chileno de Valparaíso el día 9 de junio. En el barco, sus dos compañeros de viaje tendrán dos posibilidades: hacer las paces o tirar al otro al mar. Cualquiera de las dos opciones es mejor que el silencio del final de la estancia mexicana.

6

Santiago de Chile, junio de 1925

Cuando las personas no se entienden, cualquier situación sirve de mecha y la menor discusión provoca fricciones que la encienden. Paz lo quiere evitar en el *Oriana*, el barco en el que abandonan Acapulco, aunque no está segura de ser capaz de conseguirlo.

Para eludir problemas con las autoridades al llegar a Chile, Paz, Ascaso y Durruti viajan en primera clase. Han comprobado que es lo más eficaz para alejar a los policías: las fuerzas del orden no tienen ningún interés en mantenerlo y sí en hostigar a los pasajeros de tercera; estén en el país que estén, vayan a donde vayan, se repite el mismo comportamiento. La policía ha perdido su conciencia de clase, sus miembros están más preocupados por ser peones de la burguesía que por hacer cumplir la ley o defender a los que son obreros como ellos.

Han contratado dos camarotes, al igual que en los hoteles alquilan dos habitaciones. Teóricamente, uno es para Miguel Mendoza y esposa y el otro para su administrador, Genaro Bálmez. Es decir, según las fotografías de los pasaportes falsos, en uno deben dormir Buenaventura y Paz y en el otro Ascaso.

Lo normal, hasta ahora, hubiera sido que uno se lo quedara Paz y el otro los dos anarquistas españoles. En el *Oriana*, un buque con bandera chilena, el camarote del capitán está situado junto al resto de los de primera clase, justo al lado del que ocupará el matrimonio

Mendoza. No pueden arriesgarse a que el capitán Basilio Cooper sospeche de la falsedad de sus documentos; sería embarazoso explicar que el marido abandona a su esposa para dormir con su administrador. Se harán pasar durante veinticuatro horas al día por lo que dicen ser en los papeles: un matrimonio compuesto por un acaudalado peruano de origen español y una joven y bella cubana.

El *Oriana* recorre la costa oeste del continente, la que da al océano Pacífico, desde Acapulco, en México, hasta Valparaíso, en Chile. Hace varias escalas por el camino: en Panamá, Ecuador y Perú. En el último puerto es donde más cuidado deben tener: la documentación falsa que consiguieron en Mérida es peruana y lo bastante fiel como para engañar a la policía en cualquier país excepto en Perú; allí es más fácil que un funcionario de aduanas descubra alguna anomalía y la observe con más atención. En el tiempo que tarden en llegar, tendrán que buscar una excusa para no bajar del barco en el puerto de El Callao.

Paz esperaba que sus dos compañeros de travesía se vieran obligados a pasar muchas horas juntos, compartiendo la estrechez del camarote de un barco, y que eso les llevara a recuperar su amistad. Resulta todo lo contrario, apenas coinciden durante el viaje y casi no se hablan. Lo único bueno es que no han discutido, han preferido ignorarse; Ascaso ni siquiera ha protestado o dejado sentir sus celos por la decisión de Paz y de Durruti de dormir juntos. Comparten mesa en las silenciosas y tensas comidas, poco más. Durante el resto del día, Durruti busca la charla y la compañía de los marineros; Ascaso prefiere la biblioteca y las partidas de cartas con otros viajeros.

Sin el consejo continuo de Ascaso, Durruti resulta excesivamente tosco en sus formas para el viaje en primera: no tiene buenos modales en la mesa, no sabe cuándo debe quitarse la gorra, no conoce las normas más elementales de protocolo… Paz ha tenido que inventar una historia para justificarlo: su marido llegó a Perú como un simple inmigrante, un tipo sin educación, minero en su país, y tuvo la suerte de hacerse con la concesión de unos yacimientos en los que se descubrió oro que le han convertido en un hombre inmensamente rico. No tiene modales pero sí fortuna; Paz le confiesa a otra viajera que, poco a poco, con la ayuda de su elegante administrador, confía

en ser capaz de refinarlo.

La travesía no presenta más problemas: mar buena, barco confortable, comida exquisita; ni comparación con la que hicieron en tercera entre Le Havre y Nueva York unos meses antes. Tampoco sufren contratiempos en el puerto de El Callao; a nadie le preocupa si bajan o no del barco. Las autoridades peruanas no se inquietan por la presencia de unos compatriotas que se desplazan en primera, nadie les pide sus papeles. Primera y tercera no sólo son clases distintas, son mundos y vidas que no tienen nada que ver. La gente de primera va a donde le da la gana y se baja del barco si quiere y si no, no baja. No es asunto de los policías: ellos son sus lacayos, no sus guardianes.

Paz intenta mantener algunas conversaciones con un arisco Ascaso, pero desiste cuando se da cuenta de que él no las desea. Si supiera que Durruti se comporta como un caballero con ella en cuanto cierran la puerta del camarote… Se acaba en ese momento la parodia de matrimonio amante que representan fuera y el leonés duerme en un sofá mientras ella se acuesta en la cama. Sólo un día en el que él estaba mareado ocuparon ambos el enorme lecho, vestidos y a conveniente distancia el uno del otro. Ascaso no imagina que, de haber compartido el camarote con él, a Paz le habría costado mucho no buscar un mayor acercamiento.

Ella ha conocido a muchos anarquistas en Cuba —su padre y sus amigos—, y ninguno estaba tan obcecado con su ideología como estos dos españoles. Todos disfrutaban de lo que la vida les daba. Las reuniones de los compañeros del sindicato eran alegres, compartiendo cerveza casi helada, escuchando música… Uno de los mejores amigos de su padre, Carmelo, llevaba su guitarra y, aunque empezara cantando canciones revolucionarias, siempre acababa tocando los últimos éxitos para que todos se divirtieran. Ascaso y Durruti son todo lo contrario. Paz tiene la impresión de que, de tanto soñar con el otro mundo del que hablan, se les ha olvidado que es en éste en el que deben vivir.

En las cercanías de Valparaíso, a medida que el barco se dirige al sur, vuelve una sensación que casi habían olvidado: el frío. Es invierno en el hemisferio austral y la temperatura de madrugada no llega a los

cinco grados; soportable para los españoles, no para Paz, una cubana acostumbrada al clima del trópico. El frío anuncia su llegada a Chile, se acaban las vacaciones que han supuesto las dos semanas de barco, vuelven la política, las expropiaciones, la vida azarosa.

Valparaíso es una ciudad de cerros que se asoman al mar, con casas de todos los colores imaginables encaramadas a ellos. Aún se notan las consecuencias del terremoto de 1906, el que destruyó por completo la ciudad y causó más de tres mil muertos. Los porteños, como llaman a los habitantes de Valparaíso, han tenido que reconstruirla usando la madera, el hierro y los forjados: construcciones flexibles que no se vuelvan a caer si hay otro seísmo. Desde el mar, es un lugar colorido y feliz. Es lo que Paz espera de Chile: felicidad, tranquilidad. Quisiera, además, sentirse tan a gusto que deseara quedarse para siempre.

La intención de sus compañeros es marcharse de inmediato a Santiago de Chile, a unos ciento treinta kilómetros, sin siquiera dormir en Valparaíso; trasladarse desde el puerto hasta la estación de Bellavista y subir en un tren camino de la capital. Allí está la sede del IWW, siglas de Industrial Workers of the World, un sindicato libertario de origen norteamericano presente en muchos países, entre ellos Chile. Recibieron en México una carta de García Oliver anunciándoles los contactos que había hecho con ellos y el lugar donde debían presentarse a su llegada a Santiago.

No estarán solos en esta tercera etapa del viaje: los anarquistas chilenos, muy débiles aún, quieren aprender de ellos algunos de sus métodos de acción directa. Los españoles están deseando empezar a actuar.

Durruti y Ascaso no desembarcan pensando en quedarse en Chile, como Paz, sólo quieren dinero para mandarlo a España y cruzar la cordillera hacia Argentina, quizá volver a Europa pronto. Ninguno de los dos debe de haberse fijado en la belleza y el colorido de la ciudad en la que ha atracado el *Oriana*.

* * *

En el Paseo de Moret, a muy pocos metros del Parque del Oeste, está la salida de la cárcel Modelo de Madrid. Allí se acaba la ciudad,

aunque hablan de que se construirán, aún más lejos, edificios para las universidades que ahora están repartidas por todo el centro. Se han asignado terrenos para ello; las autoridades usan el rimbombante nombre de Ciudad Universitaria. Laureano Valenzuela no esperaba atravesar esa puerta con vida, mucho menos que su hijo Ernesto le estuviera esperando, sentado al volante de un Alfa Romeo Roadster del año 24.

—Gracias por ayudarme a salir.

—Sabes para qué te he sacado: quiero a esa mujer sola; tienes que ocuparte de los dos, del general y de su hijo, el capitán Prendes.

—Lo haré.

—Si no los matas me encargaré personalmente de que vuelvas a la cárcel. Y no a la Modelo, buscaré una más dura: África. Dicen que en África tenemos cárceles que te harían vender a tu propio padre para salir.

Vender a tu propio padre; a su hijo, desde luego, no le costaría en absoluto. Ernesto ni siquiera lo invita a subir en el coche, le entrega un sobre con dinero, quinientas pesetas, y un papel en el que están los nombres y la dirección de las dos personas a las que debe matar. Después se marcha y Laureano se queda solo, pensando que le hubiera gustado un recibimiento más afectuoso. Siempre la misma decepción; no se acostumbra a que para los demás, especialmente para sus hijos, él no se merece nada.

Lleva una maleta pequeña con algo de ropa, una carta de recomendación del oficial bajo cuyas órdenes estaba en el taller carcelario para que le den trabajo en una fábrica de alpargatas en el pueblo de Chamartín de la Rosa y una cartilla con los ahorros de sus años de trabajo dentro de la prisión.

Vive en Madrid hace varios años, pero siempre en la cárcel, no conoce la ciudad. Algunas personas tienen, sin embargo, un sexto sentido para encontrar las zonas donde la miseria y los delincuentes campan a sus anchas, los barrios chinos de cada ciudad. Laureano lo tiene. Su brújula le hace encaminarse hacia la Gran Vía, una avenida hecha a golpe de pico y pala, aún sin terminar, y meterse por las calles pequeñas que la cruzan en busca de una pensión. Pronto está donde

quería, lo reconoce y se mueve a la perfección en sitios así. Encuentra habitación en una pensión que se esconde tras un portal lúgubre en la calle de Tudescos, en un edificio viejo, de los que se han salvado del derribo por pocos metros. Le atiende una mujer de unos cincuenta años, la patrona. Dice llamarse doña Alicia; seguro que años atrás tuvo un apodo —*la Tacones, la Meneos* o cualquier otro similar, piensa mientras la ve caminar— y pagó el piso donde puso la pensión a base de andar la calle en la que está, de un lado a otro, millones de veces, ofreciéndose a todo el que pasara.

—¿Se quedará muchos días?

—De momento pagaré una semana, después veremos.

—Me tiene que avisar.

—Le tengo que pagar, es lo único que tengo que hacer. Ahora déjeme solo.

La ciudad se ha llenado de coches. Le parece una locura, dos veces ha estado a punto de ser atropellado en el camino. También está llena de ruido y de gente, es mareante. Si no tuviera tantas cosas que hacer, no saldría de la habitación.

Conseguir un plano de Madrid, una pistola, un cocido, una botella de vino y un par de copas de coñac, un afeitado, un corte de pelo y una mujer son sus prioridades. Después pensará en el general y en el capitán Prendes.

En algo ha evolucionado igual que su hijo: no es anarquista. Ahora le dan exactamente igual las condiciones de los trabajadores o la justicia del mundo, sólo se preocupa por sí mismo; matar al general y al capitán no será un acto social sino egoísta. Hace años no lo hubiera hecho, hoy no le supone remordimiento alguno; es lo que ha aprendido en las cárceles burguesas. No sabe qué pasará después: tal vez se quede en Madrid, tal vez viaje a Barcelona. No volverá a Zaragoza, tampoco a la cárcel, y no se jugará más el cuello por alguien que no sea él mismo.

Conseguir una mujer no será problema, están en la misma calle de Tudescos, o en la cercana de la Flor Alta. Ahora, cerca del mediodía, sólo hay viejas a punto de jubilarse; las más jóvenes saldrán al caer la tarde. Después de esperar años, puede hacerlo unas horas más.

Aún no se ha cruzado con sus compañeros y compañeras de pensión por los pasillos pero sospecha que, tras las puertas vecinas, muchas de las prostitutas que verá en la calle más tarde duermen los excesos de la noche anterior. No es el hotel Ritz, tampoco un hostal para viajantes; es un lugar para gente como él: ex presidiarios, ladrones y putas.

El resto de lo que necesita no es complicado de encontrar: el cocido, el vino y el coñac en una taberna de Ballesta; el afeitado en un barbero de la calle Silva; una gorra que oculte sus facciones, un poco más lejos, en una sombrerería de la Plaza Mayor.

La pistola también sabe cómo conseguirla, en las cárceles es una información muy fácil de averiguar. Tiene que coger en Sol el tranvía número 4, el que sube la calle de Alcalá hasta Ventas. En el barrio de las Ventas del Espíritu Santo, detrás de donde se está construyendo la nueva plaza de toros, hay una zona de casas bajas junto al arroyo Abroñigal, una de las zonas más peligrosas de Madrid.

Debe buscar una chabola que ocupa un hombre al que conoció en la Modelo, Paco Cortés, *el Pinzas*. Le llaman así porque en la mano derecha sólo tiene dos dedos que forman una pinza como las de los cangrejos; dice que es perfecta para contar los billetes. Le venderá una Star, igual a la que tenía antes de entrar en la cárcel. La conoce perfectamente, no será la primera vez que mate con ella.

Paco el Pinzas tampoco es anarquista; le da igual la política, es perista. Parte de lo robado en Madrid acaba en la parte de atrás de su chabola. Compra todo tipo de objetos sustraídos para después revenderlos. La pistola que Laureano se lleva por quince duros, setenta y cinco pesetas, incluyendo una caja de cincuenta balas, procede del robo de la vivienda de un diplomático francés.

Mientras Laureano está en las Ventas, llega un chico joven con un cuadro robado en el cercano barrio de Salamanca. Se conforma con las veinticinco pesetas que Paco le da por él. El cuadro, pequeño, representa un banco en un parque y está firmado por un tal Ángel Lizcano. No conoce al pintor, pero está seguro de que el cuadro vale por lo menos diez, veinte o cien veces lo pagado por Paco.

—Éste es un buen negocio.

—Más rentable que la política.

—Yo he dejado la política. La pistola no la necesito para nada que tenga que ver con el anarquismo; es para ganarme la vida.

—Si necesitas vender algo, aquí estamos… Y si buscas trabajo, pásate de vez en cuando. A veces me llegan encargos que pagan muy bien.

—¿Qué tipo de encargos?

—Gente que odia a otra gente y prefiere gastar su dinero que seguir viéndola.

Quizá vuelva cuando acabe el encargo que tiene entre manos; quizá no tenga que coser más alpargatas.

De noche, como él pensaba, su calle y las vecinas hierven de actividad. Escoge a una chica joven; podría ser, más que su hija, su nieta. Rubia, con pelo corto y ojos claros, dice llamarse Nati. Sube con ella a la pensión. La observa mientras se desnuda: está muy delgada y es muy blanca de piel, tiene los pechos muy pequeños y una cicatriz en la espalda, tal vez de una cuchillada.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Uno como tú. Uno que acababa de salir de la cárcel.

—¿Cómo sabes que acabo de salir?

—Lo huelo. Hueles a perdedor.

No le extraña que le acuchillaran la espalda, él mismo tiene ganas de hacerlo. Nati tendría que aprender que es mejor callarse. En lugar de guardar buen sabor de boca de su encuentro, se llevará dureza y desprecio de su cliente, por el mismo precio.

* * *

La cordillera de los Andes nevada hace de Santiago de Chile un lugar casi irreal. Su imponente visión está presente desde cualquier punto de la ciudad. Su belleza espectacular contrasta con la pobreza de sus barrios marginales, con las callampas de sus afueras. En el centro y en los barrios burgueses, las montañas son un marco más adecuado, un complemento perfecto para sus edificios modernistas, sus palacios y mansiones señoriales al estilo europeo. Es una ciudad de más de medio millón de habitantes, bonita, moderna, congestionada,

apasionante… Y muy fría; según los periódicos, el invierno de 1925 es el de temperaturas más bajas que se recuerda en la capital chilena. Un frío excesivo para una joven cubana, que olvida por su causa los deseos de quedarse para siempre a vivir allí.

Paz, nada más llegar, ha obligado a sus dos compañeros de viaje a sentarse y discutir lo que harán en la capital chilena. Tienen que decidir si seguirán haciéndose pasar por ricos o volverán al trabajo para mantenerse, si vivirán en un hotel o alquilarán una casa.

—Nos ganaremos la vida, lo que hemos hecho siempre. Lo de hacernos pasar por ricos está bien para pasar fronteras, nada más.

—Estaremos poco tiempo en Chile. Lo justo para entrar en contacto con los compañeros anarquistas, dar un golpe y marcharnos a Argentina, apenas un par de meses.

—¿Por qué Argentina?

—Hay anarquistas italianos, españoles, judíos rusos, muchos antiguos compañeros. Además, han llegado millones de emigrantes desde Europa. Si tenemos que establecernos una temporada en algún sitio, será donde más desapercibidos pasemos.

Los dos españoles están de acuerdo, por lo menos en eso han conseguido no discutir. Los tres deciden alquilar una casa para los dos meses que pretenden estar en Santiago. Buscan un lugar humilde: dejarán de hacerse pasar por ricos e intentarán trabajar, igual que en otros sitios.

En la sede de IWW, en la avenida Matta, en el centro de Santiago, entran en contacto con Guido Casteglione y Pedro Nolasco Arratia. Serán su nexo con los anarquistas chilenos. Ellos les ayudarán a establecerse, les facilitarán la información que necesiten y les acompañarán cuando llegue el momento de dar el golpe. Los correligionarios chilenos se quedarán con la mitad del botín, la otra mitad viajará a España. A Durruti y a Ascaso les parece excesivo donar un porcentaje tan alto, pero la experiencia mexicana les ha enseñado que es mejor no enfrentarse a los que en teoría deberían ayudarles.

Los chilenos conocen a la Banda de Durruti desde antes de su llegada: en sus periódicos han informado sobre Ascaso, sobre Durruti, sobre García Oliver… Nadie debe saber que son ellos, que han llegado

al país, pero son una especie de héroes entre los libertarios chilenos y será difícil mantener el secreto.

Con la ayuda de los enlaces chilenos encuentran una casa baja en el barrio de Providencia, cerca del Cerro de San Cristóbal. En la zona están las casas de las clases más favorecidas, pero también las de la clase media formada por profesionales europeos. A Ascaso le hace evocar la que le sirvió de guarida en Zaragoza después de ajusticiar al cardenal Soldevila, la del barrio de las Delicias. Recuerda a Teresa Claramunt. Lo último que sabe de ella es que salió de la cárcel y que su estado de salud es malo. Espera verla antes de morir; desea que no muera antes de ver a los Borbones fuera de España.

Tiene presente todo lo que ella le contaba de la lucha por la igualdad de la mujer. Incluso en Chile, un país con una constitución nueva aprobada pocos meses atrás, se establece que los presidentes del país y el Congreso Nacional se elijan mediante sufragio masculino directo. Se excluye, como en tantas partes, a las mujeres.

—En España se excluirá a todo el mundo, a mujeres y a hombres. ¿Para qué votar si estamos en contra de la existencia de un gobierno?

Aunque sólo sea sobre organización y temas políticos, Durruti y Ascaso han vuelto a hablarse. Puede tener que ver con que la nueva casa tiene una habitación para cada uno de los tres. Buenaventura y Paz han dejado de dormir juntos, Francisco no sufre los atenazadores celos que sentía en el barco. Paz sabe que, por mucho que los quisiera ocultar, ése era el problema entre los dos.

Casteglione y Arratia, los dos anarquistas chilenos que se han convertido en apenas tres o cuatro días en parte de su paisaje santiaguino, le recuerdan de alguna manera a ellos. Arratia es hijo de un vasco y una chilena, una auténtica india mapuche, según él. Es alto, fuerte, decidido e incapaz de hablar en voz baja.

Casteglione, hijo de italianos llegados de Sicilia, es enjuto y de corta estatura, muy observador e inquieto. Está convencido de que toda su vida es un error.

—Mis padres tenían familia en Nueva York. Salieron de su pueblo, Caltanissetta, en Sicilia, hacia Palermo con intención de subirse en un barco que les llevara a Nueva York. ¿Cómo acabaron en Chile? No lo

sé, y ellos nunca han sido capaces de explicármelo.

Ascaso se ríe con él. Le gusta acompañarle a un garito en la calle Puente, cerca del río Mapocho. Allí se juega al póquer, juego en el que Casteglione se desenvuelve con soltura, incluso con trampas: es muy hábil con las manos, se le nota que ha tocado el piano durante años. Ascaso, a quien no le gusta apostar, se conforma con echar —y perder— partidas de ajedrez con cualquiera que busque contrincante.

El italiano trabaja de camarero en el hotel Crillón, uno de los más lujosos de Santiago; allí se celebran las fiestas y recepciones de la alta sociedad y a menudo hace falta contratar camareros por días para los banquetes. No le cuesta nada hacer que llamen a Ascaso en esas ocasiones.

Arratia, el hijo del vasco con la mapuche, trabaja en una imprenta, una de las ocupaciones habituales de los anarquistas más destacados. También él le consigue trabajo a Durruti, como mecánico para las máquinas de la imprenta. El leonés tiene una habilidad especial para poner a funcionar cualquier máquina, da igual para qué haya sido fabricada.

Arratia y Durruti no sólo comparten el trabajo, también sus aficiones como en el caso de Ascaso y Casteglione. Arratia, de padre vasco, es un gran jugador de pelota y lleva a Durruti a un frontón de la calle Libertad. Allí se enfrentan los jugadores locales y, de vez en cuando, viaja un grupo de pelotaris españoles. Las apuestas suben entonces como la espuma.

—¿Cuándo echamos un partido nosotros?

—Cuando quieras, pero te aviso de que éste es un juego de españoles, no creo que los chilenos estéis preparados… Si le doy muy fuerte y te hago daño en la mano, me avisas.

—Verás la paliza que te doy. Soy medio vasco, así que juego mejor que cualquier leonés.

Entre risas, van descubriendo la ciudad, estudiando las posibles acciones, conociendo a sus iguales.

El anarquismo en Chile está poco desarrollado. Debido a su lejanía no han llegado tantos inmigrantes europeos, los mensajeros más habituales de la difusión del ideal libertario, como a otros países de la

zona. Aun así, hay historias que los anarquistas locales cuentan una y otra vez: la matanza de obreros del puerto de Valparaíso en la huelga de 1903; la Semana Roja de Santiago de dos años después, cuando el pueblo se levantó en contra del aumento de los precios de la carne; la masacre de la Escuela de Santa María de Iquique, en 1907, en la que se dice que perdieron la vida tres mil seiscientos trabajadores… Éstas son las acciones más importantes, y en los últimos años el panorama no ha cambiado: huelgas y represión burguesa a tiros. De alguna forma, es una situación similar a la vivida en Barcelona unos años atrás. El paralelismo se extiende a la desaparición de sus grandes líderes: el español, Salvador Seguí, el *Noi del Sucre*, murió asesinado; el chileno, Luis Emilio Recabarren, convertido al marxismo tras la revolución soviética, se suicidó hace un año.

«Entre la clase trabajadora y la clase patronal, no hay nada en común», defiende la IWW, a la vez que lucha contra el Estado, el capitalismo y la religión a través de la huelga, la violencia y el sabotaje. Es una ideología con la que están de acuerdo y se sienten cómodos. Un anarquismo como el que ellos conocen, no como el que han visto en México. Chile es sólo una escala para ellos, pero el lugar en el que más a gusto se han sentido desde que comenzó su periplo.

Paz se ocupa de la casa —aún no tiene trabajo— y de los encargos que le hacen para preparar los golpes. El primero ha sido visitar el Club Hípico de Chile, en el barrio de la República, y anotar todo lo que ve. Hay carreras los lunes y los viernes, de vez en cuando un domingo. Va con Durruti y Arratia unas veces y otras con Ascaso y Casteglione. A ninguno de los dos ácratas españoles le gusta jugar y ella es quien apuesta algunos pesos para no llamar la atención. Ha descubierto que le encanta observar los caballos, escoger el que le parece más veloz y apostar por él. Casi nunca acierta con el que ganará. Apuesta por los que tienen nombres que le gustan: Huracán, Huasito, Centella… Sólo una vez obtiene beneficios; el nombre del animal la conquistó enseguida: Errante. Ese día, Ascaso también apostó y su victoria les hizo sentirse felices: los otros Errantes, ellos, también llegarán destacados a la meta.

Entre carrera y carrera se fijan en la cantidad de dinero que se juega

—mucho más los viernes—, en el número de empleados que hay, en las medidas de seguridad.

—Hay dos opciones, atracar el club un día de carreras o asaltar el vehículo en el que se llevan la recaudación. Depende de lo que nos queramos arriesgar.

—Lo menos posible.

Si atracan el club, hay mayor riesgo de herir a alguien y la huida se puede complicar; por otro lado, el vehículo en el que viaja el dinero está custodiado por hombres armados, hay más posibilidades de encontrar oposición.

—Lo que más abunda en el club hípico no son los trabajadores. Hay pocas posibilidades de que matemos a uno de los nuestros.

—Pero bastantes de que suceda algo imprevisto. Un aficionado que lleve pistola al cinto, alguien que se quiera hacer el héroe: más gente alrededor que no podremos controlar.

Arratia y Casteglione, los chilenos, no dan su opinión. Acatarán lo que digan los españoles, que son quienes tienen experiencia. Su objetivo es quedarse con la mitad del botín que se obtenga para financiar el sindicato y surtir de maquinaria una imprenta. Casteglione aspira a que sobre dinero para la que sería su gran pasión: montar obras de teatro con el fin de difundir el ideario anarquista entre los trabajadores chilenos.

Deciden atracar el vehículo fuera del club hípico y acuerdan la fecha, el primer viernes del mes de julio. Ese día empezará su labor expropiadora en el país andino.

* * *

Mimí, o Amalia, como la llama Joan García Oliver cuando abandonan el cabaré en el que actúa, se ha revelado como una mujer muy celosa. La misma que, desnuda en el escenario, adopta las posturas necesarias para que nadie del público deje de ver ninguna parte de su cuerpo, la misma que escoge a uno de los espectadores para que introduzca los dedos en su sexo en busca de la incómoda pulga, organiza escándalos cada vez que ve a su amante hablando con una mujer o cada vez que sospecha que sale a la calle para hacerlo.

Sus celos son enfermizos e infundados; Oliver la descubrió un día siguiéndole hasta la fábrica de muebles en la que trabaja; la bailarina quería comprobar que era verdad que acudía allí, como si el olor del barniz no le acompañara donde va. Amalia no se creía que no visitara a mujeres cuando salía de la pensión en la que comparten habitación.

La vigilancia continua es lo menos adecuado para alguien que necesita que el secreto forme parte de su vida. García Oliver hace ciertas cosas que nadie debe saber, sobre todo una pareja celosa.

Amalia aparece en medio de una reunión de Oliver con Raffaele Schiavina, el anarquista italiano que le sirve de enlace para el atentado contra Mussolini. No contenta con interrumpir, prorrumpe en grandes gritos para llamar la atención sobre ellos. De nada les ha servido encontrarse en el café de la place de Saint-Michael, lugar escogido por ser de los menos frecuentados por los sindicalistas. Todos los clientes se han vuelto para mirarles; pronto, la noticia de su reunión llegará a todos los servicios secretos presentes en París.

Es imposible para Oliver conseguir que Amalia se calle sin recurrir a lo que nunca había hecho y nunca pensó que haría con una mujer: abofetearla. Lo ha criticado muchas veces, ha condenado al ostracismo a compañeros por ello —sólo un cobarde golpea a su compañera—. El único consuelo que le queda después es que la bofetada no ha tenido que ver con su vida personal sino con su seguridad y la de Schiavina. Amalia, al menos, ha dejado de gritar, y ha podido sacarla del café, sintiendo sobre él la mirada reprobadora de todos los presentes, llevándola del brazo hasta la calle.

—¿Quién es tu compañero? ¿Otro como tú? ¿Compartís alguna amante?

Amalia insistía como si, tras el impacto inicial, hubiera olvidado la bofetada y sólo volviera a tener en la cabeza la idea que traía, la de estar siendo engañada por su amante.

Oliver tiene que acabar su relación con ella; lo último que necesitan él y los suyos es una amante despechada que pueda informar a alguno de sus muchos enemigos.

—Voy a entrar en el café otra vez. Te vas a marchar al hostal y no me vas a seguir. Sabes que eso es lo que te conviene hacer y me vas a

obedecer. Esta noche recogeré mis cosas mientras estés actuando y no me verás más.

García Oliver entra en el café sin mirar atrás. Schiavina —no sabe por dónde— ha desaparecido. Por culpa de los celos de Amalia ha perdido el contacto con él y deberá esperar a que vuelva a dar señales de vida. Schiavina está muy perseguido por la policía italiana, incluso en París, y cuida al máximo sus apariciones para no ser descubierto. García Oliver desconoce la forma de encontrarlo. Si el italiano ha dejado de confiar en el español, quizá no puedan llevar a cabo el atentado contra Mussolini. Sería patético que el Duce siguiera con vida gracias a una madrileña que hace un espectáculo casi pornográfico en un antro sórdido cercano a la place Pigalle parisina.

En el boulevard Haussmann, bajo la ventana de la pensión en la que comparte habitación con Amalia, Oliver vive uno de los momentos más vergonzosos de su vida mientras ella, que ha faltado al trabajo en el cabaré, le arroja su ropa, sus libros, sus pocas posesiones a la calle. Tiene que correr a esconder su pistola cuando cae, antes de que una pareja de policías que se acerca para ver a qué se debe ese revuelo, la descubra.

Tras perderlo casi todo en medio de la calle, García Oliver se encuentra sin un lugar donde pasar la noche; la única opción es unirse a los *clochards*, los mendigos, que duermen en la Gare d'Austerlitz.

Al día siguiente se muda a casa de Domingo Ascaso en Saint-Denis. De vuelta a la camaradería con sus compañeros, al barrio lleno de obreros anarquistas españoles. Tiene que dedicarles todo su tiempo a ellos; si no pueden matar a Mussolini, matarán a Alfonso XIII.

* * *

Ascaso está en la cocina, intenta preparar un plato típico chileno, una empanada de carne —allí la llaman «empanada de pino»—. Está mezclando los ingredientes de la masa en las proporciones que le enseñó doña Javiera, la madre de Pedro Nolasco, una indígena chilena, en su casa: harina, sal, manteca, leche.

Mientras amasa, recuerda cuando su padre le enseñaba de niño a hacerlo, en Almudévar. Apenas conserva la imagen de su padre en la

memoria; la que recrea está reconstruida a partir de la foto de la boda que su madre siempre tuvo en la pared del comedor. Sabe que murió muy estropeado, tras una larga enfermedad, pero él siempre lo imagina como un hombre joven, un hombre en el día de su matrimonio. Los muertos no envejecen en la memoria, siempre tienen la edad de su última foto.

Paz entra en la cocina. Ascaso evita mirarla para no fijarse en que ha salido de su dormitorio con la ropa de dormir y un poncho chileno de lana, que le regaló la madre de Pedro, echado por encima. Está guapa y, ante los interesados ojos de Francisco, atractiva y sugerente.

—¿Vas a hacer empanadas como las del otro día?

—Lo voy a intentar. Doña Javiera me enseñó. Espero no pasarme con el chile. ¿Sabes si tenemos rodillo?

—Yo no lo he visto.

—Me apañaré con una botella.

Paz se queda observándole mientras amasa. Él prefiere centrarse en el trabajo y no mirarla.

—Se te da bien.

—He pasado años haciéndolo… Mi padre era panadero y me enseñó. Te lo he contado, ¿no?

—Sí, déjame a mí.

Paz se pone junto a él y mete las manos en la masa. Él le enseña cómo meter los dedos, estirar, volver a formar una bola, echar harina sobre la superficie de la mesa para que no se pegue. Paz le coge las manos y hace que Ascaso se sitúe detrás de ella, rodeándola con los brazos. Continúan amasando entre los dos. Pronto, ella abandona la masa y, sin separarse, se vuelve. Le besa. Francisco, como si no supiera qué hacer, sigue con las manos en la mezcla de harina, manteca y leche. Paz le besa otra vez.

—Vamos al dormitorio.

No le deja ni limpiarse las manos. Tira de él y, en cuanto están en la habitación, se saca toda la ropa de una vez por la cabeza. A Francisco no le da tiempo a fijarse en Paz antes de que ella se pegue a su cuerpo y le empiece a desabrochar los botones. Molesta con uno que no consigue desabotonar, da un tirón hasta que salta.

—Vamos, ayúdame, ¿a qué esperas?

No está muy acostumbrado a estar con una mujer. Él se ha dedicado a la política y su experiencia con el sexo es limitada: una novia joven en Zaragoza, unas cuantas noches en el barrio chino de Barcelona, alguna sirvienta española en París… Pero da igual, no se nota su indecisión, es ella la que dirige sus movimientos, sus besos, sus posturas. Él se limita a dejarse llevar, a usar en algunos momentos sus manos como hace un momento las usaba para amasar.

Francisco no se atreve a decir nada, como si hacerlo fuera a arruinar el momento. Ella es la única que habla, grita, gime.

Al acabar, vuelve el silencio y los dos se abrazan en la cama.

—Buenaventura debe de estar a punto de llegar.

—Sí, es mejor que salgas de mi cuarto.

Francisco abandona la habitación de Paz, pero vuelve inmediatamente y, por primera vez, es él quien toma la iniciativa y la besa.

—Quería que esto pasara desde el día que te conocí.

—Yo también, pero todo se torció…

Paz no libera la tensión hasta que él sale de la habitación. Se acuerda de Álvaro y a la vez se da cuenta de que no ha pensado en él mientras Francisco la besaba. Decenas de veces estuvo a punto de hacer lo que hoy ha decidido hacer y nunca se atrevió, pensando que su violador no la abandonaría, no saldría de su cabeza. Hoy no ha aparecido, quizá lo haya superado.

Las empanadas de pino —cebolla, carne, ají, huevo— no le quedan tan ricas como a la madre de Pedro Nolasco. Aun así les saben de maravilla a los hambrientos amantes. Durruti ni las menciona, aunque come con apetito. De lo único que habla es del atraco: será la madrugada del viernes al sábado, a la una de la mañana; interceptarán el vehículo en el que se custodia el dinero en la esquina de las avenidas del Club Hípico y de Pedro Montt. Hay allí una obra y aprovecharán los materiales para impedir el paso del coche.

—¿No será muy peligroso?

—No querrán darnos el dinero y se lo tendremos que quitar, como siempre.

De repente, Ascaso siente miedo. No quiere que pase nada; no ahora que ha descubierto algo aún más importante que la revolución y que todas las cosas a las que dedicaba su vida.

* * *

Cuando Martínez Anido quiere ofender a alguien, aparca la ira y saca fuera el sarcasmo y la ironía.

—¿Y cuándo cree usted que estará en disposición de atender otra vez a su trabajo?

—No he dejado de venir al ministerio…

—No me jodas, Valenzuela. ¿Te vuelvo a leer todo lo que nos ha llegado? Dos anarquistas españoles pronunciando discursos encendidos en una nave del puerto de La Habana, dos anarquistas españoles asesinando a un terrateniente en un ingenio azucarero y dejándole un letrero encima, dos anarquistas españoles atracando una casa en Mérida, en México, tres anarquistas españoles (se les juntó uno más) robando y asesinando a un vigilante, en una nave de oro y piedras preciosas en Veracruz… ¿Sigo?

No hace falta seguir, incluso Valenzuela tiene algunos datos más: anarquistas españoles venden esmeraldas en París, el anarquista italiano Schiavina ha sido detectado por los servicios secretos de su país entrevistándose con García Oliver y sin duda preparan algo. Los Solidarios, los Errantes, o como se les ocurra ahora llamarse, están fuera de España, pero distan mucho de estar inactivos.

—Por lo menos están fuera de España.

—Preparándose para volver. Lo he pensado mucho: hay que ir a buscarlos donde estén. Son como las cucarachas: si las dejas en paz vuelven por miles. Cuando te nombré para el puesto que ocupas, contaba con alguien que estuviera donde más daño se les hiciera a los anarquistas, no con un policía acomodado, apegado a su mesa de despacho.

—No estoy apegado a la mesa, busco a mi hija.

—¿Tu hija? Ni siquiera sabes si un hijo es tuyo. Hazle otro a la puta de la calle Barbieri y dedícate a lo que te tienes que dedicar.

Aunque se calle —¿quién no tiene miedo a Anido?—, su comentario

sobre su hija le ha indignado. No la encuentra, y no sabe dónde está su padre ni cuándo cumplirá su encargo; no se ha puesto en contacto con él desde que salió de la cárcel. Espera que haga pronto lo que debe hacer y que Fátima, la amiga de su mujer, deje de estar protegida por los dos militares.

Rosa se ha adaptado a la tranquila vida de Santa Cruz de Tenerife en apenas unas semanas. Todos los días, tras dejar a Rosita en el colegio, pasea hasta la Alameda del Duque de Santa Elena. Desde allí observa el movimiento del puerto, los barcos, los estibadores, las cajas en las que se cargan las piñas de plátanos, similares a las jaulas de los animales, los pasajeros que llegan en los grandes buques. Su gran temor es ver un día a su marido, a Ernesto Valenzuela, bajar mezclado con el resto de los viajeros.

En uno de sus paseos por la Alameda, ha conocido a Martín Michelena. Es un rico y elegante comerciante tinerfeño. Su abuelo fundó una de las empresas que tienen sus instalaciones en el puerto y ahora él la dirige, desde el fallecimiento de su padre. Se ven a diario, él la espera en la esquina de la calle de la Marina con la de San José y juntos dan su paseo.

Rosa le ha contado que es viuda, con una hija. Martín también es viudo, sin hijos. Su esposa falleció a las pocas semanas de casarse, víctima de unas fiebres.

—Fue muy rápido: la boda, el viaje de novios a Madrid, París y Londres. A la vuelta, a los pocos días, empezó a encontrarse mal y no tardó ni quince días en morir.

—Tuvo que ser muy duro.

—Lo fue. Han pasado diez años y aún la recuerdo todos los días al despertarme.

La primera vez que Martín la invitó a verse fuera de la Alameda, Rosa le rechazó pese a las ganas que sentía de aceptar. Él ha seguido insistiendo y Rosa, por fin, le ha dicho que sí. No hay nada que impida a una viuda cenar con un hombre, menos aún si se trata de una cena benéfica en el elegante Casino de Santa Cruz, en la Plaza Real del Castillo, la que los tinerfeños llaman informalmente por su antiguo

nombre, Plaza de la Constitución.

Rosa, con un vestido de color crema que se ha mandado hacer para la ocasión, un poco atrevido para una cena de gala en una ciudad pequeña, está bellísima y espectacular.

Se lo ha pasado en grande durante la velada. Tanto que, cuando Martín la acompaña de vuelta a su casa en la calle Porlier, se muere de ganas de invitarle a entrar. No quiere equivocarse al actuar, sabe que debe guardar las formas, así que se despide de él en la puerta.

—¿Nos veremos el lunes en el paseo?

—Claro, espero que nos encontremos.

Al meterse en la cama, Rosa sabe que Martín Michelena, el comerciante tinerfeño, será el segundo que la ocupe, el primero después de su marido.

* * *

En cuanto se quedan solos, Paz y Francisco —Pachín, como ha empezado a llamarle ella mientras están juntos— se meten en la habitación para hacer el amor. No desperdician ni un momento. Durruti ha estado a punto de descubrirlos varias veces aunque, hasta ahora, siempre se han salvado.

Paz se ha negado a esperarles en casa la noche del robo del dinero del club hípico. Si pertenece al grupo es con todas sus consecuencias. Estará con sus compañeros y, llevará una pistola como uno más.

Todo funciona como estaba previsto: el coche que para, los anarquistas que salen de sus escondrijos apuntando con sus armas a los ocupantes, la entrega del dinero y la huida. No hay disparos, ninguno de los guardianes del dinero quiere hacer una heroicidad.

Al día siguiente, los periódicos se hacen eco del robo. En todos ellos hablan de delincuentes extranjeros: unos dicen que tenían acento español, otros hablan de que eran mexicanos, uno más publica que se trataba de rusos. En una ciudad tan tranquila como Santiago es raro que haya un atraco; llaman «apaches» a sus autores.

—Podíamos cambiarnos el nombre, en lugar de los Errantes, los Apaches.

Hacía mucho que Ascaso no estaba tan contento. Tanto que bromea

y ha olvidado, ahora de forma definitiva, sus discusiones con Durruti. Paz sabe perfectamente que el motivo no es sólo el éxito del robo.

Cinco mil pesos para ellos y cinco mil para los chilenos, un atraco muy rentable que confirma la buena decisión de llevarse el dinero de las apuestas. Cuando están pensando en la forma de enviarlo a París, aparece Gregorio Martínez, el Toto, un compañero de los tiempos de los Solidarios que desapareció cuando la intentona de Vera de Bidasoa. Lleva en Chile algo más de un año, entró en contacto con García Oliver para decirle que volvía a Europa y éste le dio los datos necesarios para localizarles. Se llevará el dinero y les avisa de que deben cometer otro robo antes de marcharse hacia Buenos Aires. Cuando lleguen a esa ciudad, Gregorio Jover, el mismo compañero con el que se encontraron en México, les estará esperando para recoger el dinero. Ha llegado el momento de recaudar la mayor cantidad posible de dinero para pagar la fianza de los libertarios presos en España.

El Toto es leonés, como Buenaventura, se conocen casi desde niños. Sus papeles falsos en Chile están a nombre de Antonio Rodríguez. Ha conseguido un apodo nuevo para despistar a la policía; en la sede de la IWW nadie sabe su verdadero nombre y todo el mundo le conoce como *el Chino*.

No coinciden mucho con él: dos días después de aparecer, sale hacia Valparaíso para embarcar rumbo a Southampton, en Inglaterra. De allí partirá hacia Londres y después a París. Lo fundamental es evitar los puertos españoles.

Durante algunas horas, las esperanzas de Francisco y Paz están centradas en la posibilidad de que Durruti acompañe al colega español al puerto de Valparaíso; dormirían juntos dos días, sin preocuparse de ser descubiertos. Finalmente, se desestima el viaje del leonés: la fecha del robo más grande de los que pretenden hacer, el del Banco de Chile, se ha marcado para el 16 de julio, apenas una semana después, y queda mucho por preparar.

Antes, el 14, es el cumpleaños de Buenaventura. Ascaso prepara un pastel, Paz un asado, los compañeros chilenos llevan unas botellas de pisco, el fuerte aguardiente chileno. Por unas horas parecen olvidarse

del peligro. Por la noche, cuando todos están dormidos, Paz se cuela en la habitación de Francisco.

—Estoy deseando que Buenaventura nos descubra para dejar de ocultarme.

—Después del atraco, después lo hablamos.

El matadero de Santiago está en un barrio llamado Franklin, a su alrededor se ha formado una de las zonas comerciales más importantes de la ciudad. Muy cerca, en la avenida San Diego, hay una sucursal del Banco de Chile conocida como Matadero. Es la escogida para el atraco, el primero a un banco en la historia del país.

—¿Quién sabe conducir un coche?

Nadie contesta, ni Ascaso, ni Paz, ni Arratia, ni Casteglione. Ha planteado la pregunta Durruti, el único capaz de conducir.

—¿Nadie?

Es el primer problema que les plantea el robo: necesitan a alguien que lleve el coche en la huida.

—¿Alguien del sindicato?

—No, no podemos meter a más gente.

—¿Secuestramos un coche con su conductor?

Ésa es la decisión que finalmente se toma. Los dos chilenos del grupo, Arratia y Casteglione, se subirán a un taxi la misma mañana del atraco. Apuntarán con sus armas al conductor y recogerán a los demás.

—Si el conductor viene también en el coche seremos seis.

Uno se quedará en tierra, todos miran a Paz.

—Es injusto.

Paz no puede alegar nada a la decisión de prescindir de ella durante el robo: no sabe conducir, no es experta en el uso de las armas… No es una decisión machista, sólo operativa.

—Casteglione se quedará en el coche con el conductor, los demás entramos al banco. Cuando tengamos todos los planos hechos, decidiremos dónde se sitúa cada uno.

La policía, después de interrogar a los afectados por el robo del club hípico, ha llegado a la conclusión de que los ladrones, los famosos Apaches de la prensa, son españoles. Durruti y Ascaso intentarán no

hablar en público para no llamar más la atención. Visitarán el banco varias veces, pero siempre acompañados por los chilenos para que sean ellos quienes hablen. Están a punto de dar su primer golpe importante en tierras americanas.

* * *

El general Prendes, oculto tras el visillo del mirador del salón, le muestra a su hijo lo que ha observado los últimos días.

—Ahí, ese hombre.

—No lo había visto antes.

—Lleva varios días rondando la casa.

Fátima es quien ha llamado la atención sobre él. Desde el día de la visita de Valenzuela, no ha vuelto a salir sola a la calle. Siempre la acompaña, como escolta, un soldado a las órdenes de su marido, incluso cuando lleva a su hijo a pasear. Su amiga Rosa le había contado cómo eran los anarquistas que alguna vez la siguieron en Barcelona. En cuanto vio a ese viejo, supo que era uno de ellos.

En la calle de Tamayo y Baus, Laureano Valenzuela no sabe que está siendo observado. Ha estado allí varias veces pero nunca ha logrado lo que pretendía, encontrar juntos al general y al capitán Prendes. Su esperanza, y por ese motivo está allí, es que acudan juntos a misa los domingos. Ha pensado en usar una bomba, pero tras su experiencia en el atentado contra el general Martínez Anido el día del Pilar, no confía en la vieja Orsini. Prefiere la pistola, pillarlos desprevenidos y matarlos a tiros ante el portal de su casa.

—Voy a bajar a hablar con él.

—Mejor mandamos a un soldado y que lo haga subir.

—Acosa a mi esposa. Yo me ocupo.

El capitán Prendes sale de casa. Su padre, precavido, prepara su revólver —un Colt regalo de su majestad el rey Alfonso XIII, un arma que tumbaría a un caballo— y sigue observando a través del mirador.

Laureano ve salir al capitán Prendes del portal, caminando directamente hacia él, y se echa la mano a la cintura. Allí está su pistola.

—¿Puedo saber por qué nos vigila?

No hay tiempo para más, Laureano saca la pistola y dispara sobre el capitán; casi de inmediato, él mismo cae fulminado. El general Prendes le ha pegado un tiro desde la ventana, con mucha más puntería.

Cuando Fátima y su suegro llegan a la calle, el capitán Prendes se ha incorporado: ha sido herido en un brazo, apenas un rasguño. Laureano Valenzuela, al que le ha desaparecido media cara, yace muerto en el suelo.

—Estoy bien. No me ha dado, sólo me ha rozado.

—Fátima, llama a una ambulancia. ¿Quién es?

—No sé… Ni me contestó. Sacó la pistola y disparó.

Mientras Fátima entra para pedir una ambulancia para su marido, el general Prendes busca la documentación en el bolsillo de la chaqueta del fallecido.

—Laureano Valenzuela.

—Se apellida igual que el policía.

A Ernesto, la noticia del fallecimiento de su padre le llega cuando está en el despacho del ministro. Esta vez, el general Martínez Anido no ahorra en gritos.

—Tu padre, joder… Tu padre va a tocarle los cojones a un teniente general. ¿Por qué? Porque tú le has soltado. Y el teniente general me llama para decirme que fuiste a su casa a interrogarle. ¿Desde cuándo cojones un poli de mierda como tú puede interrogar a un teniente general?

La experiencia le dice a Valenzuela que es mejor asentir y callar. Ha fracasado, su padre ha fracasado; ni siquiera siente su muerte, sólo su incompetencia. ¿A santo de qué iba a ser capaz de matar a nadie ese inútil?

—Vas a poner tierra por medio. Te vas a Chile.

—General…

—O mando que tu subordinado te interrogue. ¿Cómo se llama el nuevo? Wenceslao no sé qué, ¿no? ¿Crees que si te interroga él me enteraré de que tienes algo que ver con lo que ha hecho tu padre?

Silencio de nuevo; claro que Wenceslao lo descubriría. Wenceslao

sabría de inmediato que él se lo ordenó; casi no le haría falta ponerle la mano encima.

—Te vas a Chile. Unos españoles han robado la recaudación del club hípico. Uno alto y otro bajito… En los periódicos les llaman *los Apaches*. Qué familiar me suena todo esto.

—Saldré en el primer barco que pueda coger.

—No quiero que vuelvan vivos a España. O no vuelvas vivo tú.

Chile es un país remoto. Para viajar hasta allí en barco desde España, hay que hacer escalas en muchos puertos y llegar al océano Pacífico a través del canal de Panamá. Es una lástima que el *Infanta Isabel de Borbón*, el transatlántico en el que parte desde Cádiz, no haga escala en Las Palmas, donde quizá esté su esposa con su hija según lo que le dijo el capitán del barco en el que huyó, sino en la otra gran ciudad canaria, Santa Cruz de Tenerife.

Rosa sigue paseando todos los días en compañía de Martín Michelena. Aún no ha aceptado sus propuestas pero ha decidido que lo hará y cuándo. Será la noche de su cumpleaños, a finales de julio. Rosita dormirá en casa de Cristina, la mujer que la cuida, y ella invitará a entrar a su pretendiente en casa. Sabe que no está bien ese comportamiento en alguien que pretende ser una dama, pero es lo que le apetece. Dicen que los ricos no tienen que atender a las normas morales, y ella es rica.

Le gustan los barcos grandes. El que está atracado en el puerto, el *Infanta Isabel de Borbón*, es igual al que las llevó a ella y a su hija hasta Las Palmas, el *Reina Victoria Eugenia*. Son lo que los marinos llaman «buques gemelos», construidos a la vez, en los mismos astilleros, para el mismo cliente. Está iniciando maniobras para levar anclas. Rosa está segura de que viaja a Sudamérica; algún día le gustaría viajar hasta tan lejos. Ve a los pasajeros que observan la ciudad desde la cubierta; uno de ellos, a lo lejos, le recuerda a Ernesto. Hace tiempo que dejó de pensar en él y da un respingo. Menos mal que en unos minutos el barco se habrá alejado…

En la cubierta, Ernesto Valenzuela mira con desinterés el puerto de Santa Cruz. Llegaron hace sólo unas horas y ahora se marchan. No le ha dado tiempo más que a bajar al puerto y pisar unos minutos tierra firme. Ha tomado un café antes de volver a embarcar y ha comprado unos puros canarios. En La Habana comprará más, cubanos, los que le gustan.

El día antes de salir de Madrid en dirección a Cádiz, asistió al entierro de su padre. Solos el cura y él. Su hermano Ramón, al que avisó con un telegrama, ni se dignó contestar. Piensa en su propio entierro. Quizá sea aún peor que el de su padre, quizá esté solo el cura; ni su hija Rosita, a la que no ha sido capaz de encontrar, asistiría. Tampoco su esposa, o Nieves, la puta de la calle Barbieri que tanto le gustaba y no ha vuelto a aparecer.

Está tan obsesionado con encontrar a su hija que, cuando el barco ha iniciado maniobras, ha visto pasar a una mujer acompañada por un hombre; la mujer le ha recordado a Rosa. Si estuviera en Las Palmas, una de las escalas del barco en el que huyó ella, no habría dudado en bajarse y seguirla. Estando en Tenerife no puede tratarse de Rosa; estando allí sólo puede significar que se está volviendo loco y cree verla por todas partes.

Desde que zarpan, deja de pensar en ella. Se acuerda de Ascaso. Hace tiempo que no le tiene presente, desde que le empezó a preocupar el paradero de su hija más que el de su antiguo amigo. Le reconforta sentir que su odio sigue intacto. Si consigue detenerlos, sólo traerá a Durruti a España para ser juzgado. A su amigo de la infancia, a Pachín, lo matará. Buscará la forma de hacerlo; tal vez exporte la ley de fugas al país en que le encuentre.

* * *

El primer taxi de la parada de la Plaza de Armas, el que cogen Arratia y Casteglione, es un Hudson conducido por Enrique Barscoj.

—Llévenos hasta la avenida O’Higgins. Allí recogeremos a otros dos caballeros y seguiremos hacia San Diego.

El conductor se detiene donde le indican. Se suben dos hombres bien vestidos. En ningún momento sospecha lo que está a punto de

pasar. Ninguno de los dos pronuncia ni una palabra, sólo le hablan los primeros viajeros, los dos chilenos. Le mandan parar pocos metros antes del cruce con la avenida Franklin. El chileno que va sentado a su lado saca una pistola.

—Ahora quieto, no te muevas o acabo contigo. Vamos a esperar a mis compañeros.

Los demás se bajan del coche y entran en el Banco de Chile, frente al que han parado. Es 16 de julio, día de la Virgen del Carmen. Enrique Barscoj lo recuerda y le reza a la Virgen para que no le pase nada.

Durruti, Ascaso y Arratia se han puesto antifaces en la puerta del banco; uno de ellos —nadie fue capaz después de decir cuál— oculta además la cara con un enorme bigote postizo. Arratia sabe las palabras que tiene que decir.

—Señores, arriba las manos, esto es un atraco.

Los dos españoles evitan en todo momento abrir la boca. No quieren que los periódicos estén días hablando de la presencia de atracadores españoles en Chile, como después de llevarse el dinero del club hípico.

Hay cuatro empleados en la sucursal en ese momento; otros tres han salido a almorzar. Ningún guardián armado; se nota que nadie cuenta en Chile con la eventualidad de un atraco. Sólo hay un cliente, que está hablando con uno de los empleados. Todos se quedan callados, sorprendidos.

En la caja, contando el dinero, está Carlos Thompson. Es la primera vez que el empleado del banco se encuentra en una situación de este tipo y piensa que se trata de una broma de mal gusto.

—Paren ya…

Las pistolas no son de juguete. Durruti sabe que tiene que demostrarlo. Levanta la suya y dispara al techo. Todos los empleados, menos Thompson, se tiran al suelo.

Ascaso salta el mostrador para reducir a Thompson, que sigue sin reaccionar. Dispone de una única oportunidad para obligarle a deponer su actitud antes de pegarle un tiro. El cajero se resiste y Ascaso le golpea con la pistola en la cabeza para derribarle. Arratia se ha unido a él tras el mostrador y entre los dos meten el dinero en dos

bolsas grandes. Durruti controla al resto de los presentes apuntándoles con la pistola.

Nadie se da cuenta de que Thompson, desde el suelo, aprieta un botón. Es la alarma.

Al oírla, salen los tres corriendo y se suben al coche.

—¡Deprisa! ¡Sáquenos de aquí, coño!

Ascaso no se ha acordado de que no debía hablar. El conductor del taxi le podrá decir a la policía que han sido unos españoles. Los chilenos bromean continuamente diciendo que «coño» es la palabra más usada en España.

Durante la espera, han parado el motor y, después de varios intentos, el Hudson no arranca. En la sucursal suena aún la alarma, la gente empieza a agolparse. De repente, uno de los espectadores se acerca al coche y empieza a empujar.

—¡Venga! ¡Ayuden!

Más gente empuja, el vehículo empieza a avanzar. Pero Thompson, el empleado, ha salido del banco y se agarra a él. Durruti le grita mientras le apunta con la pistola.

—¡Suéltese!

El motor arranca y el taxi acelera. Todos quedan atrás menos Thompson. Va a rastras. Durruti intenta soltarlo a golpes pero el empleado del banco resiste. Ascaso se abre paso, apunta y le dispara en la mano. Thompson cae a la carretera y el coche sigue su marcha. Ascaso se justifica.

—Si quiere que le hagamos daño, le hacemos daño.

Barscoj, el taxista, no es consciente, pero ha empezado a rezar en voz alta. Ascaso se vuelve hacia él.

—O te callas o eres el próximo.

Huyen hacia el sur de la ciudad, hacia el barrio de San Miguel. Al llegar al Zanjón de la Aguada, mandan parar el taxi.

—Nos bajamos aquí. ¿Qué se debe?

—No, nada…

—Nosotros no robamos a los trabajadores, expropiamos bienes burgueses. Díganos qué se le debe por la carrera.

Pagan a un sorprendido Barscoj.

—Nos vamos. No queremos que te muevas de aquí en dos horas. Como nos enteremos de que te has movido, te buscaremos y te arrepentirás.

Barscoj ve marcharse a los cuatro atracadores sin decir nada. Cuando están fuera de su vista, mira el reloj. Son las doce y media del mediodía; hasta las dos y media no piensa moverse. Después irá a la policía y lo contará todo. Se sienta en el coche, rompe a llorar y las manos le tiemblan.

* * *

Los italianos no han conseguido la parte del dinero que les corresponde para el atentado contra Mussolini. Hay anarquistas españoles que aun así quieren cometerlo, ellos pueden pagarlo todo. García Oliver no está de acuerdo.

—¿Y si después tampoco consiguen un lugar donde esconder al compañero que lo haga? ¿Y si no están en condiciones de facilitar su huida, de garantizar que tenga éxito? Nosotros no somos mártires; si quieren mártires que busquen en los seminarios.

No mandará a un compañero a morir a Italia. Son anarquistas, no suicidas. Ayudaría encantado a los trabajadores italianos a librarse del tirano, pero Mussolini es un problema suyo; el problema de los españoles se llama Alfonso XIII y viaja ocasionalmente a París. Es en él en quien deben centrar sus esfuerzos. Tiene más vidas que un gato: varias veces lo han intentado matar. Estuvo cerca de conseguirlo Mateo Morral el día de su boda en la calle Mayor de Madrid; también los Solidarios cuando intentaron colocarle una bomba en la inauguración del Kursaal en San Sebastián. Se salvó entonces, pero lo lograrán la próxima vez; dicen que a la tercera va la vencida. García Oliver no quiere que Alfonso XIII salga vivo de París.

Con el dinero que llega desde Sudamérica, además de acometer la preparación del atentado, han podido ayudar a los compañeros presos. La represión ha bajado de nivel. Dicen que la desaparición de la familia de Valenzuela ha tenido mucho que ver: el policía está dedicado a otros quehaceres. García Oliver ha sospechado en algún momento que los anarquistas pudieran haber tenido alguna

responsabilidad y ha hecho intentos de averiguarlo entre los cenetistas. El resultado ha sido nulo. Ahora está casi convencido de que, no sólo no es asunto de los anarquistas, sino tampoco de los compañeros del sindicato: ni los unos ni los otros tienen idea de dónde puedan estar la mujer y la hija del policía. Sí le ha llegado la noticia de la muerte del padre, de Laureano Valenzuela, un antiguo compañero. Todo le ha parecido muy extraño: tiroteado por un general del ejército mientras atacaba al hijo de éste, un capitán… Tampoco cree que el asunto tenga relación, ni siquiera remota, con el anarquismo. Es posible que se hayan visto sorprendidos en medio de un turbio asunto particular del policía, su familia y los dos militares.

Es de noche y Oliver duerme en el piso que comparte con Domingo Ascaso en Saint-Denis cuando le despiertan los gritos y el barullo de gente en la escalera. No alcanza a vestirse antes de que la puerta se abra de una patada y se ve apuntado por las pistolas de varios gendarmes franceses. No recibe explicaciones. Uno le esposa mientras otros empiezan a revolver todos sus objetos. No sabe qué buscan, antes de que pueda enterarse se lo llevan y lo meten en un coche.

Permanece solo en un calabozo hasta que es de día. Le llevan a una sala de interrogatorios. Un policía francés, vestido de paisano, le informa.

—Ha sido denunciado por una compatriota suya: Amalia Luque Vera. Hemos encontrado en su vivienda tres pistolas, una granada de fabricación casera, dinero en moneda de varios países y propaganda subversiva.

Oliver sonríe. Gendarmes, registros, calabozos, interrogatorios, pero no deja de ser un simple asunto de faldas.

—No me va a decir que es una novedad para ustedes que me llevo mal con mi gobierno.

—No tiene autorización para portar armas en territorio francés. Tampoco puede llevar a cabo ninguna actividad política.

—¿Hacen siempre tanto caso a la información que les dan las artistas de variedades?

—Sí, cuando nos avisan de que alguien pretende atentar contra el presidente de la República Francesa.

—No tengo intención de atentar contra él. Por mí que viva muchos años.

Pasan tres días antes de que Lecoin, el abogado de los anarquistas, el mismo de Sacco y Vanzetti, le pueda sacar del calabozo. Tendrá que ir a juicio por posesión de armas, pero no creen que la condena vaya a pasar de una simple multa. Al reincorporarse a la fábrica de muebles, el capataz no le quiere de vuelta en el trabajo. Le proponen que se quede en el sindicato con dedicación exclusiva, pero se niega.

—No pienso vivir del dinero de mis compañeros. Mientras pueda ganarme la vida, lo haré.

Pasa toda la semana buscando otro empleo hasta que lo encuentra en otra fábrica de muebles. Será también barnizador en la nueva empresa.

El viernes por la noche, visita el local donde actúa Mimí. Asiste, como un cliente más, al espectáculo. La bailarina lo hace peor que otras veces; le ha visto y se le nota el nerviosismo. Hay un grupo de madrileños que arma bastante escándalo. Son comerciantes que han acudido a París a comprar ropa femenina para sus tiendas. Los grupos de españoles son comunes en París. En España, quitando sus visitas al burdel, llevan una vida discreta: fieles maridos, dedicados padres de familia, de misa semanal, algunos diaria. En cuanto cruzan los Pirineos se olvidan de sus principios morales y asisten a todo tipo de espectáculos; si un teatro de Madrid mostrara lo que están viendo en París, serían los primeros en manifestarse para cerrarlo. La consabida hipocresía española…

Espera a Mimí, Amalia, a la salida. La *vedette* se hace acompañar por otra de las bailarinas, Jane, una americana mulata. Está asustada, quiere protegerse tras su compañera.

—No te separes de mí.

—No te voy a hacer nada. Sólo quiero que sepas que estoy aquí y que si hablas de nuevo con la policía, volveré.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a hacer algo?

—Sí.

No le da más explicaciones, no siente nada por ella. Va hasta la plaza; ha quedado en encontrarse con Domingo Ascaso.

—¿Algún problema?

—No, creo que me ha entendido perfectamente.

—No te metas en más líos.

Difícil de cumplir. Mientras Domingo habla, una joven rubia cruza su mirada con la de Oliver. Se pregunta de dónde es, probablemente de la zona de Alsacia, medio francesa, medio alemana.

* * *

—No me puedo creer que os ayudara la gente que pasaba por la calle.

—Parece que en Chile hay más anarquistas de lo que pensábamos.

Entre risas brindan por el éxito del atraco. No le han contado a Paz que tuvieron que dispararle en la mano al cajero del banco para que se soltara del coche. Se enterará por la mañana, cuando lea el periódico y su hazaña se convierta en la noticia más importante del día en el país: los Apaches han vuelto a actuar.

Entre todos cuentan el dinero y lo van colocando en montones sobre la mesa: cuarenta mil pesos. Veinte mil para los chilenos, veinte mil para los españoles. Aunque sólo fuera por ese botín, el viaje a Sudamérica habría sido una decisión afortunada.

—Nos quedaremos en Chile un mes más. Tranquilos, sin llamar la atención. Hasta que sea seguro atravesar la frontera.

Los periódicos hablan de ladrones enmascarados, de la crueldad de los atracadores, de acentos españoles… A los periódicos les gustan estos acontecimientos para llenar sus páginas de relatos apocalípticos. Hablan del atraco como si una guerra mundial hubiera comenzado y Chile fuera su epicentro. Ninguno menciona el anarquismo; todos especulan con la delincuencia internacional, con una terrorífica vuelta de los conquistadores españoles para llevarse el poco oro que dejaron… Casteglione no se fía de la supuesta ignorancia de la policía.

—Le han dado el caso a Ricardo Storaro.

—¿Qué significa eso?

—Se encarga de delitos que tienen que ver con la agitación política. La policía tiene muchos más datos de los que dan los periódicos.

Paz y Francisco, ajenos a tales preocupaciones, aprovechan la

diferencia de horarios de éste con Durruti: el leonés trabaja de día mientras que el aragonés suele hacerlo de noche. En cuanto se quedan solos, Francisco visita la habitación de Paz y los dos pasan horas en la cama, amándose, besándose, hablando, bromeando…

—¿Se lo vamos a decir a Durruti?

—No sé, ¿tú qué opinas?

Paz es partidaria de plantearle la situación directamente.

—Estamos juntos. No vamos a casarnos porque no creemos en el matrimonio religioso y burgués, pero seremos compañeros a partir de ahora.

Francisco piensa que no deben hacer pública la situación hasta volver a Europa.

—No habrá que dar ninguna explicación. Nos instalaremos juntos en París, en Belleville, el barrio donde vivíamos Buenaventura y yo.

París es su sueño. No tiene interés en volver a España, vivirán en Francia. Lo hablan en la cama: él entrará a trabajar en uno de los grandes hoteles de París, el Ritz, el Palace…; ella encontrará un puesto en un hospital como enfermera, o mejor aún, retomará sus estudios y se licenciará como médico.

—¿Y el anarquismo? ¿Nos olvidaremos del anarquismo?

—Pagaremos nuestra cuota, todos los meses. Tú eres mucho más guapa que Bakunin…

Paz se ríe. Sabe que Francisco miente, que nunca dejará la labor política, ni siquiera la lucha armada. No ha nacido para llevar una vida ordenada; sueña con ella porque nunca la ha tenido, pero le aburriría a las pocas semanas y volvería a las andadas.

—¿A cuántas les has prometido lo mismo?

—En Chile eres la primera… En México a dos, en Cuba a una, en París a muchas.

La policía chilena, a falta de otras pistas, ha decidido hostigar a la colonia española. Hay detenciones entre sus miembros, se habla de aprobar una ley que permita expulsar a los inmigrantes que incurran en delitos de forma inmediata.

—A los anarquistas aún no nos tienen en su lista, lo mejor es que abandonéis Chile lo antes posible, antes de que empiecen a preguntar

por vosotros.

No quieren precipitarse. Si cruzaran ahora la frontera la policía les detendría. Hay que aguantar. La experiencia mitiga los nervios.

* * *

Valenzuela mira, desde cubierta, la ciudad de Valparaíso. A él también le llaman la atención las casas de colores de las montañas. En realidad, desde que salió hace tres semanas de Cádiz, todo le fascina. Es su primer viaje fuera de España. No había estado siquiera en Francia y ahora han atracado en Cuba, en Panamá, en Perú… En el puerto de El Callao recibió el telegrama informándole del robo del Banco de Chile y de que el carabinero encargado de investigarlo, Ricardo Storaro, le estaría esperando a su llegada.

Hace frío, después del calor del paso por el trópico, ha llegado el frío. Por suerte se acordó de que el verano español coincidía con el invierno chileno y en su baúl lleva ropa de abrigo. Tiene el equipaje preparado en su camarote, dispuesto para cargarlo en cuanto atraquen y ponerse a trabajar.

El viaje en barco es monótono, días largos sin nada que hacer en los que ha tenido tiempo de sobra para acordarse de Rosa, de Rosita, de su padre y de Ascaso. Tiene muchas ganas de reencontrarse con él. Quizá esté en Valparaíso, quizá en Santiago. Ha mirado en el mapa y están muy cerca una ciudad de la otra.

Los marineros han empezado las maniobras de entrada en el puerto. Valenzuela siente un nudo en el estómago, está a punto de enfrentarse a lo desconocido.

Ricardo Storaro ha viajado en tren desde Santiago para encontrarse con Valenzuela. Realmente, necesita ayuda. No sabe por dónde empezar a investigar el atraco: es el primero de la historia en Chile y no tienen experiencia ni conocen el protocolo que deben seguir. Le molesta mucho ponerse en manos de un extranjero, y más de un gallego, pero no le queda más remedio. Bien estará si consigue dar con los culpables y la prensa deja de explotar el caso día sí y día también.

Está cayendo la tarde y no irán a Santiago hasta el día siguiente. Ha reservado habitaciones en el hotel de France y por la noche cenarán

en el restaurante Cinzano, uno de los sitios de la ciudad donde se come mejor marisco, según le han dicho. Nunca ha estado allí; por lo menos sacará una cena gratis de la visita del español.

No tardan en reconocerse: en cuanto Storaro le ve bajar por la pasarela hacia el muelle, sabe que ese tipo es un policía. Valenzuela tampoco duda y se dirige a él.

—Storaro, ¿no?

—Sí. ¿Valenzuela?

—Claro. ¿Ha marcado entrevistas con los testigos?

—Mañana los veremos en Santiago. Esta noche le dejamos descansar.

—Estoy harto de descansar, no he hecho otra cosa en las últimas semanas. Si podemos ver a alguno de los testigos esta misma noche, mejor.

—Veré qué puedo hacer.

Storaro tendrá que esperar para conocer el Cinzano y probar su mariscada. En el tren hacia Santiago, va poniendo a Valenzuela al tanto de lo que saben del atraco.

—Son ellos, estoy seguro. Los Solidarios, aunque ahora se hacen llamar los Errantes.

—No tengo constancia de que haya ningún grupo en Chile que opere con esos nombres.

—¿Hay anarquistas aquí?

—Sí.

—Pues lléveme hasta ellos y yo le entrego a sus atracadores.

La conversación en el tren varía poco: anarquistas, activismo político, atracos, antecedentes de los anarquistas… Storaro decide que el tal Valenzuela le cae mal. En cuanto le entregue a los delincuentes, o en cuanto se demuestre que no tiene ni idea de por dónde se anda, que es lo que sospecha el chileno que sucederá, dejará de prestarle atención. No será, ni mucho menos, un amigo con el que se cruce cartas entre Chile y España.

El primero de los testigos localizado por Storaro para entrevistarse con Valenzuela es Carlos Thompson, el cajero del Banco de Chile. Son las once de la noche cuando entra en la sala de interrogatorios. Aún

lleva la mano escayolada; el disparo que recibió en ella le fracturó varios huesos.

—Señor Thompson, me han contado que tuvo usted un comportamiento ejemplar.

—Cumplí con mi obligación.

—Por lo visto, el resto de los testigos no lo hizo. Me dicen que colaboraron en la huida.

—No es asunto mío. Cada uno considera lo que debe hacer y yo cumplí con mi parte. No confío en el pueblo chileno.

—¿No es usted de aquí?

—Lo soy, por eso no confío. Tenemos mezclada la peor sangre de los peores países.

Storaro tiene claro que el cajero del banco es un buen ciudadano; también que es muy duro de mollera. ¿A quién se le ocurre perseguir a unos hombres armados y agarrarse de su coche? Bastante considerados fueron al pegarle el tiro en la mano y no en la cabeza.

—¿Cuántos eran?

—Lo he contado muchas veces.

—Le rogaría que me lo contara otra vez, para poder interrogarle por los detalles.

—Usted ni siquiera es chileno, no sé qué hace aquí.

—Vengo a ayudarle, a colaborar para que en su país pueda seguir habiendo gente honesta como usted.

Storaro se ve en la obligación de interceder por el policía español, aunque piensa lo mismo que Thompson: no sabe para qué está allí.

—Creemos que los delincuentes que robaron el banco son españoles. El inspector Valenzuela ha venido a colaborar con nosotros.

—Nunca me gustaron los españoles. Nuestros antepasados hicieron bien en echarlos de Chile y tendríamos que echarlos de nuevo. A los ladrones y a los policías, a todos.

El relato de los hechos del 16 de julio, que Storaro ha escuchado en distintas versiones, ha leído cientos de veces, ha analizado hasta el detalle, vuelve a desgranarse en esa sala. Valenzuela pregunta constantemente, va pidiendo explicaciones.

Sólo al final, abre la carpeta que trae consigo y de la que no se ha

separado. Escoge de ella dos retratos y los sitúa delante de Carlos Thompson. Son las cuatro y cuarto de la madrugada.

—¿Son ellos?

Carlos Thompson los mira con atención.

—Iban enmascarados, uno llevaba bigote postizo.

—¿Tiene miedo de decirlo? Pensé que era usted un hombre con dos cojones.

Tanto Storaro como Thompson se sorprenden: no esperaban ese cambio de tono del español.

—A mí no me habla así.

—He sido educado mientras he confiado en usted. Ahora me viene con mariconadas, ¿cómo que iban enmascarados? ¿No eran ellos? ¿Tan valiente es para decir cosas sin importancia y no tiene cojones para acusarlos?

—Creo que sí, eran ellos.

Valenzuela sonríe, como si se hubiera relajado.

—Muchas gracias y perdone mi tono.

Se vuelve a Storaro con una sonrisa prepotente.

—Sabemos a quién buscamos, mañana nos ponemos a ello. ¿Sería tan amable de pedir un coche que me lleve a mi hotel?

* * *

Paz nunca ha necesitado recurrir a santeras —no se ha visto en esa situación y su padre la hubiera matado sólo por creer en esas cosas—, pero alguna de sus amigas sí lo ha hecho y le ha dado resultado. En Cuba, para saber una mujer si estaba embarazada o no, acudía a una santera; ésta después de observar su orina, vertida directamente en un vaso de cristal, se lo decía sin ninguna duda.

En Chile no hay santeras —por lo menos Paz no las conoce— y le haría falta una: se le está retrasando la menstruación pero aún no hay más síntomas, ni siquiera los que una enfermera como ella podría interpretar. No sería extraño que estuviera esperando un bebé, Francisco y Paz han desafiado cualquier cálculo de probabilidades. Tiene que hablar con él y decirle lo que pasa y lo que piensa, las ideas que le rondan por la cabeza desde que empezó a sospechar de su

estado. Debe escoger el mejor momento y tiene claro cuál es: en la cama, por la mañana, cuando él le lleva el desayuno después de que Buenaventura se vaya a su trabajo en la imprenta.

—No puede ser… No puede haber pasado esto.

—¿No puede haber pasado qué?

—No puedes estar embarazada.

—Lo estoy, ha pasado, tampoco es tan raro.

—¿Ahora? Es decir, si estuviéramos en España… Pero aquí, cuando dentro de dos semanas nos vamos a Buenos Aires…

—De eso también quería hablarte. Quiero que nos quedemos.

—¿En Chile? ¿Por qué en Chile?

—Me gusta. Quitando el frío, todo lo demás me gusta: la gente, la cordillera, Valparaíso, este barrio.

La reacción de Francisco no ha sido cariñosa; Paz le entiende: está perplejo, sólo tiene que recuperarse. Quiere convencerle y le habla de todo lo que pasa por su cabeza. De que ella tampoco está preparada para tener un hijo y sin embargo ha empezado a apetecerle desde hace unos días. De que Durruti se marcharía y ellos dos se quedarían en Chile; él aceptaría un trabajo fijo que le han ofrecido en el hotel Crillón, el mismo en el que trabaja días sueltos, o mejor, podrían montar una panadería, al fin y al cabo es su oficio. De que tendrían la panadería en el mismo barrio en el que viven, en Providencia, en la misma avenida Providencia, cerca del cruce con Vicuña Mackenna; en esa zona hay mucho comercio, no les iría mal. De que ganarían dinero suficiente para mantener a su hijo, para vivir tranquilos, sin más política que su compromiso de ayudar a todo el que lo necesitara.

—Para. No vamos a quedarnos a vivir en Santiago. No voy a abandonar nunca a los Solidarios.

No habían discutido nunca; en realidad no habían tenido tiempo de hacerlo. Desconocían su común capacidad de ofender al otro.

—Si vas a pedirme que haga algo para perderlo, ahórratelo. Voy a tener a mi hijo.

No vuelven a hablarse en todo el día. Habían planeado conocer el funicular que sube al zoológico recién inaugurado en el Cerro de San Cristóbal. Ninguno de los dos lo recuerda, por mucha ilusión que les

hiciera los días anteriores. Por la noche, Ascaso tiene trabajo: Casteglione y él tienen que servir el banquete de una boda que se celebra en el hotel Crillón. El italiano le cuenta lo mismo que ha sabido Durruti durante la tarde de boca de Arratia.

—¿Un policía español aquí? ¿Sabéis cómo se llama?

—No, no me lo han dicho. Cuentan que ayudará a la policía chilena a detener a los atracadores del Banco de Chile.

Cuando vuelve del hotel, Paz y Buenaventura le esperan despiertos.

—Lo más probable es que el policía sea Valenzuela.

—Sí. ¿Qué hacemos?

—Tenemos que marcharnos de Chile, en menos de tres días pondrán nuestras fotos por todas la paredes del país.

Francisco mira a Paz, ella no ha dicho nada de lo que han hablado por la mañana.

—¿Qué crees que debemos hacer? Tú también formas parte de los Errantes.

—Marcharnos, antes de que nos metan en la cárcel.

* * *

Storaro mira con asco y aprensión. Ha intentado calmar al español pero no puede hacer nada, las órdenes de sus superiores han sido claras: atender a Valenzuela, ponerse a su servicio y aprender de sus métodos. Espera no tener que ponerlos nunca en práctica.

Enrique Barscoj, el conductor del taxi en el que los anarquistas españoles llegaron al banco, tiene la cabeza caída sobre el pecho. Así no se ve la masa sanguinolenta en la que Valenzuela ha convertido su rostro a base de golpes, cortes, quemaduras… Lo que más impresiona a Storaro es el olor. No sería capaz de definirlo: sudor, sangre, excrementos. Huele al terror del torturado y a la crueldad del torturador.

—No sé adónde fueron, lo juro.

—Sí, se bajaron del taxi y te pagaron la carrera. ¿Aquí a los niños les traen regalos los Reyes Magos? Lo digo porque pongo mis zapatitos y que me traigan a mí también.

Más golpes, más insultos, más cigarrillos apagados en su piel.

Storaro piensa que, si fuera él, preferiría morir de una vez.

Barscoj llegó hace unas dieciséis horas, a las ocho de la mañana. Le acompañaba su esposa y Valenzuela le dijo amablemente que tardarían con su marido, que tenía que reconocer unas fotos y que se marchara tranquila a casa. Cuando acabaran, Barscoj se reuniría con ella. La mujer le creyó; el mismo Storaro le creyó también. Entonces empezó la pesadilla del taxista.

—Ha reconocido las fotos de Durruti y de Ascaso, la de un chileno que se llama Arratia, ¿por qué no le dejamos en paz? No sabe nada más.

—No, no sabe nada más, pero así todo el mundo se enterará de que vamos en serio.

Si le ha funcionado en España, no tiene por qué no hacerlo en Chile.

—¿Qué hacemos con él?

—Curarlo y mandarlo para casa.

—Nos va a denunciar.

—No, él sabe que no le conviene. Y si lo hace, le volvemos a traer. Verás qué rápido retira la denuncia. Cuéntame todo lo que sepas de los anarquistas chilenos.

Es el segundo paso de Valenzuela. Sabe que Durruti y Ascaso están en Chile, quizá muy cerca de donde él está ahora. Lo lógico es que hayan estado en contacto con sus correligionarios y hayan recibido su ayuda.

—¿Tienes informadores en sus sindicatos?

Siempre los hay. Ha llegado la hora de hablar con ellos, mañana lo hará. Alguien habrá oído hablar de unos españoles recién llegados.

Ernesto Valenzuela llega a su hotel, el Crillón, en el momento en que lo abandonan los últimos invitados de una boda. Ve a los camareros recoger todo; espera que aún quede alguno libre para llevarle la cena a su habitación. No se fija en sus caras. Si lo hubiera hecho, su búsqueda habría terminado.

* * *

Entre Santiago de Chile y Mendoza, en Argentina, sólo hay trescientos ochenta kilómetros, poca distancia si en medio no estuviera una de las

cordilleras más impresionantes del mundo. En invierno, nevada, con hielo en los raíles, con frío, se antojan imposibles de recorrer.

Paz, Ascaso y Durruti han tenido que llegar hasta Los Andes, un pueblo chileno en las primeras estribaciones de la cordillera, y cambiar de tren a uno de ancho de vía de apenas un metro, lo que le permite subir las empinadas cuestas a las que se tendrá que enfrentar; es una máquina de vapor que se conoce como Ferrocarril Transandino. Hasta unos años antes, en 1910, las únicas posibilidades de pasar de un lado a otro de los Andes eran dar la vuelta en barco por el estrecho de Magallanes o atravesarlos con carretas y mulas por la misma senda que usaban los incas siglos atrás, antes de la llegada de los españoles.

Paz está segura de su embarazo; ahora sí ha notado los síntomas. Ella y Francisco no han vuelto a hablar sobre el tema. La llegada de ese policía, ese tal Valenzuela con el que ella no contaba, ha aplazado todas las decisiones y los planes. Paz desde el primer momento se dio cuenta de que se trataba del peor enemigo con el que se podían encontrar sus compañeros.

Francisco le ha explicado quién es Ernesto Valenzuela, le ha hablado de su adolescencia casi compartida, de los motivos de su enemistad, de sus enfrentamientos, del odio mutuo que se profesan.

—¿Nunca habéis atentado contra él?

—Siempre hemos pensado hacerlo, hemos pensado en acabar con él y con su familia, pero nunca lo hemos hecho.

—¿Y aquí en Chile no era posible?

—Lo haremos cuando el sindicato lo apruebe. Sé que sólo uno de los dos puede sobrevivir, él o yo.

Durruti le cuenta que se lo propuso a García Oliver en Barcelona, cuando Ascaso estaba en la cárcel de Zaragoza.

—Me pidió que esperáramos; tienen miedo de que su protector, Martínez Anido, desencadene una represión que supere con creces la Semana Trágica.

Paz, poco a poco, ha ido conociendo los grandes hitos del anarquismo en España. No ha pisado el país pero ha oído hablar de la Semana Trágica, de la huelga de La Canadiense, del asesinato de Dato, de la bomba del Liceo, de los Sindicatos Libres…

—¿Se ha conseguido algo con tantos años de lucha?

—Que los trabajadores sientan que un nuevo mundo es posible.

El invierno es muy frío y, desde el momento en que se suben al tren, les avisan de que será un viaje complicado: la vía está limpia de hielo y nieve pero no se puede descartar que en algunas zonas haya desprendimientos o pequeños aludes.

Aunque no haya hablado con Paz, Ascaso le ha dado muchas vueltas a la conversación con ella de antes de abandonar Santiago. Pasada la impresión inicial, ha descubierto que no le desagrada la idea de tener un hijo con ella. Tampoco la de quedarse a vivir en alguno de los países que han visitado. Quizá Argentina. Todo lo que ha oído contar de Buenos Aires es magnífico. Dicen que es una gran ciudad, que poco tiene que envidiar a su adorada París. Le cuesta pensar en la posibilidad de abandonar la lucha, de dejar a sus compañeros anarquistas. En los últimos años, cuando ha pasado por malos momentos, ha creído que le gustaría llevar una vida tranquila: tener su casa y su familia, asistir al trabajo, no esperar sobresaltos en medio de la noche. Pero sabe que no es cierto: no conseguiría vivir sin la excitación de la acción, sin el momento en que apuntas o te apuntan con la pistola. Quizá un hijo aplaque su afán revolucionario.

Como siempre que tienen que pasar por una frontera y someterse al escrutinio de las policías de cualquier país, viajan en primera clase. El compartimiento tiene seis asientos: uno está vacío; los dos que quedan los ocupan unos viajantes argentinos que vuelven a Mendoza tras visitar a clientes en Valparaíso y Santiago. Han vendido más de lo que esperaban y están felices, con ganas de ver a sus familias. Francisco atiende a la conversación de uno de ellos con Paz, el argentino le cuenta que su hijo tiene cuatro años y que está aprendiendo a leer. Se pregunta si será igual en unos años, si le contará a un desconocido los avances del hijo que tendrá con Paz. Asumido que será padre, preferiría que fuera una niña, se empeñaría en enseñarla a ser libre, en transmitirle lo que Teresa Claramunt defendía cuando estuvo encerrado con ella en Zaragoza.

El Transandino sale de Los Andes y asciende siguiendo el cauce del río Aconcagua. Hay poca vegetación y, a medida que suben, más

nieve; en dos ocasiones deben bajar del vagón y ayudar a liberar las vías. A lo lejos ven la cumbre más alta de América, el cerro Aconcagua, eternamente blanco en su cima, imponente desde lejos pero mucho más a medida que se acercan. El frío es intenso y se tapan con mantas; se dan calor unos a otros.

Durruti está nervioso, no se relajará hasta que los carabineros sellen sus pasaportes en Juncal, la última localidad chilena de cierta importancia. Ascaso, que lo sabe, le pregunta por el tren para que olvide por unos minutos que en el equipaje llevan cerca de veinte mil pesos, el alijo del atraco del Banco de Chile. Toda la familia de Durruti —su padre y algunos de sus nueve hermanos— trabaja en los trenes españoles. Él mismo trabajó en ellos desde los catorce años, sabe de ferrocarriles casi tanto como de anarquismo.

—¿Cómo consiguen que el tren escale pendientes tan fuertes?

—Utilizan un sistema de cremallera. En el periódico leí que el año que viene se empezará a electrificar el trazado para jubilar las máquinas de vapor.

Todos atienden a sus explicaciones; el tiempo pasa más rápido escuchándole y él olvida por momentos la tensión de la espera de los carabineros.

En las paradas del ferrocarril, Salto del Soldado, Río Blanco o Guardia Vieja, los locales intentan vender sus productos a los viajeros. Son pocos minutos los que el tren se detiene en sus apeaderos, pero la venta es la forma de vida de muchos vecinos.

En Juncal, un carabinero examina los papeles con indolencia. Apenas les presta atención antes de devolverlos.

—Esperamos que su estancia en nuestro país haya sido agradable.

Aparentemente se ha acabado la tensión, pero la máquina tarda casi dos horas en ponerse en marcha otra vez. Les quedan dos aldeas, El Portillo y Caracoles, antes de entrar en el túnel de más de tres kilómetros, el Paso de la Cumbre. A la salida estarán en Argentina.

Cuando lleguen a Buenos Aires, Buenaventura hablará con sus compañeros de viaje. Les dirá que se ha dado cuenta perfectamente de su relación y que no es necesario que sigan ocultándola, que sabía que esto ocurriría desde que los vio mirarse en la nave industrial cercana

al malecón de La Habana en la que pronunció el primer discurso político de su vida.

7

Buenos Aires, agosto de 1925

Ushuaia está al sur de Argentina, en Tierra de Fuego, tan lejos que no hay ninguna ciudad más austral en todo el mundo; más allá sólo hay frío y hielo. En invierno la temperatura desciende hasta los quince o los veinte grados bajo cero y nieva en pleno verano. El paisaje es de una belleza espectacular, pero pocos hombres viven allí por voluntad propia; mucho menos los que están internados en el penal de Ushuaia, el más seguro de Argentina, el que aloja a los más peligrosos, a los reincidentes y a los presos políticos. Llegan tras un viaje de casi un mes, sin salir de la bodega del buque que los transporta, sus muñecas permanecen presas por los grilletes día y noche. En su destino les esperan frío, hambre y trabajos forzados. Hay dos barcos al año en los que regresar, pero muy pocos lo hacen con vida.

Dos de sus más de quinientos habitantes son famosos: Santos Godino y Simón Radowitzky.

Santos Godino, *el Petiso Orejudo*, es un asesino en serie, el primero de la historia del joven país argentino, un psicópata condenado por cuatro homicidios y numerosas tentativas. Con apenas siete años intentó matar a un vecino de dos; a los dieciséis tenía dos asesinatos consumados a sus espaldas. En Ushuaia todos sus compañeros le odian, no por lo que pasó fuera sino por lo que ha hecho dentro: retorció el cuello al gato que mantenían los presos como mascota. Hay

tanta gente que ha jurado vengarse que ni él mismo cree que saldrá con vida.

Por la vida de Simón Radowitzky tampoco apuesta nadie. Es un anarquista, el hombre que ejecutó a Ramón Lorenzo Falcón, el jefe de la policía argentina, responsable de la muerte de más de una decena de obreros durante la Semana Roja de 1909. Radowitzky es un héroe libertario al que Durruti, Ascaso, Oliver y el resto de sus compañeros de los Solidarios admiran desde hace años. En los periódicos ácratas españoles se ha contado su vida una y otra vez, han colaborado con fondos para su liberación, quieren saberlo todo sobre él.

Los dos anarquistas españoles y Paz están sentados con Gregorio Jover y dos hombres más en el café del Aeroplano, en el barrio de Boedo, el más anarquista de la capital argentina.

Casi tres días les llevó el viaje desde Santiago, con dos cambios de tren, cientos de kilómetros de pampa, interminables extensiones de monótona llanura antes de llegar a Buenos Aires, una impresionante ciudad de más de dos millones de habitantes, una urbe con gusto europeo en el continente americano.

Jover ha llegado en barco hace dos semanas y ha pasado, como el resto de los que viajan en tercera clase desde España, Rusia, Italia o cualquier otro país de los que suministran mano de obra al gigante del cono sur, por el Hotel de los Inmigrantes, un descomunal edificio que está en el puerto de la capital donde son alojados los recién llegados durante la primera semana, mientras encuentran trabajo o a un familiar que se haga cargo de ellos.

—Hay sitio para más de cuatro mil personas y se queda pequeño; aún sobra gente que duerme en los pasillos. Se ocupan varios turnos en un comedor para más de mil comensales hambrientos. El edificio se vacía cada semana y se llena otra vez la semana siguiente; dentro de poco en Europa no quedará nadie. El futuro está aquí.

Los otros dos hombres presentes en el café son italianos —aquí les llaman «tanos»—: Severino di Giovanni y Miguel Arcángel Roscigno. El primero, Di Giovanni, nació en Italia, en los Abruzzos, y llegó a Argentina hace apenas cuatro o cinco años, después de una temporada en São Paulo; él también pasó por el Hotel de los Inmigrantes hasta

encontrar trabajo como tipógrafo. El segundo, Roscigno, tiene fama de ser el más inteligente, el más desinteresado, el más brillante de los militantes ácratas; nació en Buenos Aires, poco después de la llegada de sus padres a Argentina, es forjador de obra; podría llevar una vida cómoda si no fuera por la política.

—Sólo quieren obreros que vengan a trabajar para los burgueses, esclavos que lleguen de Europa en lugar de llegar de África, pero los barcos llegan repletos de anarquistas. Aquí triunfarán nuestras ideas.

Roscigno conoce perfectamente la historia de Radowitzky: estuvo en Ushuaia preparando su fuga. Logró infiltrarse entre los funcionarios del penal y contactar con él. Preparó un barco para huir a Chile, quedarse una temporada allí y regresar a Argentina por tierra, cuando lo más duro de su búsqueda hubiera pasado. Sólo la delación de los comunistas en Buenos Aires impidió que el plan saliera como estaba previsto. Tuvieron que improvisar y adelantarlo varias semanas; Radowitzky apenas disfrutó de unas horas de libertad antes de ser apresado por un barco chileno y entregado a la policía argentina.

—Intentó huir a nado, en un lugar en el que el agua está casi helada… Todo es mejor que esa cárcel, hasta morir congelado.

La pena por la evasión frustrada para Radowitzky fue de dos años de reclusión solitaria con media ración de alimentos. Pese al castigo, el anarquista sigue vivo, roto pero vivo, y es un símbolo para todos.

Roscigno, antes de abandonar Ushuaia, incendió la casa del director del penal.

—No sirvió de nada, sólo para que recuerde alguna vez lo que podemos hacer con él y con los suyos.

En Barcelona se habla de Simón Radowitzky como un héroe desde hace más de quince años, desde su detención en 1909. El primero de mayo de aquel año se convocó una manifestación de anarquistas en la bonaerense Plaza Lorea. La policía la disolvió a tiro limpio. El responsable del ataque y de la muerte de varios obreros libertarios fue el coronel Falcón. Tres días después, ochenta mil trabajadores se manifestaron en su contra mientras se enterraba a los anarquistas muertos. Durante una semana la ciudad estuvo en guerra, en huelga general y bajo la peor represión conocida hasta ese momento.

Simón Radowitzky, un anarquista judío ucraniano, fugado de su país tras haber sido condenado a prisión en Siberia, decidió que el causante de las muertes no podía seguir viviendo. De modo individual, sin implicar a nadie ni contar con la ayuda de otros compañeros, arrojó una bomba casera al interior del coche en el que viajaba el coronel Falcón. Murieron él y su acompañante. En la huida, Radowitzky intentó suicidarse sin éxito —apenas se hirió el pecho con una bala— y fue apresado. Pese a la campaña internacional que se levantó en su defensa, el fiscal no tuvo compasión: pidió para él la pena de muerte.

Sorprendentemente, un documento impidió que la sentencia se cumpliese: en contra de lo que se podría pensar por su historial —condenado a Siberia, huido de Ucrania, asesino confeso del coronel—, Radowitzky era menor de edad cuando cometió el atentado. Las leyes argentinas prohibían la pena de muerte para menores de edad y fue conmutada por la de cadena perpetua.

Ha cumplido quince años de reclusión en Ushuaia, un lugar muy parecido a la Siberia de la que huía. Todos los años, en el aniversario de la muerte del coronel Falcón, Radowitzky debe cumplir veinte días de reclusión solitaria a pan y agua. En sus cartas habla de que, aunque su cuerpo sufra, sus ideas libertarias cada día son más fuertes. Durruti no puede, ni quiere, ocultar su admiración por él.

—Si podemos colaborar para sacarlo…

—Es muy difícil, necesitamos medios, dinero, organización.

—Hemos venido a eso, a conseguir dinero.

El anarquismo argentino no es tímido e incipiente, como otros que han conocido en sus viajes. La FORA, Federación Obrera Regional Argentina, el equivalente a la CNT española, fue creada a principios de siglo, antes incluso que ésta. Es un anarquismo fuerte, se ha nutrido de los ideales de los obreros más radicales de Europa: los italianos, los españoles, los judíos. Hay infinidad de publicaciones, tanto en castellano como en italiano o en yiddish, se representan obras de teatro que explican la ideología todos los sábados por la noche, tienen experiencia en la lucha y en la resistencia ante una represión salvaje, ni siquiera imaginable en España.

También han tenido su Semana Trágica, igual que en Barcelona: los obreros metalúrgicos pedían jornada laboral de ocho horas y descanso dominical cuando se encendió la chispa. Los enfrentamientos comenzaron en las puertas de los talleres Vasena, una fábrica metalúrgica del barrio de San Cristóbal, el 7 de enero de 1919, cuando la policía mató a cuatro trabajadores que impedían la entrada de los rompehuelgas.

Los obreros metalúrgicos se levantaron en protesta por las muertes; a ellos se unieron los marítimos, los ferroviarios, los del calzado… Una semana después habían muerto cerca de mil personas. En Boedo, a pocos metros de donde toman café, se produjo el gran enfrentamiento entre policías y obreros; era la guerra abierta por vez primera: barricadas con trabajadores de un lado y sus enemigos del contrario. Al gobierno no le quedó más remedio que ceder a las reivindicaciones de los obreros; habían vencido. Desde entonces, con épocas de mayor represión y otras de más autonomía, los libertarios se han ido haciendo fuertes, más fuertes que ningún otro sindicato pese a sus divisiones internas.

En Argentina existen, como en España, anarquistas expropiadores, o anarquistas «delictivos» como los califican muchos, incluso algunos compañeros. Son los que hacen lo mismo que Durruti y Ascaso: robar a los burgueses para financiar las huelgas, pagar las publicaciones y el teatro divulgativo, ayudar a los presos, dar de comer a sus familias… Roscigno es uno de ellos; está convencido de que el camino es la acción directa y de que se deben preparar: la policía cuenta con el respaldo económico del Estado, los comunistas con el de la Unión Soviética, la Iglesia con sus propios fondos; a los ácratas sólo les queda la posibilidad de hacerse con lo que necesitan robándoselo a los burgueses. La propiedad privada es un robo; ellos restituyen al pueblo lo que debería ser suyo.

Miguel Arcángel Roscigno colaborará con los Errantes y aprenderá todo lo que pueda de los expropiadores españoles; también les enseñará lo mucho que su experiencia le ha proporcionado. Los Solidarios son tan admirados en Argentina como Radowitzky en España, todos los libertarios conocen y respetan a Durruti y a su

banda.

La colonia italiana en Buenos Aires, la más numerosa, está dividida: por un lado los fascistas y por otro los anarquistas; entre los mismos trabajadores se producen enfrentamientos. Hace apenas dos meses, el día 6 de junio, la escisión saltó a los periódicos.

Se celebraba en el teatro Colón el vigésimo quinto aniversario de la coronación del rey Víctor Manuel III de Italia. El presidente de Argentina, Marcelo Alvear, el embajador de Italia, Luigi Aldrovandi, conde de Viano, las clases altas italoargentinas, que apoyaban al fascismo, se reunieron vistiendo sus mejores galas para asistir a una velada artística. Se escuchaba el himno con devoción; los presentes lo cantaban emocionados para romper después en aplausos. Cuando la banda municipal de Buenos Aires atacó las primeras notas de la Marcha Real Italiana, sucedió lo que nadie esperaba: un grupo de anarquistas comenzó a arrojar panfletos desde el anfiteatro y a gritar vivas a la anarquía. Entre el público, grupos de fascistas, de camisas negras, se lanzaron a acallarlos por la fuerza. Un hombre alto, rubio, bien vestido con abrigo negro, subió al escenario y llamó asesinos a los fascistas, gritó a favor de Mateotti —el político de izquierdas asesinado en Italia—, acusó de infamia a Mussolini… Todos intentaban silenciarle en medio del caos, pero él se defendía con valentía, intercambiando golpes con los fascistas. Su potente voz y su resistencia asombraban al embajador, al presidente, a ministros, invitados… Sólo la superioridad numérica de los que se enfrentaban a él y un golpe con una cachiporra le hicieron caer. Fue detenido y llevado hacia el exterior del teatro; antes de salir, escupió en la cara de un coronel italiano que se acercó a reprenderle. En todos los periódicos aparecieron su foto, su nombre y su grito al entrar en el vehículo celular: «¡Viva la Anarquía!». El hombre del abrigo negro era Severino di Giovanni, el sexto ocupante de la mesa del café del Aeroplano; aún se notan en su cara las marcas de los golpes que recibió aquella noche.

Hace apenas un par de semanas, a principios de mes, salió el primer número de *Culmine*, el gran sueño de Di Giovanni, un periódico anarquista en italiano que se elabora en un conventillo del barrio de la

Boca. Él lo compone —es tipógrafo de profesión—, él lo financia, prácticamente lo escribe por entero quitándose horas de sueño. Tiene muy claro lo que quiere:

—Violencia. Se necesitan más actos individuales, se necesita más violencia. Todos los medios son lícitos para alcanzar la revolución, hay que aplicarlos.

Busca dinero para que *Culmine* siga adelante, también colaborará con los españoles. Es un hombre arrogante pero simpático. Habla muy bien castellano para el poco tiempo que lleva en el país; casi no tiene acento italiano. Su aspecto no es tan elegante como el día de la velada fascista del teatro Colón —sólo se vistió así para reventar la fiesta de los ricos—, es el de un obrero más: pantalón y chaqueta gastados por el uso, alpargatas, una camisa sin cuello. Nada que llame la atención excepto su mirada: sus intensos ojos azules muestran una rara determinación.

Jover les ha explicado el proyecto de García Oliver y otros anarquistas italianos de matar a Mussolini y su fracaso. Roscigno y Di Giovanni sueñan con la posibilidad de conseguir el dinero necesario y retomar el plan; quizá algún día puedan lograrlo: desde Argentina, liberar a su viejo país del fascismo.

* * *

El día del cumpleaños de Rosa fue, tal como ella tenía previsto, el de su compromiso. Invitó a cenar a su casa a Martín Michelena, su pretendiente tinerfeño. Sin protocolos ni etiqueta, sin una criada sirviéndoles; los dos solos mientras su hija Rosita pasaba la noche en casa de la mujer que la cuidaba. Ella misma preparó y sirvió la cena, *vichissoise* y lomos de cherne con almendras.

Al llegar el momento del brindis, Martín le entregó su regalo, un espectacular anillo de diamantes. Seguro que él no esperaba lo que sucedió después, sin duda no tan pronto.

Sin decirle nada, sólo cogiéndole de la mano, Rosa lo llevó hasta el dormitorio, situado en la segunda planta de la casa de la calle Porlier. Nada más entrar se desnudó ante un sorprendido Martín. No dejó de hacer nada de lo que tantas veces había hecho con su marido y sólo

con él. En algunos momentos pensó que asustaría a su pareja, pero también que era lo que quería hacer y que era rica, que no tenía ni que reprimirse ni que dar explicaciones; si a él no le gustaba, buscaría a otro. Nada está vedado a los ricos.

Desde ese día, Martín no sólo pasea con ella por las inmediaciones del puerto de Santa Cruz, también la visita en casa todas las tardes y alguna noche; ha conocido a Rosita y la niña se ha entendido de inmediato con él. Han hablado de marcar una fecha para su boda, quizá para después del próximo carnaval.

Rosita apenas recuerda a su padre. Es muy raro que pregunte por él. En cuanto se case, Rosa hará que llame papá a Martín. Dentro de muy poco será prácticamente imposible que Ernesto Valenzuela las encuentre. Tampoco su hija se acordará de buscarlo.

No sabe dónde está su marido, pero no cree que haya desistido de buscarlas; le llegó una carta de su amiga Fátima en la que le informaba de la muerte de Laureano, el padre de Ernesto, del rocambolesco acoso al que sometió a su familia. Rosa nunca le conoció en persona; sabía que era anarquista y que estaba en la cárcel, aunque se enteró de eso cuando llevaba varios años casada. En la carta, Fátima le contaba que el general Prendes, su suegro, había protestado ante el ministro, Martínez Anido, por la vigilancia a la que les había sometido el muerto, padre de uno de sus colaboradores, y que no pensaban que Valenzuela volviera a acercarse a ellos. También le comunicaba que el policía había sido enviado a Sudamérica para alejarlo de Madrid.

Cuando se case con Martín, Rosa interrumpirá el contacto con Fátima; no le desvelará su nueva dirección para que Ernesto no pueda sacársela ni torturándola, aunque no se cumpla lo que Fátima le dice, aunque su marido vuelva a acercarse a ella.

Ernesto Valenzuela sigue colocando la única foto que conserva de su hija en la mesilla de noche; duerma donde duerma, es lo primero que saca de la maleta al llegar a un lugar nuevo, pero hay días que se olvida de mirarla. La foto, ahora mismo, adorna la habitación de hotel que ocupa en Santiago, el hotel Crillón. Pasa muy poco tiempo allí;

prefiere seguir buscando, patear las calles aunque la intuición y la lógica le digan que sus presas no siguen en Chile. Espera descubrir adónde han ido o que le digan algo desde Madrid. Mientras, se encarga de los anarquistas chilenos: han vivido muy bien gracias a la mano blanda que Storaro les aplica.

Ayer le llevaron a comisaría a uno de los activistas que confía que más información le puede revelar, un anarquista llamado Casteglione. Decidió no interrogarle aún, poner en práctica algo que le enseñó López Mahón: hacerle esperar, que imagine cosas aún peores que las que después le pasarán.

—¿No le interrogamos?

—No, déjalo detenido y que duerma tranquilo. Mañana hablamos con él. Podríamos cenar en un sitio bueno, algo típico chileno, yo invito.

Si algo tenían claro Valenzuela y Storaro era que Casteglione no dormiría tranquilo.

La cena, en Mapocho, en un local típico chileno junto al Mercado Central, no fue entretenida porque los dos policías, el chileno y el español, no se entienden bien. Ricardo Storaro lo ha intentado, invitó el fin de semana a Valenzuela a comer un curanto, una comida típica en la que se entierra marisco en un hoyo cavado en el suelo y se cubre con piedras candentes por las brasas, para que se cocine mientras los invitados brindan con pisco y chicha. El policía español pasó toda la comida preguntando al resto de los invitados por los anarquistas chilenos, sin integrarse, sin procurar ser mínimamente agradable. Se entusiasmó cuando se enteró del proyecto que defienden algunos: enviar a los marxistas, los anarquistas y los homosexuales al exilio en la Isla de Pascua.

—Y si después es posible hundir la isla, mejor que mejor.

Stororo le cae mal, ni siquiera cuando Valenzuela, durante la cena, le propuso visitar una casa con chicas, algo que le hiciera olvidar a la malagueña del piso de la calle Barbieri según le dijo, el chileno le complació.

—Soy recién casado, no visito lugares así. Además, debería volver a casa; no pude avisar a mi esposa de que llegaría tarde.

—Deberías tener hijos pronto.

—Todavía hay tiempo, apenas hace seis meses que nos casamos.

—No esperes, sin hijos no vale la pena nada de lo que hacemos. ¿A quién le importa hacer que este mundo sea mejor si no tiene hijos que lo disfruten?

A Storaro le llama la atención que un tipo con tan pocos escrúpulos hable de un mundo mejor; a buen seguro tendrá que ver con el pisco que no ha parado de beber desde que llegaron al restaurante. Antes de marcharse a su casa, le da al español la información que buscaba.

—Dígale al taxista que le lleve a la Estación Central, a la casa de la tía Emma; le dejará en una vieja casona en la que encontrará lo que busca. Y tenga cuidado, no es una zona recomendable.

Lo que los chilenos llaman «casa de remolienda» no se diferencia mucho de los burdeles barceloneses o madrileños: un salón decorado con terciopelo rojo, muebles de estilo francés, lámparas de cristal, estatuillas eróticas y cuadros de dudoso gusto, grandes espejos, un desvencijado piano donde un pianista homosexual ameniza con música y hace que las chicas salgan a bailar y provocar a los clientes. En lugar del champán malo, habitual en los tugurios de cualquier barrio chino, en Santiago se sirve un ponche elaborado con vino blanco y frutas. La madame, quizá sea la misma tía Emma que da nombre al local, atiende a los nuevos clientes.

—¿Busca algo especial?

—¿Qué puede ofrecerme?

—Tengo una chica recién llegada del sur, casi sin experiencia. Tiene usted aspecto de caballero, no quiero que nadie me la malogre.

La habitación es menos lujosa que el gran salón. Hay una cama, un armario enorme, fotos enmarcadas de chicas desnudas en la pared —algunas de ellas tomadas en el salón en el que ha estado—, una butaca en la que dejar la ropa, una jofaina en la que la joven contratada le lavará. La chica se llama Blanca y es muy guapa. Le hace gracia, en Madrid se llamaba Nieves, en Santiago, Blanca. No se parecen pero para él son iguales.

Es muy joven, incluso menor de edad, mezcla de europeo con indígena, muy morena, con los ojos más negros que ha visto jamás.

Pese al ambiente en el que se mueve, parece virginal. Nada de lencería negra, agresiva; viste ropa interior blanca, casi de niña.

—Dicen que no tienes experiencia.

—Casi…

—¿Qué significa «casi»?

—Hablas mucho, ¿todos los gallegos sois así?

—¿Sabes si aquí ponen champán?

—Podemos pedirlo, nunca lo he probado.

No hay champán; a cambio les llevan vino espumoso argentino. Es más ligero, no está malo. Blanca dice que las burbujas le hacen cosquillas en la nariz, lo mismo que dijo Rosa cuando probó el champán auténtico en San Sebastián, durante su luna de miel. Se acuerda de Rosa y también de Rosita. Tiene que beber para olvidarlas y divertirse con Blanca. Sin malograrla, como le ha exigido la tía Emma.

Guido Casteglione, su detenido, no ha dormido en toda la noche. Está despeinado y huele a sudor y a miedo cuando Valenzuela entra en la sala de interrogatorios bañado, descansado, peinado y perfumado. Storaro entra tras él; espera que el español le enseñe algo nuevo, no su acostumbrada brutalidad con los interrogados.

—Buenos días, supongo que anoche pensó usted las respuestas a mis preguntas.

—Aún no me ha hecho ninguna.

—Sabe perfectamente de qué vamos a hablar, de Ascaso y Durruti. No intente hacerse el héroe ni tomarme por tonto. Decirme que no sabe quiénes son sólo le supondrá acabar la charla en peor estado.

—Nunca he conocido a nadie que se llame así.

—Se lo repetiré: no le voy a tratar bien, diga lo que diga; terminará mal aun contestando a lo que quiero oír; no lo empeore. Hablemos de Ascaso y Durruti, los Solidarios, los Errantes o como se llamen ahora…

Aunque López Mahón no lo apreciara, Valenzuela aprendió mucho con él. Aprendió que había que probar hasta que se encontraba el punto flaco de cada interrogado. El de Casteglione son las manos, manos de pianista: en cuanto le rompió dos dedos, soltó todo lo que

sabía. Mientras Valenzuela le martilleaba los ocho restantes, contó hasta lo que sólo sospechaba. Confirmó todo lo que sabían sobre el robo y les dio detalles que no conocían, desveló los nombres de otros compañeros, les informó de la fecha exacta en la que los españoles habían partido hacia Argentina, hasta de la presencia de una mujer con ellos de la que Valenzuela no sabía nada.

—Tendré que irme a Buenos Aires a buscarlos. Ha sido un placer conocer Santiago.

Storaro no le echará de menos. Ha aprendido mucho con él, sin duda, pero cosas que no pondrá en práctica. Lo que ha visto hoy le ha decidido a dejar la policía. No aguanta más, tiene que decirle al español lo que opina de él y de sus métodos.

—Eres un hijo de puta, eres peor que cualquiera de ellos.

—No te lo voy a tener en cuenta, me marcho. Si nos dan una medalla por haber resuelto el atraco del Banco de Chile, puedes quedártela para ti; tampoco necesito que me des las gracias.

Valenzuela ha descubierto a unos tipos que desprecia más que a los anarquistas, a los policías blandos. Es lo bueno de viajar, que se aprenden cosas.

* * *

En los últimos años han llegado a Argentina dos millones de italianos, casi uno y medio de españoles, miles de judíos rusos huidos de los pogromos de su país… Unos se quedan en Buenos Aires; otros, una buena parte de ellos, se marchan al interior para conseguir las veinticinco hectáreas de terreno fértil que el gobierno promete a los agricultores. Pronto se dan cuenta de que las mejores tierras no se reparten y de que las promesas de proporcionarles semillas, aperos, víveres con los que mantenerse hasta recoger las primeras cosechas y animales para la labranza no se cumplen.

Los inmigrantes, tan pobres como en el país del que huyen, vuelven a la capital para intentar salir adelante en la superpoblada urbe. Proporcionar viviendas a tanta gente es uno de los mayores problemas. Se hacinan, los recién llegados se construyen sus propias casas, se inventan nuevas formas de aprovechar el espacio:

conventillos, casas chorizo…

Los españoles han conseguido alquilar dos habitaciones en un conventillo del barrio de San Telmo, uno de los más populares. Los conventillos son casas muy humildes, un par de plantas llenas de habitaciones que dan a un patio central en el que están los servicios comunes: retretes, caños de agua para lavar, desagües. En ellos viven los más pobres: algunos alquilan una habitación para varios hombres, y muchas familias formadas por padres, hijos y abuelos comparten una sola estancia.

Pese a todo, los Errantes son unos privilegiados: tienen dos habitaciones, una para Durruti y Jover, que estará más tiempo del previsto con ellos, y la otra para Ascaso y Paz.

La conversación pendiente entre los tres se produjo en el tren, poco antes de llegar a Buenos Aires, cuando tuvieron que organizarse para la estancia. La pareja habló a Durruti de su relación. La sorpresa de los dos amantes fue que Buenaventura estuviera al tanto; creían que habían sido muy discretos.

—Lo menos cuatro veces salisteis terminando de vestiros de la habitación cuando yo llegaba, eso sin hablar de las excursiones nocturnas de un cuarto a otro.

Durruti se lo ha tomado bien, aunque Ascaso sabe que les queda una conversación a solas. Además, aún no le han dicho que Paz está embarazada; Francisco prefiere que lo sepa por él, cuando los dos hablen. Tal vez piense que Ascaso no volverá a poner su vida en peligro, que le pesará más el sentimiento de protección hacia su familia que la voluntad de hacer la revolución. Quizá sea verdad, o quizá se comporte como Di Giovanni, que tiene cuatro hijos y no ceja en su fervor anarquista.

Jover está trabajando como ebanista, su oficio. Es un buen artesano —no ha hecho otra cosa desde los doce años— y no ha tenido ningún problema para colocarse. Durruti volverá al puerto, a trabajar de estibador, igual que en La Habana; prefiere el trabajo físico que ser mecánico. Ascaso busca un empleo de camarero, como siempre. No tendrá problemas, Buenos Aires está lleno de cafés, restaurantes y hoteles que necesitan trabajadores con experiencia como él.

Paz tiene la certeza absoluta de su embarazo, aunque físicamente se le note muy poco aún. También de su elección. Se siente bien con Francisco; cuando se quedan a solas, los dos hablan del niño que nacerá y del futuro. Quizá sea aquí en Buenos Aires, puede que le convenza para que se queden en América cuando Buenaventura decida subirse al barco de vuelta a Europa. Tal vez salgan adelante. Vuelve a soñar, igual que en Chile, con una panadería en la que trabajará Francisco, quizá en uno de los barrios donde viven los ricos; ganarían dinero, saldrían del conventillo y tendrían una casa donde educar y cuidar a su hijo: justo lo que él llama «una vida burguesa».

Le gustaría que los anarquistas desaparecieran de su vida, quedarse sola con su marido —piensa en él usando esta palabra aunque sepa que nunca se casarán—, olvidar a Durruti, a Jover y a los italianos, sobre todo a Di Giovanni. Le gusta, le respeta y le aprecia, pero le da miedo su mirada. No ha conocido nunca a nadie tan convencido de poseer la verdad, salvo quizá Durruti. A Paz le da miedo la gente que cree que tiene la razón de su lado y está rodeada por ellos; su padre era anarquista, pero dudaba, nunca creyó que pudiera imponer sus ideas por la fuerza.

De momento, todos hablan del trabajo y reina la tranquilidad. En pocas semanas empezarán a hablar de robos, atracos y expropiaciones, se acabará la tregua y volverá el peligro. Para Paz, en los últimos tiempos, el anarquismo ha dejado de ser una ideología: ahora es un sinónimo de miedo.

Tienen aún guardada la mitad que les correspondió del dinero del botín del Banco de Chile. Debe llevársela a Europa Jover, pero han decidido que esperará unos meses para no llamar la atención. No es normal que un emigrante, después de gastarse el dinero que cuesta el billete de barco, vuelva a España un par de semanas más tarde. Todo el mundo piensa que emigran los más desfavorecidos y no es así, para venir a América hay que pagar el pasaje y pocos tienen tanto dinero: emigran los pobres, no los miserables. Es normal que se tenga que empeñar toda la familia y se mande al más preparado, el que puede triunfar en el nuevo mundo y tirar de los demás. Si Jover —sano y fuerte— vuelve a Europa al poco de su llegada, llamará la atención de

los policías aduaneros. No es completamente anormal que algunos emigrantes vuelvan a casa, pero es imposible no fijarse en ellos, y nadie quiere que descubran la maleta llena del dinero procedente del robo y perderlo.

* * *

—No estoy de acuerdo. Francia nos acoge, aquí no podemos atentar.

Para García Oliver, en París pueden vivir, conspirar, reorganizarse, preparar atentados que se cometerán en España o en Italia, pero no convertir la ciudad en el campo de batalla. Si la policía francesa empieza a perseguirlos, más allá de alguna redada ocasional o algún registro sin importancia, se quedarán sin refugio.

—Pocas oportunidades tendremos más fáciles de acabar con Alfonso XIII. No estamos aquí para disfrutar de París, estamos para trabajar por la libertad en España.

Aurelio Fernández, el anarquista asturiano, compañero veterano, tiene razón: desde que renunciaron a encargarse de atentar contra Mussolini, no han planeado nada, parecen turistas. Se ha anunciado para finales de año, para noviembre, la presencia de los reyes de España en París, camino de Londres.

—Tenemos dinero del que han mandado Durruti y Ascaso, Jover está allí y pronto nos traerá más. No tenemos excusa para no actuar.

Oliver teme que alguien piense que se está aburguesando, que crean que su vida nocturna le hace menos revolucionario. Están todos siempre preocupados por ese tema: más que ser, parecer revolucionarios. Es absurdo, algún día deben salir de esa dinámica: un anarquista puede tener familia, hijos o trabajo y seguir luchando por mejorar el mundo. Quizá con más empeño, el mundo que consigan con su sacrificio será el que les dejen a los suyos.

Aunque Oliver no esté de acuerdo con la acción, no hay jefes: si sus compañeros quieren atentar lo harán. Su obligación es dar consejo y, si se decide actuar, ayudar a que salga bien, no impedirlo.

Hablan mucho, planean, piensan en la forma de matar al monarca. Oliver no es partidario de lanzar una bomba contra él, puede pasar lo mismo que el día de su boda con la princesa Victoria Eugenia de

Battemberg, el 31 de mayo de 1906: Mateo Morral, un anarquista catalán, arrojó una bomba Orsini camuflada en un ramo de flores al paso de la comitiva real desde la ventana de su pensión de la calle Mayor de Madrid; un cable del tendido eléctrico desvió su trayectoria y la bomba cayó en medio del público asistente. Fue una masacre: murieron veintiocho personas; el rey y su esposa resultaron ilesos.

No pueden permitir que lo mismo les suceda en París: el objetivo es Alfonso XIII. Él, sólo él, debe morir, diseñarán el atentado con ese fin como principal condición.

García Oliver, aun en desacuerdo con la oportunidad de la acción, vuelve a sentirse uno de los Solidarios. El tiempo perdido planeando la muerte de Mussolini, los problemas con Mimí, el trabajo de barnizador, todo eso queda atrás cuando hay un objetivo claro: el monarca español.

No ha vuelto a saber de Mimí, la bailarina española, aunque ha habido otras: una chica bretona, una turista inglesa. Ha oído hablar de una bailarina norteamericana, negra, que acaba de estrenar un espectáculo en el Théâtre des Champs Elysées; se llama Josephine Baker. Baila desnuda con un cinturón confeccionado con plátanos y todos sus colegas de juergas nocturnas le aseguran que no se la puede perder, que es la mujer más sensual del mundo.

Asistirá a su actuación algún día, cuando tenga reunión en la librería de la rue Petit. Al acabar, se despedirá de sus compañeros libertarios y se acercará a la place Pigalle. Allí se encontrará con sus otros amigos, los que no tienen nada que ver con el anarquismo sino con la vida nocturna. Entrará en el café de la Nouvelle-Athénes, en el número 9 de la plaza, y quizá se beba una copa de vino con Vladimir, el nombre falso de un ruso huido de la revolución bolchevique que negocia con joyas robadas; con Hans, un alemán que busca la fama como pintor y retrata desnudas a las prostitutas de la plaza a cambio de que le paguen la pensión; con Harry, un americano aspirante a poeta que gasta lo poco que su padre le dejó en herencia con la idea de que París le inspirará… Imagina que ellos también le reducen a una frase: un barnizador español que quiere cambiar el mundo; no es menos pintoresco. Estarán dispuestos a acompañarle al teatro en el

que actúa Josephine Baker, conseguirán entrar gratis y se buscarán la forma de compartir una copa de champán con ella en el camerino. Pasarán el resto de la noche hablando de arte, de mujeres, de la vida; beberán absenta; visitarán los hoteles de las bailarinas del espectáculo o los pisos de las modelos de Hans; nadie hará un solo comentario sobre política, revolución o atentados. Oliver se sentirá libre y vivo.

Pero antes, su deber es colaborar con sus compañeros en la muerte de Alfonso XIII.

—La policía nos tiene controlados. Creo que es mejor que estemos al margen del atentado.

García Oliver siente la necesidad de abortarlo todo de nuevo. Aurelio Fernández tiene otra vez razón: ellos dos no deben participar, pero no es algo que se pueda dejar en manos de cualquiera.

—Hay otros compañeros preparados, dejemos que otros activistas diseñen el plan y lo ejecuten.

Si algo le quita el sueño a Oliver es que los planes no dependan de ellos.

—El día que la policía me mate, el día que me metan en la cárcel, me gustaría que fuera por culpa mía, no de otros.

Ninguna de sus quejas surte efecto. No participará. El trabajo de barnizador seguirá ocupando sus horas. Verá a Josephine Baker antes de lo esperado. Nada le impedirá cortejar a su vecina italiana en la habitación que ha alquilado en el boulevard de Ménilmontant, cerca del cementerio de Père-Lachaise.

—Como esto salga mal, ahí es donde terminaremos, en el cementerio de al lado de mi casa. Por lo menos no me muevo del barrio.

* * *

Durruti supo del embarazo de Paz cuando no quedó más remedio, cuando lo habría notado por poco perspicaz que fuera. De hecho, Gregorio Jover se había dado cuenta unos días antes. Tampoco reaccionó el leonés como ellos esperaban: no se quejó, no lo consideró una desgracia; se limitó a darles la enhorabuena. Dos días después de saberlo habló con Ascaso mientras caminaban por la calle Defensa, en

San Telmo, el barrio donde han alquilado las habitaciones, para dirigirse a sus trabajos.

—¿Qué vas a hacer cuando volvamos a España?

—¿Qué voy a hacer con qué?

—Con Paz y el niño.

—Llevarlos.

Al mismo Ascaso le parece una hazaña imposible nada más decirlo. No saben cuándo volverán e ignoran qué vida llevarán, si conseguirán regresar a España o tendrán que refugiarse en Francia, si volverán al trabajo de la fábrica Renault, al Moulin Rouge y al apartamento de Belleville con un retrete en el que hay que colocar los pies sobre dos plataformas y esperar a que unos carros tirados por mulas vacíen el depósito…

—Sería mejor que madre e hijo se quedaran aquí. Tal vez tú también.

—¿No volver?

—Aquí también hay mucho por hacer.

A Paz le gusta Buenos Aires, le agrada el barrio de San Telmo, las casitas de la Boca, incluso los barrios señoriales como Palermo o la Recoleta. Visita a veces la casa en la que vive Di Giovanni. No charla con su esposa, una campesina italiana muy sencilla que apenas habla castellano, sino con la hija de la familia que les alquila la habitación, Josefina Scarfó, una chica de dieciséis años, guapa y muy madura.

—Cualquier día, Severino se separa de la italiana y se va a vivir con Josefina, ya verás. Ella está loca por él.

—Es una niña, se le pasará.

Francisco, como buen anarquista, cree en el amor libre y en que las parejas son para siempre. Ni le pasa por la cabeza que un compañero, en especial uno tan serio como el italiano, pueda abandonar a su mujer para estar con otra. Paz no está de acuerdo con él: antes que anarquistas son hombres.

—Es mejor que a la chica se le pase. El italiano dejará una viuda muy pronto, o mejor dicho creo que dejará dos, a su esposa y a ella.

A Paz le gustaría evitar que los españoles dieran otro golpe, pero

sobre todo que Di Giovanni les acompañara si lo hicieran; es un hombre peligroso. No lo sabe explicar, le ve el halo del que acabará siendo un mártir. La seguridad de que morirá de forma violenta no impide que le caiga bien; cuando no está hablando de política —escasos momentos cada día—, Severino es simpático, atento, un gran conversador. Le hace gracia ver cómo intenta mantener la seriedad al encontrarse con Fina, al aconsejarle lecturas ácratas, como si él no sintiera el mismo amor que la chica, la *bambina*, como la llama la familia. Los hermanos de Fina, Alejandro y Paulino, admiran tanto a Di Giovanni que tampoco quieren darse cuenta. En casa de los Scarfó, en Villa Ortúzar, cerca de los barrios de Belgrano y Colegiales, todo el mundo sabe lo que sienten Fina y Severino y todo el mundo mira a otro lado.

La vida durante los primeros meses en Argentina está resultando tranquila. Los hombres trabajan en lo que quieren: Jover de ebanista, Durruti de estibador, Ascaso en un café de la avenida Corrientes, La Helvética. Paz ha conseguido un puesto como enfermera en la consulta de un médico de la calle Florida. Les sobra dinero para vivir y ayudar a algunas de las familias que peor lo pasan, del conventillo donde se alojan.

Entre sus vecinos abundan los españoles y los italianos y hay una familia «rusa», la forma de llamar a los judíos. La extrema derecha, la Liga Patriótica Argentina, hizo una campaña de la que todavía quedan algunas pintadas en las calles: «Haga patria, mate a un judío». Son los más perseguidos. La ley de residencia, una ley que permite a las autoridades devolver a su país a los inmigrantes antiargentinos, es decir, a los anarquistas, se ha aplicado contra todos, pero se han ensañado especialmente con los judíos: el gobierno no tiene escrúpulos en entregar anarquistas a los gobiernos de Primo de Rivera, Mussolini o a los comunistas. No se preocupa de lo que les pueda suceder, su ejecución casi segura. Los comunistas soviéticos son tan enemigos y están tan alejados de los ácratas como los fascistas mediterráneos; no se sabe de quién hay que esperar más crueldad.

Paz ayuda siempre que puede a la familia rusa: compra leche para

los niños, lleva carne a los adultos, reserva parte de los guisos para ellos. Ha aprendido qué alimentos no comen y cuáles no pueden mezclar. La zona común de la vivienda, el patio al que dan las habitaciones, es una muestra de costumbres, olores y comidas distintas.

También hay familias argentinas en los conventillos vecinos, aunque más de la mitad de los habitantes de Buenos Aires son extranjeros. Apenas hay negros, al contrario que en Cuba. Dicen que hubo muchos pero que se han mezclado, han partido hacia Uruguay, han muerto en las guerras de independencia, en las que combatían en lugar de los hijos de las familias acomodadas.

Francisco está tranquilo. Muchos días recoge a Paz al salir de trabajar y se marchan los dos a dar un paseo, sin Durruti ni Jover, sin hablar de política. Les basta acercarse hasta el río o caminar por la calle Corrientes. A veces entran en un cine para ver una película o se sientan en un café donde se cante tango y se toque el bandoneón; aún no han podido escuchar en persona, sólo en discos, al cantante más famoso de Argentina, Carlos Gardel, que está de gira por Europa.

El temor de Paz es que un día se empiece a hablar de un banco, de una casa de cambios, del pagador de una fábrica… ¿Cuánto tardará Francisco en caer en un tiroteo, cuánto en ser detenido y condenado como Sacco y Vanzetti? El nombre de Ushuaia aparece en sus pesadillas: Radowitzky será heroico en opinión de su compañero y de sus amigos, pero Francisco no acabará así. Durruti no le arrastrará si ella puede evitarlo.

Di Giovanni es uno de los mayores activistas por la liberación de Sacco y Vanzetti en Buenos Aires. Participa en manifestaciones, escribe artículos para su periódico, manda cartas al gobierno americano y a sus medios de comunicación. Ha decidido, como se ha hecho en grupos anarquistas de muchos países, que si se cumple la condena y los dos italoamericanos son ejecutados, explotarán tantas bombas en la ciudad que el gobierno se arrepentirá de no haber presionado a Estados Unidos y a Italia para que intercedieran por sus emigrantes. Si ese día llega mientras los Errantes están en Buenos

Aires, Paz sabe que su marido se meterá en problemas, como siempre.

* * *

Es primavera en el cono sur, principios del mes de octubre, cuando Valenzuela toma el mismo tren que hace un par de meses llevó a los Errantes a través de los Andes hasta Mendoza. No tiene que cubrirse con las mantas ni ve grandes masas de nieve. Sólo el Aconcagua continúa cubierto, y hasta él, tan poco dado a ese tipo de contemplación, admira su belleza.

Su última noche en Santiago la pasó en casa de la tía Emma, con Blanca. Tal vez llevaba la idea de malograrla pero la chica se la cambió por algo mejor: había una pupila nueva en la casa, una morena de una ciudad del sur, Temuco. ¿Por qué no subía a la habitación con las dos? Recordará más tiempo la casa de remolienda, y a Blanca y a Lori juntas, que la cara sanguinolenta de Casteglione tras el interrogatorio; de éstas ha visto tantas que necesitan algo muy especial para grabarse en su memoria.

En Buenos Aires tiene que encontrarse con Polo Lugones, policía, hijo de uno de los poetas más importantes de Argentina, hasta hace poco director de un reformatorio de menores del que ha sido destituido acusado de pederastia; la intervención de su padre ha impedido que acabara en la cárcel. Le dan asco los pederastas —piensa en Rosita—, pero será de gran ayuda contra los anarquistas: no tendrá los mismos reparos morales que Storaro en Chile.

Ha pedido que le manden información desde Madrid acerca de quién es la mujer que acompaña a Durruti y a Ascaso. Según confesó Casteglione en el interrogatorio, es una cubana. Los carabineros se han quedado buscando a un tal Arratia, otro de los nombres que les dio Casteglione. No le han encontrado y se supone que Storaro debe localizarlo e interrogarlo. Valenzuela no espera nada de lo que el policía chileno pueda proporcionarle.

Tres días solo, viajando en tren por esos monótonos paisajes, dan para pensar en muchas cosas, arrepentirse de unas y valorar otras. Dejar que su padre intentara solucionar lo del general Prendes, su hijo y su nuera fue un error, eso es evidente; marcharse de España sin

ponerle remedio es otro. Cuando vuelva, cuando haya acabado con Ascaso, abandonará su cargo en la policía, viajará a Las Palmas y buscará a su mujer y a su hija; peinará la isla entera, todo el archipiélago si hace falta, hasta dar con ellas.

También hay tiempo para no pensar en nada o para ponerse en el lugar de su presa: ¿qué sentiría Ascaso al pasar por allí?, ¿qué haría al llegar a Buenos Aires?, ¿sabría que le perseguía? Quizá le vea pronto, quizá vuelvan a estar cara a cara antes de lo que su amigo de infancia cree.

Polo Lugones le espera a su llegada en la estación de Retiro. Es un hombre bajito, relleno, de cara muy blanca, ojos verdosos y poco pelo, echado atrás con gomina. Llama la atención su voz, casi femenina.

—¿Inspector Valenzuela? Tenía muchas ganas de conocerle, he recibido muy buenas referencias sobre usted. Mi amigo, el tristemente fallecido López Mahón, le mencionaba en todas sus cartas.

Le ha reservado una habitación en el hotel Savoy, cerca de la calle Corrientes.

—Es un buen hotel y acá están los teatros, los cafés, los restaurantes. Pensé que querría usted conocer la ciudad y disfrutarla a la vez que cazamos a esos perros anarquistas.

En sólo unos minutos, ha compartido más complicidad con Lugones que en varias semanas con Storaro.

—Y también podremos divertirnos por la noche. ¿Sabe lo que dicen de Corrientes?, que es la calle que nunca duerme. ¿Escuchó alguna vez tango argentino? Es lindo…

Valenzuela tiene un par de horas libres antes de reencontrarse con su anfitrión, el tiempo justo para colocar la foto de su hija en la mesilla de noche, tomar un baño, salir a pasear por las inmediaciones del hotel.

Por la noche, Valenzuela cena con Lugones en la planta baja del Tabarís, cerca del hotel, en Corrientes. Se pone al día del anarquismo argentino. Entre otros muchos nombres, su anfitrión le habla de Radowitzky, de Roscigno, de Di Giovanni, de Wladimirovich…

—Me recuerda mucho a la situación en España.

—Claro, es bueno que colaboremos. El gobierno actual es blando,

pero no siempre será así. Lo que hacíais en Barcelona, la ley de fugas… Eso es lo que se tenía que haber hecho con el italiano del teatro. Nada de detenerlo y soltarlo después. ¿Viva la anarquía? Toma plomo.

En el Tabarís, sí hay champán francés, de la marca que quieran. Y bailarinas, coristas y plumas. Escuchan a Francisco Canaro, que está a punto de viajar para cantar sus tangos en París y en España. Se conjuran para empezar a trabajar, que tiemblen los anarquistas.

Un policía de uniforme se ha quedado mirando insistentemente a Rosa al salir de una tienda de moda de la calle del Castillo, en Tenerife. Ella se ha dado perfecta cuenta de quién es: hace años, en Barcelona, se quejó a su marido de que la seguían los anarquistas; él ordenó que un agente la acompañara en sus salidas para protegerla; se turnaban dos para hacerlo y éste es uno de ellos.

—¿Señora Valenzuela?

—Creo que se confunde.

—Perdón… Es usted muy parecida… Perdón…

El policía se aleja de ella, quizá convencido de que ha sido un error. Si se vuelven a encontrar y Rosa va acompañada por su hija, no será tan fácil el engaño.

Pasa nerviosa el resto del día, dándole vueltas en la cabeza a lo que debe hacer. No basta con no volver a pasear por la calle Castillo, lo primero porque eso es absurdo —es una de las calles comerciales más importantes de Santa Cruz de Tenerife—; también porque un policía no se limita a una sola calle: si ha sido destinado a la ciudad, puede encontrarse con él en cualquier parte.

¿Sabrá que a Valenzuela le abandonaron su mujer y su hija? En Madrid se enteró todo el mundo, desde el ministro hasta el último policía de la puerta del edificio de la Puerta del Sol, pero eso no quiere decir que se enteraran en toda España. Tampoco su marido es tan importante. Quizá pueda seguir tranquila, sin temor; quizá no.

Mira a Martín jugar con Rosita: están los dos tirados en el suelo del salón. Le recuerda a Ernesto, tan pendiente de ella. Él se ha dado cuenta de que le pasa algo; es un hombre respetuoso y discreto que no

agobia con preguntas. Se dedica a la niña, ella le contará qué le preocupa cuando decida hacerlo.

—¿No te gustaría vivir en otro sitio?

—¿Otro sitio? Bueno, cuando nos casemos nos iremos a mi casa, ¿no?

—Me refiero a otra ciudad, a marcharnos de Tenerife…

—¿Marcharnos? Pensé que te gustaba vivir aquí.

—Y me gusta. Lo decía por saberlo, por curiosidad.

Dejar las Canarias es una posibilidad, ¿para ir dónde? Tal vez volver a la península, a una ciudad grande. No Barcelona o Madrid, donde hay mucha gente que las conoce. Valencia tampoco, que es donde vive el hermano de su marido. Tal vez Sevilla o Málaga. Lo poco que vio de Cádiz, mientras esperaba el barco que la trajo al archipiélago, le gustó. O Sudamérica: Brasil, Argentina, Uruguay… Esos países con los que sueña cuando ve partir los barcos.

¿Y abandonar a Martín? No es lo que desea, pero menos aún desea que Ernesto las descubra a ella y a su hija.

Tiene que pensarlo con calma, pronto pero con calma.

* * *

Los cobradores de los tranvías de la ciudad de Buenos Aires deben entregar el dinero de la recaudación al acabar el servicio en la estación de Las Heras, en el barrio de Palermo. Poco después de la medianoche se hace el recuento general de la venta de boletos. La información que les ha llegado a los anarquistas es que la cantidad de dinero es importante y el peligro casi nulo: no hay ningún guardia armado en la operación.

—Pero todo el dinero estará en monedas. Necesitaremos una carretilla para llevárnoslo.

—No, la mayor cantidad se cambia en billetes; las monedas no hace falta ni que las toquemos.

Es una operación pequeña. La harán Jover, Durruti y Di Giovanni; los demás ni se enterarán. A Ascaso y a Paz ni siquiera se la mencionan. Es casi una diversión y el dinero lo destinarán a editar unos panfletos a favor de la liberación de Sacco y Vanzetti. Más bien

se trata de un entrenamiento, no de un golpe de verdad.

Los tres hombres entran en la estación a la una, pistola en mano. Nadie lo impide, ninguna puerta está cerrada. En la oficina se encuentran a dos personas; era lo que esperaban.

—Alto, arriba las manos.

—El dinero, deprisa…

—El dinero está en la caja.

Han llegado tarde. El dinero está dentro de una caja fuerte de hierro negro en la esquina de la sala.

—Abridla.

—No tenemos la combinación, metemos el dinero por esta ranura. La abren mañana los jefes.

La caja es una especie de hucha gigante, imposible abrirla, imposible sacar el dinero a través de la ranura. El atraco es un fracaso, el primer fracaso de su historia expropiadora. Al salir, Durruti coge una bolsa de monedas de encima de la mesa. Más tarde, cuando las cuentan, descubren que hay treinta y ocho pesos en monedas de diez céntimos, trescientas ochenta moneditas…

—¿Un atraco por treinta y ocho pesos?

Los gritos de Ascaso podrían oírse en cualquiera de las habitaciones del conventillo de San Telmo. Tienen que pedirle que se tranquilice. Paz tiene que colaborar para que baje la voz.

—Dice en los periódicos que unos españoles han cometido un atraco en la estación de Las Heras, que se han llevado treinta y ocho pesos, ¿y resulta que sois vosotros?

Ascaso tiene todo el derecho del mundo a enfadarse: no le han avisado de que darían un golpe, ha sido un fracaso, han puesto a la policía sobre aviso de su presencia en Buenos Aires… En el último párrafo de la noticia del periódico se dice algo alarmante, que puede tratarse del mismo grupo de españoles que atracó el Banco de Chile y el Club Hípico de Santiago.

Y sólo han conseguido calderilla.

—Es imposible que sepan que hemos sido nosotros…

—Si llaman a la puerta, no vayáis a abrir; será que vienen a detenernos. O mejor, poned un cartel en la puerta anunciando que

vivimos aquí.

Apenas una semana después hay otro atraco en otra estación, en la de metro de Primera Junta, en el barrio de Caballito. El modus operandi es el mismo, los atracadores hablan también con acento español, el botín es un poco mayor y sucede algo más, algo grave y muy peligroso para ellos: un agente de la policía, el cabo Núñez, muere; los atracadores lo han matado a tiros.

La única diferencia es que ellos no han sido, pero los periódicos dicen que sí; vuelven a ponerles el apodo con el que los bautizaron en Chile: los Apaches.

La prensa narra la acción al detalle. Cerca de medianoche entraron dos enmascarados en la estación. El empleado del metro, un hombre llamado Carlos Durand, estaba contando la recaudación. Uno de los enmascarados se dirigió a él, con acento español le mandó callar.

—¡Cállese la boca!

Su acompañante, el otro atracador, se quedó con la caja de madera en la que se guardaba el dinero. Cuando salieron, Durand corrió tras ellos, gritando, pidiendo auxilio. Uno de los españoles se dio la vuelta y disparó al aire para asustarle. El disparo y los gritos llamaron la atención de dos policías que estaban en la zona. Llegaron con las armas en la mano y los españoles dispararon sobre ellos: el cabo Núñez murió; el otro policía sólo fue herido en una pierna.

Igual que ocurrió en Cuba: entonces algunos dueños de ingenios aparecieron muertos con el letrero de LA JUSTICIA DE LOS ERRANTES sin que ellos fueran culpables; ahora se atracan estaciones de tranvía o de metro para llevarse la recaudación y que la policía achaque la culpa a los españoles. Ese agente asesinado se lo apuntan en su haber, aunque no hayan tenido nada que ver con él.

* * *

Hace un precioso día de sol y Valenzuela desayuna con Lugones en una de las terrazas del hotel. Leen en el periódico la noticia del atraco de Caballito. Saben perfectamente que los culpables no son los anarquistas españoles: han sido ellos mismos. Llevan preparándolo desde el día del primer robo, el de la estación de Las Heras.

—Mañana mandamos las fotos de los españoles a los periódicos. Conozco a algunos directores, también a reporteros; seguro que las publican.

En cuanto las fotos de Ascaso y Durruti salgan publicadas, los dos anarquistas españoles tendrán que hacer algo: no pueden arriesgarse a que alguien las vea y los denuncie. Tendrán que huir, moverse, salir de su escondite.

—Esto es como pescar, el cebo está echado. Ahora sólo podemos ser pacientes y esperar. Siempre es así.

Lugones invitó a Valenzuela a un asado familiar el domingo. Entre los invitados había muchos policías y miembros de una organización fascista y xenófoba llamada Liga Patriótica Argentina. Ellos fueron los que se ensañaron con los anarquistas en la Semana Trágica y en los sucesos de 1919 en Patagonia, donde, tras una huelga organizada por el anarquista español Antonio Soto, fueron fusilados cerca de mil quinientos obreros huelguistas. Presumían de sus hazañas sin ningún pudor ante Valenzuela.

—Ahora hay que acabar con los que vienen desde Rusia, sobre todo los hebreos: son la hez del mundo.

La mezcla de costumbres españolas, italianas y criollas es constante: carne argentina —sin duda la mejor del mundo—, vino de Mendoza y pasta italiana; le enseñaron a tomar mate, una infusión de hierba que hay que cebar en una especie de calabaza pequeña y hueca. Piri, la hija de Lugones, le regaló un mate —el recipiente en el que se toma— recubierto con piel de testículo de toro y adornado con plata.

Piri, cuyo verdadero nombre es Susana aunque todo el mundo la llame así, nació con una pierna ligeramente más larga que la otra y cojea al andar. Cuando la ve, Ernesto se acuerda de su hija; le regala las mismas muñecas que le regalaría a Rosita, juega con ella…

En cuanto leyó en la prensa la noticia del robo en la estación de tranvía, Valenzuela pensó en Durruti y Ascaso. Lugones no estaba de acuerdo con él en que los responsables del robo fueran los anarquistas españoles: éstos no se conformarían con un robo tan pequeño. Valenzuela insistió hasta que le llevaron a entrevistarse con los dos empleados de los tranvías que sufrieron el atraco. Fue con su carpeta

de fotos, la misma que le acompaña hace años. Los empleados reconocieron, sin ninguna duda, a dos de los retratados: Durruti y Jover. No reconocieron al tercero en las fotos, aunque podían afirmar con seguridad que no era Ascaso.

Gracias a los contactos de Lugones filtraron cierta información a la prensa: eran delincuentes peligrosos, habían fallado y tendrían que dar otro golpe para conseguir dinero, sumaban un montón de muertes a sus espaldas… De ahí el párrafo que tanto extrañó a los españoles, el que los relacionaba con el robo del Banco de Chile.

La idea de un nuevo atraco para inculparlos fue de Lugones. Un robo de treinta y ocho pesos sería inmediatamente archivado, por mucha información que filtraran a la prensa, a menos que la banda que lo había cometido estuviera implicada en otro atraco.

—Si hay otro robo, los periódicos volverán a hablar del caso, verán la posibilidad de vender más y publicarán todo lo que llegue a sus manos.

—¿Será suficiente?

—Sí, si hay víctimas… Nuestros amigos de la liga nos pueden ayudar. Verás cómo los periodistas acuden como moscas a la miel.

La idea es buena: convertir a los dos anarquistas españoles en enemigos del pueblo argentino; matar a un inocente y echar la culpa a dos monstruos llegados de fuera. Como siempre, esperan que piquen.

Pocos policías del mundo serían capaces de poner en marcha algo así; ellos dos, sí. Lugones y él forman un gran equipo y sería una pena que se perdiera su amistad. Cuando encuentre a Rosita volverá a Argentina. No sabe si puede ser policía siendo extranjero; si no puede montará con su nuevo amigo una empresa de seguridad, como la que hace años tuvo en Barcelona Brabo Portillo para acabar con los líderes obreros por encargo. Dará servicio a los que necesiten orden, a los empresarios que no quieran huelgas en sus fábricas; ellos dos saben mantener a raya a los anarquistas.

* * *

Las fotos de Jover, Durruti y Ascaso están en la primera página de *La Crítica*, uno de los muchos periódicos que se publican en Buenos Aires;

les llaman «atracadores» y «asesinos». Otros, como *La Nación* o *La Razón*, las han publicado en páginas interiores.

Están todos reunidos en una de las habitaciones que ocupan en el conventillo de San Telmo, la que usan Jover y Durruti. Roscigno aparece con un diario en inglés en las manos: hasta el *The Buenos Aires Herald* les menciona. Han recuperado el nombre que les ha hecho famosos en España: la Banda de Durruti.

—A esta hora alguien habrá avisado a la policía de vuestro paradero. Tenéis que salir de aquí.

—¿Crees que nos delatarán?

—Todas estas casas están llenas de informadores de la policía.

En menos de diez minutos recogen lo que han de llevarse: una vez más dejan casi todo atrás. Se ocultarán en casa de Miguel Arcángel Roscigno, en Boedo, hasta que tomen una decisión.

Paz no puede evitar las lágrimas: todos sus planes se han ido por tierra por un robo de treinta y ocho pesos. Imposible llevar una existencia normal, imposible vivir tranquila con Francisco y esperar al nacimiento del niño o la niña que lleva dentro, imposible montar la panadería que les mantendría a ellos y a su hijo, imposible dejar de pensar cada día que podría ser el último.

No quiere estar presente cuando deciden qué se hará; no es responsable del problema y no tiene una solución.

La casa de Roscigno es lo que llaman en Argentina una «casa chorizo»: varias habitaciones que dan a un patio, unidas entre sí como los chorizos de una ristra; para llegar a una habitación hay que pasar por las anteriores o hacerlo por el patio. Ellos se han reunido en la última estancia, la más alejada de la calle. Paz no les escucha; hablarán de atracos, de golpes, de esa eterna huida hacia delante. Piensa en abandonar, en terminar su relación con ellos aprovechando que no se enterarían —ni la oirían ni la verían salir—, en echar a andar y perderse en la ciudad, en no volver a verlos, en hacer lo mismo que tendrá que hacer obligada, pero sola y por su propia voluntad: huir, le da igual escapar de la policía que de los anarquistas. Se decide: se levanta de la mecedora en la que se ha sentado a pensar,

abre la puerta de la calle y sale.

Los hombres reunidos en la habitación del fondo discuten qué deben hacer.

—Podéis huir a Uruguay; se puede cruzar el río y llegar por tierra a Montevideo. Hay compañeros que os ayudarán.

—Conozco a un hombre que os pasará el río en su bote. Costará bastante dinero pero os dejará allí a salvo.

—Sigue haciendo falta conseguir fondos, para preparar la fuga de Radowitzky, para la nuestra, para mandarlos a los compañeros que están en España…

—Tenemos todos los datos que nos han mandado del Banco de San Martín en La Plata.

Desde hace diez días, dos compañeros de Roscigno de su total confianza, los hermanos Antonio y Vicente Moretti, están vigilando un banco en la ciudad de La Plata, a poco más de cincuenta kilómetros de Buenos Aires. Se han decidido por ella por ser más pequeña que la capital y estar menos vigilada: allí nunca ha habido atracos y las medidas de seguridad son más relajadas.

—¿Podemos cruzar a Uruguay desde La Plata?

—El río es más ancho en esa zona. Habrá que informarse, quizá esté menos vigilado.

Durante más de dos horas discuten todos los detalles: el robo, el reparto del dinero y las armas, la fuga, la conveniencia de ir directamente a Europa o hacer antes una escala en Uruguay.

—Es imposible subir a un barco en el puerto de Buenos Aires, sobre todo ahora que todo el mundo ha visto nuestras fotos; debe de ser el lugar más vigilado de América.

Paz no sabe si se habrán dado cuenta de su ausencia. Ha llegado caminando hasta el cementerio de Chacarita. Los cementerios bonaerenses tienen algo de parques: son bonitos, cuidados, recoletos; los únicos lugares de reposo de la ciudad. Algunos visitantes la miran: una mujer embarazada sentada en un banco, con lágrimas en los ojos,

entre las tumbas de un cementerio; parece una viuda, quizá una madre que ha visto morir a un hijo. Todos la compadecen. Ella misma lo hace al pensar en el último año y medio de su vida.

Ha perdido a su padre y con él la vida plácida de La Habana; ha conocido a Ascaso y se ha quedado embarazada de él; ha huido de muchos sitios: en un barco de pescadores de Cuba a México, en la primera clase de un transatlántico de Acapulco a Valparaíso, en tren de Santiago a Buenos Aires; ha participado en atracos, ha trabajado de enfermera, ha vivido la dura vida de los inmigrantes en un conventillo de San Telmo; ha sido feliz y desgraciada. Si pudiera volver atrás, no sonreiría a ese español en el Paseo del Prado habanero y no se tomaría una granizada con él; no pediría a su padre que ayudara a los dos anarquistas gallegos que se presentaron en su casa tras asesinar al dueño de un ingenio azucarero; no se enamoraría de uno de ellos y soñaría con tener un hijo y compartir con él su vida.

Pero no puede volver atrás, sólo puede decidir si empezar de nuevo o seguir adelante.

Pasea entre las tumbas: apellidos italianos, españoles, algún apellido francés o alemán. Casi todos de gente que nació en Europa y ha venido a morir a Argentina. Tal vez sin ver otra vez el lugar donde nacieron, como le pasará a ella, como le pasó a su padre. Su madre debe de seguir viva en La Habana. ¿Se acordará de ella? ¿Habrá tratado de encontrarla?

Sale del cementerio y desanda sus pasos hasta Boedo. Pasa por delante del café del Aeroplano, el primero de los muchos de Buenos Aires en el que ha estado sentada escuchando a unos hombres hablar de bombas, de huelgas, de justicia social y de muerte. De todo menos de vivir la vida. Cuando entra de nuevo en la casa de Roscigno, ellos aún no han terminado su reunión. Ninguno sabrá que pensó en huir, que estuvo a punto de hacerlo.

—¿Has mirado si hay algo para comer?

—No he mirado, ahora preparo algo.

* * *

Los detalles del atentado contra Alfonso XIII han corrido a cargo de

compañeros anarquistas no relacionados con los Solidarios, los no fichados por la policía francesa. La decisión de darles la responsabilidad a ellos ha causado muchas discusiones entre Oliver y algunos de los suyos, sobre todo con Aurelio Fernández.

—Nosotros somos los que sabemos preparar este tipo de acciones, es absurdo que nos quitemos de la primera línea y dejemos que sean otros los que lo hagan.

—Se ha decidido así en el comité.

—Mal decidido, todo está mal decidido: ni debemos cometer el atentado, ni debemos hacerlo en París, ni debemos dejarlo en manos de otros si finalmente se lleva a cabo.

Si pudiera se retiraría, pero quedan tres días, Alfonso XIII está de camino hacia París y lo único que les queda es enterarse de cómo actuarán. Aurelio y Oliver pasean por la orilla del Sena, se dirigen a un piso en la rue de l'Université; allí les han convocado para informarles. Les han dado una contraseña, Malatesta, para que la entrada les sea franqueada.

—Cojonudo. Llamamos a la puerta y decimos Malatesta. Entonces nos abren; si es la policía, o si decimos Carlos Marx, no nos abren y se acabó el problema. Estamos en manos de aficionados que han leído muchas novelas malas.

En el piso esperan cuatro hombres. Oliver sólo conoce a uno de ellos, Carlos Peña, un cocinero de Huesca que trabajó con él en un restaurante de Montjuic. Le presentan a los otros tres: un valenciano, un madrileño y un francés. Le extraña que haya un francés entre ellos.

—Es mi cuñado. Es chófer de taxi, conducirá el coche.

¿Cuñado del madrileño? ¿Van a cometer un atentado con el cuñado de un activista madrileño al que no conocen?

—Es anarquista, como nosotros.

Se les va de las manos, se les está yendo de las manos, lo nota y no hay quien lo pare. Oliver lo quiere saber todo y cada cosa que le dicen le hace pensar en que preferiría estar en cualquier lugar del mundo antes que en París este fin de semana.

La comitiva del monarca almorzará el domingo en el palacio del Eliseo; serán recibidos por el presidente del Gobierno francés. En el

camino, pasarán por la Plaza de la Concordia. Allí será el atentado. El francés conducirá, a su lado irá el madrileño, su cuñado, preparado para coger el volante si pasa algo, el aragonés y el valenciano serán los encargados de disparar desde el asiento de atrás.

—¿Y si la policía ha puesto controles en los lugares por los que pase Alfonso XIII? ¿Y si ha cerrado la ruta al tráfico?

El silencio denota que nadie se ha preocupado de contemplar esa posibilidad.

—Supongamos que no hay controles y que si los hubiera bastara con abortar el atentado. ¿Cuándo se robará el coche?

—No lo vamos a robar, hemos comprado uno legalmente, un Fiat 509.

—No entiendo mucho de coches, pero ¿ése no es uno muy largo y descubierto?

—Sí, no queríamos un vehículo del que la policía pudiera sospechar. Hemos preferido uno propio de burgueses. Iremos bien vestidos, no queremos llamar la atención.

—¿Y lo habéis comprado legalmente? O sea, en cuanto lo localicen, sabrán el nombre del autor del atentado.

—Le pondremos placas de matrícula falsas. Si hay que abandonarlo, lo quemaremos.

García Oliver está cansado de señalar las incongruencias del plan. Si Alfonso XIII supiera lo que se prepara contra él, dormiría tranquilo la noche anterior.

Sale de nuevo a la calle con Aurelio.

—Vamos a una terraza a tomarnos una cerveza, quizá sea la última que nos tomemos en libertad.

Aurelio cree que Oliver exagera, no ha de salir todo mal.

—Te voy a contar los miles de detalles por los que nos pueden detener: el conductor francés, ¿quién nos dice que no es un informador?

—No tiene por qué serlo.

—Un coche comprado, ¿cuánto tardará la policía en encontrarlo? Si lo queman, quedarán los números del motor. Una plaza del centro de París por la que saben que pasará la comitiva del rey porque lo han

leído en el periódico, si fueras policía ¿no la vigilarías?

—Se suspende la operación, no hay motivo para preocuparse.

—Nos ha ido bien gracias a que nos preocupábamos por todo. No me extrañaría que los dos de la parte de atrás del coche acabaran disparándose el uno al otro en lugar de matar al rey.

Pocas veces el final abrupto de una operación ha tranquilizado tanto a Oliver. La noticia le llegó el sábado por la noche, antes de salir de casa: los gendarmes franceses acababan de detener al madrileño y a su cuñado en el Fiat 509 que pretendían usar al día siguiente: hacían carreras con él por el Bois de Boulogne. El atentado se suspendía.

Tras saberlo, Oliver pudo disfrutar de la noche. Desgraciadamente, era imposible asistir al espectáculo de Josephine Baker; estaba lleno de gendarmes porque Alfonso XIII decidió que sería su diversión esa noche. Habría sido un gran lugar para cometer el atentado; si hubiera dependido de él, habría sido allí. Le habría gustado ver cómo ocultarían los periódicos españoles que su monarca había muerto asistiendo al espectáculo de una bailarina desnuda.

Las noticias que le llegan de América tampoco tranquilizan a García Oliver.

—¿Sería posible que Ascaso y Durruti dieran un solo golpe sin salir en los periódicos al día siguiente?

—No están teniendo suerte.

—Exceso de protagonismo es lo que tienen. Creí que habían ido a América a conseguir dinero, no a hacerse famosos robando treinta y ocho pesos.

* * *

Todo ha salido como esperaban Lugones y Valenzuela: la gente, sin importar de dónde —argentinos, españoles, italianos o judíos—, ha corrido a denunciar a los anarquistas que aparecen en las fotos, a los asesinos del cabo Núñez. Nadie quiere que unos delincuentes vengan de su país a matar a un padre de familia argentino que deja huérfanos a dos hijos pequeños.

Los agentes, bajo las órdenes de Lugones, han entrado en pensiones, en conventillos, en cafés, en imprentas. Muchas veces porque las

denuncias ciudadanas les han llevado hasta allí, otras porque la excusa era buena: nadie se quejaría de las tropelías cometidas si el motivo es detener a los cerdos asesinos. Han encarcelado a anarquistas, a algunos como parte de la investigación y a otros porque buscaban una justificación para hacerlo desde mucho antes. Como siempre, Durruti y Ascaso suponen represión para los suyos tras cada lugar por el que pasan.

En poco más de una semana, Valenzuela y Lugones han reconstruido la estancia de los Errantes en Buenos Aires: su llegada, sus trabajos, su contacto con anarquistas locales, sus habitaciones alquiladas en el conventillo de San Telmo. Lo único que aún desconocen es dónde se ocultaron tras la fuga.

—Salieron de aquí la misma mañana que aparecieron las fotos en los periódicos.

—Tenían contactos. Alguien les dio cobijo. Sin duda los que no encontramos, Roscigno y Di Giovanni.

—¿Seguirán en Buenos Aires?

—Sólo pueden estar aquí o en Uruguay. Estoy en contacto con Pardeiro.

Pardeiro es un comisario de la policía uruguaya; «uno de los nuestros», le ha dicho Lugones. Es decir, torturador, desentendido de la ley, corrupto y perseguidor de anarquistas. Si la Banda de Durruti asoma la cabeza por Montevideo, Pardeiro se enterará y les avisará. A ellos les da igual dónde acaba un país y empieza otro, irán al lado oriental a perseguirlos.

—No sabemos si tienen dinero. Si lo que sacaron del atraco en Chile lo conservan o lo han mandado a Europa.

—Vivían como miserables.

—Eso no quiere decir nada. Durruti puede tener un millón de dólares en una maleta y cenar un mendrugo de pan.

Lugones se ríe.

—Los anarquistas españoles están locos. Peor que los de acá.

A Valenzuela le ha llegado, desde España, un informe sobre la mujer que está con ellos: Paz Vidal.

Cubana, diecinueve años, hija de un canario emigrado a Cuba,

dueño de una imprenta y anarquista. Su padre murió después de ser detenido por la policía cubana por ayudar a los Errantes. Desde entonces, Paz viaja con ellos. Los vecinos del conventillo en el que vivían les han dicho que está embarazada, que era pareja de uno de los dos españoles, el bajito moreno.

—Pachín ha encontrado novia, qué contenta se pondría su madre.

A Polo Lugones le divierte mucho que el cazador y la presa se criaran juntos, que Ascaso y Valenzuela fueran amigos íntimos en su juventud. Admira a su compañero por haber abandonado a los libertarios tras haber estado con ellos.

—Es como lo de mi padre, un poeta… ¿Me imaginas a mí haciendo rimas?

—Como a mí haciendo huelgas y poniendo bombas…

—Poniendo bombas sí te imagino.

Los dos se ríen. Tienen ganas de dar con los españoles, pero presienten que cuando lo hagan se acabará la diversión. Diversión, para ellos, no son sólo los cabarés y los *quilombos* —la forma del argentino de llamar a los burdeles— que frecuentan, también es interrogar anarquistas.

—¿Cómo pueden haber cruzado el río?

—Hay botes que te pueden llevar de noche al otro lado. Es caro, pero se consigue.

—En Argentina sólo han logrado treinta y ocho pesos robando, tenían trabajos muy humildes. ¿De dónde sacarán el dinero para pagar al barquero?

Los dos están sentados en La Helvética, el café en el que trabajaba Ascaso. Se ha convertido en el favorito de Valenzuela; dice que ver lo que su presa veía a diario le puede dar pistas.

—Quizá necesiten dar otro golpe antes de salir de Argentina.

—¿Otro golpe aquí? Tendrían que estar locos.

—Tú mismo lo dices muchas veces, lo están.

Todos los *buchones* —los soplones en lunfardo, la jerga de los bajos fondos porteños— están avisados. Si unos anarquistas españoles cometen un atraco, y antes no ha sido avisado Lugones, muchos lo pasarán muy mal.

—¿Y en otra ciudad? ¿Fuera de Buenos Aires?

—Fuera sólo hay paisaje: vacas y pastos.

* * *

Carne y trigo, es lo que importa Martín Michelena desde Uruguay. Embarca los dos productos en grandes cargueros y los reparte por todos los mercados de Europa tras llegar a Tenerife. El negocio, heredado de su abuelo, ha convertido a los Michelena, originarios de Vizcaya, en una de las familias más adineradas de las islas. Martín lleva tiempo retrasando un viaje a Montevideo para encontrarse con sus mayores proveedores y negociar con ellos pagos, subidas de precios, entregas.

Desde que conoció a Rosa, no ha querido abandonar la isla y separarse de ella. Ahora es su prometida la que habla de viajar a otros lugares. Por eso se arriesga a proponérselo.

—Serían varias semanas en Uruguay… Claro que no podemos ir así como así; he pensado en adelantar la boda.

—¿Antes de carnaval? Apenas queda un mes.

—¿Por qué no? No será una boda multitudinaria; en una semana estaría todo preparado. Uruguay sería nuestra luna de miel.

—¿Y mi hija?

—Sé que no es común, pero podría venir con nosotros.

Es fácil convencer a alguien que ya lo está. En dos semanas se casan; al día siguiente partirán en un barco italiano, el *Conte Verde*, que zarpó de Génova rumbo a Montevideo, con escala en Santa Cruz de Tenerife. Rosa tendrá la oportunidad de conocer Uruguay; tal vez de tantear la posibilidad de quedarse para siempre.

* * *

Severino di Giovanni, Miguel Arcángel Roscigno, los dos hermanos Moretti, Ascaso, Jover y Durruti. Siete hombres serán los que atraquen el Banco San Martín en la ciudad de La Plata. Después huirán a Uruguay. Si les descubren, tendrán alojamiento en Ushuaia un largo tiempo.

La Plata es una población creada hace menos de cincuenta años, construida gracias al trabajo de albañiles italianos para albergar la capital de la provincia de Buenos Aires. Está a diez kilómetros del río de La Plata, de un pueblo llamado Ensenada. Muy cerca, escondidos en una casa de campo, han pasado las últimas semanas. Allí les espera Paz el día del robo, el 18 de enero de 1926. Han pasado en Ensenada las Navidades y el fin de año, ocultos en esa casa que es casi un establo, leyendo en los periódicos las noticias que se publican sobre ellos, las que dan cuenta de la presencia de un policía español llamado Valenzuela para ayudar a los argentinos a detenerlos.

Les retratan como los enemigos de la patria; los ciudadanos piden venganza por la muerte del cabo Núñez, una muerte que ellos no causaron. También hablan de Paz Vidal, la anarquista cubana que les acompaña. Han creado un personaje que nada tiene que ver con ella: una mujer cruel que maneja a los hombres a su antojo y de la que no se debe esperar compasión, la que ordena quién debe vivir y quién morir.

Los anarquistas argentinos han podido salir de la casa, visitar el pueblo aunque fuera con precaución, han mantenido algún contacto con sus familias; los tres españoles y Paz están siempre escondidos. Para ellos no habría celda en Ushuaia sino pena de muerte.

Paz está embarazada de seis meses, imposible participar en el atraco. Sólo puede esperar. Ni siquiera sabe si aguantará la huida prevista para esta misma noche en una barca, a oscuras, hasta el lado contrario del río, un río tan ancho que ni los días claros se ve la otra orilla. Si el atraco sale mal, no habrá nada, ni barca, ni huida, ni estancia en Montevideo. Sólo podrá coger el dinero que hay guardado, marcharse a Buenos Aires y confiar en la suerte.

No están dispuestos a que les pase lo que en la estación de tranvía de Las Heras: no saldrán del banco si no es con el dinero; si hay que abrir la caja allí mismo, la abrirán. Uno de los hermanos Moretti, Antonio, se quedará en el coche, una camioneta Chevrolet robada la noche anterior en Buenos Aires en cuya caja caben todos; la mantendrá en marcha para evitar que les pase lo que en Chile, que se pare el motor y no sean capaces de arrancarlo de nuevo. El otro

hermano, Vicente, acompañado por Jover, se quedará en la puerta, ocupándose de que ni entre ni salga nadie; irán bien armados y están dispuestos a recibir a la policía si se presenta. Los demás entrarán en el banco: los españoles se ocuparán de amenazar a los empleados y mantenerlos a raya, los italianos de recoger el dinero, de volar la caja fuerte si es necesario y sacar todo lo que haya dentro.

Francisco Ascaso siente los nervios a flor de piel antes de cada acción. Tiene la sensación de que cualquiera de los de alrededor notará los latidos de su corazón. Siempre es así: en el atraco del Banco de Chile, en el del club hípico, en la nave de Veracruz donde estaban guardadas las piedras preciosas, la noche que mató a Marrero en Cuba, la tarde del atentado contra el cardenal Soldevila… Aún no hace tres años de aquello y le parecen cien; le parece que aquello pasó en otra vida.

El banco está en la esquina de las calles Belgrano y Buenos Aires. Ascaso va sentado junto al conductor, en el lado derecho, mirando la ciudad. La Plata es bonita, nueva, con el encanto de las ciudades pequeñas. Aún quedan muchos edificios por construir, como la enorme catedral, que está en obras, pero se ve el intento por levantar una ciudad racional, llena de espacios verdes y grandes avenidas; una ciudad parecida a la que los anarquistas diseñarían si tuvieran la oportunidad de hacerlo.

Son las diez de la mañana y están a más de veinticinco grados, será un día muy caluroso.

No han visto la sucursal del Banco de San Martín por dentro pero han analizado detalladamente los planos que han dibujado los hermanos Moretti. Cuando entren, reconocerán el espacio, sabrán dónde tienen que situarse. Lo han ensayado muchas veces en su encierro de Ensenada. Es importante que ni Durruti ni él abran la boca, que la policía tarde en saber que han sido otra vez los españoles.

Al pasar por delante de una tienda de alimentos, ve salir a una mujer embarazada; no puede evitar acordarse de Paz. ¿Qué harán a partir de ahora?

Las últimas semanas, desde que abandonaron Buenos Aires a toda prisa, no han sido buenas. Lo entiende, no es la vida que ella esperaba,

ni siquiera la que él creía que le podría proporcionar. Si el atraco no falla, esta noche se subirán en un bote para atravesar a oscuras ese enorme río que parece un mar. Imagina que la verá soportarlo todo en silencio. El problema es que mañana, en Montevideo, será igual. Y que dentro de dos, de tres semanas tal vez, tendrán que huir de nuevo, a España, a Brasil, a donde sea. La capacidad de Paz de adaptarse y entusiasmarse se ha agotado; los abandonaría si pudiera pero no han tenido ni la habilidad de mantenerla al margen: su nombre y su foto están en los periódicos, haciendo imposible que ella pueda evitar el destino escogido por los dos españoles.

Un coche de policía que se cruza con ellos provoca tensión en los siete ocupantes del Chevrolet. No pasa nada, los dos vehículos se alejan. Cuando están a poco más de cien metros del banco, Durruti desea suerte a los demás.

—Todo está previsto, no tiene por qué salir mal nada. Salud y anarquía.

La camioneta se detiene, todos menos Antonio Moretti se bajan; su hermano Vicente y Jover se sitúan en la puerta del Banco de San Martín, uno a cada lado. No ocultan las armas, todo el que se acerque las verá. Los demás entran. Sólo habla Roscigno.

—Al que se mueva o diga algo, le metemos cuatro tiros.

Es exactamente igual por dentro a como lo han visto en los planos. Durruti y Ascaso amenazan a todos los que están dentro —seis empleados y dos clientes— con los cañones de las pistolas. Roscigno y Di Giovanni meten dinero en las bolsas que llevan para tal fin. Uno de los empleados se ha arrodillado y llora.

—Abre la puerta.

Con las manos temblando, no acierta a meter la llave en la cerradura de la puerta del armario metálico que tiene delante. Di Giovanni no está dispuesto a que sus nervios retrasen los planes.

—O te calmas y la abres o te reviento la cabeza ahora mismo.

Ascaso nota, con el rabillo del ojo, un movimiento extraño. Se da la vuelta rápidamente, a tiempo de ver a uno de los empleados levantando un arma. Él es más rápido, dispara antes, el hombre cae, le ha acertado en la tripa.

—Hijo de puta, te dije que no te movieras.

Nada más decirlo se da cuenta: ha hablado, el mismo error que cometió en Chile, otra vez. La policía sabrá quiénes eran por su acento. Nadie se lo reprocha, el hombre se duele en el suelo. Otro de los empleados va hacia él, su revólver está en el suelo.

—Da un paso más y te dejo igual.

Fuera, en la calle, un hombre se acerca a la sucursal; va distraído y no se fija en los vigilantes. Vicente Moretti levanta su pistola y le apunta a la cabeza.

—Venga mejor en otro momento.

En cuanto entiende lo que ocurre, el tipo sale corriendo, tan nervioso que cae al suelo y gatea unos pasos antes de alcanzar a levantarse y seguir huyendo.

Dentro está todo hecho, según los planes. Los cuatro anarquistas salen corriendo, se suben en el vehículo y huyen a toda prisa. Toda la operación ha durado poco más de dos minutos. Habría sido un éxito rotundo si Ascaso no hubiera tenido que disparar sobre el empleado.

—Aquí hay un montón de plata.

—Después la contamos.

Ascaso ha mantenido la sangre fría pero ahora es consciente de lo que ha hecho.

—¿Por qué hay siempre un imbécil dispuesto a dar la vida por un dinero que no es suyo?

A la salida de la ciudad, a unos cinco kilómetros de Ensenada, abandonan la camioneta, según lo previsto. Se separan; se encontrarán en un par de horas en la casa en la que se han escondido. Unos irán a pie, otros en bicicleta; a Ascaso y a Roscigno les corresponde un carro tirado por un caballo.

Al anochecer, les espera un andaluz llamado Bustos Duarte. En su bote, llamado *Eppur si muove*, llegarán a Uruguay.

8

Montevideo, enero de 1926

Eppur si muove, «y sin embargo se mueve». Cuando Bustos Duarte compró su bote, tenía este nombre que tanto llama la atención a los que se suben en él. Ha aprendido que fue algo que dijo un tal Galileo, que está en latín y que a veces resulta premonitorio: la barca se mueve y para algunos, los menos acostumbrados al vaivén del agua, la navegación se convierte en un suplicio. El marinero gaditano no quiere problemas, sólo llegar a salvo.

—Si alguien quiere vomitar que lo haga en el agua y en silencio, no se encontrará mejor por decirlo en voz alta. Si quiere orinar, lo mismo, y cuidado con el viento, no nos bañe a todos con su meada. Que nadie hable y que nadie fume; las palabras llegan muy lejos y la lumbre de los cigarros se ve a kilómetros.

Son obedientes: durante las próximas horas no se oirá ni una sola palabra en el bote. La noche no puede ser más oscura: no hay luna y las nubes han tapado las estrellas. Cuesta ver dónde están, en un rato no se distinguirán unos a otros; todos confían en que el barquero andaluz sea bueno en su trabajo y capaz de llevarles sin contratiempos al otro lado.

Los hermanos Moretti se han quedado en la orilla occidental del río con la parte del dinero que les corresponde a los anarquistas argentinos: treinta mil de los sesenta mil pesos que han robado del Banco de San Martín. Dedicarán el dinero a publicaciones, al teatro educativo para obreros de los sábados por la noche, a ayudar a presos como Radowitzky, a seguir atentando contra el Estado y contra los enemigos de los trabajadores.

En la barca viajan los tres españoles —cuatro contando al barquero —, Paz, Roscigno y Di Giovanni. Su equipaje es escaso, en cada huida es mucho lo que deben dejar atrás. Apenas conservan dos bolsas que carecerían de valor si no fuera porque, además de una muda de ropa y algunos enseres de aseo, esconden el botín de las dos últimas acciones expropiadoras. En una de las bolsas hay treinta mil pesos argentinos y en la otra veinte mil chilenos. Es una fortuna. Si estuvieran dispuestos a usarlos en su propio beneficio, serían ricos.

Viajan callados y asustados, casi a ciegas; sólo se escucha el ruido del viento en la vela. El silencio exigido les obliga a pensar en su incierto futuro inmediato. Bustos les ha dicho que llegarán a Uruguay al amanecer, si no son descubiertos antes por una patrullera de alguno de los dos países que separa el río.

Bustos Duarte no los pasa al otro lado por ayudarles: no es anarquista, su único interés es el dinero. Cobra caro y por adelantado. Cruza el río de La Plata un par de veces al mes, con contrabando de mercancías y de personas. Es su forma de vida desde que llegó a Argentina procedente de su Barbate natal hace casi diez años. En el Estrecho hacía lo mismo, transportar lo que hiciera falta a Marruecos, Gibraltar o Portugal; no emigró para tener una vida mejor sino para salvarla: fue descubierto comerciando con armas para los rifeños enfrentados al ejército español y acusado de traición a la patria. Se exponía a ser fusilado, así que huyó y acabó en Argentina. Bustos es un hombre de mar que ha encontrado su sitio en este río.

Tienen suerte de haber dado con él: es honesto, hace su trabajo y no se va de la lengua. Hay otros barqueros que cobran el viaje dos veces, una a los que huyen, por llevarlos; otra a los que los persiguen, por delatarlos.

Cada ocupante de la barca va absorto en sus pensamientos. Quizá los más simples sean los de Jover, Durruti y Roscigno: huir. Di Giovanni, además de en salvar la vida, piensa en Josefina Scarfó. Paz Vidal en su hijo aún no nacido. Francisco Ascaso en el hombre al que quizá haya matado en el atraco.

No tienen intención de dar más golpes en Montevideo. El itinerario expropiador americano ha concluido. Sólo quieren volver a Europa,

permanecer en la República Oriental del Uruguay el menor tiempo posible, dos o tres semanas como mucho, y finalizar su periplo. Tienen que encontrar un barco que vuelva al Viejo Continente sin hacer escala en ningún puerto español; uno que zarpe directamente hacia Francia o Inglaterra. De allí, de donde puedan tocar tierra, viajarán a París, a contactar con los suyos y a volver a la primera línea de la lucha. Es difícil que Paz pueda acompañarles, por lo menos por ahora; quizá se pueda reunir con ellos más tarde, cuando haya tenido a su hijo; todos lo saben, incluso ella.

Ascaso está casi seguro de que el hombre sobre el que disparó ha muerto. Lo sabrá, aunque no hablen de ello los periódicos uruguayos: cuando uno ha matado a alguien, la noticia le persigue, es imposible no darse por enterado. Piensa en él pero ésa no es una de sus mayores preocupaciones en este momento. El hombre se lo buscó: no era su dinero, no tenía que reaccionar para conservarlo; no se debe apuntar a alguien armado porque le obligas a matarte.

Después de un par de horas de travesía, la tensión disminuye, no ha aparecido ningún barco de la policía o el ejército. Se escucha la respiración pesada de alguien que se ha quedado dormido. No es Durruti, los ronquidos de Durruti se reconocen entre miles. Probablemente sea Jover; su tranquilidad es envidiable.

La noche es tan negra que da igual tener los ojos abiertos o cerrados. No se ve nada. Así, sólo se puede pensar y, cuando hay miedo, pensar no es lo mejor que se puede hacer.

Ascaso ha perdido la noción del tiempo: no sabe si sólo unos minutos o unas horas más tarde oye a alguien vomitar, ése sí que puede ser Buenaventura. Los españoles son gente del interior, un leonés, dos aragoneses, Jover es de Teruel. No están acostumbrados a navegar, no es de extrañar que se mareen, aunque hasta ahora hayan resistido bastante bien cuando han tenido que viajar en barco. Durruti vomita, en silencio, como el barquero les pidió que hicieran. Nadie escuchará nunca una palabra de queja de sus labios.

Después le llega el sonido de alguien orinando; el viento no ha traído la meada de vuelta. Al acabar, otra vez silencio.

Paz está a su lado. Francisco extiende la mano para tomar la de ella,

pero cuando la encuentra, Paz la retira. No han hecho el amor desde que salieron de Buenos Aires. En el mes y medio de estancia en Ensenada, no han hablado de nada que no fuera inmediato: dame esto, trae lo otro. Ella ha dejado de expresarle sus sentimientos, sus sueños, sus deseos. Francisco es consciente de que ninguno de ellos se cumple y de que él tampoco ayuda a que lo hagan. La única justificación que tiene es que, cuando se conocieron, él ya era un anarquista perseguido; no ha sido ninguna sorpresa para Paz, no tenía motivos para esperar que cambiara.

El viaje no se parece nada a aquel otro que hicieron en barco entre Cuba y México. Entonces se buscaban con los ojos; ahora, ella le retira la mano.

Ascaso tiene miedo a la situación, a la oscuridad que les envuelve, al agua que hay debajo de ellos… El miedo que no siente cuando está en medio de una acción —nervios sí, miedo no— le asalta ahora. Necesita pensar en otra cosa.

Cuando era un niño, su hermano Domingo y él tenían un libro que hablaba de animales. Se lo trajeron los Reyes Magos, la única monarquía que existiría si dependiera de él. Decía el libro que en Sudamérica los ríos estaban infestados de pirañas. No recuerda si eran todos los ríos o sólo algunos; sí se acuerda perfectamente de lo que decía de las pirañas: que tardarían apenas minutos en comerse una vaca entera. Ha visto barrios de Barcelona, el de la playa Somorrostro por ejemplo, en los que si se soltara una vaca, también se la comerían en minutos. Lo harían los niños hambrientos, no las pirañas. Por eso están aquí, por eso luchan en lugar de llevar una vida tranquila.

Mira al agua, completamente negra por la falta de luz, intentando adivinar si hay bichos de esos debajo de ellos, si se los comerían en cuestión de minutos si la barca volcara. Podría meter la mano en el agua; si hubiera pirañas tal vez se la devoraran antes de conseguir sacarla: si con una vaca tardan cinco minutos, con una mano serán segundos.

Después de su distracción con las pirañas, pese al miedo, al hambre y a que Paz le retirara la mano cuando quiso tomarla entre las suyas, él también se duerme. La vida del activista es dormir cuando se puede,

no cuando se quiere.

No sabe cuánto tiempo ha pasado durmiendo porque la noche sigue igual de oscura al despertar. Paz nota que se mueve y le tiende algo, es un bocadillo. En silencio —ni siquiera le puede dar las gracias— se lo come con apetito; es de chorizo. Está harto de bocadillos, lo único que comen desde que salieron de Buenos Aires; está deseando una comida de verdad, de cuchara; daría lo que fuera por unas lentejas preparadas por su madre. Hace casi seis meses que no tiene noticias de su familia, sólo sabe que su hermano Domingo está en Bruselas y vive con una murciana llamada Libertad. Bebe de una bota de vino que se ha ocupado de llevar Jover.

Hay viento y tiene la sensación de que la embarcación navega a mucha velocidad, pero no tiene referencias en las que fijarse para comprobar si realmente es así.

Durruti no sabe si está sentado a babor o a estribor, se lo han explicado muchas veces pero siempre lo olvida. Intenta no moverse, no hacer ningún ruido, mantener los ojos cerrados y dormir. Desde que le clavaron el cuchillo en Cuba, desde una vez que un pistolero disparó sobre él en Barcelona hace años y le hirió en un hombro, no se había encontrado tan mal como esta noche. Poco después de subirse en la barca empezó a notar malestar. Es ridículo, el bote apenas se mueve pero él se siente como si lo hubieran metido dentro de un barril y lo hubieran tirado montaña abajo. Ha vomitado todo lo que llevaba en el estómago y no se atreve a comer nada más. Lo único que hace es beber agua, a sorbitos pequeños. Todo le da vueltas, sólo piensa en llegar a Uruguay; lo que les espera no puede ser peor que esto. Ha viajado varias veces en barco y casi no se ha mareado; esta noche, cuando más alerta quiere estar, no acierta a mantenerse sentado. Si les detuvieran, en lugar de esposado, lo tendrían que llevar en camilla.

Paz no consigue dormir. Aunque estén en pleno verano y la noche sea calurosa, tal como lo fue el día, la humedad hace que en la barca se sienta frío. Se arropa con una manta. Afortunadamente, no se ha mareado, como Durruti.

Ahora está arrepentida de haber rechazado la mano de Francisco:

no es momento de crear más inseguridades y le confortaría el contacto con él. Ha pasado todo el día, desde que se despidieron cuando se marcharon a La Plata para el atraco, haciendo planes una vez más, pensando en proponerle que se separe de sus compañeros; cuando Jover y Buenaventura subieran al barco camino de Europa no los acompañarían: Francisco y ella se marcharían a São Paulo, en Brasil. Es una ciudad grande, tanto o más que Buenos Aires. Hay muchos anarquistas. Su padre tenía allí amigos que ella sería capaz de encontrar, los veteranos de una comuna libertaria que se llamó Colonia Cecilia, gente que entendía que el anarquismo era cambiar el mundo, no poner bombas. Tenía pensado todo lo que le iba a decir a Francisco, pero no lo hizo: se arrepintió al verle llegar del atraco. Él y los demás venían excitados, con ganas de contar el dinero, felicitaban a su pareja por haberse dado cuenta de que uno de los empleados quería disparar.

—¿Lo has matado?

—No lo sé. Le di un tiro en la tripa, era él o yo; supongo que sí, que habrá muerto.

Ni emoción, ni arrepentimiento, nada. Así se comporta el padre de su hijo. No le propondrá nada, no más. Tampoco les acompañará a Europa, se marchará a Brasil y saldrá adelante sola. Echará de menos a Francisco, pero esta vida de fugas, bombas, robos y muertes no le compensa; menos aún lo hará cuando tenga que pensar en su hijo. Se acabó lo demás, ahora son ella y su hijo.

Poco a poco, la oscuridad empieza a disiparse. Cuando la luz permite adivinar formas se dan cuenta de que están cerca de la orilla. En unos minutos, llegarán. Les han explicado que tocarán tierra a pocos kilómetros de una ciudad que se llama Colonia del Sacramento. Allí recibirán la ayuda de un anarquista portugués, Bernardo Candeleira; él les facilitará la forma de llegar a Montevideo. En la capital hay muchos anarquistas; están muy organizados y acostumbrados a ayudar a los que se fugan de Argentina.

—Estamos llegando, en cinco minutos os dejo en la orilla.

Han cumplido con las instrucciones: la última voz que se escuchó en el bote al anochecer fue la de Bustos, la primera al amanecer,

también. Todos se aprestan a desembarcar. Deben esconderse en una casa abandonada que encontrarán a unos cincuenta metros de la orilla, en perpendicular al río, hasta que aparezca el portugués. Él los recogerá y los subirá en un camión. En función de lo que considere más conveniente, los llevará directamente a Montevideo o pasarán antes un día o dos escondidos en Colonia del Sacramento.

* * *

El mismo día del atraco al banco, Valenzuela y Lugones se desplazan a La Plata. Llegan de noche, quizá al mismo tiempo que zarpa el *Eppur si muove* cargado de anarquistas: tarde en cualquier caso.

—Te dije que volverían a dar un golpe.

—Están locos, son unos suicidas. Da igual dónde los detengan, en Argentina, en Uruguay, donde sea… El gobierno argentino conseguirá su extradición y serán ejecutados. Han matado a dos argentinos.

Ni ellos recuerdan que al cabo Núñez, el muerto de la estación de metro de Caballito, no lo mataron los españoles sino sus compañeros de la Liga Patriótica. Al empleado del Banco de San Martín, sí: Luciano Soler Ruiz, treinta y dos años, natural de La Plata, hijo de inmigrantes gallegos, murió al poco de ingresar en el hospital. Estaba casado y tenía tres hijos, el mayor de cuatro años. Lugones le tiene que dar la noticia a su esposa, una bella joven de veintidós años con acento italiano, Gina Sprida.

—Lo sentimos, intentaremos vengar a su marido. Y no olvide quiénes lo hicieron: los anarquistas; no olvide contárselo a sus hijos para que ellos lo sepan cuando crezcan.

Tres niños que quizá les ayuden en el futuro. O no, nunca se puede estar seguro de eso: ni Lugones ni Valenzuela son como sus padres. Tienen que conseguir que saquen a Gina en los periódicos: una viuda joven con niños pequeños es la mejor publicidad contra los anarquistas. Valenzuela tiene que aprender esto para cuando esté en España: usar a la prensa en lugar de cerrarse a ella. Una historia bien contada tiene más fuerza que una pistola.

Por la mañana, quizá al mismo tiempo que sus perseguidos desembarcan en la orilla de enfrente, los dos policías entran en una

casa de campo que ha estado ocupada por los terroristas durante las últimas semanas. Un vecino ha denunciado a sus ocupantes al darse cuenta de que desaparecían el mismo día del atraco.

—No sé si he hecho bien en avisarles. A mí me parecía raro que en la casa hubiera tantos hombres y una sola mujer.

—Tenía que haber avisado antes. Mucho antes.

Dentro queda algo de ropa, periódicos anarquistas, libros, restos de comida.

—Viven como miserables.

—Es bueno que se vayan acostumbrando. Cuando les metamos en el penal de Ushuaia, esta casa les parecerá un palacio.

—No van a ir a Ushuaia, van a morir como perros.

En el pueblo no han llegado a ver a los españoles, pero sí reconocen en fotos a los italianos: a Roscigno, Di Giovanni y otros dos que son muy parecidos, como gemelos. Nadie da pistas de adónde han ido. Los policías descartan otras posibilidades y se quedan con dos: en tren, de vuelta a Buenos Aires, o en barco, hacia Uruguay.

—Hay que enterarse de quién tiene una barca donde los pueda haber llevado.

—De aquí a Buenos Aires, hay cientos.

—Entrevistaremos a los dueños uno a uno, verás cómo aparece.

Antes de la hora de comer tienen un nombre: Bustos Duarte, español, vecino de Quilmes, un pueblo cercano a la capital; salió con la barca ayer por la tarde y todavía no ha vuelto.

—Mi país está lleno de hijos de puta; siempre que encuentres un español del que sospechar, hazlo.

En cuanto Bustos vuelva a casa, ellos lo sabrán, hablarán con él y les contestará a todas las preguntas que le hagan y a las que no le hagan. Se encargarán de que así sea.

La diferencia horaria entre Tenerife y Buenos Aires es de cinco horas. Los Michelena aún se rigen por el horario canario a pesar de que han cruzado el ecuador y están lejos de casa. Cuando los dos policías se sientan a almorzar en Ensenada, la nueva señora de Michelena toma el té de las cinco, una costumbre en el barco en el que viaja pese a tener

bandera italiana.

Una de las empleadas de su casa en Tenerife le ha enseñado a Rosita, que ha cumplido seis años, un charlestón que dice «al Uruguay yo no voy porque temo naufragar» y no para de repetirla; es un suplicio escucharla. Incluso en el almuerzo que se celebró tras la boda la cantó varias veces. Gracias a Dios, sólo estaban presentes los más íntimos: los contrayentes, la madre viuda del novio, sus dos hermanos con sus esposas y la niña, Rosita. Una boda muy distinta a la que la familia Michelena quería, pero la única que ha aceptado la novia. Les casó el obispo de Tenerife-La Laguna, don Albino González y Menéndez-Reigada, en la capilla privada de la residencia de los Michelena y almorzaron allí mismo.

Rosa se ríe para sí misma al pensar en su primera boda, tan distinta: se bailaron jotas y corrió vino sin límite; entonces ella se llamaba de otra manera —Rosa en lugar de Rosario— y había más invitados que en ésta, todos de su familia y vecinos del pueblo; por parte de su marido, sólo asistieron un par de compañeros de la policía. Fue en Villaba, el pueblo de sus padres, junto a Pamplona; la ofició el párroco, el mismo que la bautizó veinte años antes, un hombre que tenía violentos accesos de tos y tuvo que parar varias veces la ceremonia para recuperarse. En el banquete, bebió tanto que hubo que llevarlo a su casa, adosada a la parroquia, cuando empezó a gritar vivas a los carlistas.

Bustos no llega a bajarse de la barca al atracar en Quilmes. Son las once de la noche y no ha dormido casi nada desde hace dos días. Tras dejar a los españoles en el lado oriental, se alejó de la zona en la que desembarcaron, buscó un lugar oculto por unos árboles y descansó un par de horas, sólo eso. Después, inició el camino de vuelta. Dos hombres con traje y corbata le esperan en el amarre donde siempre deja el *Eppur si muove*. Uno de ellos tiene acento español.

—¿De dónde viene?

—De pescar.

—¿Ha habido suerte?

—No, ninguna.

—¿Está viendo el agua que hay aquí? Pues como vuelva a responderme sin respeto, le voy a hacer un nudo en la polla para que no la mee y se la voy a hacer beber toda.

Un tipo duro. Bustos ha conocido a muchos y cree que éste es, simplemente, uno más.

—Perdóneme, no quería resultar maleducado. Sólo le decía que no he tenido suerte con la pesca.

—Vamos a subirnos en la barca; nos dará un paseo y tendremos una charla.

Bustos arría la vela de su barca a unos ciento cincuenta metros de la orilla, donde le han mandado hacerlo. Es una distancia corta, un nadador sería capaz de recorrerla sin problemas. Bustos, aunque lleva toda la vida subido en un bote, no sabe nadar. Tiene suerte, nunca le ha hecho falta. Teme que le tiren al agua, pero no cree que sea el caso. Los dos hombres sólo son señoritos, con maneras de rufianes pero señoritos. La voz cantante la lleva el español, el argentino apenas ha abierto la boca.

—Así que ha ido a pescar.

—Suelen darse bien los pejerreyes, pero hoy no ha picado nada.

—Me dicen que es usted gaditano. Apenas se le nota el acento.

—Son muchos años aquí.

—Está mal perder el acento de tu tierra, muy mal.

Bustos se ha preocupado de que su navaja esté a mano. Es española, de Albacete, afilada minuciosamente, una navaja que le ha sacado de muchos problemas, que ha probado carne. De las que hace temblar a los señoritos cuando se abre.

—Estamos buscando a unos anarquistas españoles.

—Yo de eso no sé nada.

—No me lo creo.

—Crea lo que le dé la gana.

Bustos está pendiente del español y ha perdido de vista al argentino. Desprevenido, recibe un golpe con el remo en la cara, brutal.

—Contéstele a mi amigo con respeto; se lo hemos avisado.

Bustos echa la mano a la cintura y se encuentra con una pistola ante los ojos.

—Sáquela con cuidado y démela.

Ahora está desarmado. La sangre le tapa la visión; debe de salirle de las cejas o de la frente. Palpa con los dedos y nota una herida importante. El dolor de cabeza es más fuerte a cada segundo que pasa. Teme que le haya roto el cráneo, no sabe si eso implicaría la muerte o si seguirá así mucho tiempo, mareado pero con vida.

Durante unos minutos, los dos hombres sólo hablan entre ellos, parece que se olvidan de Bustos.

—¿Tú sabes usar esta barca?

—No.

—Pues no podemos matarle aquí, no sabríamos volver.

—Es verdad. Será mejor que sigamos hablando con él en tierra firme. Que nos lleve a la orilla.

Si Bustos supiera nadar se tiraría al agua. El miedo le impide pensar. La frente le duele, la sangre gotea al suelo. Hace lo que le mandan, acercarse a la orilla.

El *SS Conte Verde*, un navío italiano de la compañía Lloyd Sabauto, es casi nuevo; fue construido, en 1923, con capacidad para unos dos mil quinientos pasajeros, de ellos mil setecientos en tercera clase y clase emigrante. Cubre dos trayectos, el que une Génova y Nueva York y el que enlaza Génova y Buenos Aires. En estas ocasiones, hace escalas en Barcelona, Lisboa, Madeira, Canarias, Río de Janeiro y Montevideo. El *Conte Verde* es un buque moderno, lleno de diversiones, sus camarotes son amplios y lujosos; hasta la clase emigrante viaja mejor que en otros barcos, en camarotes cerrados y agua corriente. En los salones de primera se pueden apreciar pinturas, madera tallada a mano, incrustaciones, metal labrado, tapices, vitrales… Es como navegar en un gran hotel.

En el barco viajan muchos emigrantes italianos, algunos funcionarios sudamericanos que vuelven a casa, bastantes hombres de negocios. En primera clase, además de la familia Michelena, viaja el famoso cantante Carlos Gardel, que vuelve de su gira europea acompañado por los guitarristas Guillermo Barbieri y José María Aguilar. Son las estrellas del pasaje. En Europa han cosechado un éxito

sin precedentes. Todos sus compañeros de viaje esperan poder escucharles alguna noche. Quizá el capitán convenza a Gardel para cantar su tango más famoso, uno de los últimos que ha grabado, *La cumparsita*: «Si supieras que aún dentro de mi alma conservo aquel cariño que tuve para ti…». El favorito de Rosa. O *Mano a mano*: «Rechiflao en mi tristeza, te evoco y veo que has sido, en mi pobre vida paria, sólo una buena mujer…». El preferido por Martín.

Los Michelena se bajarán antes de llegar a Buenos Aires, en Montevideo. Rosa está más excitada a medida que se acerca a su destino, a pesar de que su hija no se olvide de la machacona cantinela: «Al Uruguay, guay, yo no voy, voy, porque temo naufragar»; hasta Gardel se la ha oído entonar y le ha acompañado en el cante con Barbieri a la guitarra. El charlestón fue la única canción que finalmente le escucharon.

Rosa tiene la sensación de que Uruguay será un lugar importante para ella, de que debió ser su destino desde el momento en que abandonó Madrid.

Con la boca sangrando y problemas para respirar, Bustos está tirado en el suelo de una pequeña playa del lado argentino del río. Valenzuela y Lugones, frente a él, usan unas cajas de madera como asiento.

—Volvamos al tema de los anarquistas españoles.

—No pueden hacer esto, no es legal.

—Mira a tu alrededor, ¿estás viendo una comisaría?, ¿un juzgado? No, estás en medio de nada. Si me permites que te lo diga, estás en el peor momento de tu vida. Es una tontería que te ocupes de lo que es legal y de lo que no.

En poco tiempo, media hora, saben quiénes viajaban en la barca, dónde les dejó, cuáles eran sus planes.

—Sólo una cosa más, dinos cómo se llamaba el anarquista portugués.

—No lo sé, no dijeron su nombre. Sólo que era portugués, que vivía en Colonia del Sacramento y que los recogería.

Valenzuela se vuelve a Lugones.

—¿Le crees?

—Tenemos bastante, no puede haber muchos anarquistas portugueses en Colonia del Sacramento. ¿Quieres que me encargue yo?

—No, déjame a mí; es español, un hijo de puta español, es mío.

Valenzuela saca su arma, se acerca a Bustos, que está de rodillas en el suelo.

—No, por favor.

—Sí… Si vas a estar mejor, ya verás.

Le dispara primero a la cara, después, cuando está tendido, un tiro de gracia en la nuca.

—Podemos dejarlo en la barca y soltarla. A saber dónde parará; lo mismo llega a África en su barquita. ¿Sabes qué significa esto de *Eppur si muove*?

—No, ni idea.

* * *

Han sido despedidos del trabajo, han publicado sus fotos en el periódico, se han quedado sin dinero y están permanentemente vigilados por la policía. Ésas han sido las consecuencias del frustrado atentado contra Alfonso XIII para García Oliver y Aurelio Fernández. Aunque la policía francesa se comporta de manera civilizada con los detenidos, el compañero madrileño y su cuñado francés, el conductor de taxis, no tardaron mucho en hablar, en contar todo lo que sabían. Entre otros, los delataron a ellos dos. A los franceses no les gusta que se intente poner en evidencia a sus gendarmes. Si alguien traiciona su hospitalidad, acaba pagándolo.

—No podemos permanecer en París. Por lo menos de momento.

—Domingo Ascaso está en Bruselas. Quizá una temporada con él nos solucionara las cosas.

Bruselas está a sólo doscientos sesenta kilómetros de París, y cuenta con una de las fronteras más permeables del mundo. El mayor problema de Bélgica es que es difícil encontrar trabajo siendo extranjero y casi imposible conseguir un permiso de residencia. El mismo Domingo Ascaso, que vive allí hace meses, aún no lo ha

conseguido. Se mantienen de lo que su mujer, Libertad, consigue como echadora de cartas.

—¿Se cree eso de las cartas?

—En absoluto, pero tiene aspecto de gitana y hay gente que sí se lo cree y le paga por escuchar lo que dice.

La segunda opción es volver a España, aceptar el encargo de transportar armas hasta Pamplona y, a continuación, viajar a Madrid para participar en un atentado contra Primo de Rivera.

—Tal vez para entonces hayan vuelto los compañeros de América y podamos reorganizar los Solidarios.

Entrarán en España por Vera de Bidasoa. Están hartos de filtraciones y no le han dicho a nadie dónde van; han corrido la voz entre todos sus conocidos de que pasarán unos días en la granja de un amigo, cerca de San Juan de Luz.

A las seis de la mañana, cargados con las cajas de armas adquiridas en la armería Flaubert, del boulevard Saint-Michel, y acompañados por un guía, empiezan a caminar por los pasos que unen Francia y España a través de los Pirineos. Entregan las armas nada más entrar en Vera de Bidasoa; a partir de ese momento deben hacerse pasar por campesinos que han acudido a un baile que se celebra en el pueblo. Es día festivo, un santo local que no saben cuál es y que convoca a gente de los alrededores.

En el pueblo hay familias enteras endomingadas, pasan delante de cuatro guardias civiles vestidos de gala que no se fijan en ellos. En el bar consiguen enterarse de quién viaja a Pamplona; un vecino hace ese servicio dos veces por semana.

—Pero salgo antes de que empiece el baile. Si queréis venir me tenéis que pagar por la gasolina, el aceite y el desgaste de ruedas.

Veinticinco pesetas es el precio. Todo sale mejor y más rápido de lo esperado. Al caer la noche están en Pamplona, sin problemas, sin haberse encontrado con la policía.

—Me molesta que todo vaya tan bien. Soy pesimista por naturaleza, lo siento.

El compañero con el que se tienen que encontrar en Pamplona, el que les dará dinero, documentos falsos y una forma de llegar a

Madrid, se llama Muñoz. Según les han dicho, estará esperándoles a las nueve de la noche en una mesa cercana a la puerta del café Iruña, en la Plaza del Castillo. Lo reconocerán porque leerá un periódico francés, usará una corbata de color rojo y habrá dejado su boina enrollada sobre la mesa. Tienen un teléfono al que llamar si no apareciera.

—Yo no veo a nadie con corbata roja.

—Ni leyendo en francés. Boinas hay por todas partes.

Después de esperar media hora sin que aparezca nadie de esas características, deciden salir del café.

—¿No te molestaba que todo fuera bien?, pues empiezan los problemas. ¿Qué hacemos?

—Podemos llamar al teléfono, nada más, no podemos hacer otra cosa. ¿Llamamos hoy o esperamos a ver si aparece mañana?

—Hoy.

El teléfono que les han dado pertenece a una pensión. Preguntan por Muñoz. La señora que contesta les dice que va a buscarlo. Vuelve la misma señora.

—De parte del señor Muñoz, que vengan a la pensión, que aquí les espera.

Toman la calle de la Estafeta. La pensión está en la de San Agustín.

—¿Cómo lo ves?

—Es muy raro que nos pida que vayamos a la pensión. No es lo pactado. No nos ha visto, no sabe si somos nosotros de verdad. Demasiados errores juntos para creérselo, por muy descuidado que sea el tal Muñoz.

—¿Qué crees?

—Tal como están las piezas, mañana estaremos muertos o en la cárcel.

Inmediatamente se ponen en marcha, de vuelta a Francia, a pie. Ni un minuto más en Pamplona: caminar hasta caer extenuados, aprovechar la noche. La policía debe de estar buscándolos, por lo menos hay que ponérselo difícil.

Hambre, sed, frío, cansancio, las suelas de los zapatos gastadas por un uso para el que no están preparadas.

—¿A qué espera la Guardia Civil para aparecer y tumbarnos de una descarga?

—Nunca están donde hacen falta.

A las cinco de la tarde del día siguiente, tras casi veinte horas de huida y después de dormir sólo un par de ellas en una chabola de pastor abandonada y medio derruida, ven un caserío. Recurren a una frase mágica, la clave para que los lugareños ayuden.

—Somos desertores del ejército, queremos pasarnos a Francia.

Les dan patatas guisadas con tocino, un vaso de vino, flan casero y un lugar donde dormir. El matrimonio que cuida el caserío parece de fiar: serios, solidarios, receptivos… Si no fuera por gente como ellos todo sería mucho más difícil.

—Creo que nos hemos salvado.

—Eso me lo dices mañana, cuando estemos del otro lado de la raya de Francia.

* * *

No existe, entre ellos, al llegar a Montevideo la misma excitación y curiosidad que les produjo la llegada a otras ciudades. No observan la grandiosidad de Nueva York, ni el encanto de un nuevo mundo que apreciaron en La Habana, no se asombran como hicieron ante la belleza de los cerros de Valparaíso, tampoco sueñan con un lugar amable con ellos, como ha sido Buenos Aires en sus primeros días… Montevideo es el fin del camino, la última etapa de su viaje; sólo desean regresar, dejar que, como siempre, sea García Oliver quien decida qué hacer.

Bernardo, el portugués, les estaba aguardando en la casa abandonada junto al río para sacarlos de allí. No tuvieron que permanecer a la espera, los peores momentos de todos, ésos en los que esperas a alguien y no sabes si quien va a aparecer te ayudará o acabará contigo. En su camión llevaba ropa, comida y agua fresca. Los hombres se subieron en la caja del vehículo, entre sacos de trigo, y se cubrieron con una lona. Mientras, Paz se sentaba en el lugar del acompañante; nadie sospecha de una mujer embarazada.

Lo poco que los anarquistas han visto de Uruguay, en los ciento

ochenta kilómetros que separan Colonia del Sacramento de Montevideo, ha sido a través de una rendija en la lona. Paz podría decirles que es exactamente igual a Argentina: kilómetros y más kilómetros de pradera continua, ocasionalmente cabezas de ganado y gauchos a caballo.

Bernardo le da conversación a la mujer mientras conduce. Le habla de los gauchos, de los indios charrúas, de los negros cimarrones, esclavos huidos de Argentina y Brasil que se establecieron en las inmensas llanuras uruguayas. Paz no le presta mucha atención, aunque agradece su esfuerzo por intentar que el viaje sea agradable. Ella tiene otras cosas en que pensar.

—¿Ha estado en Brasil?

—Cuando llegué de Portugal. Los portugueses emigramos preferentemente a Brasil. Yo estuve en São Paulo. Después vine con el camión a trabajar aquí, conocí a una uruguaya y me quedé.

—¿Es fácil encontrar trabajo en São Paulo?

—Sí, es un buen lugar. Aunque es mejor el sur. Yo viajo dos veces al mes con el camión a Porto Alegre, en el sur de Brasil. Llevo cereales y traigo frutas. Una bella ciudad Porto Alegre.

No había oído hablar de ella, Porto Alegre, le parece que tiene el nombre perfecto para una ciudad en la que vivir para siempre.

—¿Por qué nos ayuda?

—Porque el mundo no valdría la pena si no nos ayudáramos unos a otros, ¿no?

—No, supongo que no.

En Montevideo se alojarán en una casa de Punta Carretas, un barrio cercano al centro pero marginal, hogar de obreros y pescadores. La casa está enfrente de la penitenciaría de Punta Carretas, a muy pocos metros del muro trasero de la cárcel.

Los caseros son un matrimonio español y su hija, residentes en el país desde hace más de treinta años. No es su casa, sólo están allí para atenderlos; cuando se marchen, ellos la abandonarán también. No es la primera vez que ayudan a anarquistas huidos de Buenos Aires, pero nunca hasta ahora habían recibido a españoles. Sienten curiosidad, quieren saber algo acerca de Asturias, la parte de España de la que

salieron hace tanto tiempo. Durruti es el último que ha estado allí.

—¿Conocen el Banco de España de Gijón? El de la calle del Instituto.

—No me acuerdo, de los nombres de las calles no me acuerdo bien.

—Bueno, da igual, el más grande de todos: lo robamos. Seiscientas mil pesetas nos llevamos, un éxito. El director del banco me mordió un dedo; todavía se me nota la marca de sus dientes, vaya cabrón…

Todos se ríen; como siempre, Durruti se gana a la gente. Les dan camas limpias y una cena caliente, su mayor deseo.

—¿Hablan de nosotros en el periódico?

—Aún no, habéis llegado antes que las noticias. Pero hablarán pronto, tenéis que huir lo antes posible.

Paz comparte habitación con la hija del matrimonio, Elvira. Los hombres se reparten en dos cuartos llenos de camas que están en el sótano. Por la mañana, a primera hora, irán al puerto para informarse de los barcos que salen hacia Europa, las fechas, las compañías, los destinos. Los dos argentinos se separarán de ellos en un par de días. Volverán a Buenos Aires en cuanto consigan documentación falsa. Quieren preparar otro golpe de inmediato, al pagador del hospital Rawson, en Buenos Aires.

Cuando se hayan informado de todo, cuando sepan con seguridad cuándo regresan a Europa, Paz hablará con Francisco y le contará sus propios planes: Brasil. Primero el sur, como le ha dicho Bernardo, después São Paulo, quizá Río de Janeiro.

Los barcos que viajan a América del Sur llenos vuelven casi de vacío. En cada viaje traen miles de obreros; sólo regresan los que han conseguido su sueño y se han hecho ricos. Son pocos los que se construirán sus grandes casas de indianos y muchos los que seguirán luchando para tener algo de comida en el plato y un lugar para dormir a cubierto. Los que nacen pobres mueren pobres, los que nacen ricos mueren ricos; pocas veces se incumple la premisa. Los billetes de retorno son mucho más baratos, sobre todo los de tercera clase. Pero los Errantes tienen mucha experiencia a estas alturas: comprarán pasajes en camarotes de lujo, la mejor forma de que las policías sudamericanas no se interesen por sus documentos.

Paz y Francisco no han tenido oportunidad de hablar desde que salieron de Ensenada. Durruti se les adelanta. Coincide con Paz en el lavadero de la casa por la mañana, muy temprano, cuando el resto de los ocupantes aún duermen.

—¿Has discutido con Francisco qué vais a hacer?

—No. Aún no. ¿Sabes tú algo?

—Tengo mi opinión, pero no soy quien tiene que decidir.

—¿Cuál es?

—Creo que debes esperar a tener el niño antes de viajar a Europa. Tal vez quedarte aquí en Uruguay. Cuando nosotros nos marchemos se acabará la persecución.

—¿Y si no se acaba? ¿Y si me encuentran?

—He hablado con Roscigno, ellos te ayudarán.

—Si lo habéis hablado es que lo habéis decidido. ¿Te ha pedido Francisco que me lo cuentes tú?

—No, no lo ha hecho.

—Entonces es un tema que prefiero discutir con él.

Basilio, el español que les acoge, les ha dado indicaciones de cómo llegar al centro de Montevideo y de la zona en la que están los despachos de las navieras. Se visten de manera elegante, con traje, corbata y sombrero; si llaman la atención de la policía, que no sea por tener aspecto de obreros anarquistas.

Jover, Durruti y Ascaso se suben al tranvía. Miran la ciudad con más precaución que curiosidad. Hasta que llevan un buen rato recorriéndola, no se dan cuenta: sobre sus cabezas, dentro del tranvía, hay tres carteles con el letrero de SE BUSCA. En cada uno de ellos hay una foto, son ellos tres. Se trata de las mismas fotos que fueron publicadas en los periódicos de Buenos Aires.

Se bajan del tranvía de inmediato. Aparentemente, nadie les ha reconocido. La situación es tan ridícula que acaban riéndose: tres hombres sentados en un tranvía debajo de los carteles en los que se ofrece recompensa por ellos; parece una de las historias de Chaplin en el cinematógrafo. Deciden volver a la casa y encargar a otra persona que busque información sobre los buques que zarpan hacia Europa. Se separan, es más fácil que no se les relacione con los retratos si no

están juntos. Regresan caminando, temerosos de que alguien les reconozca, de perderse en una ciudad extraña.

Un matrimonio llama menos la atención que tres hombres solos. Ascaso vuelve al centro de Montevideo, esta vez acompañado por Paz. Ha cambiado su peinado, se lo ha echado hacia atrás ayudado con gomina, se ha puesto unas gafas; confía en que sea suficiente para no ser reconocido. Los dos suben de nuevo en el tranvía, se sientan en la última fila, donde pueden controlar visualmente a los demás viajeros. Los retratos de los tres españoles están también allí; deben de estar en todos los tranvías de la ciudad. Ascaso quiere ser amable con Paz pese a los nervios.

—Vayamos a donde vayamos, nos encontraremos con esto. Menos mal que no tienen tu foto.

—No creo que tarden mucho en tenerla. Me ha dicho Buenaventura que creéis que lo mejor es que me quede aquí.

—Hemos hablado, pero no se ha decidido nada.

—¿No tendrías que haberlo hablado conmigo antes? A lo mejor crees que, al ser mujer, mi opinión no cuenta.

—Sabes que no es así. No se decidirá nada sin contar contigo.

—No iré a Europa, ni ahora ni nunca. Me quedaré en América.

—Yo quiero que vengas, quizá cuando hayas tenido al niño.

—Y yo quiero que tú no te vayas.

Hay hombres y mujeres que suben y bajan del tranvía. Ascaso intenta fijarse en todos, ninguno llama su atención. Hasta que suben dos hombres con traje y sombrero, como él. Ascaso no les pierde de vista.

—Mira esos dos, huelen a policías. Cuando el tranvía se ponga en marcha voy a bajar. Tú quédate sentada. Si son policías echarán a correr detrás de mí, entonces vuelve a casa. Si no hacen nada baja en la próxima parada, allí nos vemos.

No da tiempo a que Paz lo discuta. Francisco salta a la calle en cuanto el tranvía coge velocidad. Los dos hombres reaccionan, sacan sus pistolas, uno de ellos corre hacia la puerta para seguirlo pero el otro, el mayor, le para.

—Déjalo.

Se acerca a Paz y se levanta, gentil, el sombrero.

—Buenos días, señorita Vidal. Bienvenida a Montevideo. Soy el comisario Pardeiro. Tendrá que acompañarnos.

* * *

El vapor que une Buenos Aires y Montevideo es mucho más rápido que la barca de Bustos Duarte. El comisario Pardeiro espera a Valenzuela y a Lugones a pie de escalinata. El uruguayo y el argentino se saludan efusivamente. Después el uruguayo se vuelve hacia Valenzuela.

—¿Su primera vez en Uruguay?

—Sí, la primera.

—Espero que le guste nuestro pequeño país. ¿Ha sido un buen viaje?

—Muy bueno.

—Lo celebro. Tengo un regalo de bienvenida para usted. Una mujer, se llama Paz Vidal.

—¿La ha detenido?

—No he querido hacer papeleo, es muy incómodo y nos ata mucho las manos. Digamos que la he «retenido», es un ligero matiz.

Paz está en una casa cercana a la capital, en uno de los barrios que poco a poco se le van adhiriendo, Villa del Cerro. Está nerviosa, no sólo por haber sido detenida sino por no haber sido trasladada a una comisaría. Recuerda todo lo que contaban en Cuba de los presos llevados a centros de tortura. Tal vez sea lo mismo aunque nadie aún la haya maltratado, quizá está en un lugar en el que nadie la echaría de menos si la mataran. Ignora si Francisco se percató de su detención y si eso cambiaría la situación. ¿Habría podido evitarlo? No la abandonó, se bajó para que corrieran tras él y ella se salvara, pero salió mal.

Por lo menos, si saben que está en manos de la policía estarán cambiando de escondite: no cree que si la torturan pueda aguantar sin decir dónde estaba la casa. No piensa resistir.

Nunca ha visto a Valenzuela, pero cuando entra sabe que es él, antes de que nadie se lo diga.

—Paz Vidal, he recorrido medio mundo detrás de usted, tenía ganas de conocerla personalmente.

Ha oído hablar mucho de él y le mira con curiosidad. Le decepciona que no tenga el aspecto de esbirro asesino que había imaginado. Le sorprende comprobar que es un hombre alto, atractivo, bien vestido, aparentemente educado.

—Yo no tenía ganas de encontrarme con usted.

—Lo imagino. ¿Nos va a decir dónde están sus compañeros escondidos?

—Le podré decir dónde estaban esta mañana. Claro que se habrán ido ya. El problema es que acabo de llegar a Montevideo y no me he aprendido la dirección. Pero sabría llegar, estoy segura. Se lo indicaré.

—Mejor así. No me gustaría tener que hacerle daño.

—A mí tampoco; preferiría que no me lo hiciera. En mi estado, no me conviene.

Pardeiro pone a su disposición un coche. Paz está dispuesta a darles un par de vueltas para que los demás tengan más tiempo para huir. Después los encaminará hasta la prisión de Punta Carretas, el referente que tiene, y señalará cuál es la casa.

—¿Adónde vamos? Y no me gustaría que nos engañara. Lo sentiríamos ambos.

—Intentaré llegar de la manera más directa posible. Buscamos un edificio grande, del Estado. Un hospital, una prisión o algo así.

—¿Cerca del río o lejos?

—Cerca, muy cerca del río.

Pardeiro es el único que conoce bien la ciudad.

—Hay muchos edificios así, tendrá que decir algo más.

—¿Que la calle está sin asfaltar ayuda algo?

El penal de Punta Carretas es su segundo intento. Paz prueba con un último y pequeño engaño.

—Es una de esas casas, una de las blancas… No recuerdo cuál de las tres.

Cuando tiran abajo la puerta correcta, los anarquistas, como ella

suponía, han huido. La casa está vacía.

El *SS Conte Verde* está muy cerca de Uruguay. Han zarpado de Río de Janeiro tras su escala en esta ciudad hace un par de días. Su próximo destino es Montevideo. Rosa está excitada desde que ha pisado por vez primera el continente americano. Nota una fuerza especial, ahora está segura de que será un lugar muy importante para ella.

Dejan los interrogatorios a Paz para el día siguiente. Los dos policías, el argentino y el español, se retiran a descansar a su hotel, el Grand Hotel Alhambra. Después cenarán los tres en un restaurante típico; los tres son iguales, los tres se entienden a la perfección.

* * *

Ascaso se arrepiente de haber dejado sola a Paz por mucho que Durruti le excuse y le diga, con razón, que de no haberlo hecho les habrían detenido a los dos. No iba armado, no podía defenderse, la situación de Paz no habría cambiado lo más mínimo de haberse quedado en el tranvía.

Quería permanecer en la casa, esperar a que llegaran los policías. Quizá ella les acompañara y se pudiera enfrentar a tiros. Está seguro, como todos, de que Paz desvelará el lugar donde se esconden. Es más, desea que lo haga de inmediato, que no sufra ningún daño intentando ocultarlo. Sus compañeros le tuvieron que obligar a marcharse con ellos.

Los anarquistas uruguayos han habilitado otro refugio, muy cerca del que está a punto de ser descubierto. Los uruguayos están mejor organizados de lo que los españoles sospechaban.

—Tenemos que liberarla.

—No sabemos dónde está.

—Pues tenemos que enterarnos y sacarla de allí.

Es lo malo de las relaciones sentimentales entre activistas, el motivo por el que se prohibirían si fuera posible. No se puede liberar a

alguien, por lo menos hasta que está en un centro penitenciario, condenado o a la espera de juicio. Entonces se puede elaborar un plan para su fuga. Antes no, antes sólo pueden ponerse a salvo los que están fuera, para mantenerse en condiciones de actuar cuando llegue el momento. Las obsesiones y los golpes de pecho sólo sirven para que crezca el número de bajas. Todo el mundo sabe lo que le toca en esta vida, debe asumirlo.

—¿No vamos a hacer nada?

—De momento, no. Y lo más probable es que nosotros nunca hagamos nada. Si todo va bien, volveremos a Europa y nuestros compañeros de aquí se encargarán de lo que haya que hacer para liberarla.

—Yo no voy a ningún lado. Yo no me muevo de Montevideo hasta que Paz esté libre.

Mejor no discutir, esperar a que Ascaso entre en razón, a que vuelva a pensar con claridad.

Roscigno se ha puesto en contacto con los compañeros uruguayos. Le han hablado de Pardeiro, un comisario local. También de la llegada de Lugones y de un gallego procedentes de Argentina. No es necesario que les digan el nombre para saber que se trata de Valenzuela.

—Debimos matarlo mientras pudimos.

—Nunca pudimos.

Tienen noticia de la irrupción de los policías en la casa en la que se ocultaban y de que les acompañaba una mujer embarazada, pero no hay constancia oficial de que se haya detenido a nadie. Esa mujer no ha entrado en ninguna comisaría de Montevideo.

—Es la forma de comportarse de Pardeiro. Tiene pisos, casas por todas partes. Si no la ha detenido oficialmente, puede hacer lo que quiera con ella.

Ascaso se aleja de los demás. Ellos piensan en la lucha política, en que son anarquistas y enfrente está la policía. Él no, él ya no piensa en esos términos. Para Ascaso lo importante es Paz, y ésta no es una guerra entre dos grupos sino entre dos personas: Valenzuela y él. Lo matará, hará lo que debía haber hecho hace muchos años: su amigo Ernesto Valenzuela no volverá a España si no es dentro de una caja, en

la bodega de un barco. Sus compañeros no le permitirán actuar por su cuenta, así que tiene que alejarse de ellos.

Aparentemente más calmado, vuelve a participar en las conversaciones del grupo. Les escucha, da su opinión sobre lo que hablan, aporta ideas cuando se las piden. Espera a que llegue la noche y todos se hayan ido a dormir.

Pasa de la medianoche cuando la casa se queda en completo silencio. Ascaso se levanta y se viste, coge su pistola y una caja de balas, el pasaporte peruano falso con el que llegó a Chile y viajó después a Argentina y dos mil pesos argentinos. Con sigilo sale a la calle y echa a andar en una ciudad que no conoce.

Necesita una habitación donde instalarse, un sitio donde mantenerse oculto cuando no esté buscando a Valenzuela. No puede alojarse en un hotel, tiene que ser un lugar en el que la policía no se meta: el barrio chino de Montevideo. De momento desconoce cuál es, estará cerca del puerto; hacia allá se dirige.

En Uruguay, al igual que en Argentina y Brasil, actúa la Zwi Migdal. Ascaso leyó y se informó acerca de ellos cuando estuvo en Buenos Aires, por eso lo sabe. Es una organización criminal judía que trafica con mujeres desde los pobres asentamientos judíos del este de Europa. Engañan a las familias con matrimonios en América, hacen promesas halagüeñas a las más desesperadas por la pobreza y el acoso antijudío, secuestran a las jóvenes más bellas. Las obligan después a prostituirse en los países sudamericanos. Hay quien dice que más de la mitad de las prostitutas de Buenos Aires, Río de Janeiro, São Paulo y Montevideo dependen de esta asociación. Hay tantas que a los proxenetas, sean de la raza que sean, les llaman «cafishos», una deformación de la palabra «caftán», el abrigo de los judíos.

Ascaso escuchó decir en Buenos Aires que en un café llamado Parisién se subastaba a las recién llegadas al mejor postor. De hecho, si no hubieran tenido que salir apresuradamente, tenían entre sus planes atentar contra ese café y contra su dueño, Salomón Mittelstein. Son despreciables, hay sociedades judías que luchan contra la Zwi Migdal y los periódicos anarquistas de todo el mundo claman contra ellos. Pero Ascaso los usará para esconderse. Buscará uno de sus

burdeles y gastará el dinero en ocultarse allí. En este momento necesita no tener tratos con la policía y esos judíos no los tienen.

Encuentra lo que busca en El Bajo, un barrio del que se dice que será en breve víctima de la piqueta para convertirlo en una elegante avenida costera.

Pese a la hora —cuando Ascaso llega a sus calles son más de las dos de la madrugada— aún se escuchan los tambores y se baila candombé, el ritmo afrouruguayo: está muy cerca el carnaval y se ultiman los ensayos. La población africana de El Bajo es muy superior a la del resto de la ciudad, infinitamente mayor a la de Buenos Aires. A Ascaso le recuerda Cuba: africanos, tambores, música y el olor del mar.

En una de las estrechas calles del barrio, la de Isla de Flores, encima de un pequeño bar en el que los borrachos cantan tangos, hay un burdel de «polacas», el nombre que reciben las chicas del Zwi Migdal. Sube, le atiende primero la madame, una vieja con acento alemán que se empeña en decir palabras en francés; cuando se convence de que el español no busca a una de sus pupilas, llama al cafisho, el proxeneta, un judío polaco con el que Ascaso negocia. Por unos pocos pesos puede quedarse, disfrutar de las chicas si lo desea y no temer que nadie lo delate.

No quiere a ninguna de las chicas con él. Sólo descansar un rato para empezar a buscar a Valenzuela al amanecer.

* * *

—¡Alto y no os mováis!

Un cabo y dos números de la Guardia Civil están delante de ellos; uno apunta con su arma a Oliver, el otro a Aurelio Fernández. Los dueños del caserío, esos que parecían tan de fiar, les han traicionado.

Por mucho que lo parezca, no es mala señal despertarse bajo los cañones. Los guardias podían haberles matado mientras dormían y haber alegado después que intentaron oponer resistencia. Estar vivo significa que el cabo es un hombre recto.

—¿Vais armados?

—Llevamos pistolas, están bajo el colchón.

La mujer del caserío mira con miedo las dos pistolas que saca el

cabo. Aurelio no puede evitar dirigirse a ella.

—Míralas, que la próxima vez sabrás para qué sirven.

Uno de los guardias le apoya el cañón del fusil en el pecho.

—Cállate la boca.

El cabo aparta a su subordinado.

—¿Qué hacen aquí?

Oliver sabe perfectamente qué debe responder; él mismo ha enseñado a muchos a hacerlo.

—No se moleste en hacernos preguntas porque no contestaremos a ninguna. Si quieren redactar el atestado de nuestra detención y de nuestras pertenencias, háganlo, lo firmaremos.

El cabo ha terminado de revisar las chaquetas de los dos detenidos.

—¿Dónde está la documentación?

—No tenemos.

—Están olvidando que pueden aparecer muertos en cualquier barranco.

—No se moleste en amenazarnos. No es la primera vez.

—¿Van a decirme sus nombres?

Oliver pensaba decir su verdadero nombre. Se le ocurre una idea en el último segundo.

—Buenaventura Durruti.

No lo han hablado, pero Aurelio Fernández se da cuenta de inmediato de lo que debe decir.

—Francisco Ascaso.

Los guardias se miran entre sí y sonríen. No conocen sus caras pero sí sus nombres: son los más famosos de la Banda de Durruti.

—Buenaventura Durruti… En los periódicos dicen que es usted muy alto. Imaginaba una especie de gigante.

—No se fíe de todo lo que dicen los periódicos, mienten mucho.

El cabo da órdenes a sus números. No puede quitarse la sonrisa de la boca: ha hecho una de las detenciones más deseadas por la Guardia Civil; puede incluso suponerle una medalla.

—En cuanto amanezca, en un par de horas, partimos. Hay que informar a Pamplona de quiénes son estos pájaros.

La mujer del caserío se da cuenta de la importancia de su decisión

de avisar a la Guardia Civil.

—¿Quieren que haga café? Tengo pan y mantequilla.

—Si no es molestia, sí, se lo agradecemos.

Antes de que salga para preparar el desayuno de los guardias, Aurelio le hace un gesto, un dedo a lo largo del cuello: te lo vamos a cortar. Por lo menos, que no duerma tranquila.

* * *

Los inmigrantes con destino a Uruguay tienen que pasar una cuarentena en la que se comprueban sus papeles y se detectan sus posibles enfermedades contagiosas antes de desembarcar en el puerto de Montevideo. El Hotel de los Inmigrantes está situado en la Isla de las Flores, un islote situado en la entrada de la desembocadura del río Uruguay, a unos quince kilómetros de la ciudad. Igual que la isla de Ellis, en Nueva York, es una escala obligada para los de tercera clase; los viajeros de primera y segunda no paran allí, llegan directamente a su destino.

El transatlántico *Conte Verde* entra en el moderno puerto de Montevideo pocos minutos antes de las nueve de la mañana. Se bajan algunos de los pasajeros que ocupaban los camarotes de lujo. Otros muchos se quedaron en la Isla de las Flores. Son tantos los italianos que viajan a Uruguay que más del cincuenta por ciento de sus habitantes procede del país transalpino.

Dos coches, pertenecientes a la delegación uruguaya de la empresa de Martín Michelena, están esperándole a él y a su familia a pie de pasarela; en uno de ellos cargarán su equipaje y en el otro viajarán el matrimonio y su hija. Tienen habitaciones reservadas en uno de los mejores hoteles de la ciudad, el Grand Hotel Alhambra.

El viaje ha sido largo pero cómodo. Rosa está deseando llegar al hotel, deshacer las maletas y salir después a dar su primer paseo por la ciudad. Además, ha convencido a Martín para ir también unos días a Buenos Aires más adelante. Todo lo que le han contado los pasajeros argentinos con los que ha conversado a lo largo de los últimos días, Carlos Gardel incluido, la ha llenado de ganas de conocer la capital argentina.

A las nueve en punto de la mañana, el comisario Pardeiro recoge en la puerta del Hotel Alhambra a Lugones y a Valenzuela. El argentino se ha retrasado y han salido unos minutos más tarde de lo que esperaban. En el momento en que su vehículo abandona el hotel, otro coche ocupa el mismo lugar para descargar el equipaje.

Si Valenzuela hubiera vuelto la vista atrás, habría visto bajarse del coche a su hija Rosita. Tras ella a su esposa, Rosa. Quizá nunca vuelva a estar tan cerca de ellas. Quizá no se vuelvan a encontrar jamás.

Ascaso lleva buscando a Valenzuela desde las seis de la mañana y llega también tarde. Se ha enterado de cuáles son los mejores hoteles de Montevideo, de dónde aloja el gobierno a sus invitados, y ha llegado segundos después de que Rosa y Valenzuela estuvieran a punto de cruzarse. Le ha visto de lejos. No será su única oportunidad, lo matará en breve.

Pardeiro no les dice a sus colegas adónde les lleva. Ahora es él quien actúa y Lugones y Valenzuela son los espectadores.

—Vamos a mandar un mensaje a vuestros amigos los anarquistas.

Llegan a una casa baja en el barrio de Nuevo Palermo, junto al río, en la zona sur. Barrio de inmigrantes italianos, pobre, degradado. Se detiene frente a una casa baja, igual al resto de las construcciones de la calle.

—Llames a la casa que llames, vive alguien a quien deberíamos echar de este país.

No llama a la puerta, le manda a uno de sus hombres que la tire de una patada. Dentro hay una mujer con dos niños. Uno de dos años, el otro aún en brazos, de no más de tres o cuatro meses.

—¿Tu marido?

—Está en la cama, no ha hecho nada.

El hombre se ha levantado y se asoma a la sala, aún sin vestir. Tiene acento italiano. Después sabrán que se llama Carlo Bontempi y que es uno de los líderes del movimiento libertario.

—Salí ayer de la cárcel. No me podéis acusar de nada.

—¿Quieres probar?

Valenzuela sonríe. España colonizó casi toda América pero hay cosas en las que los alumnos han superado a los maestros.

—Queremos que les des un mensaje a los anarquistas que llegaron hace unos días a Montevideo. Dejamos libre a Paz a cambio de que se entreguen Durruti y Ascaso, sólo eso.

—No sé de qué me hablan.

—Pero eres listo, seguro que te informas. Diles que, si están de acuerdo, ya saben dónde dejarme el mensaje, en el café Brasilero, en la Ciudad Vieja.

Salen de la casa. Dejan la puerta rota, miedo en la mujer y los niños y odio en el hombre. Como siempre.

Su siguiente encuentro es con Paz. Valenzuela se queda solo con ella.

—¿Es de Ascaso el bebé?

—Sí.

—Nunca habló de que le gustaría tener hijos.

—Creo que no le gusta.

Paz sigue pensando lo mismo que el día anterior: Valenzuela no es como lo imaginaba. Sabe que en cualquier momento cambiará y dejará de ser educado para ser un monstruo torturador, pero aún no lo ha hecho.

—Los hijos son lo más importante del mundo. Todo lo que hacemos es para dejárselo a ellos.

—¿Tiene hijos?

—Una; desgraciadamente, hace tiempo que no la veo. Pero vamos a lo que nos ha traído aquí. He venido de España buscando a Ascaso y a Durruti.

—Lo sé. Pero me temo que no puedo ayudarle. No sé dónde están.

Ahora empiezan los golpes, piensa Paz. Se acaba la máscara de hombre correcto, civilizado y respetuoso y empieza a actuar el Valenzuela del que ha oído tantas cosas. Pero no, él no cambia su actitud.

—Los encontraremos, no conseguirán subir en un barco. Ni aquí, ni en Argentina, ni en ningún país de América. ¿Te das cuenta de lo que

dejan por donde pasan?

Paz le interroga con la mirada, no sabe a qué se refiere.

—Tu padre les ayudó y murió, en Chile les ayudó Casteglione y te aseguro que lo ha pasado muy mal, el barquero que os trajo a este lado del río hace pocos días también ha muerto ¿Crees que tú vas a acabar mejor?

—A todos esos los ha matado la policía.

—Por ayudarles a ellos. ¿Alguna vez han mirado atrás y han considerado el daño que hacen? Piénsatelo. Piensa también en ti. ¿Crees que vendrán a liberarte?

—No creo que puedan.

—No te engañes: ni pueden, ni están dispuestos a arriesgarse. No creas que te consideran uno de los suyos. Engañan con la solidaridad y la lucha obrera pero son monstruos egoístas. Piénsalo y decide si nos ayudas o no.

Valenzuela se marcha, la deja sola. Unos minutos después, un hombre entra con una bandeja en la que está la comida. Es sabrosa, la proporciona un restaurante, igual que el desayuno por la mañana. Le han dejado unos cuantos libros para que esté entretenida. Tiene miedo pero, quitando eso, hace tiempo que no está tan bien. Y no está segura de que Valenzuela no tenga razón.

Un botones del hotel se acerca a la mesa donde almuerzan Pardeiro, Lugones y Valenzuela, en el bar El Hacha, el que dicen que es el más antiguo de Montevideo. Lleva en la mano un telegrama urgente para Valenzuela. Después de leerlo, le cambia la cara, lo deja sobre la mesa. Lugones lo coge y lo lee.

—Aquí dice que han detenido a Durruti y Ascaso en la frontera entre Francia y España.

—No puede ser…

—¿A quién estamos persiguiendo?

* * *

Durruti no se enteró de que Ascaso se había marchado de la casa hasta que le despertó Roscigno para darle la noticia. Di Giovanni, Jover y él le esperaban en la sala para decidir qué debían hacer.

—Es adulto, ha elegido ponerse en peligro solo. No tenemos que vernos arrastrados por él.

—Si le pillan, tampoco aquí estaremos seguros.

—Ascaso no es de los que cantan.

—Todos cantamos cuando llega el momento.

—No podemos dejarlo a su suerte.

—Claro que podemos. No se ha atenido a las normas, no vamos a arriesgarnos por él.

Durruti no ha hablado. Tiene claro lo que debe hacer el grupo: olvidar a Ascaso. También lo que debe hacer él: buscarlo hasta encontrarlo y meterlo en un barco camino de Europa. Es su amigo, su mejor amigo. Han vivido más cosas juntos en los últimos años que la mayor parte de la gente en toda la vida.

—Valenzuela lleva años detrás de Francisco y aún no le ha pillado, ha recorrido medio mundo tras él y sigue libre. No será ni hoy ni mañana cuando lo encuentre. Yo localizaré a Ascaso antes que Valenzuela.

Ascaso ha visto otra vez al policía español. Ha tenido que pasar varias horas delante del hotel Alhambra esperando. Ha llegado después de comer, a toda prisa. Cuando vuelva a salir, le seguirá. Valenzuela le llevará hasta Paz. Sólo necesita paciencia.

Durruti y Jover contarán, pese a todo, con la ayuda de los anarquistas italianos para encontrar a Ascaso.

—Ascaso dará señales de vida, buscará a Paz. Si yo tuviera que encontrar a Paz, seguiría a Pardeiro. Es lo que hará él.

—Bien, ¿quién puede llevar a Francisco hasta Pardeiro? Sólo Valenzuela. Lo primero es Valenzuela: encontrando a Valenzuela, encontramos a todo el mundo.

—No es policía en Uruguay. No acudirá a trabajar al edificio de la Dirección de la Policía.

—Tiene que dormir en un hotel. ¿A cuál deben de haberle llevado?

—Hay varios, el Alhambra, el Cervantes, el Parque Urbano…

—Uno céntrico y lujoso, que sea cómodo para Pardeiro si tiene que recogerle.

—El Alhambra. Está en la calle Sarandí.

A través de un anarquista que trabaja como botones en el hotel descubren, con una simple llamada, que sí: un español llamado Ernesto Valenzuela está alojado allí.

—Igual que nos hemos enterado nosotros, debe de haberlo hecho Ascaso.

—Es probable que esté rondando el hotel.

Cuando Valenzuela vuelve a salir del hotel, lo hace solo. Ascaso lo sigue. Si es descubierto lo matará. Es verdad que vivo puede llevarle hasta Paz, pero también es verdad que con él muerto será más fácil liberarla.

A través de una llamada telefónica llega a la casa en la que se esconden los anarquistas la noticia del día: Ascaso y Durruti han sido detenidos por la Guardia Civil en la frontera hispanofrancesa.

—Os aseguro que es una noticia falsa, estoy en Montevideo. ¿Por qué se corre este rumor? ¿A quién beneficia?

No es una mala noticia: si creen que están detenidos, no les seguirán buscando, resultará más fácil embarcar.

Valenzuela entra en el edificio del Palacio de Correos, en la calle de Buenos Aires; tiene que poner un telegrama pidiendo que le confirmen la noticia de la detención. En el que él recibió, el ministro Martínez Anido le pedía que retornara urgentemente a España para hacerse cargo de los detenidos. Pero está seguro de que es un error: Ascaso y Durruti están en Montevideo, muy cerca de ser apresados por él.

A la salida del Palacio de Correos, Ascaso vuelve a ir tras él. Valenzuela está distraído, sería un gran momento para matarlo.

Pardeiro y Lugones están sentados en el café Brasilero. Dudan de lo que deben hacer. La noticia de la detención en España de los anarquistas que ellos persiguen les ha dejado perplejos.

—¿Tú estás seguro de que el gallego sabe lo que hace?

—Parecía que sí, cuando estábamos en Buenos Aires parecía que sabía perfectamente contra quién se enfrentaba.

—No creo que manden un telegrama de España diciendo que los han detenido si no es verdad.

—Tiene que haber un error.

—Yo no quiero líos; si no estamos seguros, suelto a la cubana.

Roscigno está, con una caja de limpiabotas, ante el Grand Hotel Alhambra; entre los cepillos hay una pistola. Controla quién entra y quién sale. Severino di Giovanni también está por allí: lee el periódico en un banco. Jover y Durruti están más ocultos pero aparecerían en segundos si fuera necesario.

Valenzuela camina de vuelta al hotel.

* * *

El engaño de García Oliver —él no sabe la repercusión que está teniendo— dura más de lo esperado: tras desayunar, les llevaron a pie desde el caserío en el que fueron detenidos hasta el pueblo navarro de Aoiz. Llegaron pasadas las doce y les encerraron en el calabozo. El cabo de la Guardia Civil hizo llegar la noticia de la detención a sus superiores en Tafalla, de allí a Pamplona y, antes de las seis de la tarde, la recibía el ministro Martínez Anido en su despacho de Madrid.

Inmediatamente se cursó con urgencia el telegrama a Ernesto Valenzuela en Montevideo y, gracias a la diferencia horaria, le llegó mientras almorzaba. Hasta ese momento, nadie había comprobado la verdadera identidad de los detenidos.

Oliver y Aurelio Fernández comieron, cenaron y durmieron en Aoiz. A la mañana siguiente, les trasladaron a Tafalla en automóvil. Era

domingo y el juez ordenó que fueran ingresados en la cárcel; él mismo les tomaría declaración el lunes por la mañana.

El ministro Anido mandó desplazarse desde Madrid al comisario Fenoll para asistir a la declaración de los detenidos, pero el juez de Tafalla, republicano según dicen y ansioso de protagonismo, se opuso: aquélla era su jurisdicción, los detenidos estaban incomunicados y no había motivo para que los interrogara nadie que no fuera él. Fenoll conocía a Durruti y Ascaso. Nada más verlos podía haber desvelado el engaño, pero volvió a Madrid sin hacerlo.

—¿Quién es Durruti y quién Ascaso?

Oliver y Fernández responden a la pregunta del juez según las identidades que se han adjudicado.

—Hay un montón de cargos contra ustedes: asesinatos, atentados, atracos… ¿Tienen algo que decir?

—Que se exagera mucho, señoría. Fíjese en lo que dicen los periódicos sobre mi estatura.

—¿Qué estaban haciendo en el caserío donde fueron encontrados?

—Dormir, estábamos durmiendo cuando nos detuvieron.

—¿Van a contestar a todas las preguntas así?

—En realidad, señoría, y sin ánimo de indisponernos con usted, no contestaremos a ninguna más. No tenemos intención de colaborar mientras España tenga un gobierno ilegítimo y dictatorial.

Hasta el día siguiente, cuando un funcionario de juzgado que había trabajado antes en la prisión de Burgos vio a Oliver, no se descubre el engaño.

—Señoría, le aseguro que le conozco perfectamente. El detenido no es Durruti, es Joan García Oliver.

La transmisión de la información de vuelta hacia Madrid no es tan rápida como lo fue la de la detención. Todos los eslabones buscan la forma de echarle la culpa al anterior para cuando el ministro pida responsabilidades. La noticia tardará aún varios días en llegar hasta Montevideo.

* * *

Lugones ha recibido la orden de volver a Buenos Aires.

—Lo siento, Ernesto. Mis superiores dicen que quieren a Durruti y a Ascaso y ya han sido detenidos. Pedirán la extradición a España para que respondan por el asesinato del cabo Núñez en el atraco a la estación de metro de Caballito.

—Durruti y Ascaso están aquí, en Montevideo. No sé qué ha pasado, no sé a quiénes han detenido en España pero no son ellos.

—Yo te creo, pero entiéndelo…

No es la única mala noticia para Valenzuela. Pardeiro ha decidido soltar a Paz.

—No puedo retenerla por más tiempo.

—No tiene papeles, está en situación ilegal.

—Hay muchos aquí así, no es algo de lo que me ocupe yo… Y no la tengo legalmente detenida, la hemos secuestrado para ayudarte.

—Vamos a perder a los Errantes.

—Según las autoridades de tu país, ésos erraron hace mucho tiempo.

Valenzuela se queda solo. Pide una copa de coñac. Medita en el bar del hotel si debe volver a España de inmediato, renunciar a su puesto en la policía, buscar a su familia…

Paz se sorprende cuando el comisario Pardeiro, el mismo que la detuvo en el tranvía, la deja en libertad.

—Está libre, vaya donde le dé la gana pero le recomiendo que se marche de Uruguay. Vaya tranquila, no la seguiremos, no le haremos nada. No le estamos aplicando la ley de fugas, sólo queremos librarnos de usted.

Paz da unos pasos, primero desconfiada y mirando para atrás, después ligera. Se da cuenta de que es verdad, está libre. No sabe dónde buscar a sus compañeros. ¿Quiere realmente encontrarlos?

Después de la primera copa de coñac, Valenzuela pide otra, y otra. Pasa un par de horas sentado en el bar del hotel, sin moverse. Su mirada está perdida en el gran ventanal que da a la calle. Es un lugar céntrico, la gente camina deprisa, de un lado a otro. Nadie diría que

no está en cualquier ciudad española, todo es exactamente igual. No ha disfrutado de su primer viaje a América; siempre obsesionado por encontrar a los anarquistas, especialmente a Ascaso, no ha intentado conocer nada. Ahora, por primera vez libre —o debería decir fracasado—, mira alrededor. Y de repente ve, caminando por la calle, a una mujer que se parece mucho a Rosa. A su lado, una niña lleva una muñeca en brazos, una muñeca como las que él le regalaba a Rosita; la niña cojea. Han pasado más de dos años desde la última vez que vio a su hija, ha crecido mucho, pero es ella, está seguro. No puede ser, es el coñac, es el enfado por el fracaso… Las sigue con la mirada hasta que se decide: son ellas.

Se levanta corriendo, atraviesa el hall del hotel hasta la calle, sale tras ellas mientras desenfunda su pistola.

Ascaso le ve sorprendido salir del hotel, lo nota muy alterado, observa que lleva la pistola en la mano; él también saca la suya y corre tras él. Se da cuenta de que va tras la mujer y la niña. Hace un momento se fijó en ellas cuando notó su acento español al hablar. Le llamó la atención la cojera de la niña. Desde su caja de limpiabotas, Roscigno los ve a los dos. También Di Giovanni. En pocos segundos aparecerán Jover y Durruti. Estarán todos en la placita de un momento a otro.

Valenzuela llega a la altura de Rosa. Ella aún no le ha visto. Le grita.

—¡Rosa!

Rosa se da la vuelta asustada, ha reconocido la voz de su marido. Le ve con una pistola en la mano. Apunta hacia ella. Suenan varios disparos a la vez. Caen dos personas heridas al suelo.

En un lado, Rosa. Su hija se arrodilla y se abraza a ella; se llena de sangre de inmediato. Su nuevo marido, Martín Michelena, que las esperaba en un coche de su empresa charlando con el chófer, va corriendo hasta donde están. Aterrorizado, no sabe qué ha pasado. Cuando llega, está muerta.

En el otro lado, Valenzuela. Ha recibido tres disparos a la vez; han salido de las pistolas de Ascaso, Jover y Di Giovanni. Han llegado un segundo —quizá décimas de segundo— tarde, después de que él

disparara. También está muerto. La niña, su hija, no ha llegado a verle y no lo hubiera reconocido, uno de los disparos le ha destrozado el rostro.

Se oye el silbato de un policía, los anarquistas salen huyendo. No conseguirán detener a ninguno.

Tampoco harán falta las ambulancias que llegan unos minutos después. No se puede hacer nada por ninguna de las dos personas que hay caídas en el suelo.

Martín ha hecho que un empleado se lleve a Rosita dentro del hotel pese a los esfuerzos de la niña de permanecer junto a su madre.

Cuando llegue a Montevideo la noticia del error en la identificación de los dos detenidos de la frontera francoespañola, no quedará nadie a quien le interese.

* * *

Los paisajes que atraviesan son iguales a los del resto del país: praderas secas por el verano. Es bello pero monótono. Según Bernardo, el sur de Brasil también es así y también hay gauchos, se come asado y se bebe mate. Bernardo Candeleira no se calla ni un minuto durante el viaje. Es un hombre agradable, lleno de conocimientos y anécdotas.

—Perdona que hable tanto, pero como siempre viajo solo, para una vez que tengo quien me escuche…

—No te preocupes, prefiero escucharte que pensar; cada vez que pienso, creo que me estoy equivocando.

La frontera entre Uruguay y Brasil es muy extensa y no hay manera de vigilarla en toda su longitud. Bernardo Candeleira sabe perfectamente cómo pasar de un país a otro sin someterse a ningún control.

—No siempre es legal todo mi cargamento. Hay veces que tengo que viajar por caminos de tierra, pasar por pueblos que nadie, ni siquiera los mismos vecinos, saben a cuál de los dos países pertenecen.

Paz irá con él hasta Porto Alegre, allí intentará entrar en contacto con viejos amigos de su padre que viven en São Paulo y viajará hasta esa ciudad. Espera que sea en São Paulo donde nazca su hijo. No sabe

si después se quedará o se marchará a Río de Janeiro, que tiene mar, como La Habana. Quiere que su hijo crezca junto al mar, como ella. Le enseñará a nadar, como su padre le enseñó a ella.

Lo que sí tiene decidido Paz es que se quedará en Brasil para siempre. Bastante ha viajado ya.

Bernardo le ha contado el tiroteo delante del hotel Alhambra. No entiende nada, no tiene idea de quién puede ser esa mujer española a la que Valenzuela asesinó justo antes de morir. La policía uruguaya desconoce quién mató al policía español. Paz cree que fueron los Errantes, más bien está segura. No tiene intención de ponerse en contacto con ellos otra vez. Ascaso nunca sabrá si tuvo un hijo o una hija, nunca lo conocerá. El viaje en tranvía en el que fue detenida será su último recuerdo de ella.

* * *

La última semana del periplo de los Errantes en Sudamérica ha tenido una única ocupación: buscar a Paz. Han removido cielo y tierra, han usado todos los contactos de los anarquistas uruguayos; uno de ellos, un líder anarquista llamado Carlo Bontempi, ha llegado a hablar con el comisario Pardeiro, que ha dado su palabra de honor de que la soltaron viva y sin haber sufrido ningún daño.

Han llegado a una especie de acuerdo con el policía uruguayo: se marchan sin cometer robos o atentar contra nadie en el país y, a cambio, él no investiga demasiado; es el viejo refrán del enemigo que huye.

Ascaso se resiste a marcharse.

—Le faltan menos de tres meses para tener a mi hijo…

—Si quisiera aparecer lo habría hecho.

—La han matado, seguro.

—Tenemos la palabra de ese comisario de que la han soltado.

—¿Y confías en su palabra?

—Sí, no tiene ningún motivo para mentir.

Han comprado billetes en primera, para un vapor inglés que saldrá con destino al puerto de Cherburgo, en Francia, con escalas en Brasil, las islas Azores y Madeira.

Llevan una buena cantidad de dinero en el equipaje. Menos de lo que esperaban cuando partieron hacia América pero suficiente para reactivar a los Solidarios. También cargan con la sensación de fracaso, de haber estado un par de años lejos de donde debían haber estado y de no haber hecho un buen trabajo, ni activista ni político. Se llevan a cambio un montón de enseñanzas, buenas y malas. Algún día caerá la dictadura de Primo de Rivera y el anarquismo tendrá su oportunidad en España. Mucho de lo que han aprendido lo aplicarán entonces.

Desde la cubierta del barco, Ascaso observa el muelle del puerto de Montevideo. Espera que en cualquier momento aparezca Paz corriendo, gritando su nombre.

Nadie le llama. El barco leva anclas y empieza a moverse. La costa se aleja, vuelven a casa. Poco tiempo después, deja de verse tierra. Sudamérica, y todo lo que ha significado para ellos, queda atrás.

—Tenemos que dejar de llamarnos los Errantes y no sé si podemos seguir llamándonos los Solidarios. Habrá que pensar en otro nombre.

—Podemos llamarnos *Nosotros*, los que no tenemos nombre.

9

Barcelona, julio de 1936

A casi nadie en España le ha pillado por sorpresa el levantamiento de los militares en Marruecos: los anarquistas llevan preparándose desde mayo para lo que está a punto de comenzar. La noche del 17 al 18 de julio, un grupo de trabajadores del Sindicato del Transporte Marítimo tomó al asalto varios buques en el puerto de Barcelona para hacerse con sus dotaciones de armas, cerca de doscientos fusiles que añadir al arsenal que tienen escondido en diversos lugares de la ciudad; la CNT y la FAI repartieron, también el 17, un manifiesto dando instrucciones a la clase trabajadora; Ascaso y Durruti no han parado de mantener reuniones con miembros del ejército, del sindicato, de los Mossos d'Esquadra, de la Generalitat…

Buenaventura fue operado de una hernia hace pocos días pero el 14 de julio le dieron el alta y está en primera línea, donde ha estado siempre, preparando la defensa de Barcelona. Ascaso está con él, una vez más, como ha estado desde que se conocieron hace más de quince años.

La Generalitat ha intentado desarmar a los anarquistas, aunque sean los únicos dispuestos a defender la ciudad. Se han encontrado con la oposición frontal de Durruti.

—Hay circunstancias en la vida en las que es imposible ejecutar una orden, por muy elevada que sea la posición de la persona que la haya dado. Ya no hay más autoridad que el orden revolucionario.

Van a defender una república en la que no creen: son anarquistas; su objetivo es disolver el Estado, no cambiarlo. En las últimas elecciones, muchos libertarios han votado para frenar el avance de la derecha; el mismo sindicato se lo ha pedido, aunque no ansíen un gobierno burgués, sea de la ideología que sea.

Levantan ahora las armas, pero no las depondrán con la derrota del fascismo: la república que defienden es la misma que mató a los trabajadores en Casas Viejas hace cuatro años, la que reprimió la revolución en Asturias hace dos. No olvidan.

Que nadie crea que no exigirán su parte; cuando acaben con la derecha seguirán con el resto de las clases políticas y el Estado. Acabarán con todos, al final del camino está la victoria de los trabajadores.

Esta madrugada, la del 19 de julio, han estado reunidos en casa de Jover, en el Paseo de Pujades, junto al Parque de la Ciudadela. Después de toda una noche sin dormir han compartido el desayuno: pan, vino y salchichón. Allí están los componentes del grupo Nosotros: Joan García Oliver, Gregorio Jover, Aurelio Fernández, Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso… Son amigos, compañeros, veteranos en más de mil batallas; saben que hoy es el día que hay que empezar la verdadera lucha.

Han pasado diez años desde que Durruti y él abandonaron Montevideo, los diez años más apasionantes que le podían haber tocado vivir a Francisco Ascaso, un panadero aragonés que decidió, hace mucho tiempo, dedicar su vida a la lucha obrera. Lo ha sacrificado todo por ella y no se va a arrugar en la batalla final.

Las Ramblas de Barcelona están llenas de gente, de «chusma», como la han llamado los que piden a los líderes anarquistas que el pueblo devuelva las armas. En la Plaza de España se oyen disparos: los obreros, el ejército, los guardias de asalto están enfrentándose. En algunos momentos no se sabe muy bien quién está en cada lado.

En las calles se montan barricadas, los compañeros del Sindicato de la Madera, del Transporte, de la Metalurgia, los trabajadores portuarios, los Comités Revolucionarios están preparados. Coches confiscados, con carteles de CNT-FAI, recorren Barcelona de un lado a

otro llevando a los obreros al combate. Cada grupo está dispuesto a no ceder un palmo de terreno, los fascistas no tomarán la ciudad.

Al final de Las Ramblas, a la altura de la estatua de Colón, están las Atarazanas y las Dependencias Militares. Allí va a entablarse la batalla más encarnizada; hacia allí se dirigen García Oliver, Ascaso y Durruti, inseparables, como siempre. Coordinan las fuerzas, dan órdenes, disparan.

Tras volver de Montevideo, hace ya diez años, fueron apresados en Francia. Habían sido condenados a muerte en México, Chile y Argentina. El gobierno argentino pidió su extradición y les fue concedida por los tribunales franceses. Coincidió el fallo con la ejecución de Sacco y Vanzetti, y todas las organizaciones que defendían a los italoamericanos se volcaron con los españoles. Jover, Durruti y Ascaso se declararon en huelga de hambre, concedieron entrevistas, aparecieron en los periódicos, los obreros salieron a la calle. Finalmente, Francia, con miedo a los disturbios que se avecinaban, revocó la sentencia y los expulsó a Bélgica. Volvieron a España con la República, han estado desterrados en Fuerteventura, en Guinea Ecuatorial, en cárceles de todo el país. Ahora participan en mítines, se han convertido en grandes referentes sindicales.

Raro es el día que Ascaso no recuerda los años de Sudamérica, los compañeros que quedaron atrás… Raro es el día que no recuerda a Paz y se pregunta qué fue de ella, si vive, si tuvo a su hijo… En Bélgica, tanto él como Durruti conocieron a las que habían de ser sus compañeras: Bertha y Emilienne. Durruti tiene una hija con Emilienne, Colette. No por ello han abandonado la lucha.

Los compañeros se están juntando a la entrada de la calle del Arco del Teatro, tienen que decidir el asalto final a las Atarazanas. Francisco Ascaso ha estado cambiando impresiones con su primo, Alejandro Ascaso, otro de los grandes anarquistas aragoneses, antes de dirigirse al encuentro con los demás. Caminando por Las Ramblas en dirección al mar ve a una chica joven, demasiado joven para estar allí —debe de tener quince o dieciséis años—; lleva un mono de obrero pero se ha puesto en el cuello un pañuelo rojo con coquetería. Hay algo que a Ascaso le llama la atención, algo le atrae irresistiblemente

hacia la chica. Se acerca a ella.

—¿No eres muy joven para estar aquí?

—No sabía que hiciera falta tener una edad para salvar a tu país de los fascistas.

—Ten cuidado, ¿vale?

Mucha gente ha quedado en el camino en esos diez años. De otra no sabe nada, igual que de Paz. Teresa Claramunt, su adorada Virgen Roja, murió el día antes de que se proclamara la República: tantos años de lucha y no logró ver a los Borbones fuera de España por un solo día. El general Martínez Anido fue depuesto; dicen que vive en París, lo imagina bebiendo Louis Roederer en el Moulin Rouge. Severino di Giovanni fue fusilado; por lo menos vivió su amor verdadero, el que le unió a Josefina Scarfó. Radowitzky consiguió salir de Ushuaia, está en contacto con Durruti y ha zarpado en un barco rumbo a España; ha decidido venir a luchar al único país donde todavía pueden triunfar los anarquistas, dar la poca vida que le quede por sus ideas.

Las Atarazanas siguen ocupadas por los sublevados. Hay que terminar con su resistencia pero, al estar frente a las Dependencias Militares, hacen fuego cruzado contra Las Ramblas y es casi imposible llegar hasta posiciones de combate. Están analizando todas las formas posibles de acercarse.

Cuando los entonces Errantes volvieron a España supieron de la situación de Torres Escartín. Poco después de instaurarse la república abandonó la cárcel para ser ingresado en una clínica psiquiátrica en Reus. No se ha recuperado; quizá lo único bueno de su estado es que no parece darse cuenta de lo que pasa a su alrededor. No fue consciente de la caída de la dictadura, tampoco sufrirá por lo que está pasando ahora.

Vuelve a ver a la chica joven que tanto le llama la atención. Al verla andar, descubre algo extraño, una muy ligera cojera. Intenta acercarse otra vez a ella, pero la joven se aleja y la pierde de vista. Es una adolescente; le guste o no hará que la saquen de allí. Aunque ella no lo crea hay una edad para salvar a tu país del fascismo y otra para disfrutar de la vida.

Recuerda con nostalgia a Roscigno: su antiguo compañero en los golpes argentinos fue detenido tras un atraco a una casa de cambios en Montevideo. Con él cayeron los hermanos Moretti y unos anarquistas españoles a los que Durruti envió para colaborar con ellos. Uno de los hermanos Moretti se suicidó antes de ser detenido. Roscigno tuvo que soportar la tortura, los interrogatorios, los métodos de Pardeiro. En el juicio, declaró que el comisario Pardeiro le había vejado como hombre y que como hombre se lo demandaría. Dos semanas después, el comisario murió asesinado. Roscigno no es un charlatán sino un hombre que cumple su palabra, hasta cuando amenaza; aún está en la cárcel de Punta Carretas, la misma que ellos veían desde la casa en la que se alojaron en la capital de Uruguay, la misma en la que en 1931 los anarquistas dirigidos por Roscigno construyeron un túnel por el que huyeron nueve compañeros en una operación que causaría la admiración de todo el mundo. Les han llegado noticias de que a final de año será puesto en libertad; será bienvenido si quiere luchar en España.

Los disparos siguen sonando. Llegan buenas noticias desde otras zonas de la ciudad: los rebeldes se han rendido en el convento de los Carmelitas, donde combatían frailes, falangistas y militares unidos; ha caído el cuartel de Pedralbes; se ha asaltado la Telefónica; se espera la rendición de Capitanía, donde está el cabecilla del alzamiento, el general Goded, de un momento a otro.

* * *

Martín Michelena ha cuidado de Rosita como si fuera su verdadera hija. Al morir su esposa en Montevideo tuvo que olvidar su dolor, dejar en manos de sus empleados el papeleo para la repatriación del cadáver y su posterior entierro en Santa Cruz y ocuparse de una niña que apenas respondía a ningún estímulo desde el momento del tiroteo. Aún pasaron varios meses hasta que Rosita comió, durmió o habló de una manera normal. Durante los meses siguientes, Martín tuvo que dormir junto a la hija de su esposa para tranquilizarla cuando las terribles pesadillas la acuciaban noche tras noche.

La policía no resolvió sus dudas sobre la muerte de su esposa. Según

la investigación uruguaya, fue víctima de una bala perdida en un tiroteo entre un policía español y un grupo de anarquistas de la misma nacionalidad. Pero él estaba allí y sabía que eso no era cierto. El policía salió del hotel con la pistola en la mano y caminó hacia ella, le gritó algo que hizo que su esposa se diera la vuelta y disparó. Los anarquistas —si es que lo eran— que lo mataron a él llegaron después, tal vez para salvarla.

Nunca podría explicarle a su hija quién mató a su madre porque no lo sabía y estaba seguro de que nunca lo sabría. Sólo podría decirle que fue un policía y que ignoraba el motivo.

Pero unos meses después le llegó una carta. La enviaba una vieja amiga de su esposa, Fátima Martínez de la Rada, la esposa de un militar, a la anterior dirección de ésta. No estaba a su nombre —decía Rosa en lugar de Rosario— pero era habitual que tanto su esposa como su hija usaran ambos nombres.

Fue entonces cuando se enteró de toda la historia: del anterior matrimonio de Rosa, de su huida, de su llegada a Tenerife fugándose de Valenzuela. Entendió su muerte a manos de su primer —y quizá legítimo— esposo.

Pese al engaño de Rosa, no repudió a Rosita; le dio su apellido e intentó que su hogar fuera el de ella. Tuvo que tomar una decisión y la tomó con todas las consecuencias: Rosita nunca sabría que a su madre la asesinó su propio padre. Tampoco tendría contacto con su pasado, no buscaría a la verdadera familia de Rosa. Quizá así Rosita consiguiera olvidar.

Incluso cuando el comportamiento de la niña empezó a ser claramente antisocial, cuando le perdió el respeto por completo, cuando juró vengarse de los que mataron a su madre —lo que para ella significaba de toda la policía—, siguió dándole un hogar.

A los catorce años se marchó de casa y no ha vuelto a saber de ella. Le dijeron que la habían visto en Madrid, en Barcelona… Viajó a la península y la buscó, sin éxito. Ahora, con España vuelta del revés, no confía en volver a verla.

* * *

Al caer la noche del día 19, los disparos aún suenan en Las Ramblas. Sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, Durruti, Oliver, Jover y Ascaso comparten unos bocadillos y una botella de vino. Hay que tomar las Atarazanas antes de que sus ocupantes reciban ayuda; no se habla de otra cosa.

Ascaso vuelve a ver a la joven de antes; lleva una pistola en el cinturón y se ha sentado sola, cerca de unos milicianos con los que ha compartido el agua de un botijo situado a la sombra. Coge un bocadillo, se levanta y camina hacia ella. Se lo ofrece y ella lo acepta.

—¿Por qué no te vas a casa?

—No quiero que perdamos y arrepentirme de no haberme quedado. Es aquí donde hay que estar.

—¿De dónde has sacado esa pistola?

—Se la he quitado a un sargento. Lo he matado yo. Tenía también un Máuser, pero no me dejaron quedarme con él.

Sonríe orgullosa. Ascaso no puede decirle nada, es lo que teóricamente debe hacer la chica, cualquier chica española, aunque él no esté seguro de que sea bueno permitirlo.

—¿Y tu familia?

—No tengo. Oye, ¿es verdad que eres Ascaso?

—Sí.

—Me lo habían dicho y no me lo creía. ¿Y Durruti?

—Aquél.

La chica lo mira con curiosidad; para los anarquistas son mitos vivientes. Nadie espera verles en la calle, donde se reparten los tiros. Todo el mundo les imagina pisando las alfombras de los grandes despachos. Se queda con ella mientras se come el bocadillo.

—¿Cómo te llamas?

—Rosario Michelena, pero me llaman Rosa.

—¿Eres de Barcelona?

—No, de Tenerife.

—Tu madre debe de estar echándote de menos.

—Mi madre murió, la mató un policía.

—Lo siento… Ten cuidado.

—Gracias por el bocadillo.

La chica se marcha, Ascaso vuelve con los suyos. Buenaventura sonríe confiado.

—Francisco, lo hemos decidido, vamos a descansar y mañana tomamos las Atarazanas; ahora te contamos el plan.

Francisco asiente, pero está lejos, muy lejos. Piensa en esa chica. Hay otras por Las Ramblas, ¿por qué ésa le preocupa tanto?

* * *

Paz lee con preocupación en el periódico las noticias que llegan de España. Aún son muy pocas y traen escasas novedades, pero hablan de batallas por el control de muchas ciudades. Desde su casa del barrio de Botafogo, en Río de Janeiro, se ve lo que ocurre en España muy lejano.

En los últimos años ha seguido con interés todo lo que se publicaba sobre el país de su padre: la caída de la dictadura, la proclamación de la república, el exilio de Alfonso XIII y su familia. En la prensa burguesa ha leído varias veces el nombre de Buenaventura Durruti, alguna menos el de Francisco Ascaso. En los periódicos anarquistas hablan a menudo de ellos, pero hace tiempo que dejó de leerlos.

Sólo estuvo al tanto de sus vidas cuando fueron detenidos en Francia y un buque de guerra argentino esperaba la resolución del proceso de extradición para trasladarlos a su país y ejecutar su condena a muerte. Se convirtieron en los nuevos Sacco y Vanzetti, los grandes héroes del anarquismo. En aquella época, Paz vivía en São Paulo y asistió a manifestaciones y mítines en su favor sin que nadie supiera que convivió con ellos. Se hablaba de los Errantes como seres míticos, como si no sufrieran las miserias que ella conoció en persona. Después de ser liberados, desaparecieron de las páginas de política para ocupar ocasionalmente las de sucesos.

Bernardo Candeleira, el camionero, le ayudó a cruzar, como le había prometido, la frontera entre Uruguay y Brasil. Después la llevó hasta Porto Alegre. Gracias a un contacto suyo consiguió una habitación para las primeras semanas y un trabajo como enfermera en la consulta de un médico portugués. En la misma consulta en la que trabajaba tuvo a su hijo. Le puso de nombre Jonás, en honor a su

padre, el anarquista canario que emigró a Cuba y encontró la muerte. Aún ve a Bernardo un par de veces al año: en sus viajes a Brasil la visita y lleva un regalo para su hijo.

Cuando logró ahorrar algo de dinero, Paz se marchó a São Paulo con Jonás. Contactó con amigos de su padre, los veteranos de la Colonia Cecilia. Conoció allí a Márcio, el hombre con el que se casó y ha tenido dos hijas más.

En el camión, en su huida de Montevideo, trazó su itinerario: Porto Alegre, São Paulo y Río de Janeiro. Parecía que no se cumpliría y se quedaría para siempre en la capital paulista, en su casa del barrio de Higienópolis, pero hace tres años, poco después del nacimiento de la pequeña, a su marido le destinó la empresa a Río. Desde entonces vive aquí, viendo a sus hijos jugar en la playa y nadar en el mar.

El tiempo todo lo borra, los buenos recuerdos y los malos. Se ha llevado algunos momentos con su padre, los baños en las playas del este de La Habana, las risas de sus amigas Irene y Gloria, los paseos por el Malecón o el olor de los platos que se preparaban en Cuba cuando llegaban los invitados. Pero también se ha llevado los rasgos de Álvaro, aquel negro tan guapo y cruel de la fábrica de tabacos, la incertidumbre de la vida con los españoles, la soledad del primer viaje en barco, el que la llevó a la península de Yucatán. Lo que ha quedado es su vida, no demasiado buena pero tampoco demasiado mala, simplemente la suya.

Nunca le ha contado a nadie, ni siquiera a su marido, quién es el padre de su hijo mayor. La verdad es que ahora le da igual: si se lo preguntaran lo diría. Pero el único que se lo podría preguntar es Márcio y siempre respetó su silencio. El resto de las personas con las que se relacionan ni siquiera saben que el padre no es su marido.

Márcio, pese a ser hijo de antiguos anarquistas italianos, no tiene el menor interés por la política. A él le gusta estar con su familia, jugar al fútbol en la playa con los amigos y preparar barbacoas. Un hombre tranquilo, lo que Paz necesitaba después de su vida anterior. No tiene duda de que Márcio la ha hecho más feliz de lo que lo hubiera sido con Francisco.

Siente que su antiguo amor está detrás de las noticias de los

periódicos: hablan de un levantamiento militar en varias ciudades españolas y de resistencia por parte de los ciudadanos armados. Cualquier día leerá otra vez los nombres que tanto la marcaron; espera que no sea en la reseña de sus muertes.

* * *

En Las Ramblas, los sargentos Manzana y Gordo se han unido a los anarquistas con dos ametralladoras Hotchkiss procedentes del destacamento de la calle Santa Madrona, donde se han rendido los militares sublevados.

La situación es peor que el día anterior: los militares se han hecho dueños del Paralelo y bajando por las calles de San Pablo, la Unión y el Carmen pueden cortar Las Ramblas para salir por la Vía Layetana. Hay que impedirlo y tomar el puerto.

Una pieza de artillería del 7,5, emplazada en Las Ramblas, dispara contra el cuartel y le abre boquetes con cada impacto. Mientras, los militares abren fuego desde dentro y la calle se llena de heridos y cadáveres. Desde las casas de alrededor se envía comida para ayudar a los hombres que luchan.

En otras muchas partes de España la situación es la misma. En algunas se imponen los militares, en otras los fieles a la república. Al empezar todo, hace apenas cuarenta y ocho horas, pensaron que sería asunto de tres o cuatro días; ahora hay gente que cree que será una guerra larga y de resultado incierto. Deben acostumbrarse a esto, a pensar una cosa ahora y la contraria en pocos minutos.

Una de las ametralladoras que ha llevado Manzana se puede instalar en un camión y protegerla con chapas de metal y colchones, con sus ráfagas pueden limpiar el camino y avanzar amparándose tras el camión, para llegar a posiciones en las que sea posible acabar con la resistencia de los militares alzados. Es lo que deciden hacer.

Bajan por Las Ramblas parapetándose. Al llegar a la rambla de Santa Mónica, deben detenerse: les están disparando desde las Atarazanas y desde las Dependencias Militares; les han pillado bajo fuego cruzado. Desde una de las garitas de las Atarazanas se bate la zona con total eficacia. No podrán avanzar sin liquidar al tirador de

esa garita.

Ascaso avanza, se protege con los muros, con los restos de vehículos calcinados, con los sacos terreros que los obreros han colocado para combatir. Hace un gesto a Durruti para indicarle que no debe preocuparse: no se pondrá en peligro, sólo quiere observar de cerca la garita, ver qué posibilidades tienen de anularla.

Sólo tiene que ponerse a tiro un segundo, correr tres o cuatro metros para ocultarse tras una camioneta abandonada; al soldado de la garita no le dará tiempo a verle y disparar.

Se decide, salta y corre. Lo consigue, desde allí puede observar mejor. El tirador de la garita lo ha visto, sabe que tras la camioneta se oculta uno de sus enemigos; no ha podido matarlo pero estará preparado para cuando asome la cabeza. Tiene los sentidos alerta, de ellos depende su vida.

Ascaso observa desde detrás de la camioneta una zona ciega para el tirador; si consiguieran llegar a ella, podrían anular el puesto de tiro. Desafortunadamente, es una zona que se alcanza sin problemas desde otro punto de tiro situado en el mismo edificio. Está pensando en cómo evitarlo cuando ve a la chica del mono azul y el pañuelo rojo. Ella también ha visto la zona ciega y avanza con una granada en la mano; no se ha dado cuenta de que el otro centinela la descubrirá y la matará.

En décimas de segundo analiza la situación. No puede dejarla morir sin más, no sabe quién es esa chica, no había escuchado antes su nombre —Rosa Michelena—, pero algo le une a ella. Agachado tras la camioneta no tiene ángulo de tiro, pero si sale a descubierto puede disparar contra el soldado que la va a matar e impedir que lo haga. Es lo que va a intentar.

En apenas un segundo, todos los que comparten esos pocos metros de calle se ponen en acción. Ascaso sale de su escondite y dispara sobre uno de los centinelas, el que habría matado a Rosa. El otro soldado, el de la garita que está masacrando a los anarquistas, le ve salir y apunta; es un buen tirador, su bala impacta en la frente de Ascaso. Rosa ha llegado a la zona ciega junto a la garita y tira la granada dentro. Los dos soldados y Ascaso han muerto. Rosa huye

corriendo, orgullosa de su acción; al correr se le nota más la cojera.

El puesto de tiro ha sido anulado, las Atarazanas serán tomadas en las próximas horas.

Buenaventura Durruti es el primero en llegar junto al cadáver de su amigo Ascaso. Las lágrimas arrasan sus ojos pero no se permite flaquear.

—La revolución está en marcha. No abandonaremos los fusiles mientras exista un foco faccioso en pie.

Es la una de la tarde del 20 de julio de 1936, Francisco Ascaso Abadía, de treinta y cinco años, es uno más de los cientos de hombres y mujeres de uno y otro bando que mueren en dos días en las calles de Barcelona.

Nota del autor

La justicia de los Errantes no es un ensayo ni un libro sobre historia, ni siquiera es una novela histórica. Es una obra de ficción, sin más, es decir, ni es fiel a la realidad ni lo pretende, su único fin es el entretenimiento. Muchas situaciones han sido sacadas de acontecimientos reales, otras han sido inventadas. En el caso de las reales, algunas se han narrado con fidelidad a los hechos y otras no. En todos los casos, reales o inventados, fieles a la realidad o ficticios, se ha tratado de mantener la verosimilitud y el respeto por sus protagonistas.

Hay en la novela decenas de personajes, sería imposible reseñarlos todos. Al igual que sucede con las situaciones, unos son reales y otros inventados. Sería un éxito que unos y otros pudieran confundir al lector y que éste, al igual que ya le pasa al autor con algunos de ellos, dudara acerca de si alguno existió de verdad. No obstante, alguno fue tan importante en la historia de España, y en el anarquismo en general, que es conveniente aclarar quiénes son.

Buenaventura Durruti Dumange (León, 1896-Madrid, 1936). Es uno de los personajes más fascinantes de la historia de España en la primera mitad del siglo XX. Mecánico, anarquista, sindicalista, activista político, aventurero, comandante de las milicias populares…

Ilya Ehrenburg —escritor y poeta ucraniano, corresponsal en España de *Izvestia* durante la Guerra Civil y su amigo personal— dijo, quizá con razón, que «la vida de Durruti es imposible de narrar; se parece demasiado a una novela de aventuras».

El 19 de noviembre de 1936, en la Ciudad Universitaria de Madrid, cerca de lo que hoy es la zona de los colegios mayores, Durruti caía

abatido por un único disparo; de allí lo llevaron al hotel Ritz, habilitado como hospital para las milicias anarquistas que desde Cataluña llegaban a defender Madrid. En el Ritz fue operado y murió la madrugada del 19 al 20, el mismo día que José Antonio Primo de Rivera. ¿De dónde salió la bala que lo mató?

Han pasado más de setenta años y aún se discute la autoría de su muerte. Desde la explicación oficial —un disparo de un francotirador situado en el Hospital Clínico— hasta la más extendida —una bala perdida procedente del fallo de su propio fusil naranjero— pasando por la teoría conspiratoria —los pro-soviéticos temían a Durruti mucho más que a Franco y lo asesinaron—, hay para todos los gustos, elucubraciones suficientes para crear una leyenda.

Francisco Ascaso Abadía (Almudévar, Huesca, 1901-Barcelona, 1936). Panadero y camarero, hermano de otro conocido cenetista, Domingo, y primo de Joaquín Ascaso, que fuera presidente del Consejo General de Defensa de Aragón durante los años 1936 y 1937.

Es el más desconocido de los fundadores de los Solidarios, siempre a la sombra de la gran fama de su buen amigo Buenaventura Durruti, lo que no necesariamente significaba que su peso fuera inferior en las decisiones de la pareja. Al lado del carácter expansivo de Durruti, Ascaso era mucho más analítico, retraído, desconfiado.

Quizá su temprana muerte, a las pocas horas de empezar la Guerra Civil, impidió que se demostrara que se trataba de uno de los hombres más preparados dentro de la CNT para el conflicto que daba inicio.

La columna que llevaba su nombre, Columna Ascaso, combatió en el frente del Ebro bajo el mando de García Vivancos.

Joan García Oliver (Reus, Tarragona, 1901-Guadalajara, México 1980). El tercero de los grandes anarquistas de acción españoles y el más político de ellos. Fue uno de los fundadores de los Solidarios —según muchos su verdadero líder y promotor—, pero es mucho más recordado por haber sido ministro de Justicia durante el gobierno de Largo Caballero, entre los años 1936 y 1937.

Participar en tareas de gobierno, algo completamente contrario a la ideología anarquista, le llevó a un duro enfrentamiento con sectores

de la CNT y con algunos de sus antiguos compañeros, entre ellos Durruti. Para él se trataba de un compromiso necesario para ganar la guerra contra Franco.

Tras acabar la contienda se exilió en México, donde murió en 1980.

Severiano Martínez Anido (Ferrol, La Coruña, 1862-Valladolid, 1938). Militar español que participó en las campañas de Filipinas y Marruecos, gobernador militar de Barcelona entre 1921 y 1922, ministro de Gobernación en el gobierno de Primo de Rivera y de Orden Público en el primer gobierno de Franco.

Martínez Anido, un hombre sanguinario y cruel, fue un furibundo enemigo de los anarquistas y no dudó en combatirlos usando métodos brutales fuera de toda legalidad, entre ellos la tristemente famosa ley de fugas. Organizó también el Sindicato Libre, grupos de pistoleros que se oponían a tiros a los sindicalistas de la CNT.

Fue imputado por la Audiencia Nacional en 2008 como autor de crímenes contra la humanidad.

Miguel Arcángel Roscigno (Buenos Aires, Argentina, 1891-Desaparecido, 1936). Algunos le llaman Roscigna aunque parece ser que Roscigno era el nombre real de este hijo de italianos que habían llegado a Argentina pocos años antes de su nacimiento. Es el representante más destacado de lo que en Argentina se llamó «anarquismo expropiador».

Participó en la organización de innumerables fugas, la más famosa la de Simón Radowitzky de la cárcel de Ushuaia. Años después sería el responsable de la huida de un grupo de anarquistas argentinos y españoles presos en la cárcel de Punta Carretas en Montevideo. También fue autor de varios atracos en compañía de Durruti y Ascaso, de Di Giovanni y de otros muchos anarquistas argentinos.

Fue detenido en el año 1931 y condenado a seis años de cárcel por la fuga de Punta Carretas. Tras cumplir la mayor parte de la pena, debía ser puesto en libertad el último día de 1936. Según las autoridades uruguayas salió de prisión en esa fecha y fue enviado a La Plata. Nunca más aparecieron ni él ni sus restos. Las organizaciones anarquistas españolas enviaron fondos desde Barcelona para financiar

su búsqueda.

Severino di Giovanni (Chieti, Italia, 1901-Buenos Aires, Argentina, 1931). Maestro, tipógrafo y anarquista. Con la llegada de Mussolini al poder en Italia se exilia a Argentina. Allí seguirá con su militancia y radicalizará sus posturas.

Di Giovanni era un firme defensor de la acción violenta y no se quedaba sólo en la teoría: fue autor de multitud de atentados, atracos, fugas… El historiador argentino Osvaldo Bayer lo define a la perfección en el título de la biografía que le dedicó: *Di Giovanni, el idealista de la violencia*.

Financiaba, escribía y elaboraba personalmente un periódico anarquista en idioma italiano, *Culmine*, en la capital argentina. Desde él exponía su pensamiento y defendía sus tesis.

Casado y con cuatro hijos, protagonizó una intensa historia de amor con Josefina Scarfó, hermana de Paulino Scarfó, otro importante militante anarquista italoargentino.

Murió fusilado en febrero de 1931. «¡Viva la Anarquía!» fue el último grito que salió de su boca.

Leopoldo «Polo» Lugones (Villa de María de Río Seco, Argentina, 1897-Tigre, Argentina, 1971). Hijo del célebre poeta argentino Leopoldo Lugones. Fue comisario y jefe de la Policía de Orden Público durante los gobiernos de los generales José Félix Uriburu y Agustín Pedro Justo en Argentina.

Tal vez sea el personaje más despreciable de todos los que aparecen en la novela, aunque los hechos que en ella protagoniza son fruto por completo de la ficción.

Para encontrar datos sobre él no hay que buscar, como es el caso de su padre, en los libros de literatura, sino en los que hablan de tortura. Es el inventor de la famosa picana, un método de tortura basado en la aplicación de corrientes eléctricas al detenido.

En el gobierno de Alvear fue director del Reformatorio de Menores de Olivera. De allí salió acusado por violación de menores, aunque las súplicas de su padre ante el presidente impidieron que cumpliera condena.

Se le tiene por un pederasta y sádico reconocido, participante en infinidad de torturas.

En 1971 se suicidó, tal como había hecho antes su padre y haría, años después, su hija Piri, ninguno de ellos personajes tan nocivos como él.

Teresa Claramunt Creus (Sabadell, Barcelona, 1862-Barcelona, 1931). Pocas mujeres participaban en política en los turbulentos años del cambio de siglo, y menos aún con la intensidad y la pasión con que lo hizo la Virgen Roja, como era llamada. Fue detenida por organizar huelgas en reivindicación de la jornada de ocho horas desde que, siendo casi una niña, entró a trabajar en fábricas textiles. Estuvo exiliada en Inglaterra y Aragón, creó revistas para divulgar la ideología anarquista, fue torturada casi hasta la muerte en el castillo de Montjuic tras el atentado del Liceo de Barcelona, aunque nunca se le acusó formalmente de haber participado en él. Murió el 11 de abril de 1931, un día antes de las elecciones que acabaron con la monarquía, y fue enterrada el 14, el día de la proclamación de la república.

Rafael Torres Escartín (Bailo, Huesca, 1901-Barcelona, 1939). Destaca no por su importancia dentro del grupo sino por su triste destino. Escartín fue, junto con Ascaso, el verdadero asesino del cardenal Soldevila, un dato alterado en la novela por cuestiones dramáticas, y cayó preso tras el robo del banco de Gijón. Tras las salvajes torturas a las que fue sometido perdió la razón. No saldría del manicomio, en el que pasó la Guerra Civil, hasta que, al acabar ésta, se lo llevaron para fusilarle por su antigua filiación anarquista. Los soldados que lo ajusticiaron no mataban a un anarquista, asesinaban a un pobre loco.

Agradecimientos

No es fácil recordar cuál fue el primer contacto con una historia que años después se convierte en novela. Creo que la primera vez que supe de los Errantes fue a través de la novela de Rosa Montero *La hija del caníbal*; mi gratitud hacia ella.

He usado, como no podía ser de otra forma, decenas de libros y otras fuentes para la documentación de este trabajo. Quiero mencionar sólo las más importantes, aquellas sin las que habría sido imposible escribirla: la magnífica biografía de Buenaventura Durruti, *Durruti en la revolución española*, de Abel Paz; la autobiografía de Joan García Oliver, *El eco de los pasos*; el trabajo sobre la vida de Durruti que escribió Hans Magnus Enzensberger, *El corto verano de la anarquía*, y la obra de Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, sobre los activistas argentinos. También me han sido útiles el reportaje de Marcelo Mendoza Prado en el diario *El País*, «El periplo oculto de Durruti»; la ya mencionada novela de Rosa Montero, *La hija del caníbal*, y el documental «Ácratas» de la directora uruguaya Virginia Martínez. No quiero olvidar la novela de mi amigo Pedro de Paz, *El hombre que mató a Durruti*, que, sin tener relación con la etapa que aquí se cuenta, me ayudó a entender al personaje.

Quiero también agradecer la paciencia de mis lectores y consejeros habituales:

Mireia Acosta, siempre exigente en contraste con el resto de la *conexión Almería* —Inma, Cato y Carmen—, mucho más amable. Marina Bielsa, que corrige mi caótica redacción. Manu Cuesta, y con él la *comisaría* en pleno: Pablo, Antonio, Jesús y Mirentxu, que se pelea conmigo por los finales. Javier, librero alcalaíno, Ángel, Cristina y todos los que me han brindado su cariño en la ciudad complutense. Recaredo Veredas, Ignacio del Valle, Santiago Díaz, Ignacio Martínez de Pisón, Javier Lorenzo, Antonio Gómez Rufo, Antonio Mercero y

Pedro de Paz, novelistas unos, guionistas otros, escritores todos, que me brindan sus sabios consejos.

A Ramón Conesa, agente que nunca abandona, siempre con una palabra de ánimo.

Por último, a todos los amigos que hacen que la tarea de escribir no sea tan solitaria. Gracias a todos.

Jorge Díaz (Alicante, 1962) es periodista y guionista de televisión. Tras finalizar los estudios de Periodismo comenzó su carrera en la radio, medio que abandonó por la televisión. Trabajó en concursos, magazines y programas de todo tipo, incluida la dirección de *La noche prohibida*. Después de esta experiencia, pasó a escribir guiones para series de televisión, labor que desempeña con gran éxito desde hace quince años. Es uno de los creadores y ha sido coordinador de guiones de *Hospital Central*, la serie más longeva de la televisión española y con la que ha cosechado todos los premios de la profesión, el TP y el Ondas entre otros muchos. Cuando sintió que no podría inventar ni una enfermedad más, dejó la serie y se marchó de año sabático a Brasil, de donde regresó con su primera novela, *Los números del elefante*, debajo del brazo. Ahora ha retomado sus dos pasiones: ha vuelto a la coordinación de guiones, y publica *La justicia de los Errantes*, su segunda novela.

Edición en formato digital: mayo de 2012

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Ferran López / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de la cubierta: © Judy Kennamer / Arcangel Images

ISBN: 978-84-01-35374-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Índice